

Narrativa Internacional Traducción de María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego

Didier Decoin

La Oficina de Estanques y Jardines



Lectulandia

Japón, año 1100. Al borde del río Kusagawa hay una pequeña aldea conocida más allá de sus fronteras por ser la encargada de surtir los estanques de la ciudad imperial de las carpas más hermosas. Pero este año el diestro pescador que lleva a cabo tal tarea ha muerto, y su joven viuda es la única que tal vez podría reemplazarlo. Así, reclutada por el director de la Oficina de Estanques y Jardines, y cargando sobre sus frágiles hombros una pértiga de la que cuelgan los cestos donde rebullen los peces, Miyuki emprende un largo viaje en el que deberá afrontar amenazas y monstruos — humanos y acuáticos—, y demorarse en posadas de té en las que no se vende precisamente té. Una vez en la corte imperial, con la misma inocencia con la que ha conocido el sexo y el engaño, y vestida con doce kimonos de seda, será la insospechada protagonista del concurso anual de perfumes convocado por el emperador con el tema de «una doncella cruzando un puente luna entre dos neblinas».

El premio Goncourt Didier Decoin ha investigado doce años la cultura nipona para escribir esta novela, deudora de los clásicos orientales y de la picaresca, que embriaga los sentidos del lector.

Lectulandia

Didier Decoin

La Oficina de Estanques y Jardines

ePub r1.0

Titivillus 21.08.2018

Título original: *Le Bureau des Jardins et des Étangs*

Didier Decoin, 2016

Traducción: María Teresa Gallego Urrutia y Amaya García Gallego

Imagen de cubierta: Utagawa Hiroshige

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*En cierta ocasión un hombre estaba quemando incienso.
Se dio cuenta de que la fragancia no iba ni venía, no aparecía ni desaparecía.
Este hecho trivial le llevó a alcanzar la iluminación.*

SHAKYAMUNI BUDA

Para Jean-Marc Roberts

1

Tras una prolongada reclusión cumpliendo con la estricta observancia de las restricciones de comida propias del luto y tras haber lustrado el cuerpo de Katsuro con un lienzo sagrado destinado a absorber las impurezas, Amakusa Miyuki se sometió al ritual que debía purificarla de la mácula de la muerte de su marido. Pero como no había ni que pensar en que la joven viuda se sumergiese en el mismo río en el que acababa de ahogarse Katsuro, el sacerdote sintoísta, frunciendo los labios, se conformó con sacudirle encima una rama de pino cuyos vástagos más bajos había humedecido el agua del Kusagawa. A continuación le aseguró que ya podía reanudar la vida y demostrarles su gratitud a los dioses, que no dejarían de imbuirle fuerza y valor.

Miyuki sabía perfectamente lo que había detrás de las palabras de consuelo del sacerdote: lo que esperaba de ella era que, aun cuando su ya precaria situación había empeorado con la muerte de Katsuro, le pusiera en las manos una muestra tangible del agradecimiento que les debía a los *kami*.^[1]

Pero aunque Miyuki sentía cierta gratitud hacia los dioses por haberla lavado de sus máculas, no podía perdonarles que hubieran permitido que el río Kusagawa, que bien pensado era también un dios, ni más ni menos, le arrebatase a su marido.

Así que se conformó con darle una modesta limosna consistente en rábanos blancos, un manojo de cabezas de ajo y varios pasteles de arroz glutinoso. Pero la ofrenda, hábilmente envuelta en un paño, abultaba tanto, gracias sobre todo a que había unos cuantos rábanos gigantescos, que daba la impresión de ser un presente de mucha mayor enjundia. El sacerdote cayó en la trampa y se marchó satisfecho.

Acto seguido, Miyuki se forzó a limpiar y recoger la casa, aunque no tuviera por costumbre ordenarla. Más bien tenía tendencia a dejar las cosas tiradas, o incluso a desparramarlas intencionadamente. De todas formas, Katsuro y ella poseían tan pocas... El hecho de encontrárselas acá y allá, preferentemente donde no pintaban nada, creaba la efímera ilusión de que vivían en la opulencia: «¿Este cuenco de arroz es nuevo? —preguntaba Katsuro—. ¿Lo has comprado hace poco?». Miyuki se tapaba la boca con la mano para ocultar una sonrisa: «Siempre ha estado en la estantería, el sexto cuenco desde el fondo; era de tu madre, ¿ya no te acuerdas?». Lo que ocurría era que a Miyuki se le había caído el cuenco en la estera (y no se había molestado en recogerlo de inmediato) y este había rodado hasta detenerse, bocabajo, en un rayo de sol, mostrando así unos reflejos que Katsuro nunca le había visto; y por eso no lo había reconocido enseguida.

Miyuki suponía que las personas acomodadas vivían entre un revoltijo permanente, a imagen y semejanza de los paisajes cuya belleza residía en el desorden. El río Kusagawa, por ejemplo, nunca brindaba un espectáculo tan exaltante como después de una gran tormenta, cuando los torrentes que lo alimentaban lo abarrotaban de aguas pardas y terrosas, donde se arremolinaban trozos de corteza, musgo, flores

de berro y hojas podridas, negras y abarquilladas; entonces el Kusagawa dejaba de espejear y lo cubrían círculos concéntricos, espirales de espuma que lo asemejaban a los remolinos del estrecho de Naruto, en el Mar Interior. Los ricos, pensaba Miyuki, debían de andar desbordados, de igual manera, por los innumerables remolinos de regalos que les llevaban sus amigos (también innumerables, cómo no) y todas las fruslerías deslumbradoras que compraban sin echar cuentas a los vendedores ambulantes, sin preguntarse siquiera si las iban a usar para algo alguna vez. Necesitaban más y más espacio para buscarles sitio a los bibelots, apilar los utensilios de cocina, colgar las telas, poner en hilera los ungüentos, almacenar esas riquezas cuyo nombre en ocasiones Miyuki ni siquiera conocía.

Era una carrera sin fin, una competición encarnizada entre los hombres y las cosas. El colmo de la opulencia debía de llegar cuando la casa reventaba como una fruta madura por la presión de la multitud de trastos con la que la habían atiborrado. Miyuki nunca había sido testigo de un espectáculo así, pero Katsuro le contó que había visto, en sus viajes a Heian-kyō, a mendigos rebuscando entre los escombros de orgullosas mansiones a las que parecían haber inflado desde dentro.

En la casa que Katsuro había construido con sus propias manos —una habitación con el suelo de tierra batida, otra con el suelo de madera de pino y, debajo del tejado de bálago, un granero al que se subía por unos peldaños, todo ello de dimensiones reducidas porque habían tenido que elegir entre levantar paredes y coger pescado— había más que nada aparejos de pesca. Valían para todo: las redes, puestas a secar delante de las ventanas, hacían las veces de cortinas, y apiladas, servían para acostarse; por la noche, utilizaban los flotadores de madera hueca a modo de reposacabezas; y los utensilios que empleaba Katsuro para mondar los viveros eran los mismos que usaba Miyuki para preparar la comida.

El único lujo que tenían el pescador y su mujer era el tarro donde guardaban la sal. No era sino la copia de una cerámica china de la dinastía Tang, una pieza de arcilla cocida y vidriada de color pardo sobriamente decorada con peonías y lotos, pero Miyuki le atribuía poderes sobrenaturales; se lo había dejado su madre, que a su vez lo había heredado de una abuela que afirmaba que siempre lo había visto en la familia. Así pues, la cerámica había pasado por varias generaciones sin sufrir ni un rasguño, lo cual era, en efecto, milagroso.

Aunque Miyuki solo tardó unas horas en recoger la casa, necesitó dos días para limpiarla a fondo. La culpa era del oficio que en ella se ejercía: la pesca y la cría de peces admirables, esencialmente carpas. Cuando volvía del río, Katsuro no perdía el tiempo en quitarse la ropa empapada del cieno pegajoso con el que salpicaba las paredes cada vez que hacía un movimiento un poco brusco; su prioridad era otra:

liberar cuanto antes a las carpas que rebullían en las nasas de mimbre y corrían el riesgo de que se les cayeran algunas escamas o de amputarse un bigote (en cuyo caso perderían todo su valor para los intendentes imperiales), soltarlas en el vivero que había excavado para ellas delante de la casa, una alberca poco profunda, directamente en el suelo, llena a rebosar de un agua que Miyuki, mientras su marido estaba ausente, enriquecía con larvas de insectos, algas y semillas de plantas acuáticas.

Hecho lo cual, Katsuro se pasaba varios días seguidos sentado en los talones, observando el comportamiento de las capturas, vigilando especialmente a las que le habían parecido de entrada dignas de los estanques de la ciudad imperial, buscando signos que mostrasen no solo que eran las más atractivas sino también lo bastante robustas para soportar el largo viaje hasta la capital.

Katsuro no era muy hablador. Y cuando decía algo, solía hacerlo más bien por alusiones que por afirmaciones, dando así a sus interlocutores el placer de tener que adivinar las perspectivas remotas de un pensamiento inconcluso.

El día que murió su marido, después de echar en el vivero las cinco o seis carpas que había pescado, Miyuki se sentó como él, al borde de la poza, dejando que la hipnotizara el corro de peces que describían círculos ansiosos como los prisioneros que exploran los límites de su calabozo.

Aunque era capaz de valorar la belleza de algunas carpas, o al menos la energía y la vitalidad con la que nadaban, no tenía ni la mínima idea de los criterios que utilizaba Katsuro para evaluar lo fuertes que eran. Por eso, tras renunciar a mentir a los lugareños y, sobre todo, a engañarse a sí misma, se incorporó, se sacudió el polvo y, dándole la espalda al vivero, se atrincheró en la casa, la última al sur de la aldea, que se distinguía por las conchas que tenía incrustadas en la paja, con la parte nacarada orientada hacia el cielo para reflejar la luz del sol y espantar a los cuervos que anidaban en los alcanforeros.

Los lugareños se quedaron muy aliviados al enterarse de que Miyuki se había impuesto la obligación de limpiar los suelos y quitar el cieno de las paredes.

Habían temido que la joven fabricase un torniquete con un cordel y un palito y lo usara para asfixiarse y reunirse así con Katsuro en el *yomi kuni*.^[2] No porque fuese demasiado joven para morir —con veintisiete años ya había alcanzado la esperanza de vida media de una campesina y podía sentirse afortunada por el cupo de existencia que había disfrutado—, sino porque había compartido algunos secretos con Katsuro y ahora solo quedaba ella para mantener aquel vínculo privilegiado que unía al pueblo con la corte imperial de Heian-kyō: el abastecimiento de carpas tan excepcionales como para ser ornamentos vivientes en los estanques de los templos, a cambio de lo cual los habitantes de ese puñado de chozas cojas y cheposas llamado Shimae

disfrutaban de una exención de impuestos casi total, por no mencionar los regalitos que Katsuro nunca dejaba de traerles de parte de Nagusa Watanabe,^[3] el director de la Oficina de Estanques y Jardines.

Pero hete aquí que Nagusa acababa de enviar precisamente a tres funcionarios para encargarse de carpas nuevas que sustituyeran a las que no habían sobrevivido al invierno.

Una mañana —pocos días después de que muriera Katsuro—, los emisarios de la Oficina de Estanques y Jardines surgieron de la neblina húmeda que, después de la intensa lluvia que había caído durante la noche, ondulaba como una cortina en la linde del bosque.

En sus anteriores visitas habían ido a pie, lo que les había salido muy caro a los vecinos de Shima, porque, exhaustos tras el viaje, los compradores de carpas se habían instalado allí y habían pasado quince días viviendo a costa de los lugareños mientras su apetito y su afición al sake crecían a medida que iban recobrando las fuerzas. Pero esta vez se presentaron a caballo, acompañados por un escudero que llevaba el estandarte de seda con los colores del emperador, y habían renunciado a la amplitud y la comodidad del *kariginu*^[4] en favor de un atuendo militar cuyas placas de hierro, que les protegían el torso y la espalda, sonaban como campanas viejas y rajadas. Aquella aparición repentina asustó y ahuyentó a algunas mujeres que se habían reunido en la era para trenzar la paja de arroz.

En su calidad de primer magistrado del pueblo, Natsume había salido al encuentro de los tres jinetes para saludarlos con la deferencia debida a los representantes del poder imperial; pero mientras unía las manos y hacía una reverencia tan pronunciada como se lo permitía la rigidez del cuello, se preguntaba cómo el emperador, que tenía fama de ser el príncipe más refinado de su época, podía tolerar que unos hombres a cuyo cargo estaba dar a conocer su voluntad por las provincias tuviesen un aspecto tan poco atractivo: oscilando perezosamente en las sillas de montar de madera lacada en negro, con la cabeza bamboleándose bajo el casco que un protector articulado prolongaba por encima de la nuca y las corazas teñidas de verde por el musgo que se les había quedado enganchado al cruzar los bosques, los emisarios no podían por menos de recordar a unas cochinillas enormes con el abdomen hinchado de sustancias cerosas y nauseabundas. Pero quizá Su Majestad no los había visto nunca: un auxiliar cualquiera del refrendario de quinta clase menor inferior había sacado sus nombres de una lista (y nadie sabría nunca por qué la elección del auxiliar había recaído en esos nombres y no en otros), los había sometido a la aprobación de un controlador de cuarta clase menor superior que los había admitido antes de enviarlos a un auditor de cuarta clase mayor inferior, que a su vez los había elevado paso a paso hasta la jerarquía más alta, desde donde habían ido bajando con igual lentitud hasta ir a parar al fin a manos de Nagusa Watanabe, que les había dado el visto bueno con una pincelada impaciente, y de todo aquello, como tantos otros sucesos que afectaban a las sesenta y ocho provincias, el emperador no había llegado a saber nada.

A los mensajeros imperiales les contrarió sobremanera enterarse de que Katsuro había muerto. Hicieron visajes, soltaron sonidos guturales, se estremecieron de disgusto y entrechocaron las placas de las corazas. Para calmarlos, Natsume tuvo que presentarles a Miyuki. Se la quedaron mirando a la cara en silencio, revolviendo los ojillos negros tras la máscara de madera erizada de dientes de demonio postizos que les cubría la parte inferior del rostro.

Mientras la joven se arrodillaba, inclinándose tanto que rozaba el polvo con la frente, el jefe del pueblo tranquilizó a los emisarios: la viuda del pescador los serviría tan escrupulosamente como lo había hecho Katsuro. Dicho lo cual, para terminar de amansarlos, Natsume los invitó a una comida de fideos de trigo sarraceno, algas y pescado con verduras en salmuera de posos de sake, antes de acompañarlos hasta el salto de agua desde donde emprendieron el regreso a Heian-kyō.

Seguidamente, volvió para hablar con Miyuki:

—A tu marido lo encontraron muerto pero, por suerte, las carpas que le dio tiempo a capturar están muy vivas —y miraba a Miyuki a la cara con benevolencia, como si fuera ella la artífice del satisfactorio estado de los peces—; los embajadores me han felicitado mucho.

—¿Embajadores los grillos gordos esos? Más bien unos funcionarios con tan poco peso en la corte que los mandan a los confines más remotos de las provincias, cuando habría bastado con enviar una simple carta.

¿Quería decir acaso que habría podido leer esa carta? Seguro que estaba presumiendo. Pero como el propio Natsume no sabía leer, no comentó nada, pues prefería no aventurarse en un terreno del que se arriesgaba a salir humillado.

Se quedó en silencio un instante, un mutismo que podría atribuirse a que estaba rumiando lo que acababa de decirle Miyuki, mientras miraba cómo las carpas nadaban perezosamente en el vivero.

—Mandar a tres jinetes sale mucho más caro que mandar a un simple mensajero —comentó—. Lo interpreto como una señal de que la Oficina de Estanques y Jardines le concede una particular importancia a este encargo y al correcto desarrollo de la entrega. Saldrás para Heian-kyō lo antes posible.

—Sí —contestó la mujer con una docilidad inesperada—. Sí, mañana mismo si quieres.

Natsume soltó un gruñidito de satisfacción. Ni siquiera se le había pasado por la cabeza que a Miyuki, con la muerte de Katsuro, pudieran ahora darle lo mismo unas cuantas cosas, como por ejemplo emprender el viaje a Heian-kyō. No tenía ni la menor idea de la pena que la había consumido, dejando de ella tan solo un envoltorio vacío, gris como la ceniza.

A esa mujer, a esa viuda como convenía llamarla ahora, casi podría decirse que Natsume no la había mirado nunca. Era demasiado macilenta para resultar una

amante de su gusto; en solo unos días, la tristeza le había demacrado aún más las mejillas y acentuado la silueta flaca de hierba silvestre. Pero quizá podría acogerla en su casa para dársela a su hijo que seguía sin encontrar una esposa de su agrado y sentía inclinación por las mujeres tristes: decía que, aunque las lágrimas fueran saladas, de la mayoría de las damas afligidas se desprendía un grato olor a fruta dulcísima. Y si a Hara (que así se llamaba ese hijo suyo) no le interesaba la viuda del pescador de carpas, Natsume siempre podía tratar de que engordara para su propio disfrute; sería una ocupación tanto más entretenida cuanto que los encantos de Miyuki —sus *futuros* encantos, rectificó mentalmente, pensando que primero tendría que cebarla— se completaban visiblemente con una obediencia espontánea y exquisita.

—¿Cuántos peces vas a llevar a la corte? Por lo menos veinte, ¿verdad?

—Las carpas no son exigentes —dijo Miyuki—, pero necesitan mucha agua. En las nasas donde las transportaba Katsuro no cabe tanta, así que cuantas menos sean, menos padecerán.

No se atrevió a añadir que sus hombros, sobre los que iba a recaer el peso de la pértiga de bambú que cargaba con las cubetas, no eran tan resistentes como los de su marido: la cantidad de agua que hubiera que llevar era el único lastre que iba a poder regatear si las penalidades del transporte eran mayores de las que creía poder soportar.

—Veinte peces —repitió Natsume—; es lo mínimo que puede aportar el pueblo.

Si no hubiese estado convencido de encontrar allí unas carpas fuera de lo común, Katsuro nunca habría ido tan río abajo. Pero en ese tramo del Kusagawa abundaban los peces espléndidos, nada más pasar el aliviadero de Shūzenji, y resultaba tanto más fácil atraparlos cuanto que, después de haber lidiado con la fuerte contracorriente debida a la cascada, se tomaban algo así como un descanso y se dejaban ir casi a flor de agua.

A un pescador con tanta experiencia como Katsuro le bastaba entonces con meter las manos en el agua, separando mucho los dedos, y esperar a que una carpa se diera de narices contra las palmas. Katsuro solo tenía que cerrar los dedos, apretándolos ligeramente en torno a las agallas, para que el pez, que al entrar en contacto con el hombre se había quedado rígido como si experimentara una erección fruto del espanto, aflojara la tensión. Seguía moviendo las aletas, pero el cuerpo cedía de pronto, lacio y sumiso, a la mano que lo acariciaba. Entonces Katsuro, rápidamente, le arrebató la carpa al río al que pertenecía y la depositaba con delicadeza en una de las nasas de paja de arroz impermeabilizada con una capa de lodo.

A simple vista, el camino que conducía al territorio de pesca de Katsuro parecía

un paseo de lo más agradable, rodeado de terraplenes herbosos donde crecían ranúnculos y serpenteando entre un doble biombo de cerezos silvestres, caquis, cañas y abetos azules. Pero el pescador no se dejaba engañar y sabía que en realidad se trataba de un sendero peligroso, que enseguida se llenaba de cárcavas con las lluvias, cuyas arroyadas abrían en la tierra grietas donde los pies quedaban atrapados como en un cepo. Era tolerable cuando Katsuro bajaba hacia el río porque llevaba las nasas vacías y podía concentrar toda la atención en por dónde pisaba; pero cambiaba mucho a la vuelta, cuando tenía que fijar la mirada a lo lejos para mantener equilibrada en los hombros la pértiga que cargaba con los cestos, que ahora rebosaban de agua y de peces; la mínima sacudida los despertaba de su letargo y se ponían como locos, algunos incluso lograban salir disparados fuera de las nasas a pesar de las gruesas mallas de tallos de loto trenzados con las que las cubría el pescador.

Katsuro se hizo daño en dos ocasiones.

La primera vez solo fue un esguince. Pese al dolor, y después de haber roto la pértiga por la mitad para hacerse dos muletas, había conseguido volver al pueblo. Pero tuvo que dejar abandonadas las nasas, ocultas debajo de largas hierbas lozanas que la lluvia había acamado y parecían de laca verde. Mientras cojeaba hacia Shimaie, oyó a su espalda el roce de los animales del bosque que con toda seguridad iban a encontrar a sus peces y comérselos.

El segundo accidente fue más grave: se rompió un tobillo. Esa vez, con o sin muletas, le resultó imposible volver a ponerse en pie. Tuvo que resolverse a ir arrastrándose bocabajo, tirando del tobillo fracturado, hinchado y calenturiento, que le hacía gritar de dolor cada vez que rebotaba en las asperezas del camino. Además de lo que padeció el pie, reptar le arañó y desgarró las rodillas, los muslos y el vientre. Tiritando de dolor y de fiebre, Katsuro probó entonces a reptar por el otro lado del camino, cuyo borde tenían siempre encharcado las frecuentes crecidas del río y era más blando. Al principio lo alivió sentir que el frescor húmedo del barro le calmaba la quemazón de las heridas del cuerpo. Pero luego se encontró con una zona erosionada donde la ausencia de vegetación causaba bruscos desniveles en el terraplén arcilloso. Aunque lo obligasen a meterse en el río hasta que le cubriera la cara, a Katsuro no lo asustaban los desprendimientos visibles: lo peor acechaba en los tramos aparentemente llanos y compactos donde el Kusagawa había excavado grietas ocultas que estaban deseando desplomarse con su peso. Y eso fue lo que pasó, inmediatamente antes del recodo que formaba el río.

Una garza blanca, impávida, se quedó mirando cómo el hombre, pegajoso de barro y desfigurado por el dolor, se contorsionaba jadeante y luego, de repente, desaparecía en un chapoteo de lodo y agua.

Una de las manos se le quedó fuera del agua, arañando el aire, palpando desesperadamente el vacío en busca de un asidero cualquiera. Los dedos dieron por fin con lo que quedaba de la orilla y se aferraron al barro, donde se hundieron, pero la arcilla empapada se le escurrió entre las falanges y la mano volvió a caer, se mantuvo

un instante más tendida hacia el cielo y luego, con un movimiento casi grácil, sin una salpicadura, pareció disolverse en el río.

En ese preciso momento, a la garza blanca le vibró la glotis; pero no hay que interpretarlo como una muestra de compasión del ave para con el pescador, ni mucho menos, fue una pura coincidencia entre la muerte de un hombre y un reflejo de deglución de una zancuda grande con fama, por cierto, de traer mala suerte.

De estos hechos acontecidos en Shimaie el vigésimo cuarto día de la tercera luna, las setenta y tres familias del pueblo recordaban sobre todo que Miyuki había hecho gala de una reserva y una dignidad de las que nadie la hubiera creído capaz.

Las mujeres de los pescadores, de hecho, tenían fama de quejarse mucho. Cuando no despotricaban contra el marido o contra los intendentes, protestaban por la calidad del mimbre que, según ellas, iba empeorando año tras año, con el resultado de que el Kusagawa tardaba dos o tres veces menos que antes en desbaratar las artes de pesca, siendo así que en realidad lo que estaba en tela de juicio era la habilidad de estas mujeres para trenzar las nasas.

Sacaban de lo más hondo de la garganta voces llorosas para reprocharle al marido que la pesca había sido escasa, que siempre tenía la ropa húmeda y se pudría antes que la de los campesinos, que por los agujeros de las redes se escapaban las mejores presas. O se lamentaban de lo mucho que tardaban los intendentes imperiales en encargarse de carpas nuevas para repoblar los estanques de Heian-kyō.

Sin embargo, con quien deberían haberla tomado no era con los intendentes, sino única y exclusivamente con Katsuro, que proporcionaba peces de una longevidad incomparable; tanto es así que la Oficina de Estanques y Jardines se planteó concederle la dignidad de Superior de las Carpas; pero como este título no había existido nunca (al menos los secretarios de la Oficina no habían encontrado rastro de él en ningún documento oficial), Nagusa se desanimó al pensar en los trámites tan numerosos y complejos que requeriría que se ratificara la creación de un nuevo cargo honorífico; por otra parte, Katsuro no pedía nada, iba de templo en templo con las cubetas llenas de carpas, seleccionaba el estanque más atemperado, echaba en él a los peces, se quedaba unos días vigilando que se aclimatasen bien (sentado sin moverse en la orilla, como en Shimaie, con la diferencia de que aquí no estaba su mujer para llevarle arroz y ponerle por los hombros un manto de paja cuando refrescaba por la noche) y hacía recomendaciones sobre cómo alimentarlos y atraparlos sin que se asustaran para repartirlos por los demás estanques; si las carpas se asustaban, podían perder los reflejos de cuero charolado o bronce bruñido.

Camino de casa de Miyuki para comunicarle que Katsuro se había ahogado, los lugareños se esperaban una dolorosa escena. La pobre mujer se agarraría a ellos y lanzaría terribles imprecaciones contra los *kami* del río que le habían arrebatado a su marido, y contra Natsume y sus ediles que habían favorecido el comercio de carpas e incitado a Katsuro a capturar cada vez más peces y más fuertes y espléndidos; y puede que, en el colmo del dolor, Miyuki llegara incluso a maldecir al mismísimo emperador que exigía que sus piscinas siempre bullesen de carpas, siendo así que lo más seguro era que Su Majestad no se tomase nunca tiempo para solazarse a orillas de un estanque contemplando los peces, mientras se le metía en el agua la punta de la

manga de color ciruela y oro.

Pero no ocurrió nada de eso; Miyuki dejó que los lugareños dijeran todo lo que tenían que decir y le contaran cómo había muerto su marido; en fin, lo que sabían, muy poca cosa en realidad; y luego se limitó a ladear la cabeza como si le costara creer sus palabras.

Cuando terminaron, lanzó un grito ahogado y cayó al suelo.

Se desplomó de una forma muy curiosa, como si se enroscara sobre sí misma a medida que los hombros se iban acercando al suelo. Mientras tanto, el grito se quedaba suspendido en lo alto de la espiral descendente que iba siguiendo su cuerpo. Al cabo de una fracción de segundo, pues así de breve había sido el grito, de la boca de Miyuki ya no salía más que algo así como una exhalación casi inaudible. Y luego sonó el golpe seco y mate de la frente al chocar contra el suelo, como el ruido de un cuenco de madera que alguien suelta y cae desde arriba, vaciándose de su contenido.

Los pensamientos de Miyuki se desparramaron como los miles de granos de arroz que forman en el cuenco una bola compacta, tibia y aromática. Recoger esos granos uno a uno para volver a meterlos en el cuenco es una tarea demasiado engorrosa. Por eso, cuando ocurre esa clase de accidente, es mejor pasar la escoba o baldear el suelo. Eso fue, más o menos, lo que hizo el cerebro de la mujer desmayada: la fuerza del golpe mandó al infierno todos los granos de arroz que constituían la actividad consciente de Miyuki (memoria, emoción, percepción del mundo exterior, etcétera) y redujo su actividad a las meras funciones vitales.

Despojada de sensaciones, Miyuki yacía tranquilamente en la tierra batida. Los hombres la levantaron para echarla en la estera. Pesaba poco. Natsume se fijó en una mancha húmeda que se iba ensanchando por la ropa de Miyuki, a la altura del pubis. Al inclinarse sobre ella, reconoció el olor de la orina. Se preguntó si debía contárselo a los demás. Pero pensó que podría ser humillante para Miyuki. Y también recordó que la tela mojada de orina, al secarse, desprende un olor que recuerda al del pescado, y llegó a la conclusión de que nadie se sorprendería de que la ropa de la viuda de un pescador de carpas oliese un poco a pescado. Así que no dijo nada.

En plena noche, despertaron a Miyuki del embotamiento en el que se hallaba desde que se había desmayado los chasquidos secos que hacían los mercenarios (Natsume había reclutado a una decena para proteger Shimae de las posibles incursiones de los piratas chinos) al restallar en vacío la cuerda del arco como era costumbre en el Palacio Imperial, donde estaba prohibido subir la voz durante la noche y, por ende, pregonar las horas.

Resultaba que la hora del Jabalí daba paso a la de la Rata.^[5] Había luna llena, cuya luz fresca proyecta las sombras como si fueran grandes bloques de tinta negra y brillante: hubiérase dicho que el pincel acababa de extenderla.

Miyuki abrió los ojos. Enseguida vio el cuerpo de Katsuro que los pescadores

habían tumbado atravesado encima de una caja abierta para que escurriera, de forma tal que el agua fúnebre que seguía chorreándole de la ropa y el vello no manchara el suelo de tierra batida, una precaución inútil, puesto que desde el momento en que el cadáver de Katsuro había cruzado el umbral se daba por hecho que la impureza de la muerte había infectado toda la casa, los enseres (escasos como ya quedó dicho) que contenía, los animales (esencialmente unos patos que Katsuro trajo una vez del Kusagawa y habían tenido descendencia) y, sobre todo, a los lugareños, a los que habían traído sus restos y a los que iban a reunirse para el velatorio, al igual que a todos los que tuvieran que acudir a la casa durante los cuarenta y nueve días del período de luto.

La costumbre exigía que Miyuki pusiera a disposición de los visitantes un recipiente lleno de sal que pudieran echarse por encima para purificarse; pero ella no tenía ni la menor idea de qué recipiente sería el más apropiado (¿cuenco, escudilla, caldero?, ¿por qué no una hoja de loto ancha que recordara al río donde Katsuro se había dejado la vida?) y, de todas formas, casi no le quedaba sal y no tenía medios para comprar la necesaria para satisfacer las exigencias del ritual. Notó que la vida sin su marido iba a ser una serie de preguntas acuciantes a las que tendría que intentar responder sola. Enseguida se reprochó ese arrebató de egoísmo al pensar que la suerte que había corrido Katsuro no era más envidiable que la suya, al menos en esas primeras horas de su muerte que eran el período nebuloso en que las almas de los difuntos se empeñan en volver a la vida que han dejado y, al no conseguirlo, los embarga una intranquilidad rayana en la desesperación. Luego, todo dependía de cuál fuese la religión verdadera: si el camino hacia la verdad era sintoísta, Katsuro bajaría a la morada de los muertos, que, a imagen y semejanza del mundo de los vivos, tenía montañas, valles, campos y bosques, pero era infinitamente más oscura; allí, quizá, ocuparía el correspondiente lugar junto con los antepasados de la familia y velaría sobre Miyuki hasta que esta se reuniera con él; no era esa la peor hipótesis. Si la verdad era budista, el tiempo para andar errante entre la disolución de la vida anterior y la adopción de otra existencia sería bastante breve y Katsuro no padecería durante mucho tiempo la sensación desconcertante de haberse quedado sin su forma, su sustancia y sus sensaciones.

Alguien había llevado una pila de piedra llena de agua límpida junto con un cucharón de bambú para que Miyuki pudiera lavar y purificar el cadáver de su marido.

Al cabo de tres días, quemarían los restos del pescador de carpas en una pira construida en las afueras del pueblo. Retirarían los huesos de las brasas, empezando por los de los pies y terminando por la calavera, y los depositarían en la urna funeraria en ese mismo orden: así se le ahorra al difunto la incomodidad y el ridículo de acabar cabeza abajo. Luego se inscribiría el nombre póstumo de Katsuro

en una tablilla que Miyuki colocaría en la repisa de los espíritus. La urna permanecería cuarenta y nueve días en su casa, recibiría ofrendas de flores, de comida, de incienso y de luz, se harían libaciones en su honor, y por último la enterrarían y ya no quedaría ni rastro del pescador de carpas.

Miyuki acarició suavemente el cadáver de Katsuro, sin poder evitar preguntarle a media voz si el agua que le derramaba por la piel no estaba muy fría y si le estaba pasando la mano mojada por donde tanto le gustaba que lo tocasen; ya no podía guiarse, como antaño, por los gruñidos de satisfacción de su marido que le acotaban el recorrido de los dedos y la presión de las yemas.

El pescador, enfundado en barro, se asemejaba a una pieza de alfarería, a una tinaja alargada de arcilla cocida cuyas grietas se borraban y rellenaban bajo la palma húmeda de la mano que les daba masaje. Miyuki aprovechó que no la miraba nadie para, por última vez, apoyar los labios en la prolongada asta del sexo, que se había quedado extrañamente frío.

El sabor a tierra la sorprendió. Cuando estaba vivo, al madurar dentro de la boca de Miyuki, la verga de Katsuro sabía a pescado crudo, a brotes de bambú tiernos y tibios, y a almendras dulces cuando por fin liberaba sus jugos. Ahora, bajo la lengua de la joven viuda, aquel sexo estaba desabrido y lleno de limo como los estanques de los templos de Heian-kyō, cuando la Oficina de Estanques y Jardines los mandaba vaciar para mondarlos.

Miyuki había querido a ese hombre. No es que fuera un gran amante; pero ¿qué sabría ella, al fin y al cabo, si solo lo había conocido a él? La turbaba esa forma silenciosa que tenía de aparecer a sus espaldas para cogerla por los hombros, arañándole la piel con las uñas; el aliento enrollándosele en torno al cuello, con aquel olor algo fuerte a fruta madura y a cuero mal curtido; y la rodilla presionándole la parte inferior de la espalda para abrir la túnica y dejar al aire una zona de piel contra la que frotaba entonces el sexo como si formase, con la mano, rollitos de tortilla. No gozaba sin ella, pero sí antes que ella, y de forma distinta.

Cuando Katsuro se marchaba al río, Miyuki volvía a acostarse para revivir cada fase del simulacro de depredación por el que acababa de pasar —la aproximación callada, el salto, la captura, el desmembramiento, la manducación, la saciedad, la huida en la noche—: imaginarse que la había atacado un animal salvaje bastaba a menudo para satisfacerla; las aletas de la nariz se le ponían azules y le palpitaban; la respiración, acelerada, semejaba un silbido; el sudor brotaba como un rocío entre los pechos; la garganta se brindaba como para que la mordieran; soltaba un grito breve y ronco; parecía que la piel del rostro se le tensaba; se ahogaba; y, de pronto, llegaba la liberación; arqueaba levemente la espalda, le brotaba de los labios un prolongado silbido: esa era su forma de gozar, parecida al suave resbalar del Kusagawa por su lecho de hierbas mojadas.

Le pareció también que a su marido le había crecido el cuerpo. Quizá se debía, bien pensado, a la relajación de la muerte, aunque esa relajación no figurase entre los

nueve estados de transformación del cadáver que enseñaban los monjes.

Para velar el cadáver, Miyuki se disfrazó de ave: con el cuello estirado hacia delante y los brazos separados del cuerpo, anduvo por la habitación a pasos cortos y rápidos, describiendo círculos, y les hizo reverencias a las otras mujeres antes de ponerse a brincar de un lado a otro; soltó el grito penetrante «kroooh, kroooh, kroooh», el trompeteo gangoso de la grulla común, para ayudar al alma de Katsuro, el alma que supuestamente se comporta como un ave, a emprender el vuelo hacia *Takama-no-hara*, la alta llanura del cielo.

Katsuro, sin embargo, no creía ni en dioses ni en presagios. Nada le había impedido colocar las nasas cuando los demás pescadores se quedaban confinados en casa so pretexto de que era un día nefasto o tenían que respetar alguna prohibición religiosa. Katsuro solo consideraba prohibidas las violentas crecidas del Kusagawa, cuando las carpas se pegaban al lecho del río.

No era de esos hombres que hacen preguntas. Ni a sí mismo ni a nadie. A menudo decía que sí; algunas veces que no: pero prácticamente nunca preguntó ni dónde ni cuándo ni cómo ni por qué. Sin embargo, sí que debió de mostrar, en la primera infancia, la misma curiosidad que cualquier otro niño; pero, según fue creciendo, se convenció poco a poco de que no servía de nada estar al tanto de los entresijos de las cosas porque de todas formas no podía cambiar nada. Sus pensamientos se volvieron tan lisos como las rocas que emergían en la parte baja del río, y también herméticos al cansancio, al desánimo y a la apatía, emociones que a la larga desgastaban la energía de un pescador de carpas seguramente más que el agua que corroía poco a poco los derrubios a orillas del Kusagawa.

Katsuro nunca les había preguntado a los oráculos si tal o cual noche sería propicia para capturar carpas: estarían allí o no estarían; y nada más. Puede que el color y la forma de la luna tuviesen alguna influencia sobre el estado de ánimo de las mujeres, pero ninguna sobre la presencia de los peces ora aguas arriba ora aguas abajo del aliviadero de Shūzenji.

También Miyuki mostró indiferencia por los augurios, aunque hubo monjes tragones que fueron a verla para hacerle saber que su viaje no tenía buenos auspicios, cosa que afortunadamente podían enmendar metiendo en una bolsita de tela unas bandas de cáñamo en las que tenían pensado caligrafiarle el nombre de todos los santuarios con los que la joven iba a encontrarse durante el largo trayecto hacia los estanques de los templos de Heian-kyō. Aseguraban que era un poderoso talismán, tanto para la ida como para la vuelta. A Miyuki solo le costaría unos frascos de sake negro y una comida a base de *mochi*^[6] sazonado con una mezcla de sal y carne de locha, y con el aderezo de una generosa ración de pleurotus, que tenían fama de

alargar la vida.

No se trataba de un festín, solo era una buena comida como las que a menudo le había preparado a Katsuro; aun así, rechazó la oferta: no tenía intención de mermar el peculio que le había entregado Natsume en nombre de los lugareños, que le pagaban a Miyuki una cantidad a escote para cubrir el transporte y los primeros días de aclimatación de las carpas en los estanques sagrados. Después de esa última entrega, los lugareños elegirían seguramente a otro pescador para sustituir a Katsuro y era poco probable que el nuevo proveedor recurriera a Miyuki para llevar los peces a Heian-kyō; se encargaría de trasladarlos en persona, ya que el oficio solo resultaba rentable si abarcaba desde la pesca de las carpas hasta su liberación en los templos de la ciudad imperial.

Cuando volviera de Heian-kyō, Miyuki tendría, pues, que replantearse lo que hasta entonces había sido su vida.

Se convertiría en labradora sin tierra, la clase más desfavorecida de la sociedad rural. ¿Quién la mantendría entonces? ¿Tendría que alquilar sus brazos para machacar el mijo? ¿O iría a partirse los riñones al arrozal del hacendado Shigenobu, lo que, además de la ventaja de no tener que pagar la contribución territorial, brindaba, al parecer, la oportunidad de cazar de vez en cuando alguno de esos patos salvajes que a Shigenobu le gustaba que anidaran en sus tierras porque arrancaban las malas hierbas y se cebaban con los insectos parásitos del arroz? La única certeza que tenía Miyuki era que no se moriría de hambre: aguas arriba del aliviadero de Shūzenji, cubrían el Kusagawa durante un largo trecho ipomeas de hojas puntiagudas, que en la boca resultaban suaves y de sabor exquisito.

Si solo hubiera dependido de ella, se habría podido marchar inmediatamente; los peces que debía transportar ya abultaban bastante como para tener que preocuparse por coger más equipaje. Se llevaría solo una túnica tosca de fibra de glicinia, unos bocados de *narezushi*^[7] y unos pasteles de arroz que bastarían para alimentarla durante las horas de caminata. Al anochecer, así como los días de fuertes lluvias cuyo ambiente tormentoso podía poner verde el agua de las nasas, se detendría en cualquiera de las posadas que jalonaban el camino de Heian-kyō, en número creciente a partir de Totomi y de Mikawa.

Recordaba que a Katsuro le brillaban los ojos cuando hablaba de esas tabernas. Y que a veces incluso se reía. Tenía sus favoritas: la posada de Los Seis Cristales, la posada de La Primera Cosecha (cuyo nombre aludía a la recolección de los caquis, o al menos eso era lo que aseguraba Katsuro, pero entonces se le alteraba la voz y Miyuki prefería desviar la mirada: ¿acaso los amores jóvenes, aunque sean venales, no se cosechan también?), la posada de La Libélula Roja o la de Las Dos Lunas en el Agua.

Antes de salir de Shima, Miyuki tenía que prepararles a las carpas un entorno tan seguro como estuviera en su mano.

Para el trayecto hasta la ciudad imperial, la joven tenía previsto caminar tan cerca como pudiera de los cursos de agua, sin apartarse más que en caso de absoluta necesidad. Esa alternativa alargaba el viaje, pero garantizaba que podría cambiarles el agua a las carpas incluso aunque algún accidente imprevisible agujerease las nasas. De todas formas, por mucho que las impermeabilizara Miyuki, nada podía impedir que las nasas perdieran cierta cantidad de agua. Para darles la máxima estanqueidad y al mismo tiempo proporcionarles a las carpas la oscuridad que les gustaba para estar tranquilas, Katsuro solía calafatearlas con limo arcilloso y luego pegaba una tira de tela tanto por dentro como por fuera; y, por último, frotaba la tela con una generosa cantidad de arcilla que le bastaba amasar con las manos húmedas cuando el exceso de sol o de viento la agrietaba. Pero eso no le impedía al agua salpicar fuera de las nasas cuando las carpas, hartas de esas moradas estrechas e inestables, empezaban a rebullir o cuando un balanceo excesivo de la pértiga (para eso no había más que recobrase con demasiada prisa de un tropezón) ocasionaba olas que en algunos casos rebosaban.

Tras preparar las cubetas, Miyuki escogió las carpas que iba a meter en ellas. Empezó por elegir las que tenían las escamas dispuestas formando una malla uniforme y armoniosa, cuyo hocico, sin ser largo, no era ni corto ni rechoncho, cuyas aletas eran simétricas y cuyo color era completamente homogéneo del hocico a la cola. Tras esa primera selección, tomó dos carpas negras (una de un color negro metálico y brillante y otra de un tono negro de terciopelo mate) y dos peces de un amarillo bastante apagado, pero cuyo crecimiento y longevidad eran con frecuencia notables; después, dos ejemplares de color bronce intenso cuyo brillo recordaba un chorreón de miel parda; y completó el selecto conjunto con dos carpas casi sin escamas, que parecían enfundadas en cuero.

Para garantizarles el mayor espacio vital posible, Miyuki había decidido no llevar sino carpas relativamente pequeñas, carpas de dos veranos, de una longitud algo inferior a un *shaku*^[8] y cuyo peso rondase un *kin*.^[9]

Las pescó a mano, con tanta paciencia y habilidad como Katsuro, una captura que parecía una caricia.

Había esperado a que se hiciera de noche para quitarse la ropa y meterse en la alberca, encogiendo los dedos del pie como garfios pequeños para no resbalar en el fondo cenagoso. Como no sabía nadar, con el agua por la cintura corría el riesgo de ahogarse si se escurría y se caía. Al principio iba siguiendo prudentemente las orillas del vivero. Rizaba el agua negra con las rodillas, los muslos y el pubis, enturbiando el reflejo de la luna, que se escabullía a su paso. El agua estaba helada. La oscuridad le impedía ver los peces, pero notaba su presencia por el roce, por el latido leve de las

aletas contra sus piernas; le daba la impresión de caminar entre una bandada de mariposas frías.

Como se lo había visto hacer a su marido, se raspó el cuerpo con las uñas para que se le desprendieran de la piel partículas ínfimas que, al disolverse, tomarían las carpas por un componente natural del agua de la alberca; y así, poco a poco, los peces se familiarizaban con Katsuro, tanto que se acercaban por decisión propia para asentar el vientre en la mano de este, hecho que no dejaba de subyugar a los funcionarios de la Oficina de Estanques y Jardines.

Para que las carpas se acostumbrasen a lo exiguo del lugar en el que iban a vivir durante muchas lunas, Miyuki esperó tres días antes de ponerse en camino.

Comparaba aquel viaje a Heian-kyō con esos días de verano que comienzan con drapeados de neblinas que ocultan los perfiles del paisaje pero que el sol no tarda en disipar, al menos hasta que vuelven a aparecer en el cielo las nubes de tormenta a la hora del Perro.^[10] Desde que había muerto Katsuro, la joven vivía entre una niebla que apagaba los sonidos y deslavazaba los colores. Pero tenía el presentimiento de que esa opacidad se rasgaría en cuanto echase a andar y entonces vería el mundo como es en realidad, con sus aspectos positivos y sus cuevas abajo nefastas. Luego, ya entregados los peces, cuando se deslizasen por los estanques de los templos, se le volvería a espesar la vida y volvería a adueñarse de ella la oscuridad.

—¿Qué haces? —dijo una voz.

Alzó la vista. Natsume se había acercado y la estaba mirando.

—No me digas que te estás dando un baño —inquirió.

Miyuki le dijo que estaba amaestrando a los peces. En fin, que lo estaba intentando. Las carpas no iban a tener más punto de referencia que ella, tenía que habituarlas a su olor de mujer disuelto en el agua de las barquillas.

—No sé si vendrán —dijo Natsume, señalando la plaza del pueblo, vacía aún.

Aludía al ritual consistente en que los vecinos se agrupasen alrededor de Katsuro y lo acompañasen hasta la linde del bosque. Al llegar a ese punto, el pescador y los lugareños intercambiaban bendiciones y hacían votos para que Katsuro y sus carpas llegasen sanos y salvos a Heian-kyō y para que Katsuro regresara a Shimae sin que le robasen los pagarés que le habrían dado en la Oficina de Estanques y Jardines como retribución por los peces, pagarés de los que entregaría tres cuartas partes al pueblo antes de ir con Miyuki a cambiar el resto, en unos almacenes imperiales, por sacos de arroz, fardos de cáñamo y tejidos de seda.

Igual que una gallina ante un reguero de grano, Miyuki bajó repetidamente la cabeza, muy deprisa, sumando a esos picoteos una serie de grititos: ¡oh, oh, oh, oh!, y dijo que no se merecía que la escoltase nadie porque ni siquiera tenía la seguridad de llegar a la mitad del camino.

Si fracasaba, todo el pueblo quedaría deshonrado por no haber sido capaz de

surtir de peces los templos de Heian-kyō, y la Oficina de Estanques y Jardines no volvería a mandar emisarios para pedir que le enviaran carpas. Shimaie perdería no solo su reputación, sino también lo más saneado de los subsidios de los que vivían los vecinos. Desde luego, algunos superiores de templos aficionados a los peces ornamentales seguramente seguirían surtiéndose entre los pescadores de Shimaie, pero no podía compararse esa clientela de pocas pretensiones, unos monjes toscos, con aquella otra clientela, exigente pero muy refinada: la Oficina de Estanques y Jardines.

Poblar los estanques de Heian-kyō era un privilegio tal que los ribereños del estanque de Yumiike, del río Sumida o del río Shinano estaban acosando continuamente al director Nagusa para que recurriera a ellos en vez de recurrir sistemáticamente a los de Shimaie. A Miyuki le parecía estar oyendo los gruñidos de satisfacción de los pescadores de Koguriyama, de Asakusa o de Niigata al enterarse de la muerte de Katsuro.

—Por fin ¿cuántas carpas te llevas? —preguntó Natsume.

—Tengo cuatro barquillas y dos peces por barquilla, o sea, ocho carpas.

—¿No te había pedido que pusieras por lo menos veinte?

Como siempre que se enfadaba, la voz de Natsume parecía un gañido. Un grupito de gorriones salió volando ruidosamente de un bosquecillo cuando creyó oír a un zorro.

Miyuki le hizo una humilde reverencia y le explicó que cada una de las carpas precisaba mucha agua limpia. Veinte peces producirían una cantidad excesiva de deyecciones con las que podían envenenarse. Añadió que ocho era un número benéfico, símbolo de abundancia y riqueza.

—Pues tu marido sí que llevaba veinte, ¿o no? ¡Vamos, que no he dicho ese número al azar!

—Katsuro podía cargar con barquillas mucho mayores que las que voy a transportar yo. ¡Katsuro tenía tanta fuerza y tanta resistencia! —añadió con una sonrisa que le pasó inadvertida al jefe del pueblo porque la joven seguía inclinada y Natsume solo veía el surco de la nuca que las crenchas negras y brillantes dividían en dos.

Tras colocar una ofrenda de flores y de alimentos en el pequeño santuario que se erguía ante su casa y contenía unos cuantos recuerdos modestos de sus antepasados y de los de su marido, Miyuki se puso en equilibrio en el hombro izquierdo la larga pértiga de la que pendían los recipientes de mimbre, dos en cada extremo.

Alarmadas por el repentino balanceo que acusaba la palanca, las carpas empezaron a nadar en el acto en su cárcel portátil: nadaban en espiral, se despegaban del fondo, subían hacia la superficie y volvían al fondo. Bastaba con ese único movimiento, al incidir en el agua, para que vibrase la pértiga entera. De aquella pulsación parecían nacer dos notas musicales, una que procedía de la parte delantera de la vara de bambú y la otra de la parte trasera; en el momento en que coincidían en el punto preciso en que la pértiga cargaba el peso en el hombro de Miyuki, se

fusionaban en una única nota ideal.

La mínima alteración de esa onda daría la alarma, pues querría decir que la vara de bambú estaba resbalando de atrás hacia delante o a la inversa, y entonces Miyuki tendría que apresurarse para equilibrarla de nuevo.

Cruzó el pueblo, y Natsume iba a su lado con un trotecillo corto. Pese a que de los tejados de bálago subían en vertical unos hilillos de humo, las casas estaban cerradas y las callejuelas, vacías.

Con la mácula de la muerte de su marido, y por el hecho de no haber respetado escrupulosamente la prohibición que de ella se derivaba (habría debido quedarse treinta días encerrada en casa), era inevitable que Miyuki transmitiera esa impureza a todos cuantos se acercasen a ella. Por eso la joven viuda entendía que los lugareños hubieran preferido evitarla antes que tener que encerrarse varios días para purificarse de una mancha inexorable; y la que procedía de la muerte de un ser humano era una de las más serias.

—Suponiendo que los de la Oficina de Estanques y Jardines te paguen la cantidad que he acordado con sus enviados —empezó a decir Natsume— y con la condición de que las carpas que vas a entregarles estén allí tan relucientes, ágiles y airosas como aquí...

—No, no —interrumpió Miyuki—, ya te lo he dicho: no todos los peces llegarán en buen estado a Heiankyō. A lo mejor no puedo soltar ni uno en los estanques sagrados.

¿Acaso no perdía el propio Katsuro, pese a todo lo que las cuidaba, varias carpas en cada viaje? Bastaba con una tormenta para que el agua de las barquillas se enturbiase y soltara un olor fétido. Los peces se iban lo más hondo que podían, picoteando con los gruesos labios blandos el fondo de su cárcel como para abrirse paso entre las aguas corrompidas. Luego empezaban a flotar de costado y así era como morían.

A la salida del pueblo, Natsume, con el resuello demasiado perdido para poder seguir adelante, se sentó en el tocón de un árbol. Con el mismo ademán con que espantaba a las moscas, le hizo señas a Miyuki para que se fuera; pero a lo mejor, a fin de cuentas, se trataba de una bendición.

Después de dejar atrás la última casa, la que usaban como granero colectivo y que no tenía el tejado de bálago sino de corteza de ciprés, treinta y seis parcelas subdivididas en lotes pequeños trazaban un damero de casillas exiguas, todas de un verde más o menos intenso según se cultivara en ellas arroz, mijo u otros cereales. Natsume esperó a que la silueta de Miyuki llegase a la casilla trigésima sexta del damero y se esfumara entre la neblina que subía, enroscándose, de los canales de

drenaje; se levantó entonces del tocón y regresó al centro del pueblo clamando con voz ronca que la suerte estaba echada y que la viuda del pescador de carpas estaba en camino hacia Heian-kyō, valientemente aplomada en sus dos piernecillas y con el bambú de la larga pértiga devolviendo con cada balanceo los destellos blancos del sol naciente.

Pasaron, volando bajo, unos rascones, soltando ese grito que tanto se parece, hasta inducir a confusión, al de un lechón cuando lo degüellan.

3

Como todos los funcionarios de categoría, el director Nagusa Watanabe disfrutaba del privilegio de vivir en Susaku Oji, la avenida del Pájaro Rojo, la vía pública más reputada de Heian-kyō.

La entrada principal de su domicilio se abría en la esquina de las calles Tomi y Rakkaku, pero el conjunto de la propiedad —la casa y sus dependencias, el huerto y, sobre todo, el jardín con su alberca, que alimentaba un canal de derivación— daba a Susaku Oji. Merced a esa disposición, Nagusa se libraba del barullo de la gran avenida que dividía en dos lóbulos la ciudad imperial y de la nube de polvo ocre que la coronaba permanentemente.

La calzada del Pájaro Rojo tenía tres carriles, uno para los hombres, otro para el flujo de vehículos que iban calle arriba y calle abajo y otro reservado a las mujeres. Ahora bien, como su casa estaba del lado de las mujeres, a Nagusa no le quedaba a veces más remedio que esperar antes de poder cruzar y llegar al corredor del paseo de los hombres. Tal fue el caso la mañana en que tuvo que dejar pasar una lenta procesión de mujeres que iban, parloteando, a rendir homenaje a Ebisu, el dios-pepe, peludo, bárbaro y jubiloso. Y, después, el director de la Oficina de Estanques y Jardines tuvo que tomarse con paciencia un desfile interminable de carretas de bueyes que llevaba una escolta de alrededor de cincuenta jinetes.

Afortunadamente, Nagusa no tenía que andar mucho trecho por la avenida del Pájaro Rojo antes de entrar por la Suzakumon, la puerta sur, en el recinto monumental del Gran Palacio.

Además del Palacio Interior que albergaba el *dairi*, la residencia imperial, en el Gran Palacio, verdadera ciudad dentro de la ciudad, estaban reunidos los edificios ceremoniales y los administrativos que tenían que ver directamente con la persona del emperador, y entre ellos la Oficina de Estanques y Jardines, sita en un pabellón que se inspiraba en la arquitectura china: un zócalo de piedra con una escalera a cada lado sobre el que se alzaba una edificación de madera rodeada de pilares pintados de rojo y rematada con un tejado curvo cubierto de tejas vidriadas.

En realidad, la Oficina de Estanques y Jardines había dejado de existir oficialmente en 896, fecha en que, al igual que la Oficina del Aceite y la del Servicio de Mesa, había quedado incorporada a la Oficina de la Mesa del Emperador; pero habían mantenido el cargo de director que llevaba aparejado y, en el período de algo más de un siglo transcurrido desde la absorción de la Oficina, siempre había un funcionario de sexta clase mayor superior que seguía ejerciendo, sin compartirla con nadie, la soberanía sobre las flores, los huertos y las albercas.

Con su plétora de empleados —cuarenta cocineros y más del doble de pinches, de

recaderos y de mensajeros, sin olvidarnos de una divinidad específica, el dios de los fogones—, la Oficina de la Mesa del Emperador gozaba de una importancia y un prestigio considerables; pero aunque a veces requerían su presencia para preparar ofrendas destinadas a los santuarios, su gobernador no tenía la misma familiaridad de trato con los dioses que Nagusa: los estanques pertenecían al dominio sagrado de los templos y el director de la Oficina de Estanques y Jardines sí guardaba una estrecha y constante relación con los monjes budistas y sintoístas que servían a las divinidades.

Con un dolor de espalda que lo doblaba hacia delante y no cedía ni por mucho que recitase sutras ni con baños de ácoro aromático —solo en presencia del emperador conseguía el anciano enderezarse sin demasiadas muecas—, Nagusa cruzó por varios patinillos de arena blanca y de grava cuidadosamente rastrillada, salpicada de rocas grises por las que reptaba el musgo. Esos patinillos, unidos entre sí por pasajes cubiertos, se parecían y formaban algo así como un *cloisonné* intrincado: las paredes de adobe estaban construidas de forma tal que al llegar el sol al cénit no había ya, por deferencia al emperador, sombra alguna en el *dairi*, lo que proporcionaba a este la apariencia irreal de un palacio que flotase en el cielo deslumbrador.

Como entrar en el otoño quería decir que había que prepararse para días y, sobre todo, para noches de frío cada vez mayor, la oficina de Palacio estaba mandando colocar grandes *hibachi*^[11] que sirvieran para calentar —en realidad solo para desentumecer— el ambiente glacial que durante el invierno se adueñaría de los pabellones del Gran Palacio. Nagusa tenía que arrimarse continuamente a la pared para quitarse del paso no solo de los sirvientes que trasladaban los braseros, sino sobre todo de las nubes de ceniza y hollín que iban soltando al pasar.

Fue, pues, sacudiéndose el polvo con vehemencia como entró Nagusa en la primera de las tres estancias que le correspondían a la difunta, aunque aún en funcionamiento, Oficina de Estanques y Jardines.

Kusakabe Atsuhito, el más joven y entregado de los seis funcionarios que asistían a Nagusa, se puso de pie en el acto al tiempo que hacía una profunda reverencia, convirtiendo así un simple gesto de respeto en una figura de danza.

Fue durante un banquete nocturno que dio el emperador en el Pabellón de la Benevolencia y la Felicidad cuando a Nagusa lo conmovió el porte airoso de Kusakabe, quien, en un ballet, interpretó el papel de un pescador que encontraba una túnica de plumas de inefable esplendor que un ser celestial se había dejado olvidada en la rama de un pino de la playa de Miho; y Kusakabe Atsuhito había resultado mucho más grácil, más ardiente e incandescente que la bailarina que encarnaba a la princesa, tanto que Nagusa, por el amor que le tenía a la belleza en todas sus formas,

intrigó en el acto para que fuera su ayudante.

—Me avergüenzo de llegar tarde —dijo Nagusa—, pero se está poniendo difícil moverse por Heian-kyō. Cada vez más gente por las calles y cada vez menos caras conocidas; no cabe duda de que hay en la ciudad muchas personas que a saber de dónde vienen y que no pintan nada aquí, y tengo, desde luego, la intención de avisar a Su Majestad de esa circunstancia.

Era una forma de traer a colación que seguía teniendo el privilegio de poder acercarse al emperador. Kusakabe no omitió hacer una nueva reverencia.

—Hemos actuado lo mejor que hemos sabido mientras lo esperábamos, Nagusa-sensei.^[12] Pero ¡es una lástima que se haya perdido la visita del sacerdote del templo Rokkaku!

—¿El que vive en la chocita que está al final del estanque?

—Ese mismo —confirmó el joven funcionario—. Ha venido a quejarse a propósito de unas carpas que, por lo visto, la Oficina se comprometió a entregarle y a las que sigue sin verles la punta del hocico.

Kusakabe Atsuhito acompañó esas palabras con algo parecido a un mohín exagerado que, al imitar los labios abultados de las carpas, hizo reír a sus compañeros y turbó al director más de lo que este habría deseado.

—¿Cuándo regresaron nuestros emisarios del pueblo de Shimaie? —preguntó Nagusa; y como sus subordinados lo miraban fijamente sin contestar, los reprendió —: ¡Abrid los registros, vamos! ¡Consultadlos! ¡Buscad! ¡El santo hombre de la choza se merece una respuesta!

Para el director, la vida era un conjunto de partes que encajaban unas en otras igual que las puntadas de un tapiz. Si una de esas puntadas, aunque fuera mínima, se soltaba del cañamazo, el tapiz corría el gran peligro de deshacerse por completo. Esa forma de enfocar las cosas no le dejaba a Nagusa ni un momento de sosiego: dedicaba todo el tiempo a vigilar la trama y acechar el menor enganchón.

Kusakabe recorrió los cerrojos del secreter lateral de una cómoda de madera de olmo lacada. Sacó un rollo y lo desenrolló hasta dar con lo que buscaba.

—Aquí está —dijo—. Los tres emisarios volvieron a Heian-kyō en la primera luna del cuarto mes. El informe indica que al llegar a Shimaie se enteraron del fallecimiento de nuestro proveedor habitual de carpas, el pescador Katsuro; pero el jefe del pueblo se comprometió a que la viuda del tal Katsuro lo sustituyera y nos entregara los peces en un plazo razonable.

—¿Razonable? —destacó el director.

—Alrededor de treinta días, eso fue lo que propusieron los de Shimaie.

—¿La viuda dio su conformidad personalmente o fue el jefe del pueblo quien negoció en nombre suyo?

Kusakabe orientó el rollo hacia la luz del día y frunció las cejas como si le costase descifrar el texto; tal era el caso, por lo demás, pues el redactor del informe había separado demasiado los pelos de la punta del pincel: al llevarlo hasta el final de cada

uno de los caracteres se quedaba sin tinta y los trazos concluían en una red de líneas separadas del cuerpo central del carácter, cada vez más finas y cada vez más grises; la opulenta negrura de la caligrafía no se reanudaba hasta el carácter siguiente.

—No se dice en el rollo —constató Kusakabe, doblándose por la mitad, como si recayera en él la responsabilidad de aquella negligencia.

El director de la Oficina de Estanques y Jardines manifestó una desaprobación apenas disimulada; pero esta, por descontado, no se dirigía a Kusakabe, y clavó los ojos enojados en otro funcionario.

—¿Se sabe por lo menos cuántas carpas se supone que va a entregarnos la viuda de Katsuro?

—La petición de la Oficina se refería a unos veinte peces. Dos o tres ejemplares arriba o abajo, esa es la cantidad de carpas que el pescador soltaba en nuestros estanques en cada uno de sus viajes.

—Está claro que su mujer no podrá igualarlo. Debe de ser una anciana a la que ya no sostengan las piernas.

Tanto para dejar claro el desprecio que sentía por la viuda del pescador cuanto para que corriera el aire cargado que se había estancado en la habitación, Nagusa abrió y agitó el gran abanico que llevaba en el pliegue de la bata.

—En cuanto suelte sus míseras carpas —añadió— le haré saber que no tenemos intención de renovar nuestro compromiso con su pueblo.

—¿Debo preparar un documento en ese sentido, *sensei*?

El anciano asintió con la cabeza. Tratándose de la rescisión de un acuerdo comercial con unos campesinos demasiado ignorantes para haber sido conscientes en su vida de la importancia de la Oficina de Estanques y Jardines, Nagusa no tenía intención de andarse con unos miramientos que, en cualquier caso, aquella gente no iba a valorar. Así que especificó que no merecía la pena redactar la anulación del contrato en *washi*,^[13] que salía cada vez más caro, sobre todo desde que la manufactura instalada a orillas del río Shikugawa fabricaba nuevos tipos de papel con la corteza de la morera, con la que se conseguían superficies tan sedosas que las damas de honor de la corte imperial solo querían esos para redactar sus crónicas: una tablilla de madera bastaría para notificarle al pueblo de Shimae que la Oficina de Estanques y Jardines no precisaba ya de sus servicios.

—¿Será necesario darles las gracias por los servicios prestados anteriormente, *sensei*?

Nagusa Watanabe no respondió. Había estado a punto de encogerse de hombros; pero era innegable que le dolía demasiado la espalda, desde el coxis hasta los omóplatos.

Que el cuerpo lo traicionara lo irritaba tanto más cuanto que, cuando la luz caía de determinada manera, su cara podía aún prestar a engaño, gracias sobre todo al plumaje esponjoso del pelo blanquísimo y, bajo la media luna de los párpados, a la mirada en perpetuo movimiento, en la que residía una determinación febril que

rechazaba el cansancio y la astenia de la edad y se negaba a caer en ellos.

Ni la familia de Katsuro ni la de Miyuki, de la que por lo demás solo quedaban su hermano y sus tíos, pues el resto había sucumbido durante las cruentas incursiones de hordas rebeldes, eran lo suficientemente acomodadas para hacer frente a los gastos de una boda sintoísta: habría que hacer un donativo para el mantenimiento del santuario, pagar al sacerdote y a las *miko*^[14] de kimono blanco y pantalón escarlata, comprar las copas de laca roja en las que los esposos beberían el sake dorado y también una rama de sakaki con flores rosadas que quedaría luego en el altar para concluir el rito.

Katsuro y Miyuki eligieron, pues, casarse por «intrusión nocturna», una forma de unión tanto más extendida cuanto que salía gratis: bastaba con que el pretendiente se introdujera varias noches seguidas en el cuarto de su «novia» y copulase con ella para que la unión se convirtiera en oficial.

Tras asegurarse de que Miyuki no tenía ningún enamorado conocido, Katsuro trabó conversación con la joven so pretexto de un sueño que había tenido sobre una nasa pensada para capturar carpas. Hasta entonces, explicó, se contentaba con sumergir unos haces de leña entre cuyas ramas entrelazadas se colaban las carpas, muy aficionadas a los escondrijos. Pero quedaban tan pilladas en la trampa que, para liberarlas de esa cárcel, el joven tenía que desenredar los haces, ramita a ramita; y esas ramas menudas se disgregaban de pronto, se abrían en abanico y las carpas aprovechaban para escaparse.

Miyuki no había alcanzado a entender en qué podía afectarla a ella la agilidad de esos peces escurridizos y la frustración del pescador. Fue solo por cortesía por lo que se echó a reír tapándose la boca con las manos en forma de venera, como si nunca hubiera oído nada tan divertido como aquella historia de carpas empeñadas en recobrar la libertad.

Katsuro le expuso entonces la idea que se le había ocurrido: algo así como un embudo confeccionado con juncos flexibles y provisto de una especie de ventalla concebida de forma tal que los peces, una vez entraban, no podían ya volver a salir.

—Debería dar resultado —reconoció Miyuki, inclinándose sobre el plano que el joven pescador había dibujado en el polvo.

El pudor la obligaba a contener la admiración ante aquella trampa tan ingeniosa, pero no por ello dejaba de parecérselo.

—¡Ah, estoy seguro de lo que digo! —añadió Katsuro—. Pero trenzar ese tipo de nasa es una tarea que precisa de unos dedos finos y ágiles. Tú los tienes así. Por eso esperaba que a lo mejor aceptases hacerme tres nasas, digamos que dos pequeñas y una grande.

Katsuro tenía habilidad de sobra para trenzar él mismo los juncos, pero había dado con aquel pretexto: tener la seguridad de que el trabajo de Miyuki progresaba, para meterse de noche en su casa.

La desastrosa gestión de las finanzas públicas había traído consigo la desaparición

casi total del dinero, y el pueblo había recurrido a los canjes. Cambiaban sandalias de paja por arroz, sake por fajos de papel índigo, carne de gamo por sombrillas impermeabilizadas. Así que Katsuro, a cambio de las nasas que iba a confeccionarle, le propuso a Miyuki una peina de laca, nueve medidas de arroz y tres de los peces de mayor tamaño que le arrebatase al río Kusagawa. Miyuki aceptó sin titubear las condiciones de la oferta, pues aquella transacción le parecía claramente ventajosa para ella.

Se le aconsejaba al hombre que se disponía a llevar a cabo una intrusión nocturna que fuera casi desnudo cuando se colase en la casa donde descansaba la mujer con la que deseaba desposarse, y no para poner cuanto antes manos a la obra, sino para que no lo confundieran con un indeseable, pues, efectivamente, los ladrones procedían enfundados en varias capas de ropa para protegerse de eventuales palizas a estacazos.

En cambio, se le aconsejaba al amante que, como contrapartida a su desnudez, llevase oculta la cara con un paño para que no se le notase el apuro en caso de que, una vez dentro, la mujer deseada lo rechazase.

Y, finalmente, se le recomendaba que orinase en la parte baja de la puerta corrediza que separaba el cuarto de su amada del resto de la casa, para lubricar la ranura e impedir los chirridos.

Pero a Katsuro le daba igual que la puerta hiciera ruido: desde la muerte de sus padres, Miyuki vivía sola en algo así como una choza desvencijada y todo el mundo sabía cuánto esperaba una visita nocturna que le proporcionase el reconocimiento oficial de esposa legítima. Lejos de contar con una intrusión discreta, soñaba, antes bien, con unos tamborileros de *taiko* que hicieran remolinos con los palillos para golpear el parche blanco de sus tambores gigantes y anunciaran al pueblo dormido que Katsuro acababa de irrumpir a un tiempo en su casa y en su vida.

Todas las noches creía oír el redoblar intenso, potente y majestuoso de los tambores rituales acompañando los pasos del hombre que se acercaba para unirse a ella. Pero no eran sino los latidos de su corazón que tomaba por el redoble del *taiko* gigante.

El matrimonio por intrusión nocturna implicaba que algún pariente de la novia, casi siempre la madre o el hermano, estuviera en la entrada de la casa para informar al visitante de la disposición de la vivienda y proporcionarle un farol encendido para que se orientase. Pero, sabedor de que Miyuki no tenía ya ni hermano ni madre, Katsuro se presentó provisto de su propio farol, un modelo de hierro con motivos de pájaros. En cuanto a orientarse en la casa, le resultó tanto más fácil cuanto que la vivienda constaba solo de una sala pequeña con suelo de tierra batida; en un nivel más alto, una alcoba donde dormir, tabique por medio con un trastero que compartían

unas cuantas aves de corral y una pareja de cerdos.

Encontró a Miyuki arriba, sentada sobre sus talones en la alcoba tapizada con cortinas que no hacían juego: al no tener medios para conseguir una cantidad suficiente de tela igual, había tenido que conformarse con retales desparejados, unos lisos y otros estampados o bordados con motivos simbólicos.

Aunque no hiciera aún mucho calor, no llevaba aquella noche más que un liviano *yukata* blanco que tenía dibujadas con plantilla unas ramas de glicinia.

—Soy yo —dijo Katsuro prosternándose—. Yo, Nakamura Katsuro.

—Katsuro —repitió ella—. Tú que vienes de fuera, Katsuro, ¿sigue lloviendo?

Para saberlo le habría bastado con aguzar el oído. Pero ¿hablar de la lluvia no era acaso una buena forma de entrar en materia para dos personas que apenas se conocen?

Porque lo que sabía de Katsuro cabía en pocas palabras: casi le doblaba la edad, no había estado casado antes y vivía de su oficio de pescador, e incluso vivía bastante bien cuando la Oficina de Estanques y Jardines de la ciudad imperial le hacía un pedido de carpas, cosa que sucedía alrededor de dos o tres veces al año; en esas ocasiones disfrutaba de una ráfaga de consideración entre los vecinos de Shimaie, pues la economía del pueblo dependía en parte de surtir de peces ornamentales los templos de Heian-kyō.

—Ya no llueve —dijo Katsuro—. Pero se ha levantado niebla.

Chaparrón frío en tierra templada: tenía que ocurrir.

—Estoy avergonzada —cuchicheó Miyuki— de que no te haya recibido nadie de mi familia ni te hayan proporcionado un farol; has tenido que dar con el camino tú solo.

Estaba tan desconsolada como si Katsuro hubiese tenido que orientarse en una vivienda compuesta de un laberinto de corredores que dieran acceso a incontables habitaciones.

Él guiñó los ojos para verla mejor, ya que, por pudor, se había apartado del charco de luz amarillenta que salía del farol. Quiso cambiar la orientación de la luz, pero ella volvió a hurtar el rostro que enmarcaba la negrura brillante del pelo frotado de aceite, recogido y sujeto con un cordón rojo. Los párpados, no muy rasgados, dejaban que refulgieran completos el iris y la niña de los ojos entre unas pestañas cortas y ralas. Una femineidad pura e infantil le brotaba de la piel lisa y lozana que Miyuki se frotaba con excrementos de rruiseñor para tenerla más blanca.

Pasó entonces una ráfaga de viento y la luna, que estaba subiendo en el cielo, asomó de entre un cúmulo de nubes. Ahora iluminaba la alcoba. De un soplido, el pescador apagó el farol, innecesario ya, y se tendió junto a Miyuki.

Rebuscando por entre los pliegues del kimono de Katsuro, la joven dejó al aire zonas de piel que se puso a acariciar con la yema de los dedos, los labios y la lengua, y a barrer con los cabellos lisos y fríos como plumas de cuervo. Acercando la boca a las anchas bocamangas del *haori*^[15] que llevaba encima del kimono, asió con los

labios los dedos del pescador, se los mordisqueó y se los chupó, bañándolos en una saliva tan untuosa que se tornaron en el acto igual de resbaladizos que si los hubiera metido en una copa de miel, tanto que se vio incapaz de agarrar nada.

Y Miyuki se reía al comprobar que lo había dejado desarmado de una forma tan eficaz como si le hubiese atado las manos.

Katsuro empezó a gemir mientras se le formaba una protuberancia bajo la tela del kimono a la altura del sexo; y Miyuki agarró esa protuberancia y la hiñó, la bregó, la aplastó, la machacó. Con el manoseo, los testículos y la verga de Katsuro no formaron ya sino un único bulto que rodaba bajo la presión de la mano. A Miyuki le daba la impresión de estar palpando un monito que encogiera las patas.

El hombre basculó y se quedó bocabajo, liberando el sexo dolorido de la presión a que lo sometía la joven. Esta estiró entonces los brazos y se puso a reptar por encima del cuerpo de Katsuro, subiendo las manos por la espalda mientras los labios besaban sucesivamente las corvas, los muslos, la separación de las nalgas. A continuación, la boca se fue escurriendo a saltitos de vértebra en vértebra hasta el hoyo de la nuca, donde brotaba el sudor y se concentraba la emoción que se le extendía luego al pescador por todo el cuerpo.

Miyuki agarró a su amante por las orejas y lo obligó a ponerse de cara; sopló en los párpados cerrados y crispados para forzarlo a abrir los ojos; él cedió en parte, dejando ver dos rendijas de laca negra; ella, entonces, le introdujo la lengua por la nariz, metiéndole dentro insensiblemente un aroma fuerte, orgánico, salado; y él volvió a gemir con las manos presas, aplastadas bajo las rodillas de Miyuki.

Ella siguió reptando. Les tocó el turno a los pechos de rozarle la cara a Katsuro. Eran pequeños, redondos, carnosos, elásticos; brincaban por los obstáculos, la barbilla, la nariz y las cejas del pescador, abriéndole en el pelo surcos leves, igual que la carrera de las liebres por los campos de mijo.

Llegó luego, raspándole el pecho, el vello algo áspero, y el sexo de labios abiertos a medias que se le deslizó por el rostro al hombre, enviscándolo con ungüentos cálidos, pastosos y almizclados.

Él gimió por tercera vez, mientras Miyuki, a quien se le había salido del peinado un mechón —lo agarró y lo sujetó con los dientes, como hacen las cortesanas—, separaba más los muslos y se empalaba en la nariz de Katsuro. Al contacto de aquel pistilo de carne tibia, brotaron de los labios menores del sexo de la joven unas lágrimas de ciprina que le resbalaron al pescador por las mejillas y se le quedaron enganchadas en el pelo de la barba; se le cubrió la cara de estrellas y empezó a resplandecer como cuando cruzaba la cortina de espuma del aliviadero de Shūzenji.

Pasado un rato se lavaron el mador, se refregaron, se purificaron duchándose con cubos de agua puesta a entibiar encima de las cenizas calientes del hogar, frotándose mutuamente con piedras pómez; se les enrojecía la piel y se reían.

Inmediatamente antes del amanecer, como lo disponía la costumbre, Katsuro salió de casa de Miyuki.

Varias noches seguidas, sin que se enterasen los lugareños, el pescador entró en casa de la joven. La colmaba de caricias, que ella le devolvía. Miyuki era experta en los tocamientos con boca y lengua, y todos los dedos de Katsuro parecían dotados de una vida propia y prodigiosa a fuerza de anudar sedales. Luego se esfumaba sin que lo hubiera visto nadie.

Hasta el día en que el aspecto macilento, los ojos enrojecidos, los gestos más lentos y la propensión a quedarse dormido en cualquier parte y a cualquier hora pusieron sobre aviso a otros pescadores que se lo refirieron a Natsume.

Tras hacerle una reverencia al jefe del pueblo, Yagoro, el señor de los esturiones que pululaban en los ríos desde hacía ciento cuarenta millones de años, de la misma forma que Katsuro era el señor de las carpas, tomó la palabra:

—*Se ha convertido en algo así como un espectro —se lamentó—. Tiene la piel cada vez más cenicienta y la parte de debajo de los ojos carmesí como una ciruela; y, cuando te lo encuentras por la mañana, el aliento fuerte como el de un hombre con la boca seca, un hombre agotado al que no le queda sustancia dentro.*

—Los espectros son la parte oscura de nuestra alma —comentó Natsume—. A lo mejor es por eso por lo que esta se esconde en el *shirikodama*.^[16] allí están a sus anchas los fantasmas, entre la oscuridad y la pestilencia.

—Por lo que a mí se refiere —dijo Akinaru, el mejor pescador de anguilas de toda la cuenca del Kusagawa—, nunca he sido capaz de encontrarme el *shirikodama*. No tengo absolutamente nada en ese sitio, solo un agujero apestoso.

—Pero no creo que Katsuro se haya convertido en espectro —siguió diciendo Natsume, sin que le importasen nada las desavenencias de Akinaru y su *shirikodama*.

—¿Ah, no? —dijo Yagoro—. ¿Entonces cómo explicas que haya cambiado tanto y, sobre todo, tan deprisa?

—Lo que dura una luna apenas —remachó Akinaru.

—¿Alguno de vosotros lo ha seguido? —inquirió Natsume.

—¿Seguirlo adónde? Si puede decirse que no ha salido de casa desde que el Kusagawa va crecido y está lleno de barro; a las carpas no les gusta, y a Katsuro tampoco.

—¿Y por la noche?

—¿Por la noche?

—¡Pues sí! —dijo Natsume guiñando los ojos con expresión maliciosa—. Supón que Katsuro esté enamorado.

Akinaru y Yagoro cruzaron una mirada. Los dos eran ya hombres ancianos. Hacía mucho que no se acordaban del amor. A la tercera esposa de Yagoro la habían raptado unos piratas durante una incursión; y a Akinaru lo dejó sin pene el mordisco de un

siluro. No se les había pasado por las mientes que Katsuro pudiera andar por ahí de noche buscando una mujer en celo; y les siguió pareciendo estrambótico incluso después de que hubiera formulado esa idea el jefe del pueblo.

A falta de celebrarse según el ritual sintoísta y dar pie a festividades varias, el matrimonio de Katsuro y Miyuki lo validaron, sencillamente, el conjunto de los vecinos de Shima.

Miyuki no aportó dote alguna; pero, obedeciendo a la costumbre, quedó a su cargo atender a Katsuro; a partir de ese momento, fue ella quien le proporcionó ropas, le preparó las comidas, cultivó las dos parcelas del arrozal y se encargó del cuidado de sus aparejos de pesca.

El bosque empezó enseguida. Las volutas grises de la niebla matutina se enganchaban en las zarzas y en los arbustos, cuyas ramillas, salpicadas de flores blancas como la cera, recordaban unos parterres de velitas votivas. Se oía el ruido furtivo de los gamos que andaban en la penumbra y el rechinar de sus dientes en las cortezas que roían directamente del tronco de los fresnos.

El sol naciente se dividía en olas tibias que le acariciaban la nuca y los hombros a Miyuki.

El sendero por el que iba la joven, de tierra color ceniza, formaba como un terraplén largo y algo por encima del nivel de una cicatriz sinuosa, sin duda el lecho de un antiguo arroyo con el que había podido la sequía del verano. Curiosamente, aunque no hubiera agua, muchas libélulas jugueteaban a capricho sobre las colonias de bambúes enanos, lo cual era señal de que quizá debajo de algunas piedras quedaban charcos residuales.

Unas raíces nudosas hilvanaban toscamente el sendero entre ambas orillas del extinto arroyo. Temiendo trabarse los pies y perder el equilibrio, Miyuki avanzaba a pasitos, con la vista clavada en los desniveles y la cabeza gacha, con el cuerpo doblado por la mitad como aquel condenado a llevar una canga que cruzó una vez por Shimae con el cuello atrapado en la pesada tabla que le impedía echarse y llevarse las manos a la cara, en la que le pululaban las moscas a las que atraían sus ojos llorosos. Miyuki fue una de las mujeres compasivas que le metieron bolitas de arroz en la boca hambrienta de la que chorreaba una espuma fétida.

Aunque ya no podía decir de sí misma que era la mujer de Katsuro, Miyuki, al menos, seguía siendo una mujer de Shimae. Con esa identidad iba a seguir viviendo, tanto en el ámbito social como en el privado.

Y de la misma forma que había cumplido escrupulosamente con todo lo prescrito para garantizar la llegada de Katsuro al otro mundo, así esperaba que los vecinos de Shimae, cuando le llegase a ella el turno de morir, aplazaran sus tareas para celebrar el ritual de los muertos y acompañarla hasta las lindes del Más Allá, cuya existencia real no les importaba mucho más de lo que preocupaba a Miyuki.

Pero ahora el hilo delgado e invisible que unía aún a Miyuki con Shimae se volvía cada vez más delgado y más frágil a medida que todos los pasos que daba alejaban a la joven de su pueblo. Acababa de emprender el viaje y, no obstante, le parecía que algunos de los rasgos de Shimae se le iban borrando ya de la memoria. La diversidad de tonos, sobre todo, se iba difuminando y cediendo el sitio a amplias superficies monocromas y de un color plano, como si las imágenes de su pasado inmediato las asfixiasen unas nieblas reptantes que unas coladas de arenas movedizas corroían. El olor verde y húmedo de los arrozales, un fresco olor de vegetal mojado y de tierra

saturada de agua, y ese otro, algodónoso y guateado, del vapor del arroz cocido que salía como un vaho de las casas, el humo gris que ascendía desde las bostas, el rojo charolado de los prunos tras la lluvia de otoño: podía identificarlos y describirlos, pero no eran ya para ella sino evocaciones inmateriales, simulacros.

Lo que aún permanecía de Katsuro —su aliento, su alma, su fantasma— ¿era acaso responsable de ese entumecimiento de la memoria de Miyuki? ¿Creía acaso protegerla así contra una especie de nostalgia que podría hacerle correr el riesgo de perder la combatividad que necesitaba para llevar las carpas hasta los estanques de los templos de Heian-kyō?

Ya fuera en público, ya fuera en la intimidad, Katsuro siempre había procurado hablar y actuar por los dos. De forma tal que la vida de Miyuki se había resumido en esperar al hombre que se había casado con ella. Como la mayoría de las mujeres de Shimaie, madrugaba para llevar a cabo las faenas domésticas que la tenían ocupada hasta la hora del Caballo.^[17] Luego se dedicaba al vivero, atendiendo y dando de comer a las carpas que criaba Katsuro y reparando las zonas de la alberca que se deterioraban por un exceso de sol o de frío.

Los días de mucho calor, le permitía al pequeño Hakuba, el hijo del alfarero, que fuera a refrescarse a la alberca; a cambio, el muchacho traía una arcilla particularmente elástica y de buen cuerpo y la extendía por las paredes del vivero para que fuera aún más estanco. Hakuba era todavía demasiado endeble para habérselas con el Kusagawa, pero lo a gusto que estaba entre los peces de la alberca y los ademanes con que les hacía zalamerías y caricias habían conquistado a Katsuro, quien veía en él un posible sucesor, siempre y cuando la Oficina de Estanques y Jardines siguiera siendo su cliente. Día llegaría en que las manos de Hakuba fueran lo bastante grandes y con dedos suficientemente largos para doblarlos alrededor del cuerpo de una carpa y trasladarla con suavidad de un entorno a otro. Ese día, Katsuro le daría a beber la primera copa de sake, y el pescador y su mujer se acabarían la frasca hablando del joven Hakuba como si fuera hijo suyo.

Al caer la tarde, Miyuki se sentaba en los talones en el umbral de su casa, con la vista clavada en el extremo de la calle por el que Katsuro llegaba, subiendo desde el río.

En cuanto reconocía la silueta de su marido, sus andares flexibles como los de un animal que le permitían llevar las cestas llenas de peces en perfecto equilibrio, Miyuki se incorporaba, se sacudía el polvo que había aprovechado ese largo rato de inmovilidad para depositársele en la ropa y dejaba, de entrada, que se le separasen los labios en una amplia y alegre sonrisa; y luego la estrechaba (no habría sido decoroso enseñar en pleno pueblo los dientes y las encías) y se contentaba con brindar a Katsuro la visión de su boca apenas entreabierta, pero apetecible como una fruta tierna y jugosa.

Los primeros días fueron agotadores. El bosque empapado y la vegetación embarullada y prieta por la que Miyuki penaba durante el día dificultaban mucho el avance, a lo que se sumaba la palanca que le machacaba los hombros. La magulladura era tanto más penosa de soportar cuanto que las oscilaciones de la larga vara de bambú eran imprevisibles: incluso cuando la joven creía que por fin había equilibrado la carga y aliviado la presión de los hombros y la nuca, tenía que adoptar una nueva postura para subir un repecho o, al contrario, ir siguiendo un desnivel frenando con los talones. Como el balanceo de las nasas y el juego de la gravedad inclinaban la pértiga hacia delante o hacia atrás, los nudos del bambú le arañaban la cara hasta hacerle sangre.

Iba caminando así hasta que la visibilidad menguaba tanto que los árboles que la rodeaban se confundían formando una muralla oscura y sin resquicios.

Cuando la oscuridad se adueñaba del sotobosque y le ocultaba los posibles obstáculos, Miyuki notaba cada vez más ansiedad al pensar en que podría tropezar, caerse y perder a los peces. Las carpas brillaban lo suficiente como para que pudiera albergar la esperanza de localizarlas si se retorcían por el mantillo, pero ¿para qué devolverlas a las barquillas si estas, al caer, se habían quedado sin agua?

Lo único que podría hacer ya la joven sería abreviar su agonía.

Cuando no le quedaba más remedio, por un motivo u otro, que rematar a una de las carpas, y mientras no fuera demasiado grande, Katsuro le metía un dedo por la boca y empujaba dando un golpe seco, con lo que al pez se le partía la nuca en el acto. Pero Miyuki no tenía la seguridad de darse la misma maña que su marido, y eso sin contar con que no tenía los dedos tan largos como Katsuro. Se dijo que más le valía tener cuidado de que no se le metieran las *geta*^[18] en el agujero de alguna madriguera de *tanuki*^[19] o entre dos raíces agazapadas en la oscuridad.

Mientras caminaba levantando mucho las rodillas para pasar por encima de obstáculos que, seguramente, no existían sino en su imaginación, las carpas despertaron a su vida nocturna.

A fuerza de observarlas, tanto en su espacio natural como en cautividad, Katsuro había aprendido mucho acerca de su forma de comportarse y le había transmitido esos conocimientos a Miyuki. Esta sabía que aquellos peces comían de preferencia al crepúsculo. Partidaria de la ley del mínimo esfuerzo, la carpa se ceba con presas animales o vegetales que desentierra revolviendo el lodo que tiene precisamente a la altura del hocico; pero es demasiado flemática para perseguir la pupa de insecto o el alga diminuta que un respingo de la corriente acaba de alejarle de los bigotes; más vale lombriz en boca que ciento volando, palabra de carpa.

De los árboles cuya corteza rozaba Miyuki al escurrirse entre ellos caía una gran cantidad de larvas minúsculas de insectos xilófagos que, tras ahogarse, se amontonaban en el fondo de las barquillas. No podían soñar las carpas con menú más

apetitoso, tanto más cuanto que Miyuki lo mejoraba desmenuzando en el agua espinacas y hojas de nenúfar que había escalfado antes de salir de Shimae y añadiendo ajo recién molido, pues a Katsuro le había parecido observar que incrementaba la vitalidad y resistencia de sus peces.

Meneando los bigotes y con el hocico metido en el cieno con el que la joven había guarnecido generosamente las barquillas, los peces se estaban dando un banquete. Miyuki no podía verlos, pero notaba cómo vibraba el bambú con sus topetazos y oía el ruido del agua que rizaba el veloz ondular de las aletas pectorales y el movimiento pendular, más mesurado, de las colas con los radios ampliamente desplegados.

Mientras el crepúsculo se iba oscureciendo y empezaba a llover, Miyuki le dedicó la alegría de las carpas a la memoria de Katsuro.

Era noche cerrada cuando la mujer del pescador salió por fin del bosque.

Tenía delante una extensión alfombrada de agujas de pino, de tiras de corteza, de musgo seco, de sedimentos de un gris azulado que prestaba a aquella explanada cierto parecido con una zona de marea baja.

Nada más abandonar la joven la protección de los elevados árboles sintió la agresión directa del aguacero. Parecía que este la había tomado con ella, pues, por lo que podía apreciar con la lluvia inundándole los ojos, el diluvio no era tan violento un paso por delante de ella; pero bastaba con que Miyuki diera ese paso para que fuera a más la intensidad del chubasco y este siguiera en vertical encima de ella, flagelándole la nuca con sus tentáculos de agua gélida.

Al alterarlos el tamborileo de la lluvia y las ráfagas de viento que encrespaban el agua de sus cárceles, los peces se apiñaron en el delgado fondo de cieno. Tendidos costado con costado, giraban los grandes ojos de iris amarillos salpicados de puntos negros, claramente contrariados por tener que suspender el banquete; faltaban tres días para la luna nueva, que es el período en que las carpas son más tragonas.

Tras subir un repecho, Miyuki divisó a la derecha, pasada una hilera de cornizos, una casita gris de madera cuyo tejado, de abultados haces de paja de arroz, salpicaban los iris silvestres, los sedums y algunas matas de festucas. Tras las escasas ventanas de papel traslúcido latían las luces amarillas de las lámparas de aceite.

La Cabaña de la Justa Retribución —tal era el nombre del establecimiento— ¿sería una de las posadas predilectas de Katsuro?

Miyuki había albergado la esperanza de parar en alguna posada donde el pescador hubiera dejado el buen recuerdo suficiente como para que el dueño, que con frecuencia solía ser también el administrador de algún monasterio cercano

(precisamente se oía sonar una campana entre la neblina), fuera lo bastante caritativo para ofrecerle a la joven viuda un cuenco de arroz y una noche sin humedad y bajo techado.

Y aunque el hecho de que Katsuro hubiera sido cliente no le proporcionara privilegio alguno, a la joven le habría parecido un feliz presagio pasar unas cuantas horas en una posada donde su marido había comido, donde había dormido, donde a lo mejor se había reído durante el sueño: el pescador soñaba a veces que podía volar, le bastaba con extender los brazos para notar en las manos la resistencia elástica del aire, y entonces lo único que le quedaba ya por hacer era apoyarse en él para elevarse por encima del mundo y propulsarse de tejado en tejado en un estado perfecto de satisfacción; y reía como un niño.

Para llegar a la Cabaña de la Justa Retribución, Miyuki tuvo que meterse por un camino hundido y escurridizo que circunvalaba un estanque ancho abarrotado de lotos. Unas cuantas barcas amarradas a grandes piedras permitían cruzar directamente, pero Miyuki no se consideraba capaz de maniobrar entre esos lotos que cubrían toda la superficie del agua. ¿Qué sucedería si se le enganchaba la pértiga en la madeja de sus raíces carnosas y ramificadas, enredadas entre sí? ¿Y si las carpas, al notar el olor dulzón y reptante del estanque, rebullían tanto que saltaban fuera de las barquillas? Aquella extensión de agua, glauca a la luz del día, se había vuelto oscura al llegar la noche y ahora era vidriosa, negra y densa como tinta de caligrafiar.

Al igual que la mayoría de las posadas, la Cabaña de la Justa Retribución era larga y estrecha, con la parte dedicada a la actividad comercial delante y las habitaciones agrupadas en la parte de atrás.

En el centro del corredor que la cruzaba de punta a punta, la cocina era la materialización de la bisagra entre esos dos territorios. Dos mujeres se afanaban en ella preparando lo necesario para dar de cenar a los viajeros a los que la posada daría albergue aquella noche. Salieron al umbral de sus cobertizos para ver qué traía Miyuki. Al descubrir las carpas, empezaron a rebullir soltando algo así como unos ladriditos y la de más edad agarró un cuchillo e hizo como que lo afilaba en una piedra azul.

—No, no —se interpuso con vehemencia Miyuki—; no debéis tocarlas; el destino de estos peces no es que se los coman. Los llevo a Heian-kyō para ornamento de los estanques de los templos. Viajo por cuenta del director Nagusa-sensei, de la Oficina de Estanques y Jardines.

Al pronunciar el nombre de Nagusa, Miyuki hizo una reverencia tan profunda como se lo permitía el estorbo de la larga pértiga de bambú. La cocinera y su pinche hicieron lo mismo.

—Me acuerdo de haber preparado antes algo de comer (unas setas, lo recuerdo perfectamente) para un hombre que también llevaba unos peces a los templos de la ciudad imperial.

—Era mi marido —adivinó Miyuki—. Era Katsuro.

Su deseo se había cumplido. El azar la había conducido hasta aquella posada donde Katsuro había descansado. A lo mejor sus sueños andaban aún por allí.

Un manantial de agua caliente brotaba bajo la posada. El agua humeante llenaba un pilón natural antes de correr, cruzando una barrera de rocas volcánicas, hasta desembocar en un torrente que fluía por un cauce paralelo a la alberca. Varios monjes se habían metido ya en el agua caliente, con los rostros redondos e inexpresivos vueltos hacia el jardín de la posada.

Akiyoshi Sadako, la *okamisan*^[20] responsable del lugar, no dejó de proponer a Miyuki que se sumase a los religiosos y descansara de las fatigas del viaje tomando un baño.

Pese al bienestar que le habría proporcionado, Miyuki rechazó la oferta: la visión de la anciana cocinera afilando el cuchillo y mirando de reojo las barquillas bastaba para convencerla de que, mientras durase el viaje, valía más que no se separara de las carpas bajo ningún pretexto.

Como se había enterado de que unos piratas andaban por la comarca, la administradora sugirió a Miyuki que se uniera a los religiosos, que tenían pensado salir de la posada muy temprano al día siguiente para ir a la isla de Enoshima.

—Puedes viajar bajo su protección hasta la desembocadura del Katasegawa, donde tomarás la dirección de Heian-kyō. Entonces no tienes más que unirme a algún grupo de peregrinos.

—Los monjes esperarán que les pague un óbolo por haberme dado escolta. Pero solo tengo un poco de arroz en salmuera para que me lleguen las fuerzas para cargar con la palanca hasta el final del viaje.

—Ah, estoy segura de que aceptarían que los retribuyeras con... bueno, por encima de todo son hombres y... seguramente ya entiendes lo que quiero decir...

Con los labios un poco entreabiertos, Miyuki miraba fijamente a la *okamisan*.

—¿No eres majadora de arroz? —inquirió esta.

Y, al seguir Miyuki callada, añadió, soltando una risa discreta:

—¿De verdad no sabes qué es una majadora de arroz?

—Pues claro que lo sé —se encrespó Miyuki—. Tenemos arrozales en Shimaie y mucho arroz, muy sabroso; y aunque me dedico más, quiero decir que me *dedicaba*, a lo que pescaba mi marido, a que estuviera limpia la alberca, a ocuparme de los peces, he majado arroz muchas veces. Y nunca les he ocultado los sobacos a las otras

mujeres —añadió para decir que se esforzaba lo que fuera menester al levantar bien arriba el mazo del mortero, lo suficiente para enseñar la parte de debajo de los brazos.

—Aquí —la enmendó la administradora—, las majadoras no descascarillan el arroz. En realidad, el arroz no tiene nada que ver con el trabajo que hacen. Si las llamamos así es porque la tarea consiste en hacer que les resbalen entre las manos juntas ciertos tallos de carne que, de algún modo, pueden recordar a mazos de mortero...

Akiyoshi Sadako se interrumpió para sonreír, bajando púdicamente los párpados.

También Miyuki cerró los ojos, preguntándose si los dedos de alguna majadora de arroz habrían tocado, mimado, amasado el sexo turgente y abrasador de Katsuro. Claro que sí, pensó. Cuando volvía de la ciudad imperial, llevaba lo suficiente para retribuir generosamente a unas cuantas majadoras de arroz durante varias noches seguidas. La Cabaña de la Justa Retribución tenía el nombre bien puesto.

—¿Qué? ¿Me has entendido ya?

—Sí, sí —susurró Miyuki—. Sí, pero...

—... pero no eres una prostituta de esas, claro. Una lástima, porque en tal caso te recibirían estupendamente. Yo misma no te habría cobrado nada por la noche que vas a pasar bajo este techo.

Akiyoshi Sadako condujo a Miyuki por todo un universo de rejas y de vallas de madera, de papel aceitado, de cortinas, de persianas echadas tras las que se oía crepitar la lluvia en el jardín y, en el intervalo entre dos chaparrones, el canto de los grillos.

Miyuki iba pisando por donde pisaban los pies de la *okamisan*, que trotaban raudos, pendiente de no derramar ni una gota del agua de las barquillas.

Hubo un momento en que, al cruzar un umbral, tropezó con algo blando. Era un vestido de muchacha, un *kazami* de seda cruda, hecho un ovillo como un animalito exhausto. A Miyuki se le trabaron en él las *geta* como si, tras haber restallado con sonido fuerte y claro por un pavimento, se empantanasen de repente en un hoyo arcilloso. La joven, al irse de bruces hacia delante, se aferró instintivamente a la palanca y le dio un impulso que hizo que oscilasen las cubetas. Una carpa ascendía a la superficie en ese momento. El balanceo del agua la arrastró, pasó por encima del borde del recipiente y cayó en la tarima con un ruido fofu tras el que vino en el acto un tamborileo desquiciado: el pez, aterrado, golpeaba el suelo con la parte posterior del cuerpo, intentando conseguir el impulso necesario para dar un salto de suficiente altura con que volver a la barquilla.

Luego la carpa se quedó tiesa y dejó de luchar.

—No —gimió Miyuki—. ¡No te mueras, te lo ruego, te lo pido por Ebisu, el dios de los pescadores!

—Ebisu abraza con fuerza una dorada —recordó la administradora—. O, a veces, un atún; otras, un bacalao o una lubina; pero, y no es que pretenda desanimarte, nunca he oído decir que ese gordinflón de Ebisu pudiera sentir interés por una carpa.

A Miyuki se le volvieron las pupilas tenebrosas y húmedas, como dos desesperados pececillos negros.

—No llores —siguió diciendo la *okamisan*—; no hay nada perdido todavía. Pero Ebisu, además de gordo, tiene fama de estar sordo de ambos oídos, así que hay que meter bastante escándalo si queremos que reaccione.

Y Akiyoshi Sadako empezó a golpear violentamente el suelo con las *geta*.

¿Fue la trepidación de la tarima lo que persuadió a Ebisu? El caso es que la vibración de las tablillas de roble sacó a la carpa del letargo mortal en que se estaba sumiendo. Volvió a arquear el cuerpo y a dar golpes con la cola y con las aletas. Miyuki, en el acto, formó una concha con las manos y las metió bajo el vientre del pez, alzándolo para depositarlo con delicadeza en el lecho de arcilla húmeda que había en el fondo de la barquilla.

—¿Las carpas cierran los ojos para dormir? —preguntó Akiyoshi Sadako.

Miyuki soltó una risita. Le había dado muchas vueltas a esa pregunta al principio de su matrimonio con Katsuro. Habría podido preguntárselo a él, que sin duda le habría contado de buen grado cuanto sabía de las carpas, pero le había entrado miedo de que la viera como a una de esas mujeres bobas que no saben nada de las cosas de la vida; también es cierto que las carpas no puede decirse con propiedad que formen parte de las cosas de la vida, al menos de las cosas corrientes, y hay miles y miles de personas que mueren sin haber visto nunca ni uno solo de esos peces, sin haber descifrado siquiera las pinceladas con las que se escribe su nombre, pero el pescador Katsuro no era como esos miles y miles de personas, nada le resultaba más familiar que las carpas, hasta el punto de que a veces le daba la impresión de que el corazón que le latía en el pecho debía de tener la forma, el volumen y la carne de uno de esos peces.

Miyuki se acordaba de las noches de Shimaie, cuando se pasaba horas acurrucada a la orilla de la alberca, aprovechando los reflejos de la luna para observar a las carpas que flotaban entre dos aguas.

—En verdad, *Sadako-san*, estos peces no tienen párpados, así que ¿cómo iban a poder cerrar los ojos?

Ella sí que tenía párpados, y cada vez le pesaban más. Se bebió una sopa de *taro*^[21] muy caliente mientras la *okamisan* colocaba un colchón de paja en el suelo del dormitorio de las mujeres, una habitación donde los ruidos sonaban amortiguados y cuya superficie achicaba deliberadamente la disposición de livianos tabiques corredizos.

—Te propongo que duermas debajo de la ventana —dijo Akiyoshi Sadako—. La llamamos la ventana de la iluminación espiritual.

La *okamisan* indicaba el círculo perfecto de un tragaluz redondo a media altura de

la pared que daba al jardín, una pared cuyo papel se había vuelto lo suficientemente poroso para que entrase el olor de las plantas bajo la lluvia.

Por primera vez desde el amanecer, Miyuki pudo al fin aliviar los hombros del peso y del roce del bambú.

Mientras miraba cómo Akiyoshi Sadako extendía y preparaba la cama, la joven pensaba que nunca había pasado la noche fuera de casa en un lugar extraño. Pese al cansancio, no tenía la seguridad de poder conciliar el sueño con facilidad. Contaba con que la serenaría contemplar el lento avance de la luna y de las estrellas a través del papel aceitado que cerraba la ventana.

Se preguntó en qué pensaría Katsuro cuando se tendía en la cama. ¿Repasaba mentalmente los acontecimientos del día o avanzaba ya por los días consecutivos? Cuando se iba acercando el final del trayecto, por el camino de Heian-kyō, ¿contaba el tiempo que lo separaba aún de Miyuki con la misma impaciencia con que iba ella restando los días hasta quedarse, a veces, sin resuello? ¿O regresaba sin demasiada prisa y con sonrisa nostálgica, recordando los buenos ratos pasados con las majadoras de arroz?

¡Ay! ¿Por qué no se apresuraba a volver a casa, por qué andaba perdiendo el tiempo con sus ensoñaciones? ¿En qué podían satisfacerlo más las mujeres de placer de las posadas que Miyuki? Nunca le había negado ninguna práctica, ninguna postura, ninguna caricia. Le bastaba con volver de Heian-kyō, exhausto y tiritando con el viejo manto de paja que solo era ya impermeable en el recuerdo, para traer nuevas, sorprendentes y maravillosas ideas de prácticas amorosas.

Como no tenía nada más que ofrecerle, Miyuki aceptaba abrazos que la descoyuntaban y la quebraban, intercambios de fluidos que a veces le daban asco.

Aquella noche, como las nubes de lluvia habían acabado por invadir el cielo nocturno, privando a Miyuki de la observación de la luna, la joven se tendió de lado y se metió una mano entre los muslos. Con la otra se agarró la lengua, la pellizcó para sacársela cuanto pudiera de la boca y luego le hizo una funda con la mano, para rodearla, y la acarició como si se tratase del sexo cálido y húmedo de Katsuro.

6

Al tiempo que equilibraba la pértiga de bambú en el hombro dolorido, Miyuki pasó por delante de los hombres desplomados en el corredor de la posada.

Dormían vestidos, con la barbilla caída sobre el pecho y los muslos separados, usando los brazos cortos de muleta para impedir que sus obesos cuerpos de abejorros cayeran de costado. La mayoría llevaba cascos en forma de cuenco, compuestos de placas remachadas. Algunos de los cascos lucían el aditamento de unas aletas metálicas cuyo cometido era desviar los sablazos laterales, pero, en vista de las cicatrices rojizas que les hinchaban la cara, aquellas protuberancias tenían más de ornamentales que de realmente eficaces. En el remate del cuenco había una abertura circular por donde salía la larga cabellera del *bushi*.^[22]

Pues eso es lo que eran: unos *bushi* rústicos, unos *bushi* de los campos pelados, de los bosques ralos, de los arrozales embarrados, que habían abandonado sus landas ingratas para alquilarse a otros campesinos con más suerte o con más dinero que ellos.

No se les veían los ojos tras la visera, que respingaba lo imprescindible para impedir que la lluvia o las salpicaduras de sangre les nublasen la vista.

Colándose por la puerta de entrada mal cerrada, la niebla matutina que se alzaba del estanque había invadido poco a poco el corredor. Pero no era lo bastante densa para impedir que Miyuki reconociera a Akiyoshi Sadako que avanzaba de rodillas, yendo de un guerrero a otro, zarandeándolos levemente a todos, de uno en uno, para despertarlos.

Los *bushi* contestaban con gruñidos y soltando bofetadas al azar. Cuando le daban en la cara, Sadako rodaba por el suelo, enroscada como un erizo. Al incorporarse tenía de color de rosa la parte inferior de la cara, con una mezcla de sangre y baba.

Mientras se limpiaba con el revés de la manga, la *okamisan* explicó que aquellos hombres defendían los dominios de la familia y la propia persona de Yasukuni Masahide, un acaudalado terrateniente de las inmediaciones que había padecido ya varias incursiones de los piratas que infestaban el Mar Interior de Seto. Como la Cabaña de la Justa Retribución le pertenecía, esta se hallaba de oficio bajo la protección de sus *bushi*.

Ahora bien, durante la noche, siguió diciendo Sadako, más o menos a la hora del Tigre,^[23] unos cuantos piratas subidos en balsas habían cruzado el estanque para acercarse a la posada. Pero antes de que pudieran iniciar el ataque, habían salido del bosque los *bushi* para rechazarlos.

Habían volado las flechas y remolineado las hojas de las catanas.

El enfrentamiento no había tardado en convertirse en una ejecución en toda regla y los asaltantes habían perdido a nueve de los suyos, cuyas cabezas habían rodado entre los juncos del estanque. Y la banda había salido huyendo sin mirar atrás.

A continuación, por supuesto, los *bushi* habían bebido para festejar la victoria y ahora estaban completamente borrachos; se les vaciaban los intestinos sin que se dieran cuenta y flotaba por la vivienda un olor a excrementos que la leve corriente de aire que circulaba bajo el bálago del tejado removía.

—De todo eso, no he oído nada —dijo Miyuki.

—Seguramente estabas demasiado exhausta del viaje. Al contrario de lo que suele creerse, el cansancio no se limita a adormecer los miembros. También los sentidos pierden sus facultades. Como la lengua no se menea tanto en la boca, puede no percibir algunos sabores; tuvimos aquí alojado a un mercader de caballos en un estado tal de agotamiento que no era ya capaz de diferenciar lo dulce de lo amargo.

»En cuanto a los ojos, si se ha abusado de ellos no tienen ya fuerza bastante para girar y mirar para todos lados, solo ven en línea recta, igual que esos guerreros que, por haberse ajustado mal el casco, se han quedado sin visión lateral.

»El olfato tampoco se libra. Cuando la respiración va más despacio debido a una debilidad extrema, los suspiros de cansancio nos obligan a echar el aire nada más cogerlo, y hemos aquí incapaces de disfrutar de todos esos humores volátiles de que va cargado. Conocí a una mujer, aunque bien es verdad que había llegado al final de su existencia, la señora Akazome Rinshi, que se hallaba tan débil que no respiraba ya sino con la mayor de las parsimonias, con lo que las aletas de la nariz se habían ido juntando hasta taponarle los agujeros, igual que les sucede a los caracoles, que sellan la concha cuando el aire se pone agrio. Falleció en el incendio de su domicilio, la pobre señora, porque no pudo notar a tiempo el olor del humo. Y ¿por qué no iba a sucederles lo mismo a tus oídos? ¿Por qué iban a librarse de la postración?

Con el mismo tono suave y sentencioso al que acababa de recurrir para exponerle detalladamente los efectos del cansancio, la *okamisan* le recordó a Miyuki su propuesta de llegar hasta el río Katasegawa en compañía de los monjes en peregrinación a Enoshima.

Pero, pese a los peligros a que se exponía al viajar sin escolta en una comarca por la que rondaban unos piratas cuya ferocidad debía de haberse exacerbado tras la derrota padecida durante la noche, la joven persistió en rechazar la oferta. Incluso aunque no le cobrasen la protección, corría el riesgo de que los religiosos la retrasaran si se paraban delante de cada *hokora*^[24] que hubiera a la orilla del camino, al pie de cada árbol, de cada roca, de cada manantial, de cada madriguera de zorros que sospechasen que podía ser el santuario de un *kami*. Como a la sazón en el Japón imperaban ochocientos mil dioses, incluso una humilde sandalia de paja de arroz abandonada a la orilla del camino podía ser la morada de un espíritu.

Akiyoshi Sadako no insistió. Le dio las gracias a Miyuki por haberse detenido en la Cabaña de la Justa Retribución. Apoyando las manos abiertas en las rodillas y con la mirada baja se inclinó, doblando el talle, y se quedó unos instantes en esa postura.

Como nadie la había saludado nunca así, Miyuki, azorada, dudó acerca de cómo debía comportarse. Dado que la *okamisan*, tras haberse incorporado, volvía a

inclinarse ante ella, Miyuki se prosternó a su vez.

El saludo de Sadako era tan flexible y elegante cuanto le pareció a Miyuki tieso y forzado el suyo. Pero a la administradora de la posada no le aserraba el hombro una pértiga de bambú de cuyos extremos colgaban unas barquillas cargadas con el peso de las carpas, de la arcilla que tapizaba el fondo y del agua que contenían.

Tomando un pagaré del fajo que le había entregado Natsume para los gastos del camino, Miyuki se lo alargó.

—Se puede cobrar en cualquier almacén de arroz —especificó.

Pero Akiyoshi Sadako siguió prosternándose (y en esta ocasión casi tocó el suelo con la frente) y se negó a recibir un pago; aunque hubiera fracasado, el ataque de los piratas suponía un grave perjuicio para sus clientes, una vulneración del sosiego del que se suponía que disfrutaban los viajeros que se detenían en la Cabaña de la Justa Retribución y que debían garantizar la *okamisan* y su personal, que se limitaba a la anciana cocinera y un criado que tenía a su cargo el cuidado del jardín y del estanque. Como a la cocinera y al hombre para todo los habían matado durante el asalto de los piratas, le correspondía únicamente a Akiyoshi Sadako asumir la responsabilidad de las molestias que habían padecido los huéspedes.

Miyuki salió de la posada por el camino hundido que corría a lo largo del estanque de los lotos. Aprovechó que tenía cerca aquel laguito para cambiarles en parte el agua a las carpas.

Cuando se disponía a alzar las barquillas, llenas de un líquido repleto de animálculos y de restos vegetales, vio de pronto que se erguía ante ella, en la luz húmeda y gris del amanecer, la silueta de un ser de tamaño desproporcionado: un cuerpo hinchado de trascendencia, que prolongaban unos miembros flaquísimos y parecía envuelto en un amplio manto blanco y negro que el ser aquel no paraba de abrir y cerrar como si quisiera ventilarse el pecho.

El rostro —si es que se podía darle ese nombre a aquella cara fruncida, estrecha, en la que estaban pinchados dos ojos marrones y que iba tocada por algo así como un bonete rojo y rugoso— oscilaba en la punta de un cuello interminable semejante a un brazo largo y enteco en el que se asentaba la cabeza del ser.

Fue al caer en la cuenta de la alarma de sus carpas cuando Miyuki tomó conciencia de que aquel ser, que tanto en el sentido propio como en el figurado la miraba con altanería, no pertenecía al género humano.

Los peces sí que habían reconocido en el acto a una enorme grulla blanca y habían empezado a dar vueltas en las barquillas, azotando la superficie con las colas y las aletas para hacer espuma y entorpecerle así la visión al depredador.

Miyuki solo había visto grullas volando, cuando cruzaban a gran altura el cielo de Shimae lanzando unas voces tan penetrantes que se las oía mucho antes de que pudieran verse las aves. Su paso tenía fama de traer consigo felicidad, prosperidad y longevidad. Los lugareños salían al umbral de las casas y, salmodiando oraciones, seguían con la mirada a las grullas hasta que su albura se perdía entre la de las nubes.

El primer reflejo de la joven fue proteger las carpas del ave zancuda, que estaba claro que tenía el halagüeño proyecto de hincar el pico de color de asta en la carne de los peces. Las plumas remeras le vibraban de deseo mientras con la garganta modulaba silbidos, zumbidos y chisporroteos.

Miyuki recordó el relato de Katsuro —a quien aún le temblaban las manos—, que le había referido un duelo en el que se había enfrentado a una pareja de grullas cuando se disponía a soltar en el estanque de un santuario sintoísta pequeño, en la provincia de Harima, a orillas del Mar Interior, tres carpas que había rechazado la Oficina de Estanques y Jardines por no haberlas considerado dignas de los templos de Heian-kyō. Las grandes aves habían iniciado lo que Katsuro tomó al principio por una danza nupcial. Desconfió tanto menos cuanto que las grullas se quedaban a distancia. En realidad, no necesitaban acercarse al adversario; les bastaba con estirar el cuello para darle un picotazo o con abrir las gigantescas alas para abofetearlo sin exponerse a respuesta alguna.

La grulla que Miyuki tenía delante no había llegado aún a adoptar una postura de ataque. Si hubiera sabido leer en sus ojillos, Miyuki habría podido comprobar que el ave blanca, más que meterse con ella, lo que andaba buscando era una manera de esquivarla para alcanzar los peces. De ahí aquel recital de chillidos agudísimos que la grulla, echando la cabeza hacia atrás y apuntando con el pico al cielo, debía de considerar lo suficientemente amedrentadores para convencer a la joven de que echase a correr dejando abandonadas las carpas.

Pero, al comprobar que su intento de intimidación no daba los frutos esperados, el ave empezó a dar vueltas alrededor de Miyuki con las alas completamente abiertas, alternando saltos bruscos y amagos de arrancar a correr.

Aquella especie de baile le recordaba a la mujer del pescador a los niños de Shimae cuando hacían sombras chinescas, las noches de luna llena, por la parte de fuera de las paredes de las casas del pueblo: los niños y el ave mostraban al tiempo el mismo donaire innato y la misma incoherencia, pues los niños no sabían por qué proyectaban la silueta de un buey después de la de una rata y el ave alternaba sin motivo las posturas hostiles con figuras amistosas y hechiceras.

Miyuki iba a iniciar la retirada cuando apareció otra grulla a su espalda.

Iba planeando sin ruido, rozando los juncos, con el cuello tieso y apuntando hacia delante y los largos zancos estirados en la parte trasera del cuerpo. Luego surgieron, listos para hincarse en el suelo, algo así como unos dedos negros y semejantes a garras en el extremo de las patas, mientras las alas, formando una bóveda igual que la de unas velas henchidas de viento, le frenaban el vuelo.

No bien se posó el ave, lanzando un grito como un toque de clarín, y hubo recogido las alas, la primera grulla dejó de interesarse por Miyuki y recibió a su congénere con saludos que constaban de genuflexiones, pasos laterales, saltitos, alargamiento de las plumas remeras y castañeteo de pico. A lo que la recién llegada

correspondió con reverencias doblando las patas y ejecutando airoso saltos por los aires, deteniéndose para agarrar con el pico trozos de leña que arrojaba hacia el cielo.

Aquella zarabanda era tan descomedida, y tan complicada su caligrafía negra y blanca, que Miyuki vio llegar el momento en que no estaría ya en condiciones de proteger a las carpas. El baile de las grullas ocupaba un territorio del que la joven no iba a tardar en verse expulsada.

Entonces decidió bailar ella también.

No aspiraba a identificarse con aquellas aves espléndidas —pese a ser tan joven, sabía que era mucho más torpe y mucho más patosa y que estaba mucho más agarrotada—, sino únicamente a participar en aquel baile con la esperanza de poder quedarse así cerca de sus carpas y defenderlas mejor.

Rodando despacio la pértiga de bambú por la espalda, desde la nuca hasta la cintura, Miyuki bajó las barquillas hasta que tocaron el suelo. Luego, estirando los brazos y arqueando el cuello, soltando gritos de trompeta enronquecida, comenzó a brincar también ella, pasando una y otra vez por encima de los recipientes, como para indicar a las grullas que esos eran su territorio y sus posesiones.

El peculiar cacareo y las posturas sincopadas de la joven desconcertaron a las aves. Habían empezado por no hacerle caso, considerándola uno de esos seres con los que su pueblo no mantenía sino relaciones distantes, salvo en los palacios de Heian-kyō, donde las damas del entorno más cercano al emperador intentaban enseñar a grullas en cautividad los pasos de baile de los humanos, mientras, en el polo opuesto, los *ninjō*^[25] instruían a bailarinas jóvenes para que reprodujeran los gestos y las posturas hieráticas de las grullas. Pero, tras el ballet que acababa de improvisar Miyuki, las grullas, un tanto aturcidas, no sabían muy bien a qué reino pertenecía: ¿podría ser un ave, un ave sin plumas, muy poco favorecida, nauseabunda, pero un ave a fin de cuentas?

Había una forma de saberlo: si aquella criatura gozaba de la capacidad de volar, entonces, aunque no fuera del todo una grulla (y distaba mucho de serlo, y no solo por carecer de un pico largo y puntiagudo), pertenecía al reino de las aves.

Las dos grullas echaron a correr de pronto, aleteando. Alcanzaron enseguida la velocidad suficiente para que un último impulso de las alas les permitiera levantar el vuelo. Con las patas y el cuello estirados en horizontal, se tendieron, plumas remeras contra plumas remeras, y dejaron que las llevase un fluido invisible y mullido.

Miyuki las siguió con envidia, pero solo con la vista: a los cuarenta y cinco kilos de su peso humano, que la clavaban al suelo, se sumaba el peso del agua y de las carpas.

Tras hacerles una señal de despedida a las grullas, se inclinó para levantar la pértiga de bambú, la equilibró, cruzada en los hombros, y se alejó.

La última visión que se llevó de la Cabaña de la Justa Retribución fue la de dos esferas rosa fuerte que flotaban en el estanque y chocaban entre sí con el ruido discreto de esa pelota de piel de gamo que los jugadores de *kemari* se esfuerzan por

mantener en el aire el mayor tiempo posible usando solo los pies.

Esas bolas acartonadas no eran sino las cabezas cortadas de la cocinera y del mozo que giraban despacio entre los lotos.

Miyuki se preguntó si Akiyoshi Sadako sabía que las cabezas de sus sirvientes andaban flotando por el estanque. No era sano, pensaba, dejarlas metidas en un agua que iban inevitablemente a profanar, y junto con ella el empedrado de lotos y todos los peces y la multitud de insectos acuáticos, las larvas de frigánea y de libélula, las chinches de agua, los zapateros, los ditíscidos, los garapitos y los insectos palo. Por supuesto que Miyuki no sabía sus verdaderos nombres; para ella eran sencillamente bichitos, pero Katsuro los llevaba muchas veces a casa, claro está que sin querer, apresados en los pliegues de la ropa; en las noches de verano, cuando hacía demasiado calor para dormir, el pescador y su mujer se entretenían viéndolos nadar en el agua de la alberca. Cuando la luna se miraba en ella, apostaban por uno u otro de aquellos animalillos, a ver cuál era el primero en llegar al reflejo del astro. Lo llamaban el juego de la princesa. Pues se daba el caso de que, una noche en que estaba en Heian-kyō e iba bordeando la muralla del Palacio Imperial, Katsuro oyó la voz de una cortesana que cantaba la historia de la princesa Kaguya,^[26] una habitante de la luna a quien su padre había enviado a la tierra para ponerla fuera del alcance de una guerra que causaba estragos en el cielo. Kaguya acabó oculta dentro de un bambú. Un campesino anciano que vivía de cosechar bambúes cortó aquel en el que la princesa, con la apariencia de una pequeñina del tamaño de un dedo meñique, esperaba que alguien le diera asilo. Tras muchos infortunios, y no sin haber hecho dichosos al campesino anciano y a su mujer, Kaguya pudo regresar a su luna natal; y ese regreso era lo que simbolizaban los insectos que nadaban a trompicones hacia el reflejo de la luna llena.

Con el estómago revuelto e intentando no estremecerse para no mover las barquillas y no alterar a las carpas, cuya atropellada forma de nadar demostraba que aún no se habían repuesto del pavor que les provocara la pareja de grullas, Miyuki se forzó a pescar las cabezas cortadas.

Temiendo ver de frente la mirada coagulada de los ojos, que seguían abiertos, intentó que dieran la vuelta para no verles sino la nuca. Pero como las cabezas flotaban como pelotas, con el mínimo impulso giraban varias veces sobre sí mismas. Y, con espantosa ironía, las miradas vacuas volvían sistemáticamente a detenerse frente a Miyuki. Tras varios intentos infructuosos, la joven se conformó con desviar su propia mirada, y a tientas, como una ciega, consiguió asir ambas cabezas agarrándolas por el pelo y sacarlas del agua.

Desprendían un olor nauseabundo, consecuencia de haber estado a remojo en aquella agua desabrida y de las bacterias que habían empezado ya a corromperlas. Aquel hedor le impregnó los dedos a Miyuki, quien, inclinándose sobre el estanque, cortó unos cuantos lotos y les exprimió los tallos para recoger la savia aromática y frotarse las manos con ella.

Fue al final de aquel día cuando se internó por el sendero que, serpenteando entre bosques de cedros y plantaciones de bambúes, subía hacia uno de los puntos más elevados de la sierra de Kii.

No sabía el nombre de esa cima, podía ser tanto el monte Shakka como el Ōdaigahara o el Sanjō, pero, en realidad, poco le importaba cómo se llamase la montaña: en esto seguía la forma de comportarse de Katsuro, que se negaba a que le estorbasen en la memoria nombres de lugares y se limitaba a quedarse con aquello que le resultara verdaderamente útil para el viaje, es decir, el nombre de las posadas y también tal o cual peculiaridad del paisaje que le impidiera extraviarse y andar dando vueltas si por casualidad se quedaba metido en la neblina.

Y así Miyuki concentró toda la atención en los caminos donde se volvía más pronunciado el olor a azufre de los manantiales de agua caliente. Para orientarse mejor, tomaba nota mentalmente de su intensidad y la asociaba a algún elemento sonoro, como por ejemplo el atronar de un torrente o los gritos de los grupos de macacos que entraban en calor sumergiéndose en las pozas donde humeaban las aguas termales; si se presentaba una niebla densa, le bastaría con guiarse por los chillidos de los monos o la caída veloz del torrente para dar con las emanaciones de este o aquel manantial y conseguir así saber dónde se hallaba en la inmensidad de la montaña.

Tanto a la ida como a la vuelta, cruzar la sierra de Kii era lo que más temía Katsuro. No tanto por el esfuerzo físico que implicaba la ascensión cuanto por los incontables peregrinos que abarrotaban aquellos senderos de las alturas que conducían a los santuarios sagrados de Kumano. El pescador no tenía nada en contra de las personas piadosas, a no ser el hecho de que caminasen en prietos racimos y ocupasen la parte más transitada del camino, la que embaldosaban piedras gruesas que se solapaban, como si ir al encuentro de los dioses les concediera prerrogativas sobre los demás usuarios de la estrecha calzada. Puesto que iba derrengado, acarreando el cupo de carpas para los templos donde rezaban el emperador y su corte, ¿acaso no se merecía también Katsuro una posición privilegiada?

La concentración de peregrinos le dio a Miyuki una sensación de seguridad. Tras los acontecimientos que habían ensangrentado la Cabaña de la Justa Retribución, se sentía amparada entre la larga fila de hombres y mujeres que, sin echarle una mirada ni hacerle el menor caso, la convertían en uno de los eslabones de aquella trenza. Para proteger las barquillas del flujo turbulento de los caminantes, tuvo en varias ocasiones la tentación de salirse de la columna y tomar por la tangente subiéndose a las márgenes, pero los lados del camino eran demasiado curvos y las losas, superpuestas como escamas que había desgastado el roce de los cientos de sandalias de paja de los peregrinos, se habían vuelto resbaladizas como placas de hielo y

devolvían inexorablemente a los caminantes al surco central.

A Miyuki la tranquilizaban las tufaradas un tanto agrias que brotaban de aquella concentración de personas piadosas; le recordaban cómo olía Katsuro cuando volvía del río, sacudiéndose para quitarse de encima el sudor que le corría por la cara y le oscurecía el *kosode*^[27] a la altura de las axilas. Congratulándose de aquella ocasión de recordar a su marido, dejaba que la acunase el ruido de fondo de la muchedumbre, un rumor de pasos que interrumpían onomatopeyas e interjecciones donde destacaba la rotundidad de las *ō* y castañeteaban las *k* igual que picos de cigüeña.

Como no sabía nada del mundo que se extendía más allá de su pueblo, la aturdió toda aquella ropa abigarrada, roja y verde; el escarlata de los pantalones bombachos atados a los tobillos; las chaquetas que se llevaban por debajo, teñidas con madera de sapan; los vestidos de color malva, amarillo o ciruela; las túnicas con tonos de hoja nueva; esos tejidos sedosos que se estremecían con el mínimo soplo de aire o, por el contrario, tiesos y brillantes, como frotados de cera, daban la ilusión de un joyero que alguien hubiera abierto y volcado desde lo alto de la montaña y cuyas múltiples alhajas bajaran rodando cuesta abajo.

Las cumbres asomaban de las nubes de vaho enroscadas, nacidas al contacto del rocío de la mañana con el suelo que entibiaba la red subterránea de las corrientes de agua caliente que se oían gorgotear bajo tierra.

No había ni un ápice del suelo de su pueblo, por muy insignificante que fuera, que no hubiese hollado más de una vez Miyuki. Al contrario que estas montañas de Kii y todos los paisajes por los que había cruzado desde que se puso en camino, Shimae le era tan familiar que se sentía en casa en todos los recodos; no había calleja ni alero de bálago, no había campo de rábanos blancos o apios de agua, ni jardín de zarzamoras, ni arrozal alguno que le resultasen ajenos, de forma que cuando Katsuro, al caer la tarde, le preguntaba qué había hecho durante el día, le contestaba con absoluta sinceridad que no había ido a ninguna parte, siendo así que en realidad se había pasado el tiempo yendo y viniendo.

En Shimae, todo estaba *aquí*, no existía el *allá*.

Mientras que, en la montaña, no tenía ningún punto de referencia, nada le resultaba familiar, salvo sus evocaciones de Katsuro o, cuando menos, de su fantasma, pues un fantasma era, desde luego; aquel Katsuro de sus recuerdos no tenía entidad alguna, ni vida propia; Miyuki manejaba su imagen por la ruta de peregrinación igual que esas mosquitas negras o, por el contrario, muy luminosas que se le incrustaban a veces en el campo visual y ella hacía girar a su gusto con solo mover los ojos.

Al pasar cerca de un manantial, Miyuki cambió el agua de las barquillas.

Cuando le contaba los viajes a Heian-kyō, Katsuro insistía siempre en lo pendiente que estaba de cambiar el agua, pues los peces, alterados ya por las estrecheces y el balanceo de su cárcel, padecían con aquel líquido adormecido y recalentado en el que se hallaban confinados.

Pero cuando Miyuki hubo cambiado el agua avejentada, las carpas se portaron de una forma muy rara; empezaron a dar vueltas, tropezando entre sí, como si estuvieran ebrias o ciegas.

Miyuki se acordó entonces de que solo el agua de los ríos y los estanques les resultaba adecuada a las carpas, pues la de los manantiales desconocidos era demasiado imprevisible, repleta de sustancias imposibles de detectar que podían comportarse como venenos terribles.

La joven se sentó en un tocón y, metiendo la mano en los recipientes, rozó suavemente, con la yema de los dedos, el lomo y los costados de los peces, acariciándolos con la esperanza de sosegarlos.

Se estaban juntando en el cielo unas nubes densas, que se iban soldando entre sí.

Proseguía el desfile de los peregrinos, que apretaban el paso. Dos de ellos se habían detenido no lejos de Miyuki para aliviar la vejiga. Eran de edad avanzada y el frío de la montaña les había entumecido los dedos, así que no acababan de desatarse los pantalones de seda roja, mientras hablaban de un santuario cercano donde sería grato refugiarse si el tiempo se ponía amenazador de verdad.

Uno de los meones, que tenía un rostro estrecho y alargado y labios gruesos y negruzcos que le hacían asemejarse a un caballo, le sonrió a la joven:

—¿Quieres venir con nosotros? —le propuso—. Vamos a pasar la noche en un santuario. Son monjes budistas, pero también veneran a los *kami*. Y no sienten desprecio alguno por las mujeres.

—Por lo demás —comentó su acompañante—, ¿no fueron acaso mujeres las tres primeras personas que se apartaron del mundo profano para hacerse budistas?

—Es posible —dijo Miyuki—. Yo no sé nada de eso.

—Intercederemos por ti y no cabe duda de que no nos costará ningún trabajo que te admitan.

—Y además —insistió el hombre-caballo, echando una ojeada a las barquillas en las que las carpas seguían con su barahúnda— podríamos llevarte la carga; el santuario no cae lejos, pero el camino es cada vez más empinado.

—Gracias —dijo Miyuki—, pero me he comprometido a no separarme de ella.

Ayudándose mutuamente, los dos hombres habían conseguido por fin desanudarse los pantalones. A ambos les brotó en el acto la orina, amarilla y copiosa, haciendo espuma y corriendo por las losas, igual que dos torrentes pequeños que se mezclasen. La tierra la chupó en el acto, y de la micción solo quedaron unas leves fumaradas de vapor. Gruñendo de satisfacción, el hombre-caballo y su acompañante volvieron a

vestirse.

Aunque Miyuki no contaba con la lluvia para renovar del todo el agua de las barquillas, tenía al menos la esperanza de que contribuyera a diluir las partículas nocivas que habían provocado el estado febril de las carpas. Pero a las nubes, cada vez más compactas, se les veían unos tonos cárdenos que presagiaban algo más que un simple chaparrón, y a la joven le entró de repente el temor de que los peces quedasen expuestos a ese otro traumatismo que no podría por menos de causarles el martilleo de unas gotas enormes.

Los peregrinos repitieron su propuesta de servirle de escolta hasta el santuario budista.

La idea de ponerse a cubierto era tentadora, pero Miyuki quería reservarse la libertad de seguir adelante si, por una u otra razón, no le agradaba el lugar. Volvía a ver los mohínes de Katsuro, su forma de fruncir el entrecejo cuando recordaba las noches que había pasado en algunos templos, sobre todo en aquellos en que los monjes, so pretexto de educarlos, mimaban a unos muchachitos. Al pescador no lo escandalizaban las relaciones ambiguas que tenían con esos adolescentes, pero se lamentaba de que los religiosos, entregados por completo a aquella devoción suya por los muchachos jóvenes, no prestaran a los huéspedes de paso la atención y los cuidados que estos esperaban hallar; a los novicios los atiborraban de pasteles de arroz glutinoso y de hielo rallado aromatizado con jarabe de caña de azúcar negro, mientras que los viajeros tenían que conformarse con hortalizas someramente peladas y hervidas.

—No me queda más remedio que andar despacio por culpa de los peces —explicó Miyuki a los peregrinos—. Id delante y ya os alcanzaré.

Dejó que el hombre-caballo y su acompañante se alejaran. Al principio, se volvían de vez en cuando, para tener la seguridad de que los iba siguiendo, y le daban ánimos con muchos gestos; pero al cabo de un rato siguieron adelante, sin hacerle caso ya.

No tardó Miyuki en quedarse sola. Largas tiras deshilachadas de nubes se enredaban en las retículas de las ramas de los pinos. Y cuando el cielo descendió como si fuese una tapadera, la luz bajó tanto que a la joven, que se había sentado en un tocón, cerca de un farol de piedra, le dio la impresión de que era ya de noche.

Algunos animales empezaron a chillar en el sotobosque. Los más escandalosos eran los monos. Miyuki se preguntó si los animales llamaban a la lluvia o si, antes bien, con aquel barullo intentaban intimidarla para ahuyentarla mejor.

La tormenta estalló. Breve, pero violenta. Durante un rato, solo se oyó el estruendo de las gotas frías que azotaban el bosque. El camino se convirtió en torrente.

Cuando se alzó la luna por encima de los valles, apareciendo y desapareciendo tras el festón de los montes según iban huyendo las nubes, Miyuki vio por fin la silueta del santuario que le habían indicado los peregrinos.

Era un templo de dimensiones modestas junto al que corría un manantial, un templecillo negruzco, amazacotado, al este de un pueblo en la ladera de la montaña, en un bosque de cedros cuyo aroma seco, algo alcanforado, contrastaba con el perfume dulce, tan agradable, del bosque tras la lluvia.

Tres o cuatro siluetas achaparradas salieron del templo y se pusieron a brincar entre los cedros. Eran monjes niños llevando antorchas, que usaban para encender los faroles de piedra que salpicaban el sotobosque. Cada vez que se inclinaban sobre uno de los faroles, las mangas de sus hábitos se alejaban del abdomen como si fueran élitros de luciérnagas, a las que los hacían parecerse aquellas luces que andaban paseando entre los árboles.

Miyuki no había vuelto a ver luciérnagas desde aquella noche de primavera en que Katsuro le permitió ir con él hasta el Kusagawa. Al acercarse al río, unas cuantas chispitas de un verde brillante habían empezado a jugar alrededor del pescador y su mujer. Y luego aumentaron, y fueron cada vez más numerosas a cada paso que daban, hasta que formaron nubes de luz. A la orilla del río, titilaban a miles en la hierba húmeda, centelleaban entre los matorrales. Aquellas luces frías latían a compás, como animadas por un mismo corazón palpitante. Miyuki no recordaba haber visto nunca algo tan hermoso. Katsuro le explicó que las luciérnagas eran la personificación de la brevedad de la existencia, pues, al llegar a la edad adulta, ya solo les quedaban tres o cuatro semanas de vida; y esa longevidad era atributo exclusivo de las hembras; los machos se morían antes incluso.

—Katsuro —le había preguntado Miyuki—, ¿tú también piensas morirte antes que yo?

—Pues claro —contestó el pescador sin que se le alterase la voz—. Lo mismo que mi padre se murió antes que mi madre. Eso es lo lógico.

Entonces Miyuki empezó a darle bofetadas haciendo molinetes con los brazos.

—La lógica nuestra no es la misma que la de las luciérnagas —tronaba, mientras le asestaba fuertes cachetes que sonaban, pero no dolían.

Él se rio. Luego tomó en las manos las de su mujer y les infundió tranquilidad acariciándolas con la yema del pulgar, como hacía siempre que cogía un pájaro asustado.

—Las luciérnagas no tienen lógica, ni los hombres tampoco; la lógica no existe, Miyuki, no hay lógica, no hay dioses, todo lo hace la casualidad, y lo hace bien.

El pescador añadió que, para la mayoría de las personas, las luciérnagas eran una de las últimas manifestaciones del alma de los muertos antes de perderse en el mundo de los difuntos, una prueba de la tozudez de los fallecidos en aferrarse a cualquier forma de vida, aunque fuera a costa de una efímera mosca de lumbre. Katsuro no creía en esas bobadas. Con un gesto veloz, atrapó uno de los insectos y se lo puso delante a Miyuki; en la palma de la mano del pescador, la luciérnaga dejó de brillar; era otra vez un bichito negruzco y acartonado. Tan tieso que podría haber estado muerto.

Los monjecillos no brincaban al azar como le había parecido a Miyuki al principio. Cuando se fijó en ellos más detenidamente vio que prendían con la llama de las antorchas algunos faroles y dejaban otros de lado. Al acercarse, la joven se dio cuenta de que lo que desatendían no eran faroles, sino lápidas, cientos de estelas que generaciones de devotos habían colocado en la vertiente de la montaña.

Sucedía a veces que algunos templos primitivos y rústicos, pero que gozaban de un entorno favorable, acababan por atraer a otros monjes errantes que se establecían allí una temporada, los ampliaban, los embellecían y les daban grandeza hasta llegar a dotarlos de un *sōrin*^[28] o de relieves en madera pintada.

Tal era el caso del templo ante el que se hallaba en aquel momento Miyuki.

Estaba dedicado al buda Fudo Myōō, llamado el Inamovable, el Inquebrantable al que nada podía inmutar, protector de rostro airado rodeado de un nimbo de fuego. Entre los labios gruesos, enroscados en una eterna mueca de furia, asomaban dos colmillos ganchudos; el derecho miraba al cielo, como una invitación a elevarse; el izquierdo apuntaba hacia abajo, para estigmatizar los males fruto de las ilusiones.

Al ver cada cosa tal como era de verdad, Fudo Myōō no atendía ni a los titubeos, ni a la duda, ni a la confusión; al contrario que una brizna de paja como Miyuki, el buda Fudo era una fuerza irresistible que arrasaba con todo a su paso y al que nada podía detener. Aquella capacidad suya para concentrar, en un instante, toda su determinación en las arrugas de su frente carnosa, las resquebrajaduras de las cejas, las patas de gallo de los ojos saltones, los surcos del arranque de la nariz achatada, por no mencionar los dos colmillos enfundados en la baba que le corría al mínimo asomo de contrariedad, bastaba para disuadir a cualquier adversario de que lo desafiara.

Se consideraba que Fudo Myōō guiaba a las almas de los difuntos y presidía, en pro de su eternidad, una ceremonia que debía celebrarse a los siete días de la muerte. Uniendo las manos e inclinándose delante de la estatua hasta casi tocar el suelo con la frente, Miyuki se disculpó ante el buda por no haber respetado el ritual de los siete días al morir su marido; no había dado abasto por tener que preparar el viaje a Heian-kyō, pero, puesto que Fudo Myōō velaba sobre la gigantesca muchedumbre de los difuntos, ¿tendría a bien, pese a todo, bendecir y proteger el alma de Katsuro?

En ese momento, un mono que se columpiaba entre las frondas bajo las que se hallaba Miyuki hizo crujir una rama. La joven alzó la cabeza y, al hacerlo, un aroma inesperado le entró por la nariz.

Aquel olor, fresco y oscuro, un compuesto de pinar, de menta piperita y de raíz de iris, salía de una cavidad alargada que se abría a unos dos metros y medio del suelo, en el tronco de un *sugi*^[29] varias veces centenario.

Tras apoyar los recipientes en un tocón, Miyuki se empinó cuanto pudo y consiguió meter la mano en la concavidad de bordes gomosos, abombados y lisos,

iguales a los labios de una cicatriz. Se le toparon los dedos con un montón de hojas que habían pertenecido al viejo árbol. Por supuesto que eran ellas las que desprendían aquella emanación fuerte y deliciosa que la había dejado casi mareada; no obstante, Miyuki no pudo por menos de pensar que el olor que salía del árbol y se extendía sobre ella como un velo liviano era la respuesta de Fudo Myōō a su plegaria para que velase por el alma de Katsuro.

Entonces, una vez recobrada la serenidad, se afirmó en los hombros la pértiga de bambú y se encaminó al santuario.

Se componía este de dos edificios que unía una larga galería en forma de L techada con corteza de ciprés.

Un poco más atrás, una casa de peregrinos brindaba un refectorio y un dormitorio colectivo. Allí volvió a encontrarse Miyuki con el hombre-caballo y su acompañante, que estaban cenando hierbas y plantas silvestres de las montañas. Fue a pasitos cortos hasta la mesa baja que ocupaban e hizo una reverencia.

—Ya sospechaba yo que no te ibas a quedar tú sola. La montaña, la lluvia y la noche no son buenas para una dama joven. Por cierto —dijo el hombre-caballo—, me llamo Akīto.

—Y yo Genkishi —dijo su compañero de viaje—. Siéntate ahí —añadió, apartándose para hacerle un sitio a Miyuki.

Esta se sentó en los talones, entre los dos hombres. Akīto paseaba en torno una mirada perpleja.

—Pero oye, *ojōsan*,^[30] no veo los peces...

—Ah —dijo Miyuki—, me ha parecido que valía más dejarlos en la penumbra del dormitorio que exponerlos a la codicia de los comensales. Son unas carpas hermosas y bien gorditas y podrían despertar ciertos apetitos.

—¡Qué desconfiada eres! —dijo sonriente Genkishi—. Velas por ellas como si fueran un tesoro. Pero si solo son unos peces. Los ríos están llenos de peces por aquí. ¿Por qué son diferentes los tuyos?

—Solo porque fue mi marido quien los sacó del río Kusagawa. Katsuro era el mejor pescador de carpas de la provincia de Shimotsuke. No quiero decir el más habilidoso, porque no tiene gran mérito coger peces más bien apacibles. Pero la mirada de Katsuro se hundía como una cuchilla en lo hondo del agua, veía tras el cieno, presentía lo que había debajo de las piedras, les daba la vuelta con el pensamiento para encontrar en su escondrijo la carpa que quería y esa era la que cogía, sí, esa y no otra. He visto a Katsuro volver del río agotado, cubierto de barro, chorreando y, a veces, ensangrentado, pero nunca decepcionado con la pesca, eso no. Estas carpas que viajan conmigo son las últimas que capturó. Después, dejó este mundo.

Y Miyuki les contó la muerte de Katsuro, una muerte sin testigos, pero que ella se

había imaginado por unos cuantos indicios que habían hallado los vecinos del pueblo a orillas del Kusagawa: los arañazos alargados con que las manos del pescador habían rayado la arcilla en el sitio en que se había ahogado, las huellas de haberse arrastrado, los desplomes de la orilla cuando había luchado para zafarse de la succión del barro y unas cuantas plumas de garza blanca, símbolo paradójico de una larga vida.

Miyuki no recordaba haber dicho nunca tantas frases una detrás de otra, sobre todo ante desconocidos. Si hubiera tenido que hablar de ella, seguramente no se le habría ocurrido nada que decir; pero se trataba de Katsuro y las palabras le salían espontáneamente, se le juntaban en la boca, coleando como los alevines cuando no son aún sino unas agujitas.

Los dos peregrinos cruzaron una mirada e hicieron ruidos con la garganta como si sofocasen la tos. Aquella ronquera de circunstancia era la muestra de su repentina desconfianza respecto a Miyuki; era buena narradora, desde luego, pero en vez de insistir en las circunstancias en que se había ahogado el pescador, ¿por qué no había aludido brevemente a los rituales de purificación a los que no habría podido por menos de someterse para borrar la mácula debida al contacto con el cadáver de su marido? Aquella joven, con tan poco sentido común que no se había ocupado de prever un lugar donde pasar la noche —¿qué refugio habría encontrado contra la lluvia, la oscuridad y los animales si el hombre-caballo y su acompañante no la hubieran animado a seguirlos hasta el santuario?—, ¿se habría comportado con la misma negligencia al morir Katsuro, y no corrían ahora el riesgo de que les contagiara la impureza cuya marca quizá llevaba aún encima?

Aunque circunspectos, no dejaron por ello, tras terminar la frugal comida, de dar escolta a Miyuki hasta el dormitorio de las mujeres y tener la seguridad de que ni ella ni sus carpas iban a carecer de nada. El hombre-caballo tuvo incluso la deferencia de regalarle unos cuantos pastelillos que tenían la misma forma en espiral que las conchas.

—Toma, *ojōsan*, por si te entra hambre de noche.

—Pero puedes empezar ahora mismo a zampártelos —la animó Genkishi—. Porque están deliciosos y esta noche no has comido casi nada.

Miyuki agradeció a los dos hombres sus atenciones. Colocó las barquillas a ambos lados de la estera y se acostó.

Según se alejaban los peregrinos por el corredor, a la joven le pareció que se reían bajito. Por un instante pensó que se estaban riendo de ella; pero como no vio nada ni en su apariencia ni en su forma de comportarse que pudiera mover a burla, se convenció de que nadie se había reído y de que la había confundido un ruido procedente del exterior, quizá el *crescendo* de la lluvia en las hojas.

A su alrededor, las mujeres dormidas respiraban muy alto. La mayoría eran personas de edad que habían ido allí a rezarles a las divinidades para que les concedieran en el Más Allá una porción generosa de lo que se les había negado en este mundo. Subir al santuario las había dejado exhaustas y aquellos cuerpos flacos y

encogidos, bultos oscuros encima del algodón claro de las esteras, recordaban unas ramas desparramadas, nudosas y quebradas que el viento hubiera arrojado al suelo. Exhalaban un olor desabrido a savia dulce, tallos rotos y cortezas mojadas.

Miyuki picoteó los pasteles que le habían regalado los peregrinos. Estaban rellenos de una masa espesa de alubias rojas cocidas con azúcar de caña. Katsuro los traía a veces al volver de sus viajes; los compraba siempre en el mismo sitio, una tiendecilla estrecha y oscura encima de un puente que cruzaba un río. Pero tantas nuevas energías le proporcionaban a Miyuki las golosinas de Katsuro como irresistible somnolencia le entró con los pasteles de los peregrinos. Cuando se estaba acercando a los labios un bocado con forma de concha, sintió que se le cerraban los ojos y que no había fuerza alguna en el mundo que le permitiera volver a abrirlos antes de que hubiese transcurrido la noche. Como cuando era muy niña, sonrió y cedió sin mayor resistencia al sueño que se iba adueñando de ella. Se le cayó el pastel de los dedos y rodó hasta meterse debajo de sus muslos, donde se desmigajó, convirtiéndose en una harina muy fina; entra dentro de lo posible que algún roedor menudo se le colara entonces entre los pliegues de la ropa a Miyuki para aprovechar aquella ganga y darse un banquete mientras la joven dormía profundamente, sin enterarse de la tormenta que había estallado y azotaba con fuerza las paredes del santuario, con truenos retumbantes y anegando el cielo con chorreones cegadores.

El silencio posterior a la tormenta despertó a Miyuki. Aunque el cielo estaba aún oscuro, intuyó que era una hora mucho más avanzada de lo que permitía suponer la oscuridad. Por lo demás, el parloteo de los pájaros prevalecía ya sobre el rumor de fondo del río. Reconoció el gorjeo de los gorriones blancos, el *hohokekyo* de los ruiseñores posados en los ciruelos, y al ruiseñor bastardo que empezaba todos sus soliloquios con la prolongada exhalación de una sílaba, un *kuuui* que le recordaba a Miyuki la forma de hablar acuciante de los emisarios de la Oficina de Estanques y Jardines.

La neblina que resbalaba por el santuario atenuaba la luz de la mañana, pero no lo suficiente como para que Miyuki, al incorporarse para ver cómo estaban las carpas, no descubriera que habían desaparecido seis.

Igual que cae en un árbol el rayo y lo parte en dos, la joven notó un espasmo de la cabeza a los pies. Lanzó un alarido. Aquel grito, en opinión de las ancianas que seguían adormiladas en la tibieza fétida de sus futones, fue más espantoso que los anteriores del trueno.

Miyuki echó a correr por el santuario. Aterrada, tropezaba con las paredes, igual que las mariposas nocturnas apresadas en los faroles en que se habían arriesgado a meterse.

No podía ocurrir nada peor que lo que acababa de suceder. Sin carpas que depositar en los estanques de Heian-kyō, no solo el viaje de Miyuki no tenía ya razón de ser, sino que aquel fracaso suyo iba a empañar por mucho tiempo el honor de la gente de Shimae.

Nunca había estado tan sola frente a un acontecimiento tan grave. Katsuro había muerto, bien es verdad, pero había podido contar con la solidaridad de todo el pueblo; y aun inerte, ciego, mudo, el cuerpo del pescador seguía teniendo una presencia física y ella había podido hablarle e imaginar lo que le habría contestado, llegando incluso a imitar su hermosa voz, siempre algo titubeante, que se alzaba y ondulaba igual que el río cuando soplaba el viento aguas arriba.

Tenía que conseguir algún testigo de su desvalimiento, alguien que la escuchase atentamente, aunque esa persona no entendiera sino muy por encima de qué se trataba y no se le ocurriera de entrada nada que decirle.

Quiso acudir a Genkishi y Akito. Con el desconcierto se le había olvidado que ambos peregrinos tenían previsto ponerse en camino a la hora del Tigre; ya debían de estar subiendo las primeras eses del puerto a cuyos pies se hallaba el santuario.

Cierto es que Akito le había propuesto que fueran juntos hasta el santuario siguiente, pero no sin precisar que Genkishi y él irían a marchas forzadas y que no

estaba claro que una persona menuda como Miyuki pudiera andar al mismo ritmo que ellos, sobre todo con aquella pesada palanca cargada en los hombros.

—Saldremos muy temprano y sería imprudente hacerlo más tarde —había insistido Genkishi—. Pues, en cuanto salga el sol, la tierra que se ha puesto dura con el frío de la noche no tardará en convertirse en un barro resbaladizo, y no nos queda más remedio que pasar el puerto antes de que la ascensión se vuelva demasiado peligrosa.

—Y de todas formas lo será —había puesto punto final Akito, cabeceando muy serio y mirando de arriba abajo a la joven como si ya la estuviera viendo descoyuntada en el fondo de un barranco.

Los corredores estaban desiertos, no latía luz alguna a través del papel aceitado de las puertas corredizas; el monasterio se hallaba sumido en el silencio, con la excepción del reverberar prolongado y hondo de una enorme campana cilíndrica cuyo *tsuki-za*^[31] retumbaba al golpearlo un badajo exterior compuesto por una viga de madera que colgaba de unas cuerdas. Pese al gran alcance de su sonoridad, la campana emitía una vibración tranquilizadora que rebotaba, en oleadas, en la montaña, más pletórica cuando se hundía el sonido en un valle, más cortante si se alzaba hacia las cumbres.

Al toque de la campana, los huéspedes del santuario, salvo las ancianas que estaban en el dormitorio, se habían reunido en el edificio dedicado al culto. Si alguien podía ayudar a Miyuki a dar con las carpas desaparecidas, allí era donde lo encontraría. Y si nadie podía socorrerla, probaría con uno de aquellos amuletos con los que comerciaba el santuario y que se suponía que otorgaban los tres poderes: *shugo*, la protección; *chibyō*, la curación; y, sobre todo, *genze riyaku*, es decir, la obtención de beneficios inmediatos en el mundo del presente; por beneficio inmediato, como es lógico, Miyuki entendía que le devolvieran las carpas.

Que se las devolvieran, sí, porque no se habían escapado solas; en el supuesto de que, en un ataque de pánico, se hubieran alarmado tanto que hubiesen saltado por encima de los bordes del recipiente, se habrían caído al suelo de tierra batida y, allí tendidas, arqueadas, habrían empezado a asfixiarse, se les habrían puesto las agallas primero azules y luego negruzcas y, por fin, habrían muerto en el sitio.

Miyuki bajó corriendo por el paseo cubierto que unía la parte doméstica del santuario a los edificios religiosos. Al pasar por los espacios abiertos entre los pilares que sostenían el techado del paseo, le daba en plena cara —según su propia carrera movía el aire— el olor del suelo recién regado por la lluvia, y ese otro, más agrio, de las nieblas que bajaban de las montañas y cuyos densos tirabuzones grises rompían como olas contra las paredes.

Mientras corría, Miyuki se iba acordando de que antes de prosternarse ante el altar tendría que expulsar de la mente cualquier pensamiento impuro fruto de la codicia (ahora bien, la feroz voluntad de recuperar sus carpas ¿no era acaso una de esas codicias que reprobaban los budas?) o de la ira (sentía un rabioso rencor contra el ser desconocido, hombre o animal —pues no estaba descartado que el ladrón fuera una bandada de monos—, que le había escamoteado casi en sus narices los seis peces más hermosos de los ocho que llevaba).

También sabía que no podía esperar de los budas ningún trato de favor, ninguna comprensión ni ninguna intervención milagrosa. Estaba dentro de su forma de ser hacer oídos sordos, tozudamente sordos, a esa clase de oraciones, pero los *kami* no eran mucho más complacientes. Para esas entidades superiores, el ser humano no era sino un jirón de a saber qué, una monda que se despegaba del soporte de esa existencia a la que iba tan mal adherida que bastaba con un soplo para arrancarla. Ahora que Katsuro, la persona que más cerca había estado de ella —tanto que sus dos naturalezas se confundían a veces hasta el punto de que Miyuki, olvidándose de la forma de hablar cortés y modesta de las mujeres, usaba giros específicamente masculinos por los que refunfuñaba su marido, *¡hablas como si mil sapos apestosos te brincasen en la boca!*—, ahora que él recorría un mundo al que ella no tenía acceso y que no le era posible ni imaginar, Miyuki no podía ya contar sino consigo misma. Incluso a sus plegarias más fervientes, a sus suspiros más lánguidos, a sus posturas más sensuales sería ya para siempre insensible Katsuro.

Deslizándose por entre los fieles, la joven se acercó al altar. Discretamente iluminado con cuatro lámparas de aceite cuyas llamas se inclinaban y se enderezaban al compás de la respiración de los fieles, emitía un brillo apagado porque lo envolvían telas rojas y doradas y centelleaban las ascuas en las que se encendían los bastoncillos de incienso.

La estatua del buda quedaba en penumbra, como si, compasivo, el iluminado temiera que el pan de oro con que habían chapado su avatar rechoncho y tripón le pareciera una provocación a los peregrinos exhaustos, muertos de frío y a veces en los huesos que zumbaban a sus pies mirando con gula las ofrendas, humildes no obstante —agua clara, cuencos con una modesta cúpula de arroz redondo cocido con agua, o unas pocas habichuelas—, colocadas en el altar.

Más familiarizada con el rito sintoísta que con las oraciones búdicas, Miyuki estaba pendiente de sus vecinos y los imitaba para no cometer torpezas: elevaba las manos unidas por encima de la cabeza, volvía a bajarlas despacio a la altura de la garganta y luego del corazón y, tras arrodillarse, se prosternaba hasta tocar el suelo con la frente. La primera vez que lo hizo, en el sitio en que posó la nariz le pareció notar el rastro de un olor fecal. Abrió y cerró las aletas de la nariz y aspiró más a fondo la discreta emanación, que le recordaba la casa alargada y baja donde se

alojaban los pocos bueyes que pertenecían de forma colectiva a los vecinos de Shimae. Eran animales de tamaño pequeño, con el cuerpo recio y pelambreira prieta y muy suave y, bajo la piel flexible, un esqueleto casi excesivamente delicado para unos bovinos que tenían que tirar de cargas pesadas; pero los huesos, que sujetaban unos músculos vigorosos, se articulaban entre sí con una precisión que compensaba su aparente fragilidad.

Ni Katsuro ni su mujer tenían arrozal, ni tan siquiera un simple bancal para criar hortalizas. A Katsuro lo tenía demasiado ocupado la pesca como para cultivar la tierra y Miyuki estaba demasiado atareada con el cuidado de los aparejos y de la alberca de las carpas. Así que, deseosa de serle útil a la comunidad, se había sumado a las muchachas que se encargaban del cuidado de los bueyes y, sobre todo, de la reutilización de las boñigas y la orina de los animales, que desleían en un cubo antes de abonar las parcelas cultivadas. Como Miyuki tenía los brazos y las caderas más resistentes que las muchachas, era ella con frecuencia quien llevaba el cubo por los campos, agachándose para sacar la mezcla fangosa con una cuchara de mango largo y repartirla por la parte superior de las plantas, velando por que escurriera tallo abajo hasta la raíz y utilizando una brizna de paja para rectificar la trayectoria si algún nudo la desviaba.

A Miyuki nunca le había dado asco manipular aquella papilla; si se habían diluido los ingredientes respetando escrupulosamente los porcentajes que recomendaban los Antiguos y teniendo buen cuidado de concederle a la mezcla una noche de decantación para permitir que se evaporasen las sustancias más volátiles, el olor que se alzaba desde el cubo era entonces tirando a suave, casi dulce; cuando Miyuki tenía que apalabrar a muchachas nuevas, nunca dejaba de minimizar el desagrado olfativo de la tarea asegurándoles que las numerosas florecillas que pastaban los bueyes en primavera les daban a sus boñigas un aroma de benjuí.

Como una arcada que se le volviera a subir a la boca, notó una ráfaga de nostalgia al acordarse de aquello que había sido su vida cotidiana. Se arrepentía de no haber sabido valorarlo como se merecía.

Pero ¿acaso valía algo?

Había vivido la vida apagada, agotadora y raquítica de cientos de miles de mujeres japonesas, con dos únicas excepciones: al contrario de sus padres, que habían muerto intentando escapar de las matanzas perpetradas por los soldados de un gobernador de provincias sublevado contra el poder del emperador —aquella rebelión había coincidido con fuertes terremotos y sangrientas incursiones de unos piratas procedentes de Goryeo^[32]—, ella no se había topado con el sufrimiento, no había padecido nunca el dolor seco de los bastonazos ni la herida abrasadora del látigo; las únicas cicatrices que le señalaban el cuerpo eran obra de la naturaleza, de una piedra contra la que había tropezado, de una rama baja con la que había chocado al correr, del mordisco de un animal asustado, de una zarza que ella había pasado rozando muy

de cerca; y, a la sazón, se consolaba, e incluso sonreía, pensando que se trataba de la reprimenda de un *kami* cuya intimidad había violado sin querer.

La otra excepción al desencanto de la existencia había sido el amor de Katsuro, ese que él le había dado, ese al que ella había correspondido.

Miyuki se acordaba de los narradores de cuentos ambulantes que, las noches de verano, tras despachurrar a las cigarras cuyo escándalo estorbaba sus relatos, se sentaban en el centro de la plaza y referían con voz espectral espantosas historias de amantes a los que separaban destinos a cual más cruel e injusto: y las gentes de Shima, que llevaban túnicas con mangas perdidas, las empapaban de lágrimas. Los únicos que se daban codazos y se reían eran Miyuki y Katsuro, porque estaban convencidos de que ninguna maldad de los hombres conseguiría separarlos; solo la muerte podría hacerlo, por supuesto, pero, incluso cuando pensaban en ella de pasada, no tenía rostro y por lo tanto casi no existía. Se escondían tras las manos para soltar risitas, y tanto los sacudía la hilaridad que los vecinos del pueblo creían que sollozaban. Los narradores de cuentos empezaban entonces a echar en falta a las cigarras, que, aunque no menos escandalosas que aquella pareja joven, no subían tanto sin embargo en la escala de los agudos.

Miyuki era feliz por haber sido feliz, aunque, a decir verdad, no sabía qué había detrás de la palabra *felicidad* (*shiwase*, decía). Habría sido incapaz de dar una definición, salvo para diferenciarla de sus incontables contrarios (aflicción, sufrimiento, herida, tormento, malestar, vergüenza, asco, repulsión, decepción, cansancio extremado, agotamiento, debilidad, extenuación, desvalimiento, desesperación, llaga, contrariedad), que eran el pan de cada día de las criaturas sensibles.

Pero la felicidad ya había pasado. No solo no vería nunca más a Katsuro, sino que era posible que no volviera a ver Shima: tras la injustificable pérdida de las carpas, ¿cómo iba a atreverse a regresar al pueblo? ¿Qué le iba a decir a Natsume? ¿Qué disculpas podría darles a los vecinos que se habían fiado de ella?

¿No era acaso lo mejor seguir camino hacia Heian-kyō, presentarse en la Oficina de Estanques y Jardines y esperar a que el director Nagusa decidiera cómo había que castigarla?

¿Le encomendarían que lavase y preparase los cadáveres de los enemigos decapitados para presentárselos al emperador, tarea que sería una forma casi respetable de purgar su incompetencia? Si, pese a todo, aquella expiación no parecía suficiente, quizá le permitieran acogerse al *jigai*, la única salida verdaderamente honrosa ante una situación inaceptable. Aquel suicidio ritual era sobre todo un privilegio de las mujeres nobles, de las esposas o de las hijas de los guerreros; pero también podía suceder que simples sirvientas culpables de alguna falta grave eligieran el *jigai* con la esperanza de rehabilitarse ante sus señores. Si se cortaba la yugular o se perforaba la carótida con la hoja de una *kaiken*,^[33] Miyuki probaría su

lealtad para con la Oficina de Estanques y Jardines y, sobre todo, con sus compatriotas de Shimae.

Aquella forma de muerte tenía fama de ser rápida y no precisaba, como en el caso del *seppuku*, la asistencia de un amigo armado con un sable para abreviar el padecimiento insoportable del suicida cortándole la cabeza. Tratándose de una mujer, la única precaución requerida era, tras sentarse en los talones, atarse las piernas para evitar cualquier indecencia al caer hacia atrás en el momento de la muerte.

Pero en el caso de que tomase esa decisión —que ahora que Katsuro no estaba ya en este mundo no se le hacía cuesta arriba—, Miyuki tropezaría con una dificultad que no sabía cómo resolver: no tenía *kaiken* ni, desde luego, medios para comprarla.

Mientras seguía prosternada, alzó la vista y miró en torno con la esperanza de ver la hoja de una *kaiken* relucir discretamente entre los objetos de los que se despojaban los peregrinos que habían decidido unirse a la vida monástica.

Pero las únicas ofrendas colocadas en el altar eran los cuencos rituales donde había agua, flores, incienso, luz, alimentos y música, que simbolizaba una concha pequeña en forma de caracola puesta encima de una cúpula de arroz.

En ese momento retumbó un trueno en la montaña. La campana del santuario zumbó sin que la rozase siquiera el badajo suspendido en el aire.

Y precisamente entonces las vio: arrimadas a la parte de abajo del altar, asomando bajo los flecos del mantel rojo y oro que lo cubría, vio las seis cabezas de las carpas desaparecidas, con sus estupendas mejillas aún infladas prolongadas por la larga espina dorsal, es decir, seis peines blancos a los que no estaba ya pegado ni un trocito de carne, pero que seguían envueltos, como en un manto de cuero fino y tieso, en los pellejos de las escamas que había empañado la muerte.

Miyuki notó que le venía una arcada y se apretó las palmas de las manos contra los labios. La frente cayó, golpeando con fuerza el suelo.

Robadas, matadas, despedazadas, devoradas...

Era obra de hombres, pues si se hubiera tratado de animales se habrían comido las cabezas y triturado los menudos esqueletos nacarados.

Togawa Shinobu era un bonzo relativamente joven aún, pero cuyo rostro, muy picado por las viruelas que había padecido a los nueve años, mostraba ya los rasgos flácidos de un anciano. Por aquel entonces había pasado muchos días entre la vida y la muerte y de la supuración de las pústulas se desprendía un hedor tan insoportable que su propia madre no podía estar en la habitación en la que yacía, casi desnudo, pues el cuerpo se le había vuelto muy sensible al calor. Había sobrevivido milagrosamente merced a la intercesión de un espíritu protector, uno de los siete dioses de la felicidad, al que luego había consagrado la vida para mostrarle su agradecimiento. Tras entrar en religión, Togawa Shinobu había ido ascendiendo por

la jerarquía sacerdotal hasta llegar a ser el *zasu*^[34] de aquel santuario, que, aunque budista, se consideraba uno de los hitos inevitables de la peregrinación de las tres divinidades sintoístas del camino de Kumano.

Recibió a Miyuki en el Pabellón de los Sueños, un edificio pequeño y octogonal que le debía el nombre a un príncipe tan virtuoso que en uno de sus sueños un ser celestial había descendido para revelar el significado de un sutra considerado hasta entonces indescifrable.

En el centro de una habitación, en la parte baja del pabellón, unos biombos delimitaban una zona sin más enseres que unos cuantos almohadones. A través del papel aceitado, se intuía la mole cercana de las montañas y de los bosques que las cubrían.

Togawa Shinobu invitó a Miyuki a tomar asiento (por humildad, para mostrar respeto, esta evitó colocarse encima de un almohadón) y a explicarse.

Mientras refería el motivo de su viaje, insistiendo en el hecho de que un fracaso no se limitaría a deshonrarla a ella, sino que perjudicaría mucho a los vecinos de Shimae (y agachaba la cabeza para disimular las lágrimas que amenazaban con correrle por las mejillas), el superior del templo recordaba el sutra Gonjikinyo, según el cual ni aunque a todos los budas del pasado, del presente y del futuro se les salieran los ojos de las órbitas y cayeran al suelo, ninguna mujer en el universo entero podría llegar a ser buda. Algunas podrían quizá aproximarse a la iluminación, pero, para superar la ultimísima etapa, tendrían que reencarnarse en un hombre.

Con la cabeza algo ladeada, el *zasu* miraba atentamente a Miyuki y se decía que sería una pena que volviera a nacer en un cuerpo de hombre. Togawa Shinobu no era de esos religiosos que sentían afecto por los monjecillos; prefería a las monjas y, por lo demás, se lo veía con frecuencia recorrer el camino pedregoso que conducía al anexo donde vivían estas, dedicadas a lavar y arreglar la ropa de los monjes, a preparar las comidas y, en general, a ocuparse de cuanto tuviera que ver con la buena marcha del templo; por eso el reverendo había dicho en confianza a sus discípulos que esperaba que su siguiente renacimiento lo convirtiera en mujer o en bóvido, las dos formas más hermosas, desde su punto de vista, de ser útil a los hombres.

Como si lo adormeciera contemplar a Miyuki, Togawa Shinobu había dejado de atender a lo que esta decía. Se espabiló y se esforzó por recuperar el hilo de sus pensamientos, intentando acordarse de la razón que había alegado aquella mujer para pedirle justicia. Y ¿por qué se presentaba ante él tan desaliñada? ¿No habría debido peinarse, recogerse la melena y lavarse la cara? ¿Era acaso tan propensa a la emoción que no dejaba de jadear, como si hubiera debido acudir corriendo hasta él desde el pie de la montaña?

—Cierto es que estaban muy sabrosos —estaba diciendo—, pero no habría debido comérmelos todos.

—¿A qué te refieres? —dijo el reverendo, sacudiéndose el ensimismamiento.

—A los pastelillos, claro. Los pasteles en forma de espiral que me dieron ayer por

la noche Genkishi-san y Akito-san.

Aunque había llegado a la conclusión de que seguramente eran ellos los ladrones de carpas, seguía otorgándoles las muestras de respeto que, según ella, una persona tan insignificante como la viuda de un pescador les debía a dos peregrinos de los santuarios del camino de Kumano.

—Y ¿de dónde salían esos bollos?

—De las cocinas del templo. Eso fue lo que me dieron a entender.

—¡Te mintieron! —protestó Togawa—. No tenemos masa de habichuelas desde hace dos lunas, así que nuestra cocina no ha podido hacer nada así. Sospecho que estos hombres que dices prepararon personalmente esos dulces y los rellenaron con un poderoso somnífero con la intención de dormir a los peregrinos con los que se encuentren para estafarlos con más facilidad.

Para asegurarse de ello, Togawa Shinobu envió a dos novicios a comprobar el contenido del mueble donde se guardaban las medicinas. No tardaron en regresar los monjecillos: habían desaparecido dos bolsitas de seda, en una de las cuales había racimitos del fruto del solano negro y en la otra, raíces de acónito.

—Ahora ya casi no cabe duda de que tus compañeros de camino te drogaron para adueñarse de las carpas —dijo el reverendo—. Tras matarlas, las cocinaron usando seguramente las lámparas de aceite que están encendidas de noche delante del altar. Luego se las comieron. Ojalá no les aprovechen más que si se pasaran todo el tiempo de su encarnación presente y de las mil siguientes papando el aire fresco de las montañas. En cuanto a ti, joven, tranquilízate. Tu aflicción no resolverá nada. Por más que te lamente y empapes las mangas de lágrimas no volverán a aparecer las carpas ni regresarán a sus barquillas de barro. Pero, dime, aunque no estén las cosas como te gustaría, ¿estás decidida a proseguir el viaje?

—¡Si tuviera alguna razón para seguir adelante! Pero ahora, con las manos vacías, ¿para qué ir a Heian-kyō?

—Porque dejaste el pueblo y ya has caminado mucho y escalado esta montaña.

—Pero eso era algo que tenía una razón de ser, y ha dejado de tenerla.

—Siempre hay una razón de ser para seguir comportándose como es debido —dijo Togawa Shinobu—, incluso cuando creemos que no vale ya para nada. Lo que deseo es ayudarte a tomar conciencia de esta verdad.

—Pero ¿qué podría decirle al director de la Oficina de Estanques y Jardines? ¿Qué disculpa le voy a dar a Nagusa Watanabe?

—Ninguna. No te disculpes. Calla aunque te censuren, incluso sin razón; no te quejes aunque te castiguen, incluso sin razón. Pero a lo mejor —añadió con sonrisa maliciosa—, a lo mejor puedes pese a todo cumplir con la misión que te encomendaron.

—Pero ¿cómo? ¿Cómo? Ocho carpas era ya tan poca cosa. Katsuro, mi marido, llevaba alrededor de veinte en cada viaje. ¡Y yo solo ocho! Por eso tenía previsto hacer otro, e incluso otro más, si el director Nagusa lo exigía.

—Atiende a mi consejo: sigue por la cuesta que va por la vertiente de la montaña, encamínate hacia el norte. No tardarás en llegar a un río. Lo llaman el Yodogawa. Dicen que sus aguas son ricas en peces. Muchos pescadores laboran en sus orillas y muy sorprendente sería que alguno no pudiera pescar para ti unas cuantas carpas hermosas.

—¿Carpas hermosas? El pez más hermoso del Yodogawa ese nunca podrá rivalizar con ninguno de los de nuestro río. Los nuestros son los que más miden, los que más pesan, los más ahusados, los más potentes. Tienen escamas como abanicos, ni abiertas del todo, ni cerradas del todo. ¡Qué exquisitez, qué armonía! No hago de menos a mi marido si digo que las aguas del Kusagawa, su río, eran tan ricas como pobre era él, Katsuro...

—Hablas de tu pescador como si...

—Eso es, eso es —interrumpió con vehemencia Miyuki, olvidando el respeto debido al superior del santuario—, el reverendo lo entiende: Katsuro ha muerto, voló lejos como las flores del ciruelo un día de viento. Sin embargo, aunque las flores se dispersaron y las pisotearon, el ciruelo que las tuvo en sus ramas volverá a florecer la próxima primavera. Pero ¿cuándo y en qué mundo volverá a nacer el alma de mi marido...?

A Togawa Shinobu, los labios, que ya de por sí no eran muy gruesos, se le afinaron más aún: era su forma de sonreír, la sonrisa bondadosa que dirigía a los niños y a los ancianos.

—No sé la respuesta, joven. Seguramente te podría brindar hipótesis, e incluso esperanzas, pero nada seguro. Pues la más infalible de las certidumbres es precaria, inconstante y dudosa. Lo que aún parece cierto esta mañana, bajo la lluvia, puede ser quizá mentira cuando haya pasado la nube. Lo que creo es que el alma, eso a lo que llamas alma, no salta de un cuerpo a otro: va íntimamente enclavijada al ser al que prestó vida, de forma tal que cuando la carne se extingue llega necesariamente la extinción del alma que iba asociada a ella.

—No lo decía así de bien, pero eso mismo pensaba Katsuro —susurró ella; y volvía a ver aquella especie de lenteja seca y negra, todo cuanto quedaba de la luciérnaga que había perdido la luz y luego la vida en la palma de la ancha mano del pescador.

—Mientras vivió tu marido —siguió diciendo el superior del santuario—, todos sus actos fueron como otras tantas semillitas que fundamentaron su karma. Ahora bien, el karma persiste cuando se extinguen nuestras vidas, y las simientes que lo constituyen, como son acciones nacidas de la persona que las llevó a cabo, y por lo tanto externas a ella, siguen creciendo cuando la vida de esa persona se ha interrumpido ya. Fíjate en las semillas de una planta que vuelan con el viento: vienen de esa planta, pero no son esa planta porque se desprendieron de ella y, al caer al suelo y hundirse en él, hicieron nacer una nueva planta, diferente de aquella de la que las separó el viento. Si pudieran pensar, no recordarían nada y tampoco anticiparían

nada. Sin memoria de su pasado, sin premonición de su porvenir, flotarían en el momento presente igual que una brizna de paja en la inmensidad del mar. Ese mundo que te parece coherente no es sino el intrincamiento, la madeja enredada de todos esos karmas. Sin las consecuencias de esos miles y miles de millones de acciones que lo ponen continuamente en tela de juicio, el mundo ya no existiría.

El cielo, que parecía haberse despejado al amanecer, volvía a estar cubierto de nuevas nubes.

—Así pues, ¿qué has decidido? —inquirió Togawa Shinobu (el superior tenía una voz con tendencia a resultar chillona, así que se esforzaba en tornarla más grave de lo que era en realidad)—. ¿Vas a ir hasta la capital imperial? ¿O tomarás otra vez el camino de Shima?

Miyuki precisó largas horas para bajar de la montaña.

No tenía desde luego que andar con tanta prudencia como los días anteriores: perder los dos peces que le quedaban no cambiaría gran cosa en lo referido a su situación, ni ante la Oficina de Estanques y Jardines ni ante Natsume y los vecinos del pueblo. Pero las carpas supervivientes las había pescado Katsuro, era él quien había empezado a aclimatarlas en la alberca de Shimae, las había acariciado, se había bañado con ellas y ellas habían acabado por atreverse a acercársele y frotarse contra sus muslos; hasta cierto punto representaban la última huella carnal de Katsuro en este mundo y esa huella era la que Miyuki quería salvaguardar a toda costa.

Llegó al valle a la hora del Gallo.^[35] Igual que los rebaños que regresan al cobijo del establo al caer la tarde, ejércitos de nubes oscuras, orondas, hinchidas de lluvia y de rayos —a veces se veían serpentear, a través de su piel algodonosa, largos látigos de luz—, bajaban desde las cumbres, resbalando cada vez más deprisa.

Al pie de las paredes verticales cubiertas de árboles, dejando atrás la última avanzadilla de criptomerias, corría un río. Seguramente era aquel que había mencionado Togawa Shinobu.

La joven decidió remontar el Yodogawa, en el supuesto de que se tratara de ese río, quedándose a distancia del cauce para que su silueta ni se reflejase en el agua ni danzase por su superficie. Porque no había que olvidarse de los *kappa*, seres acuáticos de menguada estatura y con el cuerpo cubierto de escamas verdosas, como un disparate entre mono y rana. Los *kappa* le debían su malísima reputación al hecho de que podían irrumpir fuera de los ríos y los estanques para andar dando vueltas por tierra firme gracias a una cavidad llena de agua que tenían en la coronilla. Y, en consecuencia, nadie estaba a salvo de sus crueldades, la menor de las cuales no era, cuando se daban el gusto de salir a la caza del hombre, la de hundirles a sus víctimas las manos, a la vez ganchudas y palmeadas, por el ano e ir subiéndoselas hasta el hígado, que les arrancaban para paladearlo; la glotonería de los *kappa* incluía también a los niños pequeños, a los que se comían tras haberlos ahogado. Pero lo que esos monstruos preferían por encima de cualquier otra cosa eran los pepinos; Katsuro no habría ido nunca bordeando un río sin haberse provisto, prudentemente, de unos cuantos pepinos bien hermosos para desviar de él las apetencias de los *kappa*.

No por eso creía Miyuki que existieran los *kappa*. Menuda tomadura de pelo eso que decía Katsuro de los pepinos. Le había hecho mucha gracia, y aún seguía riéndose; como la oscuridad iba en aumento y nadie podía verla, no se sintió en la obligación de taparse la boca con una mano, y le pareció de lo más delicioso poder reírse con la boca completamente abierta, sin que nada se interpusiera entre sus carcajadas y la noche húmeda que iba llegando a oleadas.

Fue entonces cuando las *geta* tropezaron con algo flácido que estaba cruzado en el camino. Miyuki se inclinó. Era un cadáver, el de un hombre joven, muy guapo, con

un rostro de un óvalo perfecto cuya mortal palidez acentuaban los relámpagos que ya habían entrado en danza. Tenía la boca pequeña, unos ojos apenas rasgados que la muerte no había cerrado y un estrecho mechón de barba en la punta de la barbilla. De la ropa, apenas revuelta, le brotaba un olor dulce a cieno y a algas de río. A primera vista no tenía herida alguna que permitiera determinar la causa de la muerte. Echado con un abandono ajeno a cualquier crispación, la expresión plácida y la postura tan armoniosa como si descansara en un blando lecho y no en la tierra desnuda, daba la impresión de que en realidad la muerte era su estado natural.

Solo por haber tropezado con el cadáver ya se había mancillado Miyuki, mancilla que había aumentado al inclinarse hacia el muerto hasta casi tocarlo. Pensó que, habiendo llegado a ese punto, no corría ya ningún riesgo por darle la vuelta al cuerpo para ver si examinándole la espalda hallaba información.

Dejó las barquillas en el suelo y las sujetó con unas piedras grandes. Después, tras inclinarse de nuevo, le dio la vuelta al cadáver, poniéndolo primero de lado y luego bocabajo. Vio que estaban desatados los cordones que ceñían los amplios pantalones bombachos de seda blanca y dejaban al aire un *ōguchi*^[36] que se había bajado hasta los tobillos, o que alguien le había bajado. Esta segunda hipótesis parecía la más probable, pues le habían rasgado el ano al joven muerto y habían hurgado en él aparentemente con una cuchilla. El tono rojo apagado de la sangre coagulada que le ensuciaba las nalgas y los muslos contrastaba con el escarlata sedoso del *ōguchi*.

No cabía duda de que aquello era obra abominable de un *kappa* que, para separar las carnes y abrirse paso hasta el hígado, había utilizado el pico redondeado y cortante que le hacía las veces de boca.

Miyuki se apartó para vomitar. Luego alzó la cara al cielo para beber a tragos las cataratas de lluvia y quitarse el sabor agrio de los vómitos.

Se arrodilló junto al joven muerto y le dijo a media voz, interrumpiéndose cuando el redoble de un trueno rasgaba la oscuridad, que esos mismos dioses que le exigían que se purificase de la mácula que tenía por culpa de él la castigarían con mayor severidad aún si lo dejaba abandonado sin hacer nada para facilitarle el paso a la etapa posterior a la vida. Ahora bien, los dioses ya le habían demostrado cuán crueles sabían ser al quitarle a la persona que le importaba más que nada en el mundo, más que los mismísimos dioses, y al permitirles a Akīto, el hombre-caballo, y a Genkishi, su cómplice, robarle seis de sus ocho carpas para devorarlas.

Estaba, pues, decidida a hacer cuanto estuviera en su mano, a apurar todas sus capacidades en semejante circunstancia; pero el joven, por muy muerto que estuviese, tenía que comprender que ella sola no podía cumplir con todos los ritos que garantizaban que su alma quedase libre y alzase el vuelo; no contaba ni con el conocimiento de las fórmulas sagradas que había que pronunciar ni con los accesorios indispensables para el culto, ni sobre todo con legitimidad para celebrarlo.

La primera tarea que emprendió fue la de alejar el cadáver para evitar que siguieran ultrajándolo animales que pudieran salir del agua, además de los *kappa*.

Le metió un brazo al muerto por debajo de la nuca y otro por debajo de las rodillas e intentó levantarlo. Pero pesaba demasiado y tuvo que desistir.

Fue entonces cuando de la ropa del joven cayó una *kaiken* que debía de llevar oculta en la manga. La funda metálica se ceñía por completo a la forma del arma y estaba decorada con aves, mientras que la hoja tenía grabadas unas gramíneas livianas que danzaban al viento.

Aquel hallazgo dejó perpleja a Miyuki: ¿le habían leído los dioses el pensamiento cuando deseó tener una *kaiken*? Si le enviaban ahora aquel objeto que tanto había ansiado, ¿no sería acaso para que le diera el uso para el que se había concebido, el *jigai*, el suicidio femenino cortándose la yugular?

Pero haberse encontrado esa *kaiken* no resolvía dos cuestiones esenciales: ¿dónde estaba exactamente en el cuello de Miyuki la vena que tenía que cortarse para cumplir con el ritual? Y, por lo que ella sabía, esa forma de suicidio les estaba reservada a damas nobles y esposas de heroicos guerreros: nunca había oído decir que la viuda de un simple pescador pudiera recurrir a ella.

Fue en ese momento cuando vio una barca endeble y achatada deslizarse por la superficie del Yodogawa.

La embarcación parecía ir a la deriva, pero era una ilusión debida a la luz del atardecer amortiguada por las nubes de tormenta que pasaban raspando el río. De hecho, tres hombres con mantos de paja para la lluvia hundían por turno unas pértigas largas en el lecho del río y empujaban con brío la embarcación a contracorriente.

Miyuki se tiró al suelo detrás del cadáver. Temía que esos hombres pusieran rumbo a ella si la descubrían. Si bajaban a tierra, verían al muerto, lo cual no podría por menos de inducirlos a someter a la joven a un interrogatorio minucioso.

La castigarían por ocultar la verdad, una verdad que ella desconocía, pero sus jueces tomarían esa ignorancia por la manifestación de un carácter rebelde y propenso al disimulo. Ya le parecía sentir en el cuello la opresión de una canga que tendría que llevar varias lunas seguidas. El roce de aquel pesado collar de madera en las clavículas despellejadas hasta el hueso le carcomería los hombros, que se le quedarían magullados para toda la vida. Como las dimensiones del instrumento estaban calculadas para impedir que los condenados se llevaran la mano a la boca, a Miyuki no le quedaría más remedio que mendigar el más mínimo puñado de arroz, el más ínfimo trago de agua. Al menos si es que quería sobrevivir, pues si elegía no pedir nada a nadie, si se iba sola por los oquedales —le daba la impresión de que el Japón no era sino un bosque inmenso; desde que había salido de Shimae pocas veces no había andado a cubierto de las copas de los árboles—, entonces acabaría por morir

de inanición con la misma certidumbre que si se acogiera al *jigai*.

No la sublevaba la idea de la muerte. Si tenía que llegar, lo único que echaría de menos sería disfrutar del esplendor de aquel otoño. Era su estación preferida; los días eran cálidos aún, el frío solo llegaba con la noche y, además, no era un frío cortante, solo un frescor comedido que incitaba más a acurrucarse como en un nido que a enterrarse bajo ropas pesadas. ¿Y dónde ovillarse mejor que en las líneas cóncavas u horizontales que Katsuro, ex profeso para ella, trazaba con su cuerpo tibio? Allí se encogía ella soltando unos gemiditos tan arrullados como los de los gatos vagabundos de Shimae que, atraídos por el olor a pescado, se atrevían a veces a entrar en casa del pescador.

Pero Katsuro se había ahogado y los atractivos del otoño iban a naufragar con él.

La barca se detuvo en paralelo a la orilla. El marinero de más edad, que aparentemente desempeñaba el cometido de patrón de a bordo, un hombre de escasa estatura con una barbilla muy rara en cuyo extremo flotaba una bandera de pelos largos y amarillentos, saltó a la orilla. Se quedó un ratito plantado en las piernas torcidas y balanceándose, como si lo desconcertase haber pasado de las aguas movedizas a la estabilidad de la tierra firme.

—*Otome*^[37] —dijo sencillamente, mirando el cuerpo tras el que Miyuki intentaba sepultarse raspando frenéticamente la tierra que había empapado la lluvia—, más valdría que asomaras. Sé que estás ahí, *otome*, te vi antes de que te escondieras.

Miyuki soltó una queja desconsolada.

—También sé que no tienes nada que ver con ese muerto —siguió diciendo el hombre—. De verdad que no tienes por qué temernos.

Se acercaba, bamboleándose con las piernas patizambas.

—Pues claro que no tengo nada que ver —confirmó Miyuki, que seguía prudentemente oculta—. Pero ¿quién se lo va a creer?

—Ese muerto pertenecía al séquito de Kintaro, que está al servicio del samurái Minamoto no Yorimitsu, fiel respaldo del regente Fujiwara no Michinaga, nuestro venerado ministro de Asuntos Supremos.

Aquellos nombres que el hombre de las piernas feas declamaba con hondo respeto —¿acaso no acababa por recalcar casi todas las sílabas con una inclinación de la cabeza?— no le decían nada a Miyuki. Al barquero pareció escandalizarlo tanta ignorancia.

—¿En qué mundo vives, *otome*? —suspiró—. Entérate al menos de que los enfrentamientos entre el clan de los Minamoto y el de los Taira son cada vez más frecuentes. Día llegará en que ni siquiera habrá treguas y todo el imperio arderá en esa guerra suya. Si es que para entonces el imperio sigue existiendo. Por ahora, esta mañana al salir el sol, debía de ser entre la hora del Tigre y la de la Liebre,^[38] ya han

matado unos bandidos a sueldo de los Taira a este joven tras el que te parapetas, o crees que te parapetas. ¿Por qué lo ejecutaron? Solo porque llevaba en la espalda el *nobori*^[39] blanco con las flores de genciana y las hojas de bambú que son el emblema de los Minamoto. Pero a nosotros —añadió señalando a los otros dos marineros que se habían quedado en la barca— este asesinato no nos afecta, como tampoco a ti: solo somos unos humildes pescadores. Si seguíamos a este pobre muchacho era porque íbamos tras su señor, Kintaro. Solo para pillar el intríngulis de la historia, ¿entiendes?

—¿Qué historia? —inquirió Miyuki.

—Ah, una habladuría que anda circulando, un rumor según el cual Kintaro, siendo aún niño, pero un niño con una fuerza excepcional, luchó con una carpa gigante. De eso hace mucho, y ahora el pez prodigioso, en el supuesto de que existiera, tiene que haberse muerto a la fuerza. Así que no es la carpa la que nos interesa a mis amigos y a mí sino el río en el que, según cuenta Kintaro, se enfrentó a ella, subiéndosele encima a horcajadas y hundiéndole los brazos hasta los codos en las agallas para domeñarla. Bien pensado, a lo mejor en el río viven más carpas de esa categoría. Pero ¡a ti eso ni te va ni te viene, *otome!*

Miyuki asomó entonces por encima del cadáver, enderezándose de repente, con los ojos desorbitados y los labios formando una O:

—Al contrario, me va y me viene muchísimo; yo era la mujer de Nakamura Katsuro.

—¡Ah! —dijo el barquero frunciendo el ceño.

No tenía ni la menor idea de quién podía ser Nakamura Katsuro ni parecía preocuparse por remediar esa ignorancia.

—Él también era pescador —siguió diciendo Miyuki—. Un gran pescador. El mayor de todos quizá. La mayoría de las carpas que desovan ahora en los estanques de los templos de Heian-kyō han nacido de los peces que capturó Katsuro en el Kusagawa, nuestro río.

Okano Mitsutada, que así se llamaba el patrón de la barca de pesca, frunció las cejas. Sí, había oído hablar de un pescador excepcional que vivía en el extremo oeste de la isla de Honshu, cerca del cinturón de volcanes pequeños de Abu, en la región de San'in; la ladera oscura de la montaña. Pero nunca había sabido cómo se llamaba ese pescador. A lo mejor alguien lo había dicho en su presencia y no se había fijado. Él, Okano Mitsutada, no pescaba peces ornamentales; lo que capturaba era para el consumo, así que daba igual que esos pescados fueran bonitos, a los clientes solo les interesaba el sabor y el peso del animal.

—Si vas a Heian-kyō, ¿por qué no vienes con nosotros? —propuso el pescador—. Aunque vayas siguiendo las orillas del río, el camino por el agua es el más corto. Y, sobre todo, el más seguro. Ciertamente es que estás ya a poca distancia de la ciudad imperial, pero incluso una distancia corta oculta peligros para una joven sin protección.

—Agradezco el ofrecimiento —dijo Miyuki—, pero no puedo viajar con los tres

porque tengo la mácula de haberme acercado a este joven muerto. Y no solo me he acercado, sino que lo he tocado, lo he olido y le he dado la vuelta. Y ha sido incluso al verle la herida entre las nalgas como he adivinado que había sido víctima de un *kappa*.

A Okano le empezaron a tiritar las mandíbulas al tiempo que se daba palmadas en los muslos; era su forma de reírse, forma que no dejaba de recordar la lúgubre euforia de los buitres al encontrar carne podrida.

—No has adivinado nada, *otome*; fueron los Taira los que le destrozaron el ano para que pareciera que lo había atacado un *kappa* y escapar así de la venganza de los Minamoto.

Daba zancadas por la orilla dejando huellas en la arena que había reblandecido la lluvia.

—Pero, ya que no puedo ir con vosotros —añadió Miyuki—, a cambio sí que podríais hacerme un gran favor, Okano-san.

Señaló las barquillas e invitó al pescador a acercarse. El hombre dio unos pasos y se inclinó. Soltó un silbido y llamó a sus compañeros.

—Venid a ver esto, que no todos los días se pueden admirar unos peces así.

—Tenía ocho, y eran ya una cantidad muy insuficiente para volver a fecundar los estanques de los templos de Heian-kyō cuyas carpas han padecido mucho con la prolongada sequía del verano; y resulta que ya solo me quedan dos porque unos ladrones me han desvalijado. Ya que sois pescadores, ¿no podríais capturar para mí unas cuantas carpas para que sustituyan a las que me han robado?

Okano y sus hombres se consultaron con la mirada.

—La verdad —comentó el pescador— es que corremos el riesgo de que nuestros peces sean mucho menos bonitos que los tuyos. Más flacos, con las escamas peor colocadas y más opacas y las aletas lastimadas por haber chocado entre sí durante la freza.

—Diré que a mis carpas les ha sentado mal el viaje. ¡Ay, Okano-san, os lo ruego a los tres!

El pescador y sus dos compañeros se sentaron en el suelo, algo apartados. El chaparrón crepitaba en los mantos de paja que les abultaban en la espalda como un caparazón de tortuga. Estuvieron conversando un rato, mirando a veces a Miyuki de reojo.

Okano Mitsutada volvió por fin junto a la joven. Sus compañeros accedían a pescar para ella, pero pedían una retribución de un *koku*^[40] de arroz por pez.

—Mira qué honrados somos, *otome*: como no podemos suponer de antemano si las carpas que saquemos del agua serán lo suficientemente hermosas para los templos de Heian-kyō, solo pagarás las que te parezcan dignas de los estanques sagrados.

Al hacerles aquella petición, a Miyuki ya se le había ocurrido que lo justo sería darles una gratificación a Okano y a sus acólitos, pero ya no le quedaba casi nada de sus reservas de *narezushi* y pasteles de arroz.

—No puedo daros nada —susurró— ni ofreceremos ninguna compensación en arroz.

Los tres hombres cruzaron una mirada cómplice, casi divertida, como si se hubieran esperado esa carencia y tuvieran en la cabeza un medio de solucionarla.

Okano Mitsutada dejó que acabase un trueno particularmente violento, esperó pacientemente a que los pájaros, que se habían dispersado con la deflagración, hubieran regresado a sus escondrijos en los pinos, los cerezos y los sauces que el viento doblegaba, y dijo luego:

—Atiende, *otome*, existe una forma segura de conseguir tantos *koku* de arroz como deseéis, y no solo arroz, sino piezas de seda, incienso, pescado salado e incluso collares muy pesados de sapeques de cobre enhebrados, igual que perlas, por el agujero del centro.

—Y ¿qué forma es esa?

El pescador le indicó, en la orilla opuesta, una edificación que se alzaba en medio de un cañaveral que habían despeinado las rachas de viento. Con aquellos prolongados azotes, los juncos se abalanzaban unos contra otros y el ruido que hacían al chocar se mezclaba con los gritos patéticos de las cigarras *higurashi*.

Okano Mitsutada tuvo que forzar el tono de voz para imponerse al escándalo de los elementos:

—Lo primero, sube; voy a llevarte a la otra orilla del río, hasta la posada de Las Dos Lunas en el Agua. Cuando estés allí, pregunta por la *obasan*^[41] vieja, la madre vieja que tiene los labios verdes, y ofrécele tus servicios.

—¿Como majadora de arroz? —adivinó Miyuki.

—Aquí decimos *yūjo*. Pero es lo mismo. La vieja de los labios verdes es la que más vale para atraer a los clientes. Y, sobre todo, la más marrullera para los negocios. Antes de ser una madre, fue la mejor *yūjo* de todo el valle del Yodogawa. ¡Ah, no se andará con miramientos contigo! Pero después de unos cuantos días bajo su tutela, tendrás la fortuna suficiente para convencer a cualquier pescador, a mí o a otro, para que capture todas las carpas del Yodo y sus afluentes.

Apoyado en su pértiga, el pescador le indicó una casa cuya deformidad contrastaba con una decena de alojamientos más o menos cúbicos construidos encima de pilotes. No se sabía muy bien qué pensar de aquella casucha: ¿era para desviar el curso de los vientos, de las lluvias y de las inundaciones por lo que tenía aquellas esquinas tan raras, aquellos volúmenes irregulares que techaban unas tablillas ennegrecidas por la humedad y que dejaban muchas calvas, aquellas quebraduras inexplicables y aquellos bultos repentinos que crecían en la fachada como tumores? ¿O sería, de forma más vulgar, una de esas cabañas remozadas cuyos constructores, que hasta aquel momento no habían serrado nunca un tablón, iban apañando a medida que conseguían materiales? Las más de las veces, aquellas edificaciones acababan por desplomarse sobre sus ocupantes bajo el peso excesivo de una nevada; o las destruía un incendio.

—¡Ve! ¡Ve, *otome*, no dejes pasar la suerte!

La posada de Las Dos Lunas en el Agua se llamaba así porque a veces, cuando flotaban en suspensión gotitas de niebla, un efecto óptico proporcionaba la ilusión de que se reflejaban dos lunas en las aguas del Yodogawa.

La casa la prolongaba un pontón que se internaba al bies en el río. Había varias barcas pesadas amarradas a los postes que lo sostenían.

De Las Dos Lunas en el Agua brotaba un mareante olor a musgo y harina mojada debido a las colonias de hongos que había en las paredes de madera. Se mezclaban con él, procedentes del interior, efluvios de clavo, de camomila y de polvos de arroz, algo más bien insólito para una posada.

Sin que Miyuki tuviera que pegar el oído a la puerta, le llegaron voces femeninas, la mayoría jóvenes, entre las que destacaba a veces un gemidito agudo, como el de un cachorro asustado.

Cuando Miyuki entró, unas mujeres desnudas miraban con envidia a una muchacha sumergida hasta los hombros en una barrica de la que se alzaban volutas de vapor. Para no mojarse la larga melena, la bañista la había extendido por encima del cuello de la barrica, con lo que parecía que la cara, muy redonda, era el corazón de una flor de pétalos oscuros.

Algo retirada, en la parte más sombría de la sala, una mujer mayor de cara hinchada, nariz muy chata y boca grande, horizontal y húmeda como la de los sapos, con un vestido bajero que le venía muy ancho y se abullonaba remetido en unos pantalones rojos atados en los tobillos, arrojaba agua intermitentemente a una prostituta colgada de una viga mediante unas cuerdas.

Al secarse, las ataduras encogían y se le hincaban en la piel a la castigada. Ella era quien soltaba esos gañiditos de cachorro cuando se le clavaban más las cuerdas en la carne.

Pese a la penumbra en que se hallaba la que castigaba, Miyuki vio que tenía los labios verdes. Dedujo, pues, que era la madre vieja de quien tenía que solicitar el favor de que la iniciase y le consiguiera clientes generosos que le proporcionaran el dinero suficiente para renovar el cargamento de carpas.

Sin dejar de regar a su víctima, que se balanceaba encima de ella quejándose, la *obasan* atendió a lo que le contaba Miyuki. Frunció los labios verdes y silbó como si estuviera airada:

—Mañana, antes de que concluya la hora del Cordero,^[42] habrás ganado no solo con qué llenar tus barquillas, sino también con qué comprarle a Okano la barca, las pértigas, las redes e incluso a esos dos inútiles que lleva a bordo. Pero no te vayas a creer que se lo deberás a tu hermosura, y menos aún a tus caricias. Pues, a decir verdad, tras una primera impresión favorable, basta con mirarte algo más de cerca

para comprobar que no eres tan guapa como parece creerte: tienes la parte baja de la cara bastante más estrecha que la de arriba, y los labios hacia fuera, como si quisieras dar un beso; pero que no se te ocurra ni dar besos ni dar nada: soy lo bastante necia para darle gusto a ese pez gato tan feo de Okano aceptándote a bordo de mi barca, pero entérate de que no tienes que concederles nada sin mi permiso a los hombres que nos aborden; si acuden para rozar el costado de su barca con la nuestra, eso es señal de que están dispuestos a pagar por el menor de tus favores, incluso por que les acaricies el rostro con tu aliento; y entonces no les quedará más remedio que pasar por la vieja *obasan*, porque todo se discute, todo se pesa, todo se valora, la tarifa la fijo yo y, créeme, puedo convertir en oro la mínima gotita de saliva tuya que, igual que un pájaro, vaya a posarse en el palo de su nariz; y me está pareciendo que he perdido el hilo de lo que estaba diciendo. ¿Te acuerdas de por dónde iba?

—Decías que te disgustan mis labios, *obasan*.

—Sepáralos, para que pueda verte los dientes.

Miyuki obedeció. La anciana soltó una risa chirriante.

—¡Vaya forma de abrir la boca! Parece que estuvieras enrollando una persiana que se hubiera pasado el verano secándose al sol y tuviese agrietadas todas las tablillas. ¿Nadie te ha dicho nunca que hay que pegarle un par de lengüetazos al mecanismo para darle un poco de brillo y lubricarlo? ¡Y esos dientes! —añadió tapándose los ojos con las manos—. ¡Esos dientes! Las mujeres casadas se pintan los dientes de negro.

—Ya no soy una mujer casada; soy viuda.

—¿Te has fijado en que los animales no practican el *ohaguro*^[43]? Los dientes blancos te convierten en semejante a todos los animales.

Acordándose de los bueyecitos de Shima, Miyuki dijo que le gustaban los animales y su compañía y que no le parecía humillante tener el mismo color de dientes que ellos.

—Te advierto —dijo en tono de enfado la madre— que tengo buena reputación en el Yodogawa; no consentiré en que la empañes ni en que decepciones a una clientela que me es fiel.

Pese a tales amenazas, e incluso debido a ellas, Miyuki se dio cuenta de que había ganado el duelo oratorio que la había enfrentado a la anciana. Para asegurarse de ello, decidió sacarle partido.

Precisamente, con la mordedura de las cuerdas de lino, la prostituta había empezado a sangrar en los lugares en que la carne era más tierna. Le aparecía en la piel una especie de leve erupción y todas sus burbujas se iban volviendo de un rosa cada vez más fuerte.

—Desátala ya. Te lo ruego, *obasan* —suplicó Miyuki.

Al tiempo que le hacía una profunda reverencia, le alargó la *kaiken* del joven muerto de las orillas del Yodogawa; valía más cortar las ataduras que obstinarse en desenredar sus meandros, tanto más cuanto que la alcahueta, para no arañarse los

pómulos al ponerse los afeites, llevaba las uñas muy cortas, por lo que no estaba en condiciones de deshacer deprisa unos nudos.

Si Miyuki se rebajaba hasta ponerle la frente en los pies a la anciana era para que la prostituta castigada hallase alivio a su padecimiento lo antes posible, pues la mujer del pescador no podía dejar de pensar que Katsuro, que debía de tener mucha necesidad de relajarse tras las largas horas de tensión que dedicaba a asegurarse de que las carpas nuevas entregadas a la Oficina de Estanques y Jardines se aclimataban a su reciente entorno, a lo mejor había disfrutado de la compañía de aquella joven. Miyuki no sentía celos ni poco ni mucho; esos momentos de placer que se había permitido su esposo no eran sino ráfagas de chispas como esas que dejan en su estela las flechas de fuego que se disparan para echar a los demonios durante el exorcismo ritual de la última noche del año.

Pero por una u otra razón, estaba claro que la *obasan* se resistía a usar la hoja de la daga. Miyuki la cogió y, con un corte brusco, cercenó aquella especie de ovillo donde iban a parar las cuerdas de lino que tenían colgada a la prostituta.

A esta le dio apenas tiempo a extender las manos para atenuar la brutal caída. Cayó sobre las palmas; su peso de mujer desnutrida le aplastó los antebrazos, doblados como resortes; y se quedó un momento pegada al suelo igual que una araña petrificada. Por fin se levantó de un salto y fue a acurrucarse contra Miyuki, gorjeando palabras incomprensibles. Tenía una voz vivaz, aguda, chillona, y de la melena, que le habían empapado los riegos de la *obasan*, se desprendía un olor dulce de aluviones. Miyuki, a quien Katsuro le había asegurado que las sirenas de río gorjeaban como las golondrinas y olían al légamo en el que se retorcían para salir del agua, decidió llamarla Nyngyo.^[44]

Las únicas *yūjo* con permiso para pasar la noche en la posada eran las que las madres habían escogido para entrar en calor acurrucándose contra ellas o metiéndoles los pies bajo la túnica para apoyarlos en el vientre tibio. Como distaba mucho de contar con las carnes suficientes para incorporarse a la casta de las dispensadoras de calor humano, pues a estas se las elegía de entre las más orondas, Miyuki fue tras Nyngyo y alrededor de otras diez flacuchas hasta el pontón donde estaban amarradas las pesadas barcas negras que las jóvenes prostitutas y las madres usaban para ir al encuentro de los clientes.

—Trabajamos desde la hora del Gallo —explicó Nyngyo—. Pero los rituales para vestirse y maquillarse empiezan antes. Cuando las madres deciden salir al río tenemos que estar ya listas. Los retrasos se castigan con severidad. Ya has podido ver el precio que he pagado por no haber acabado a tiempo de trenzarme el pelo. ¡Reconozco que fue una impertinencia mía eso de llevarlo suelto como si fuera una mujer de la nobleza!

—Lo tienes tan largo y tan bonito... —se admiró Miyuki, que se recogía la

melena en un moño más o menos bien hecho que sujetaba como buenamente podía clavándole una cantidad cada vez mayor de peinas y de agujones improvisados con las ramitas y los tallos que encontraba en el sotobosque.

En cambio, a Nyngyo le caía la melena libremente hasta la cintura, formando una ancha cascada negra tan brillante que le bastaba con mover la cabeza para que palpitasen en el pelo salpicaduras de luz al tiempo que brotaban el aroma dulce del aceite que la joven *yūjo* usaba para alisarlo y los efluvios a camelia del ungüento que debía encamisarlo con una especie de barniz.

Tras sentarse en el filo del pontón y opinar sobre el mundo en general y sobre el de la posada de Las Dos Lunas en el Agua en particular, las jóvenes se subieron a la embarcación que le correspondía a cada cual. Ambas se retiraron a la especie de cabaña cuya intimidad garantizaban unos livianos postigos de junco y que, situada en el centro de los barcos y con el suelo cubierto de esteras y almohadones, debía albergar a la mañana siguiente los escarceos de las *yūjo* y sus clientes.

Antes de meterse en aquel refugio, Miyuki sujetó bien sus recipientes para que no se volcasen ni aunque se picase el río y sacudiera las barcas lanzándolas unas contra otras. Alteradas por la amenaza de tormenta y al notar la presencia tan cercana del río, las dos carpas supervivientes daban vueltas en su cárcel tan febriles como cuando se las habían con las corrientes del aliviadero de Shūzenji para ir a desovar a la zona más tranquila del Kusagawa. Las escamas se tornasolaban con los relámpagos que se colaban por el agua de las barquillas como si fuesen granates, topacios y turmalinas.

Inclinándose por encima de la regala de su barca para verlas mejor, Nyngyo no pudo contener un gritito de admiración.

—¡Atrás! —exclamó Miyuki blandiendo la *kaiken* en las narices de la joven prostituta—. A esta hoja le debes el haberte librado del castigo antes de lo previsto; pero no vacilaré en volverla contra ti si se te ocurre tocar mis carpas.

Nyngyo se apartó de mala gana de las cubetas. Para amansar a Miyuki, cuya intervención por lo demás había omitido agradecer, le dio parte de la ración de comida —verdura picada con arroz en salmuera y castañas dulces— que la *obasan* había mandado entregar a todas las jóvenes, menos a Miyuki, pues la anciana de labios verdes estaba esperando probablemente a ver lo que daba de sí antes de meterse en gastos.

—¿Incluso después de un castigo te corresponde el arroz de la noche? —se extrañó Miyuki.

—Los clientes eligen las barcas que más hundidas van en el agua, las que permiten presagiar que las cortesanas que van en ellas están bien metidas en carnes. ¿Puede una muchacha estar regordeta hasta el punto de hacer naufragar casi una barca si no le dan de comer?

Miyuki se admiró de la eficiencia de las madres, que pensaban en todo.

—¿Crees que estoy lo bastante llenita para gustarles a los hombres del Yodogawa?

Las canicas marrones de los ojos de Nyngyo revolotearon por encima del cuerpo de Miyuki, como si fueran una mariposa explorando un campo de flores, y la joven la miró atentamente de pies a cabeza.

—Me temo que no —dijo por fin—. Bueno, bastará con que rellenes de guata la parte delantera del vestido. Y que no se te olvide rellenar también las mangas.

—Pero ¿de dónde voy a sacar la guata?

—¡Consíguela a punta de *kaiken*! —dijo riéndose Nyngyo—. Bastará con que le deshagas uno o dos kimonos a la *kusobaba*.^[45] Es flaca como una rama en invierno, pero se rellena toda la ropa a la altura de los hombros y las caderas.

—Y ¿por qué se pinta los labios de verde?

Nyngyo soltó una risa burlona que le reavivó las huellas de hemorragia que aún marcaban su piel en los lugares en que las cuerdas le habían oprimido la carne. Luego dejó de mofarse y la risa se le convirtió en unos ladriditos roncós, como si se hubiera atragantado con su propia hilaridad.

—Pero ¡si no se los pinta! Tiene la boca así, verde, fofa; y si te acercas te darás cuenta de que huele a podrido, a pescado en mal estado, a estiércol animal. Yo creo que esa vieja está muerta. Pero estar muerta no le impide vivir.

—Y ¿cómo lo explicas? —dijo Miyuki perpleja.

Desde que había muerto Katsuro, nunca se le había aparecido. Pese a las predicciones de Natsume y de las mujeres de Shimae para darle ánimos y que emprendiera el viaje a Heian-kyō, no creía que las volutas de niebla con formas más o menos humanas que había visto por los senderos escarpados de la sierra de Kii pudieran ser manifestaciones incorpóreas de Katsuro, que no hacía cosas así; no iba a venir a perseguir a Miyuki como si fuera una picadura de insecto en mal sitio, que se hace más y más exasperante cuanto más intentas en vano ponerle la mano encima.

—No lo explico. Es así. Esa mujer tiene algo de monstruo; bueno, eso supongo. A mí me ha desatado; pero, por lo visto, tres muchachas a las que había colgado en la postura en que me viste se murieron. No sé si es verdad, pero entra dentro de lo posible.

Todavía estaba durmiendo Miyuki cuando la madre de los labios verdes subió a bordo de la barca. Mascullando palabras incomprensibles, fue poniendo en fila los accesorios necesarios para que se acicalasen sus *yūjo*: los ungüentos para el pelo, la mezcla de cera y aceite para dársela en la cara, el espeso maquillaje blanco a base de polvos de arroz y agua, las brochas de bambú para extenderlo, los líquenes absorbentes para quitarse a toquecitos el sobrante, los bastoncillos de carbón de madera de paulonia para pintarse cejas postizas y lo necesario para elaborar el barniz negro para los dientes, que fabricaba con unos polvos que procedían de las agallas de zumaque.

Tras prepararlo todo, despertó a Miyuki y le puso delante unas bolas parduzcas

hechas con hilos de seda sacados de capullos perforados y con desperdicios de hilados y le ordenó que fuera a empaparlos en el rocío de la mañana que encontraría en las flores de lespedeza y las hojas escarlata de los cornejos, para que las *yūjo* pudieran darle lustre a la cara y cuidar el tono pálido de la carne.

—No tardes. No pienso esperar a que vuelvas para zarpar. El negocio está mal desde que empezaron las rivalidades por el poder. ¡Muchos hombres se han ido de Heian-kyō para defender sus lejanas tierras, como si amenazara una guerra civil!

—¿Crees que la habrá?

—Yo no te pido tu opinión, así que ahórrame el trabajo de darte la mía.

Cuando regresó Miyuki, la madre ya había clavado la pértiga en el lecho del río y la pesada barca se estaba separando de la orilla. No despegó los verdes labios para aconsejarle prudencia y se limitó a mirar cómo tomaba impulso, cómo casi se caía al agua al resbalar en la ribera arcillosa y cómo conseguía subir a bordo *in extremis*. Al tener las manos ocupadas con las borras de seda empapada de rocío, no podía agarrarse a nada, así que se cayó cuan larga era en el fondo del barco. Cuando se incorporó, tras haberse manchado, la madre le dio en la cara, sobre los pómulos, unos cuantos cachetes con el revés de la mano.

Había caído el viento, el cielo volvía a estar despejado, el río chapoteaba suavemente contra los costados de la barca que la corriente arrastraba, río abajo, por entre una flotilla de barcos cargados con largos haces de avena o que transportaban basura doméstica recogida entre los pilotes de las casas y que unos marineros viejos llevaban a la desembocadura, a la bahía de Naniwa donde la arrojarían al mar.

Iban cinco mujeres a bordo más la madre, que manejaba la pértiga.

Igual que las otras, Miyuki había recibido un salabre de junco que debería presentarle al cliente —en el supuesto de que lo hubiera— para que pusiera dentro las raspaduras de incienso, las ristras de monedas de cobre, el arroz, los pescados en salmuera o los retales de seda que tuviera a bien darle para agradecerle los servicios y que acabarían en manos de la madre, que no le devolvería a la muchacha sino una menguada parte tras descontar las numerosas multas que se había ganado y que no siempre se le habían comunicado.

Miyuki fue a reunirse con Nyngyo y las demás prostitutas. Apoyadas en la regala y tocando las panderetas que llevaban en el hombro como si fueran monitos, cantaban para atraer a los hombres:

*Es odioso a mis ojos
el fatuo sentencioso
que el sake rechaza.*

*Cuando a alguien así veo
me recuerda a un pavo.
¡Nombrad ricos tesoros!
¿Acaso pueden valer más
que una sola copa
de este sake bien lechoso?
¡Hablad de ricas joyas
que relucen de noche!
¿Pueden dar más placer
que beber este sake
que se lleva las penas?
Mientras en este mundo
consiga disfrutar,
¿qué me importa volverme
en la vida futura
o pájaro o insecto? [46]*

Multiplicadas por la cantidad de barcas que, nada más caer el día, iban al albur de la corriente, las voces de las *yūjo* se mezclaban con el piar de las aves acuáticas que regresaban al nido. Ese concierto desafinado de putas y de aves incomodaba a algunos mercaderes que tenían sus tiendas en la orilla o se embarcaban para comerciar, e intentaban ahuyentar las «barcas de amor» dando fuertes golpes en el río con las palas de los remos.

Según Nyngyo, el medio más eficaz para despertar el deseo de los hombres era utilizar unos polvos perfumados que elaboraba con esa finalidad en especial la madre de los labios verdes. Se colocaban en montoncitos en la regala y, soplando, se encomendaban al viento que los llevaba hasta la nariz de los potenciales clientes.

Estaba acabando la hora del Perro cuando Miyuki vio la luz de un farol que, desde la ribera del río, una silueta balanceaba en el extremo de una pértiga.

La madre encaminó en el acto la barca hacia la orilla.

Había allí un hombre. La luz del farol no era lo bastante fuerte para que se le viesen los rasgos de la cara, mas no por eso dejaba de tener la cabeza gacha y ocultaba el rostro, igual que un niño que intenta protegerse de una bofetada, tras la manga perdida de la bata. Aunque esta no fuera de un color protocolario y el hombre que la llevaba no luciera la insignia de ninguna dignidad, estaba claro por su forma de saludar a la madre que el personaje del farol debía de ostentar algún rango en la corte imperial.

Las cinco mujeres se agolparon contra la borda. Pero el ruido de los guijarros, que la corriente hacía chocar entre sí, les impedía oír con claridad lo que hablaban la

madre y el futuro cliente.

—Basta con oír a esa vieja hipócrita llamarlo señor por aquí y señor por allá para apostar a que le pide el precio más alto —dijo Nyngyo—. Me juego lo que sea a que le está exigiendo un vestido de seda.

—¿De verdad crees que se atrevería?

—Bordado con flores de otoño —remachó Nyngyo.

—¡Eso son por lo menos veinticinco jornadas de sueldo de un buen operario!

—Entonces —cuchicheó una de las *yūjo*, señalando a su vecina—, seguro que se lo lleva Akazome.

Miyuki giró un poco la cabeza para mirar a la llamada Akazome. Piel muy blanca y tersa en una cara redonda y algo mofletuda; ojos hundidos bajo unos párpados que mostraban mucho más que una estrecha rendija; pestañas abundantes, largas y rizadas de natural; boca que sin ser verdaderamente carnosa tenía unos labios bien formados.

«¡Qué guapa es!», pensó Miyuki.

Fue entonces cuando vio que el farol trazaba en el cielo nocturno una órbita larga y armoniosa para detenerse luego tan cerca de ella que le pareció notar, a través de las caras de papel aceitado, cómo le acariciaba el rostro el calor de la vela. No era una ilusión: se le habían puesto colorados y calientes la frente y los pómulos, como si los encendiera un fuego interior.

Nyngyo había ido siguiendo también el recorrido de la linterna.

—Estaba confundida —susurró tomándole una mano a la joven y llevándosela a los labios—. Es a ti a quien desea ese hombre. Amakusa Miyuki. Será tuyo el vestido de seda bordado de arriba abajo con flores de otoño.

No bien pasó de una zancada por encima de la regala de la barca, el hombre dio un talonazo al casco y envió la embarcación al centro del río. Indicaba así que se había convertido en el dueño de la barca y sus pasajeras.

Soltando gruñiditos de gusto, como el gato que mulle el sitio en el que va a dormir, el cliente se acomodó en los almohadones que habían diseminado las *yūjo* por el fondo del barco. Sentado en los talones, se acercó a los labios el cuenco de sake que le ofrecía la madre. Contaba con el alcohol para cumplir sin desfallecimientos con la cortesana que había elegido sin haberse tomado siquiera el tiempo de mirarla con detalle; la había señalado en la penumbra, fiándose de la estatura, la silueta grácil, la línea del perfil y el timbre de la voz cuando ella había susurrado palabras de bienvenida; pero no podía tener la seguridad de que correspondiera a sus deseos secretos.

Ahí estaba el juego, el riesgo que no solo aceptaba, sino que buscaba.

Una vez de cada dos —o dos de cada tres— calibraba mal a la *yūjo* escogida y se encontraba con el engorro de una mujer basta cuyas caricias apresuradas y torpes le

irritaban los sentidos en vez de dejarlos colmados.

Lo soportaba sin protestar, sin pedir siquiera algo más de molicie. Sus amores venales eran a imagen y semejanza del mundo tal y como lo concebía: las prostitutas dulces y bonitas eran el símbolo de Heian-kyō, la ciudad imperial, tan refinada, tan alambicada, donde todo era perfectamente sutil; y las mujeres vulgares representaban las demás naciones, los países lejanos que ni nombre tenían y no comerciaban con el Japón ni disponían de embajada. Pues, incluso aunque nadie lo mencionara nunca, aquel hombre estaba seguro de que tenían que existir otros territorios, inmensos sin duda, más allá de los cinco mares y de las aproximadamente seis mil ochocientas cincuenta islas del archipiélago japonés. Al subir a una de las barcas de amor del Yodogawa, el cliente no se contentaba con aplacar sus impulsos sexuales: cada una de las *yūjo* era una tierra extranjera, zarpaba en cada ocasión hacia un reino exótico del ancho mundo.

No era un amante exigente: le bastaba con los rasgos, con la voz, con el aroma de la cortesana; no sentía la necesidad de poseerla, ni tan siquiera de contemplar su desnudez: un cuerpo desnudo tenía para él un atractivo limitado, pues consideraba que esa envoltura no era sino una parcela de la persona infinitamente más compleja cuya posesión *auténtica* sabía que era imposible.

—¿A qué comerciante le compras el sake?

—A una taberna muy discreta, señor, y que pretende seguir siéndolo —dijo la madre de los labios verdes—. Pero mi señor debe saber que el brebaje exquisito que le sirvo esta noche es *bijinshu*, el sake de las mujeres hermosas.

—¿De verdad que es *bijinshu*? Creía que el antiguo procedimiento de masticar y escupir el arroz ya no se usaba hace tiempo.

—Es cierto lo que dice mi señor. Pero conozco una casa donde el milagro del grano de arroz que se convierte en alcohol aún se consigue con la masticación asidua y la saliva de jóvenes vírgenes que no tienen más allá de diecisiete años.

Al echarse hacia atrás el cliente para apurar hasta la última gota del sake, brindando así el rostro a la luz de la luna, Miyuki pudo mirarlo detenidamente.

Estaba claro que era un hombre anciano, pero a quien la edad había tratado en parte con deferencia: era como esos templos de siglos anteriores en los costurones de cuyas cicatrices —en los destrozos por fuego que habían tizado las embrolladas viguerías y en los cuerpos amputados de los dragones que decoraban los tejados— se adivinaba que habían padecido incendios y sobrevivido a terremotos de los que, sin quedar indemnes, habían salido pese a todo más firmes, más fuertes y, a veces, más admirables que antes de la prueba.

La madre esperó a que el cliente se metiera en la oscura caseta donde lo había precedido Miyuki; y luego se apostó ante el hueco de la entrada y orientó una ancha sombrilla de papel que tensaban unas laminillas de bambú para que sirviera de

pantalla a la curiosidad de eventuales transeúntes que pudieran pasar siguiendo la orilla.

El refugio era tan estrecho que al cliente no le quedaba más remedio que tenderse sobre la joven, que ya estaba echada encima de los almohadones repartidos por el fondo del barco.

Miyuki se estremeció al notar el peso del anciano.

—Ten la bondad de perdonarme —dijo este con dulzura—, no quería hacerte daño.

—Mi señor no me ha hecho daño —contestó ella tras la reja de los dedos (se había puesto la mano delante de la boca para no disgustarlo al imponerle su aliento) —, solo me estremezco por el temor de no satisfacerlo; me he entregado al amor con un único hombre, que era mi marido, y cuando murió estábamos todavía en la fase de asombrarnos mutuamente sin preocuparnos por la forma de amar. Pero tendrá de mí cuanto desee siempre y cuando no se olvide de que no tengo experiencia y puede que sea bastante tonta: debe, pues, mi señor expresar claramente sus voluntades, guiar mis gestos, dobligar y modelar mi cuerpo como le plazca.

A despecho del peso del hombre, que la hundía en el relleno de los almohadones, Miyuki consiguió liberarse las manos y, retorciéndose, enroscar la parte de abajo de la casaca para remangar luego la túnica.

La madre era la única en presenciar lo que estaba ocurriendo tras la pantalla de la sombrilla de papel. Guardaba la mayor discreción posible al tiempo que se las apañaba para no perderse nada de lo que estaba sucediendo, pues, en caso de reclamación del cliente, era esencial que supiera con toda exactitud qué había hecho —o dejado de hacer— la cortesana para disgustarlo.

Al tiempo que vigilaba los escarceos de la pareja, la madre seguía manejando la pértiga, propulsando la embarcación con una suavidad que contrastaba con la impetuosidad del acto sexual.

Las otras mujeres se habían adormilado, amontonadas unas encima de otras, pues la barca era muy estrecha. Colgando con dejadez por encima de la regala, el pie o la mano que no habían encontrado donde acomodarse trazaban en la superficie del agua airoas estelas de insectos. En las mejillas, a fuerza de rozarse entre sí como las uvas de un racimo de *koshu*,^[47] se iban desagregando las capas de maquillaje blanco, dejando que asomase, en filigrana, el rosa claro de las mejillas.

Hábilmente encauzada, de frente y al hilo de la corriente que fluía, la barca no acusaba ningún bandazo salvo cuando se cruzaba con alguna barcaza con una pesada carga de haces de avena que unos barqueros remolcaban aguas arriba por el Yodogawa.

Mientras su cliente se esforzaba para liberar su pene de la maraña de pliegues, paños anchos y piezas postizas que lo trababan, Miyuki pensaba en qué iba a sentir al entregar su más recóndita intimidad a un extraño.

El sexo de Katsuro era el primero y el último al que había dado acogida. Al morir su marido, había sentido con una tensión febril el deseo imperioso, que con el paso de los días se había convertido en tiránico, de volver a yacer con él. Por las noches, se despertaba varias veces, convencida de haber oído andar a alguien por la casa, un paso de hombre enérgico y resuelto, pero que, por respeto hacia su sueño, se posaba en el suelo como si se contuviera. Solo podía ser el paso de Katsuro. Desde luego que estaba muerto, había visto elevarse hacia el cielo el humo de su pira funeraria, pero quizá la muerte era mucho más porosa de lo que se suponía, a lo mejor se parecía al precipicio a cuyos pies estaba el aliviadero de Shūzenji, que daba la impresión de ser una pared densa y compacta, pero, cuando el Kusagawa iba crecido, se abrían en él grietas de donde empezaba a brotar el agua en multitud de surtidores. Miyuki tenía buen cuidado de no abrir los ojos, pero sonreía en su duermevela y alargaba una mano presentando la palma para que Katsuro, cuando fuera a tenderse a su lado, pudiera descansar la mejilla en aquel hueco, en las almohadillas tibias y suaves de sus dedos. Por desdicha, siempre acababa por quedarse dormida antes de haber sentido en la mano el peso de la mejilla de su marido. Aun así por la mañana, cuando abría los ojos, su primer reflejo era olerse la palma de la mano, y no le costaba ningún trabajo convencerse de que olía a río, a la arcilla húmeda de las carpas y al olor a polvo, a bosque y a violeta de los iris de las orillas.

Al no contar ya con el poder de saciar sus pulsiones carnales en presente, las satisfacía recurriendo a la memoria. Ahora le bastaba con tenderse y cerrar los ojos, recordando el rostro de su marido, para poder sentir con sobrecogedora intensidad cómo la penetraba el sexo de Katsuro, cómo la acariciaba aquel vástago yendo y viniendo por la vagina, cuyas paredes conseguía ella contraer alrededor de aquel sexo fantasma. Entonces, con el acicate del sueño de Miyuki, la verga irreal de Katsuro se dilataba hasta invadir toda la parte baja del cuerpo de la joven.

Si a su alrededor todo seguía impasible, si no empezaba a gritar ningún chotacabras, si la lluvia no tamborileaba sobre el tejado de bálago, Miyuki podía conseguir que la ilusión durase hasta el momento desgarrador en que notaba la convulsión de un orgasmo, tras el que no tardaba en llegar otro, e incluso otro más.

Pero aquella noche el anciano que la había distinguido entre las demás *yūjo* iba a imponerle la huella de su propio sexo —si es que lograba recuperarlo para el uso entre aquel tremendo caos de ropa—, y Miyuki temía experimentar esa penetración como si fuera un allanamiento.

Tenía que estar preparada para dominarse, para controlarse, para convencerse de que no estaba traicionando la memoria de Katsuro, de que aquel cliente no era nada

ni nadie, que llamarlo mi señor no le proporcionaba ninguna existencia, que le bastaría con ver cómo cimbreada las caderas al nacer el día la silueta del pescador del Yodogawa, Okano Mitsutada, curvando los hombros bajo el peso de las carpas que habría capturado para ella, y entonces el anciano de la noche desaparecería igual que esas falenas de un blanco polvoriento que redoblan como en un tambor en el papel de las linternas, se quedan aturdiditas y caen luego muertas en el suelo del barco.

El anciano consiguió por fin liberar el sexo. Desembarazado ya del lastre de las telas y reviviendo merced a un aflujo de sangre, el pene se enderezó en el acto y, como si alargase el pescuezo para aullarle a la luna, apuntó al cielo el glante descapullado, un glante puntiagudo y rojo que, pensó Miyuki, le hacía parecerse hasta cierto punto a un lobo, un lobito de Honshu.

Se echó de costado, dejando al hombre que eligiera derribarla bocabajo o sobre la espalda. Tenía un cuerpo firme, pocas caderas, el pecho sin pretensiones, pero carnoso. Él le dio la vuelta para ponerla bocabajo y luego se tendió muy arrimado a ella, con las partes nudosas y desiguales del esqueleto buscando los huecos muelles de la carne de la mujer.

Miyuki cerró los ojos. De todas formas, no había nada que ver. Tras los postigos de junco del barco se iban alternando, al pasar, orillas cubiertas por una alfombra de enredadas raíces de criptomeras y colonias de helechos cuyas frondas palpitaban con un zumbido de abanicos que moviera una reunión de damas impacientes por que la fiesta empezase de una vez.

El anciano, por su parte, no parecía tener prisa. Ahora que había conseguido remangarse y tenía el sexo de una firmeza más que honrosa, se lo tomaba con calma.

Cuando le estaba palpando las nalgas a Miyuki, esta se preguntó si notaría su peculiaridad: la nalga derecha tenía más o menos la forma de una gota, y la izquierda era redonda como un globo. Aunque no fuera mucha, a Katsuro le encantaba aquella falta de simetría; ¿era un defecto de nacimiento o una mutilación accidental? ¿En un principio la nalga izquierda fue quizá una gota inflada, como la derecha, pero, por una u otra razón, le cortaron la punta a la gota y solo quedó la parte inflada?

Inclinado sobre Miyuki (ella podía notar cómo el aliento tibio la recorría desde el coxis hasta la nuca), no parecía que el cliente se hubiera dado cuenta de nada. Bien pensado, a lo mejor la diferencia entre las dos nalgas no era tan evidente como decía Katsuro, o al menos no lo era desde el punto de vista de un amante ocasional.

Sin embargo, aunque respirase de forma cada vez más ruidosa, lo que podía tomarse por un síntoma de excitación sexual, el anciano seguía sin tocar a Miyuki y ni siquiera había esbozado el ademán de rozarla.

Tras sobarle las caderas, se quedó tendido, pegado a ella, completamente inmóvil y pensativo, durante largos minutos.

Luego se enderezó por encima de la joven, a cuatro patas, y metió el vientre como para evitar cualquier contacto entre ambos cuerpos.

Y ahora retrocedía con esa lentitud descarnada de un cajón vacío en el que habíamos esperado que hubiera algo muy valioso y que volvemos a cerrar de mala gana.

—¿No soy del agrado de mi señor?

Él tardó en responder y siguió retrocediendo despacio como para distanciarse de algo insoportable.

Miyuki se acordó de los vecinos de Shimaie, una noche de invierno, replegándose en silencio, alejándose de un manojito de casas que acababa de destruir un incendio y del que ya no quedaban sino cenizas y unos cuantos focos de brasas que continuaban parpadeando. Recordaba los pasos en la nieve, las huellas de las sandalias de madera que se detenían de pronto, y luego una zona pisoteada, como si los vecinos se hubieran estado pensando qué conducta había que adoptar —si seguir avanzando o desandar lo andado—, y rastros que se alejaban marcha atrás, pues, incluso apartándose del drama, nadie se había atrevido a dar la espalda a los muñones de las vigas humeantes, a las paredes cuajadas de pústulas negras, a los cuerpos carbonizados que tenían todos el mismo rictus, las mismas órbitas enormes, en lo hondo de las cuales se habían derretido los ojos; y Miyuki se había fijado en que las huellas que volvían eran más profundas que las que iban, como si los lugareños llevaran ahora en la mirada el peso de algo abrumador.

—¿Quiere mi señor que llame a otra *yūjo*?

El anciano negó con la cabeza.

—Y, sin embargo, no ha tenido lo que deseaba.

—Desde luego —dijo él— he quedado insatisfecho. Profundamente insatisfecho. Y, sobre todo, decepcionado. Como cuando se entra en una posada con la intención de deleitarse con un guiso de anguila y le dicen a uno que ese día no lo hay.

Verse rebajada al nivel de un guiso de anguila, que, por lo demás, a Miyuki no le gustaba, era sin duda humillante; pero no era nada en comparación con la vergüenza que iba a sentir si la madre decidía colgarla del techo de Las Dos Lunas en el Agua para castigarla por haber incurrido en el descontento de un cliente de importancia.

Él había apoyado la espalda en una cuaderna de la barca y se miraba atentamente el pene, que volvía a estar flácido.

Miyuki se arrastró de rodillas hasta el anciano, se inclinó y, con el refuerzo de la lengua, se dedicó a espabilar el miembro amorfo. Pero el cliente la rechazó.

—No, es inútil. Es que, ¿sabes?, se desprende de ti...

Se calló de pronto.

—¿Sí, mi señor? —lo animó Miyuki, con la esperanza de que la pusiera al tanto de los motivos de su fracaso y poder restablecer la situación en provecho de ambos; le daban arcadas al pensar en que podría pasar quizá varias horas atada en el techo de

la posada y, en menor medida, la contrariaba que el anciano, por culpa de ella, no hubiera disfrutado del placer que, sin duda, esperaba.

Como el cliente callaba, Miyuki siguió diciendo:

—¿Qué se desprende de mí? ¿Ha visto mi señor en mi cuerpo algo que le haya parecido chocante? ¿Algo que le repugne? Una impureza, una mancha, una suciedad, el rastro de una mancilla, una marca, una cicatriz, ¿qué sé yo?

A fin de cuentas, entraba dentro de lo posible. Como no tenía espejo, nunca había podido verse la espalda, ni la parte de atrás de los hombros. Los únicos reflejos de su persona de que disponía eran los que le devolvía la alberca de las carpas y lo que le había revelado Katsuro de su apariencia. Ahora bien, dejando de lado las graciosas especulaciones referidas a la falta de simetría de sus nalgas, Katsuro era poco locuaz en lo tocante a la apariencia física de su mujer. Y no es que pensara ni mucho menos que no era lo bastante atractiva para merecerse unos comentarios; era incluso todo lo contrario: le parecía, precisamente, tan hermosa que no creía tener ni en la cabeza ni en los labios las palabras capaces de describir a una persona como Miyuki.

—¿Crees que te habría escogido si hubiera habido en ti algo repulsivo? —dijo el anciano.

—Pero ¿cómo habría podido saberlo mi señor? ¿Cómo iba a poder ver algo a través de los ocho vestidos que me pusieron, uno encima de otro, para que de la mezcla de todas esas sedas naciera el tono ciruela púrpura de primavera al ponerse el sol con que nuestra *obasan* estaba empeñada en adornarme esta noche? Ciruela púrpura de primavera al ponerse el sol —repitió apretando los labios—. ¡Habrás visto! ¡Vaya color! Eso no existe en la naturaleza ni en primavera ni a ninguna hora de la noche. Nunca.

—¡No se trata solo de ver! —exclamó el anciano, irritado—. No te limitas a ser un objeto que los demás miran. ¿Has oído alguna vez hablar de un anciano, mucho mayor que yo, que se llamaba Kichijiro Ueda?

—¿Y dónde iba yo a poder oír hablar de Kichijiro-san?

—En ese mundo que es el tuyo: no había nada que le gustase más que las cortesanas. ¡Ah, desde luego, era insaciable! Necesitaba una todas las noches y que fuera diferente de las anteriores. ¿Tenía que ver esa necesidad devoradora que sentía por las mujeres con la contemplación de su belleza? No, no: has de saber que Kichijiro Ueda había nacido sin ojos; le cubría las órbitas algo así como una cortina de piel.

—Pero entonces, si no hay nada en mí que desagrade a mi señor...

—El aroma —dijo él.

Miyuki frunció las cejas postizas que le había pintado Nyngyo en la frente un dedo más arriba de las verdaderas, tras afeitarlas previamente.

—¿El... aroma?

Lo habría entendido si el anciano hubiera hablado de olor, de perfume, pero

aroma era una de esas incontables palabras cuyo sentido ignoraba Miyuki.

—El aroma —repitió él arrugando las aletas de la nariz—, ese que despides.

Ella adivinó entonces qué quería decir... Y notó en ese momento tanto frío que fue como si la barca se hubiera llenado de golpe con toda el agua del Yodogawa, y como si esa agua negra y helada se la hubiera tragado y solo le asomara la boca para que así pudiera aún articular unas cuantas palabras desesperadas.

—¿Huelo mal?

—¿Acaso he dicho eso? No, sencillamente me he dado cuenta de que olías a algo. No sé a qué, es un olor que no había notado nunca en la nuca de ninguna *yūjo*. Pero no me resulta nada grato; y nada más.

—¿Puedo...?

—No —dijo él—, no; ya no puedes nada.

El tono se había vuelto lejano y la actitud tan seca como la piel descarnada y acartonada de un lagarto muerto. Alzó la puertecilla de láminas de bambú y se escurrió por debajo. Miyuki oyó cómo soltaba algo parecido a un suspiro de alivio al salir al aire libre. Se imaginó las ventanas de esa nariz, verticales y ovaladas como almendras, dilatándose y hartándose de fría oscuridad.

Se llevó aparte a la madre mientras las *yūjo* se ocupaban de Miyuki y la ayudaban a arreglarse la ropa.

—¿Mi señor está contrariado? —dijo, inquieta, la madre al ver que al anciano le cruzaba la frente una arruga de preocupación.

—¿De dónde has sacado a esa cortesana?

—En realidad no puede decirse que la haya sacado de ninguna parte. Se presentó por su cuenta en la posada de Las Dos Lunas en el Agua. Me pidió hospitalidad por una noche a cambio de trabajar para mí otra noche en lo que fuera. Fue la noche de la tormenta que no se acababa nunca, cuando llovió tanto, si lo recuerda.

—¿No fue ayer?

—Ayer, sí, efectivamente. El caso es que no podía dejarla a la intemperie.

—¿La interrogaste? ¿Le pasaste revista?

—No. Es que resulta que estaba ocupada castigando a una *yūjo* que se había portado mal. Un castigo que me exigía toda la atención: ya he perdido mujeres al enmendarlas de esa forma, y no quería que se me muriera esta por un descuido. Así que me limité a echarle una ojeada a esa nueva que nos llegaba de fuera. Estaba oscuro y me pareció que no era fea del todo. ¿Opina mi señor lo mismo?

—¡Da igual el aspecto! Ha sido el tufo lo que me ha puesto sobre aviso. Tiene un aroma (o una peste, todavía no lo he decidido) a algo silvestre, a bosque, a hierbas pisadas, a tierra mojada, a madriguera.

—¿A... madriguera?

—A madriguera, sí. Poco me falta para pensar que esa criatura podría ser un *kiyûbi no kitsune*.

Como la mayoría de las personas que «ven pasar a mucha gente», la madre de los labios verdes había oído hablar de los *kiyûbi no kitsune*, esos zorros capaces de tomar apariencia humana, y preferiblemente la de una joven atractiva.

Pero para tener la oportunidad de metamorfosearse así, un zorro debía tener al menos cincuenta años. Si llegaba a los cien, tenía asegurada la transformación, pero, por circunstancias de la vida, tanto de la vida de los hombres cazadores cuanto de la de los zorros cazados, los zorros centenarios no abundaban y, en consecuencia, las doncellas que habían sido zorros no eran cosa frecuente. Sin embargo, ¿cómo dudar de su existencia real si incluso algunos emperadores daban fe de ella recibéndolas en su corte?

—¿Dices que era de noche cuando se presentó esa mujer?

—Menos cuando los relámpagos rasgaban el cielo, eran tan profundas las tinieblas que habría podido pensarse que la luz del día no lograría ponerlas en desbandada —ratificó la madre, echando otra ración generosa de sake de las mujeres hermosas en el cuenco del cliente; y en esta ocasión, también ella se concedió un buen trago, que bebió directamente de la botella; cada vez le sentaba peor que se aludiera, bajo la forma que fuese, a lo sobrenatural, porque le recordaba la posibilidad, leve, cierto es, pero nunca se sabe, de la existencia de un Más Allá donde se le pidieran cuentas de sus más mínimos comportamientos.

—¿No sabes que una mujer joven que va errabunda y sola en una noche poco propicia para paseos puede muy bien ser un *kiyûbi no kitsune*?

—Esta no —protestó la madre, sin titubear—. Amakusa Miyuki, no.

—Amakusa Miyuki —repitió el cliente—. ¿Así se llama?

—Eso fue lo que me dijo al menos. ¿Le resulta conocido el nombre?

El anciano negó con la cabeza: el nombre de Amakusa Miyuki no le decía nada; y, sin embargo, tenía la vaga impresión de haberlo oído antes. Pero en una ciudad como Heian-kyō, en perpetua efervescencia, nadie se fijaba en los nombres, que surgían de todas partes, como tampoco en las bandadas de pájaros que surcaban el cielo.

De las profundidades de la bata, el hombre sacó unos redondeles de cobre con un agujero en el centro enhebrados en una tira de junco.

—¿Cuánto? —preguntó—. ¿Cuántos sapeques? A menos que prefieras seda, un vestido bordado, por ejemplo.

—Ni seda ni sapeques, mi señor —dijo la madre—. ¡Me avergonzaría pedir un pago! He oído a través de los postigos de junco los reproches que le hacía a esa *yūjo*. Me he descuidado; habría debido pasarle revista y olerla cuidadosamente antes de proponérsela.

—No me propusiste nada, *obasan*. A esa mujer la escogí yo. Tenía alternativas, ¿no?

Ella contestó con un prolongado suspiro sibilante que hizo que le nacieran y le estallasen entre los labios verdes unas pompitas de saliva.

—Por supuesto, mi señor. En lo que a mí se refiere, estaba convencida de que me iba a pedir los servicios de Akazome.

—¿Akazome?

—Akazome, de mejillas tan redondas y pálidas que la luna...

—... siente celos —completó el anciano—; sí, sí, ya me sé la canción, es lo que se dice siempre de las cortesanas enfermas o demasiado niñas aún. Pero yo solo tenía ojos para la otra... ¿cómo dices que se llama?

—Amakusa Miyuki.

—Vamos —se impacientó el cliente, alargando la mano en cuya palma brillaban los sapeques—, toma lo que te debo. Y dale a Amakusa Miyuki la parte que le corresponde.

—La parte que le corresponde —susurró la madre— es la muerte. Porque ha ofendido a aquel cuya reputación...

Él se echó rápidamente hacia atrás como para eludir los nimbos de luz de los faroles de papel que se balanceaban en el arco de la cabaña. Ella lo sujetó por una manga con no menor rapidez.

—No, no, que no tema mi señor; pese a lo que me honra tenerlo por cliente, no voy a difundir su nombre; pero yo, que lo sé y sé de su rango, sus títulos, su nobleza, afirmo que la culpa de la *yūjo* es por ello mayor. Y por lo tanto morirá. Lo haremos de forma rápida y limpia.

Se asomó por la borda y dejó que la mano derecha resbalara a ras de la orilla, arrancando largas hojas de ácoro.

—Estas plantas se atan, se trenzan, son sólidas, se remata el lazo con una especie de torniquete y ya solo falta colocarlo alrededor del cuello y apretar. ¿Mi señor aprueba la sentencia y el procedimiento?

El anciano vació el cuenco de *bijinshu* más para hacer tiempo que por el gusto de beber; aquel sake era peculiarmente inestable y volátil, pensó, a imagen y semejanza de las muchachas que habían participado en su elaboración.

—No —respondió Nagusa Watanabe.

—Pero, mi señor...

—Pídele nada más que se arranque una uña y me la regale, como hacen las *yūjo* que desean de verdad demostrar la autenticidad de sus sentimientos a sus protectores más clementes y generosos.

Mediada más o menos la hora de la Liebre, tras haber desembarcado al último de los cuatro clientes acaudalados que habían llegado tras el director de la Oficina de Estanques y Jardines, la madre estimó que la noche había sido ya lo suficientemente

rentable.

Encaminó la barca hacia los pontones sobre pilotes a los que se hallaban ya amarrados varios barcos negros y panzudos. Tras emparejar la embarcación con una chalupa grande de la que brotaba un irritante olor a cebolla (habían embadurnado generosamente la regala y las cuadernas para desanimar a los depredadores, niños y animales, y que no se acercasen al cargamento de miel que traía del monte Miwa para los médicos de la corte imperial), la madre mandó pasar ante ella, de una en una, a las *yūjo* que habían participado en la navegación nocturna. Todas recibieron una gratificación que consistía las más de las veces en un cuadrado de seda con los bordes deshilachados.

Miyuki fue la única a la que entregó la madre unas ristras de monedas de cobre.

—No te apresures a alegrarte porque tu pago sea mejor que el de las demás. Porque, a cambio, tu bienhechor te pide que le regales una uña. La de mayor valor es la del dedo medio. Y también es la que más duele arrancar.

—¿Una uña? —dijo Miyuki ocultando las manos instintivamente detrás de la espalda.

—Regalar una uña es una tradición. Y también un gran privilegio.

—Debe de ser dolorosísimo —protestó Miyuki.

—En efecto. De ahí toma su valor ese regalo que haces. Porque la uña en sí, negra y manchada de sangre seca, no resulta particularmente estética. Además, con el tiempo acaba por oler mal.

La madre alegó que las ristras de monedas de cobre que el anciano había concedido a Miyuki eran una auténtica fortuna. Tras hacer un rápido cálculo mental, llegó a la conclusión de que aquellas ristras iban a permitir a la joven viuda comprar al menos cincuenta carpas de buen tamaño.

—Pero ¿para qué iba a adquirir más peces de los que pueda acarrear, *obasan*?

Era una observación pertinente, pero la madre no la tomó en cuenta. Solo le importaba una cosa: en cuanto Miyuki volviera a completar el encargo de carpas no se eternizaría en Las Dos Lunas en el Agua, donde su olor molesto corría el riesgo de disuadir a otros clientes. Un olor que solo había ofendido a Nagusa, porque a la madre no le había hecho cosquillas en la nariz nada especialmente desagradable. Bien es verdad que el director de la Oficina de Estanques y Jardines había poseído de joven un olfato finísimo; la nariz le había crecido, se le había llenado de bultos y se le había puesto muy fea con la edad, pero, según decía su dueño, conservaba capacidades olfativas más desarrolladas que las de los demás catadores de aromas de Heian-kyō.

—Prefiero esperar a que se haga de día del todo para arrancarte la uña —dijo la anciana de los labios verdes—. ¡Un gesto en falso ocurre cuando menos te lo esperas! No llevo a cabo ese pequeño ritual sin rodearme de todo tipo de precauciones; y la primera es ver bien lo que se hace para no estropear la uña. No te imaginas lo frágil que es una uña femenina cuando la separan de su soporte de carne. Vete a la posada e

intenta dormir un poco mientras tanto.

Se guardó muy mucho de mencionar el intenso y doloroso latido que sentiría Miyuki cuando se le acumulase la sangre bajo la uña antes de que se la quitase por completo de raíz. Fue Nyngyo quien sacó a colación el asunto cuando las *yūjo* iban por la senda que unía el embarcadero con el grupo de casas.

—Sobre todo no debes dejar que te ponga la mano encima. Porque con el pretexto de no estropear la uña, la arranca muy, muy despacio. Y tú, mientras tanto, sufres tanto que sueltas alaridos. Pero yo sé una forma de dejar con dos palmos de narices a esa *kusobaba*.

Nyngyo se inclinó para coger un guijarro chato y azul y lo hizo rebotar con mucha maña en la superficie del agua.

—Te toca a ti —animó a Miyuki escogiéndole otro guijarro.

—No sé hacerlo.

—¿De verdad? —se extrañó Nyngyo—. Pues yo creía que vivías al lado de un río.

—Sí. El Kusagawa. Pero está demasiado revuelto para que reboten los guijarros. Y de todas formas, a Katsuro no le habría gustado que su mujer perdiera el tiempo jugando a tirar piedras. No parábamos de trabajar, ¿sabes?

Nyngyo asintió; ella tampoco podía andar perdiendo el tiempo; si se había detenido, no había sido tanto para mostrar lo hábil que era haciendo rebotar las piedras cuanto para dejar que las demás *yūjo* se les adelantaran. Tras comprobar que seguían andando sin mirar atrás por el camino bordeado de helechos, agarró a Miyuki de un brazo.

—Ahora que estamos solas —dijo, echando a volar una última piedra chata por encima del río— voy a explicarte cómo vamos a engañar a la *kusobaba*. ¿Te ha entregado la prima que te corresponde?

—Sí; aunque no le di al cliente lo que esperaba de mí.

—Disfrutará de otra manera. Imaginándose por lo que vas a pasar mientras la madre te arranca una uña. Es un dolor que te revuelve el cuerpo entero; y lo sabe. Claro que no lo va a ver, pero le bastará con pensar en ello para sentir un placer divino. Así son los hombres. No todos, pero sí muchos. Llaman a ese goce en particular la lluvia sobre las adormideras púrpura. La lluvia son tus lágrimas, y la danza angustiada de tus dedos heridos reproduce la de las adormideras ensangrentadas. Pero esta vez no va a haber ni chaparrón ni flores rojas. Oye, ya que tienes con qué pagar a Okano Mitsutada y sus ayudantes, nada te impide que tomes posesión ya de las carpas que han capturado para ti, ¿verdad?

—Si es que las han pescado...

—Ah, de eso puedes estar segura; Okano Mitsutada no tiene igual en el Yodogawa. Así que atiende: le quitas una escama a uno de los peces. Escógela bastante grande y lo más combada que puedas. La convertiré en una uña estupenda recién arrancada de... a ver, ¿de qué dedo?

—La *obasan* mencionó el medio —dijo Miyuki, alargando la mano—. ¿Cuál es?

Nadie le había enseñado nunca el nombre de los dedos. ¿De qué le habría valido en Shimae? Más valía saber identificar a la primera ojeada los insectos dañinos y las malas hierbas de los arrozales.

—Es que voy a tener que maquillarte también el dedo —especificó Nyngyo—. Necesitaremos un poco de sangre; tuya no, tranquila, nos bastará con machacar unos cuantos *mushi*;^[48] conseguiremos algo así como una papilla azul verdosa, le añadiré una gotita de tinta para oscurecerla, te mancharemos la punta del dedo y a otra cosa.

Para no quedarse corta, la *yūjo* le frotó el dedo a Miyuki con una vedija de pelo que sacó de la madriguera de una comadreja. El almizcle con el que esos roedores impregnan los restos de animales cazados y tapizan el nido bastó para darle al dedo medio de Miyuki el olor fétido característico de los dedos a los que se les ha arrancado una uña.

Antes de que resbalase el alba por las aguas, nocturnas aún, del Yodogawa, Miyuki le entregó a la *kusobaba* la ofrenda de una uña supuestamente arrancada. Luego, corriéndole por la cara lágrimas de sufrimiento, imitadas a la perfección merced a unas cuantas huellas de aceite de sésamo en las mejillas, se alejó a trompicones, mientras la sostenía Nyngyo, que se esforzaba para no soltar la risa.

La posada de Las Dos Lunas en el Agua trepidaba con los ronquidos de las jóvenes *yūjo* cuando Nyngyo, riendo en silencio, forzó los cajones de la cómoda donde la madre guardaba sus mejores galas. Sacó todo un brazado de ropa que la anciana ya no se ponía nunca y de cuya existencia era probable incluso que se hubiera olvidado; se hizo así con un vestido de encima de color ciruela roja, con otro de color arándano y otro más de color de aster malva; para el cuarto, el que debía ir más pegado a la carne, eligió uno de seda color vinaza.

Iba a cerrar el mueble cuando sorprendió la mirada de Miyuki clavada en un kimono largo y blanco. Yacía en el fondo de un cajón, más abandonado que doblado, pero con tanta gracia que se lo habría podido tomar por el cuerpo aún tibio y flexible de una muchacha recién muerta.

—Ese no —cuchicheó Nyngyo—; no se lo podemos robar; es el que ha de llevar en sus honras fúnebres. Nos lo enseñó cogiéndolo por el cuello y haciendo que se estremeciera y se moviera lentamente, como si se tratara de una persona de verdad, algo así como un antiguo amante que regresara desde lo hondo de su memoria. Intentamos enterarnos de algo más, pero por lo visto es incapaz de recordar el nombre de ese amante; aunque da igual, ella le ha adjudicado otro apellido y supongo que basta y sobra para consumirse en una pira funeraria.

Para llevar con mayor comodidad todas esas ropas que había robado Nyngyo para ella, Miyuki se las puso unas encima de otras.

—Eso es lo que hacen las damas nobles de la corte —aprobó la *yūjo*—. Pueden

llegar a apilar hasta quince. Los colores se superponen y se mezclan y, al final, solo se ve un único tono, uno que solo esa dama debe llevar y que...

Nyngyo se calló de pronto.

—¡Qué hermosa estás! —exclamó entonces.

La *yūjo* se moría de amor por Miyuki. Y, por su parte, bajo todas esas capas superpuestas de seda, Miyuki se moría de tanto sudar. Las dos moribundas se abrazaron y se dieron un prolongado y hondo beso de adiós.

Al salir de Shima, Miyuki había resuelto llevar escrupulosamente la cuenta de las paradas que hiciera por las noches. No le cabía duda de que Katsuro oiría con interés el relato del viaje aunque no fuera más que para reírse con cariño de lo lenta que era: «¿Dos días completos para ir de Hongu a Tsugizakura? ¡No, no me lo creo! ¿Te cruzaste con una bruja que te convirtió en caracol o qué? Yo, para hacer el mismo trayecto, y con el inconveniente de que había salido antes del amanecer y tuve que viajar con una lluvia muy fuerte, me puse en camino a la hora de la Liebre y llegué a Tsugizakura a la hora del Caballo».

Pero, de pronto, le volvió a la mente la evidencia de que Katsuro estaba muerto y nunca más oiría su voz.

Entonces perdió el sentido del paso del tiempo. Dejó de llevar la cuenta de los pasitos y de las zancadas, renunció a inventariar los mojones que marcaban las distancias, dejó de sumar la alternancia de días y noches. Dejó de preocuparle el tiempo, ¡pero por completo!, solo tenía la preocupación de la salud de sus carpas, su bienestar y su brillo; los peces que le había proporcionado Okano Mitsutada eran casi tan hermosos como los de Katsuro y estaban claramente más animados; bien es cierto que no habían tenido que padecer aún ni el encierro en las barquillas, ni la corrupción del agua estancada. Y así fue como llegó delante de Rashōmon, la puerta monumental del acceso sur a la ciudad imperial, sin tener la menor idea del tiempo que había pasado caminando. En cualquier caso, viendo la mugre que la cubría y las manchas de sanies, debía de haber sido un largo viaje.

El director de la Oficina de Estanques y Jardines salió del Palacio Imperial por la Kenshunmon, la puerta destinada a los ministros y los funcionarios de elevado rango.

Que estuviera reservada a los dignatarios no impedía que una muchedumbre de artesanos, de vendedores ambulantes, de vendedoras de puestos de feria harapientas y de titiriteros la utilizaran sin que se les ocurriera siquiera que su posición social no los autorizaba a codearse con las autoridades que tenían el privilegio de pasar bajo ese tejadillo de frontón triangular. Por lo demás, no había de qué preocuparse, pues el castigo al que se arriesgaban se limitaba a dos o tres palos en los hombros que, más que zurrar al dueño de estos, lo que pretendían era que doblegase simbólicamente la espalda.

Los empujones, la ruidosa promiscuidad y, sobre todo, la falta de disciplina del vulgo le parecían a Nagusa Watanabe una de las manifestaciones más aborrecibles de la decadencia que corroía el imperio; la administración central había consentido en que poco a poco la fueran desposeyendo de la parte esencial de sus prerrogativas en provecho de los grandes terratenientes, a cuyo frente se hallaba el clan de los Fujiwara, quienes, al arreglárselas para casar a sus hijas, nietas o sobrinas con los príncipes imperiales, habían conseguido manejar en su propio beneficio todos los hilos del poder. Aquellas punciones con que vaciaba el imperio una dinastía que tomaba de él lo necesario para garantizar su crecimiento lo iba privando de su sustancia de la misma forma que un cangrejo que muda de caparazón pero, tras prescindir del que ya le estaba estrecho, se da cuenta de que no ha preparado otro exoesqueleto para sustituirlo, con lo que queda condenado a ser tan blando que a partir de ese momento tiene los días contados.

Había sido milagrosa la cantidad de muchachas, más bien bonitas por lo demás, que los Fujiwara habían podido brindar durante siglos como esposas a los jóvenes emperadores que iban sucediéndose en el trono, otras tantas uniones que les habían permitido a la perfección dirigir un imperio sin tener que tomar el poder personalmente.

Pero hete aquí que el manantial parecía haberse agotado. Tras la floración más asidua e inmutable, el cerezo se había quedado desnudo: el clan Fujiwara no contaba ya con doncella alguna que ofrecer al siguiente soberano.

Tras las tormentas que habían causado estragos en los días anteriores, el cielo volvía a estar limpio y apacible. Nagusa bajó por la avenida del Pájaro Rojo en dirección al Sexto Puente.

Se había anudado en la cabeza el *eboshi*^[49] de ceremonia y se había maquillado y empolvado el rostro y rociado con un perfume voluptuoso.

Unos niños sentados en el suelo jugaban a pegarse encima de los ojos, a modo de cejas, hojas de sauce. Eran hojas recién caídas que seguramente habían arrancado de las ramas las rachas de viento y cuyos tonos iban del verde marchito al bronce poco intenso, pasando por el oro mudable, ese oro que según se oriente hacia los rayos de sol o se aparte de ellos es amarillo como una fruta madura o rojo como una ciruela. Para pegarse esas cejas postizas, los niños untaban las delgadas hojas alargadas con su saliva pringosa tras haber estado comiendo dulces, pues era día de fiesta y el viento olía a azúcar y a arroz caliente.

Nagusa decidió dibujarse un día cejas verde jade.

¿Verde jade a su edad? Seguramente estaría un tanto ridículo, pero cualquier cosa sería mejor que aquel desvanecerse lento e irremediable al que estaban abocados los ancianos. Llevaba vistos a demasiados personajes de considerable importancia que habían llegado al final de su carrera, pero no al de su vida, y se habían hundido en la indiferencia de la corte como en unas arenas movedizas. Una noche estaban allí, unas sombras violeta tras una persiana de bambú, unas siluetas que se recortaban en un biombo con la luz de la luna, y al día siguiente habían desaparecido, la persiana se estremecía, solitaria, con el viento de la mañana y el biombo estaba caído en el suelo y pegado a una pared con las hojas cerradas. Por eso Nagusa se había jurado a sí mismo que aprovecharía o incluso daría lugar a todas las ocasiones posibles para demostrar que existía, para recordar e imponer su existencia. Basándose en los últimos chismorreos que habían alborotado el Palacio Imperial, calculó que si se plantaba unas inexplicables y estrambóticas cejas verde jade estarían hablando de él al menos una luna.

Se detuvo en medio del puente de un solo ojo donde había citado a Kusakabe Atsuhito, aquel asistente suyo elegante como una bailarina y que tanto turbaba a los empleados de la Oficina de Estanques y Jardines —o al menos Nagusa quería convencerse a sí mismo de que no era el único en inmutarse— cuando fruncía los labios para imitar la boca carnosa de las carpas.

Desde que había tomado a aquel joven colaborador, Nagusa Watanabe le andaba buscando defectos. De preferencia físicos. No por mezquindad ni por envidia, sino porque nada le gustaba más que poner al descubierto las leves impurezas que alteraban cualquier hermosura, ya fuere la gracia de un amanecer o la de un ser juvenil. La imperfección, que muchas veces solo él veía, ponía algo así como un velo imperceptible y discreto, una neblina evanescente en el paisaje o en la persona joven, de la misma forma en que las leves desportilladuras de un cuenco de porcelana revelaban cuán vulnerable era el vidriado y prestaban tanto más valor a la bebida que contenía.

Si Kusakabe Atsuhito no era un asistente cualquiera, el Rokujo, a la altura de la Sexta Avenida, no era tampoco un puente cualquiera; las orillas del estrecho canal que cruzaba eran el lugar oficial de las ejecuciones capitales. Pero desde hacía alrededor de doscientos años el sable del verdugo solo había silbado para cortar haces de paja a título de entrenamiento. El budismo, cuya influencia iba creciendo, consideraba la pena de muerte una de las mancillas de las que más costaba purificarse. Por lo demás, algunos emperadores habían llevado el respeto a la vida hasta el extremo de prohibir el consumo de carne de vacas, caballos, aves de corral, perros o monos entre abril y septiembre. Pero siempre era posible recurrir a los jabalíes, y los campesinos no se privaban de ello: bastaba con bautizarlo con el nombre de *yamanokujira*, es decir, ballena de montaña, para que el cerdo salvaje no quedara incluido en la protección imperial.

La zona de debajo del puente, tras olvidarse de ella la justicia y campar allí por sus respetos las correhuelas, la bardana y la salvia, se había convertido en refectorio y dormitorio de las personas sin techo que habían cogido apego a aquel lugar al amparo de los vientos preponderantes y de los chaparrones de lluvia o nieve.

Para olvidarse de la irritación que le estaba causando ya el ligero retraso de Kusakabe, el director de la Oficina de Estanques y Jardines se asomó por encima del parapeto pintado de rojo, sujetándose con una mano el *eboshi* que tenía tendencia a escurrirse sobre el pelo aceitado. Se quedó mirando a las personas humildes que, en las orillas angostas, bullían y braceaban batiendo el aire sin motivo aparente. Una nube de efímeras, un racimo de mosquitas atolondradas, pensó Nagusa, preguntándose si no podría inspirarse en ellas para componer un tanka,^[50] aunque solo fuera por pasar el rato mientras esperaba a que llegase Kusakabe; la miseria ajena le daba igual, se limitaba a dedicarle, desde lo alto del puente Rokujo, la misma atención distraída que a los retozos de los patos en el Kamogawa.

Con el estímulo del canto del agua corriendo por las piedras que sembraban el fondo del canal, el director Nagusa pronunció unos cuantos versos torpes que hablaban del río que, aunque lo disciplinase la rigidez de las orillas, conservaba aún libertad suficiente para colear mientras seseaba *yoroshiku onegaishimasu, yoroshiku onegaishimasu*, encantado de verlo, encantado de conocerlo...

Hacía varios días que Nagusa le había pedido a su asistente que buscara un lugar donde la Oficina de Estanques y Jardines pudiera alojar a la viuda de Shimaie, ya que era forzoso que esta siguiese en la ciudad imperial hasta que hubiera certidumbre de que sus peces se aclimataban en las fuentes y albercas de los templos. Pues aunque la mayoría de las carpas toleraban sin problemas las nuevas condiciones de vida en los estanques sagrados, a algunas las afectaba, tras el agua libre del río donde las habían

capturado, que las de los templos de Heian-kyō fueran estancadas y turbias. En tales casos se las veía restregarse contra las orillas; les salían rojeces o heridas que parecían manchas de cera en los costados y en el vientre; luego se les caían las escamas y acababan por morir. Nunca había sucedido con las carpas que traía el pescador Katsuro, pero ¿quién podía prever lo que les sucedería a las que trajera su viuda, si es que conseguía llegar un día a Heian-kyō?

Aquella mañana, Kusakabe por fin había anunciado que había encontrado un sitio más o menos satisfactorio para alojar a Amakusa Miyuki.

—Al oeste de la ciudad, Nagusa-*sensei*, en ese sector del que se van incluso las personas de menos fortuna, hartas de las inundaciones del río. Inundaciones que no dejará de haber este año también si el inicio del invierno es tan lluvioso como lo está siendo el final del otoño. Pero ¿cree Nagusa-*sensei* que a la viuda de un pescador de carpas va a importarle un poco de agua y de barro?

Nagusa había tenido buen cuidado de no contestar. La última vez que se había atrevido a pronosticar el comportamiento de una mujer —se trataba nada menos que de Nakatomi Shungetsu, una de las camareras de la emperatriz—, había fracasado lamentablemente. El asunto había ocurrido la noche del Mono, en que es muy recomendable no ceder al sueño, pues en esa noche se introducen gusanos en el cuerpo de las personas dormidas para robarles sus secretos más inconfesables: de lo que hicieran los gusanos luego con esos secretos y la forma en que se aprovecharan de ellos nadie tenía la menor idea, pero ya era bastante desagradable saber que te habían arrebatado unos pensamientos que querías que siguieran enterrados.

Nagusa se había apostado un carruaje y una pareja de bueyes blancos a que era tanta la devoción de Nakatomi Shungetsu por la emperatriz que seguiría despierta hasta el amanecer a los pies de su señora, dispuesta a aplastar sin compasión cualquier gusano, oruga, larva, lombriz o incluso serpiente que hiciera ademán de ir retorciéndose en dirección a Su Majestad. Pero, chasqueando las esperanzas de Nagusa, Nakatomi se quedó dormida y llegó incluso a roncar un poco. Por efecto del contagio, la emperatriz se quedó también traspuesta. Y, al alba, dos emisarios del hombre que había apostado con el director de la Oficina de Estanques y Jardines fueron a ver a este para tomar posesión de su coche, ricamente adornado con sus cuatro persianas y sus cortinillas interiores, y de los dos bueyes blancos.

—Llévame a ver ese sitio donde piensas alojar a la viuda del pescador. ¿Dices que está al oeste?

—Sí, *sensei*, cerca de la puerta Dantenmon, en los terrenos consagrados del Sai-ji.

Del amplio santuario donde, hasta el incendio del año 990 que lo había destruido en gran parte, se había alzado el Sai-ji, el templo del Oeste, no quedaba sino una pagoda de cinco pisos. En el resto del emplazamiento no había ya más que un semillero de edificios destartados, calcinados y desperdigados por unos solares que ahora pertenecían a las malas hierbas, a los zorros y a los ladrones. Daba la impresión de que había consumido el suelo un fuego violentísimo que había dejado en él algo

así como una corteza negruzca semejante a los residuos de una colada de lava.

El musgo, cuya proliferación alentaban las repetidas inundaciones, había colonizado las cercas partidas, los tejados hundidos, los antiguos almacenes y el alojamiento de los monjes, y de ellos subía un olor a sotobosque empapado y a hogueras mal apagadas.

Kusakabe Atsuhito había localizado allí un antiguo *kyōzō*, un modesto pabellón utilitario, previsto para almacenar los sutras y los libros que referían la historia del templo, que se había salvado casi entero del incendio. No quedaba en él, por supuesto, ningún rollo, pero las estanterías, que habían ennegrecido las llamas, seguían en su sitio. Las golondrinas se habían incautado de ellas para construir sus nidos.

Entre las ventajas que brindaba esa casa estaba la proximidad del mercado del Oeste. Allí encontraría siempre la viuda algo que espigar. Y a poco que supiera engatusarlos, los escasos monjes que seguían prestando vida al santuario le darían seguramente algo del arroz de las ofrendas que les dejaban los peregrinos al buda.

—Así que puedo considerar que la estancia de esa mujer no le costará nada a la Oficina, como quien dice, ni en manutención ni en alojamiento —constató Nagusa—. Gracias, es muy de tener en cuenta.

La satisfacción del director se debía sobre todo a que podía hacerle a su asistente un cumplido bien fundado que no tenía nada que ver con esos peloteos que, según Nagusa, envenenaban el lenguaje de todos cuantos iban y venían por detrás de los biombos y las pantallas del Palacio Imperial. Pues los elogios, a fuerza de decírselos unos a otros sin más intención que la de adular, repetidos siempre con la misma grandilocuencia, a fuerza en resumidas cuentas de no recibir más fecundación que la propia, se empobrecían, perdían su cometido de sorprender, de exaltar, de engrandecer, no eran ya sino un ruido de fondo como el de la lluvia matutina en los tejados.

Dejando atrás las paredes recién encaladas y los pilares bermellón de Rashōmon, Miyuki echó a andar por la avenida del Pájaro Rojo.

Aunque no fuera considerable, el desnivel entre el norte, donde se alzaba la residencia del emperador, y la puerta del sur, por donde había entrado la joven en la ciudad, permitía descubrir con una única mirada, como en un vuelo planeado, la configuración de la urbe. Se parecía a un gran damero compuesto de casillas regulares que perfilaban paredes de adobe cuyo ocre amarillo era, después del blanco y del rojo —o, para ser exactos, los rojos, que iban del encarnado tirando a rosa a los púrpuras más oscuros—, el tercer color dominante en Heian-kyō.

Lo que le llamó de entrada la atención a Miyuki no fueron tanto las dimensiones de la ciudad imperial cuanto el rigor de su asentamiento, tan alejado de la anarquía con la que los vecinos de Shimaie habían edificado su pueblo y dispersado las casas, atendiendo solo a su capricho o a la vida social que los impulsaba a huir de determinado vecindario y, en cambio, buscar aquel otro.

La joven se dijo que habría podido pasar una larga vida en Heian-kyō sin cruzarse dos veces con la misma persona al recorrer esas calles que se cortaban en ángulo recto.

Acentuada acá y allá por tejados de bordes curvos, la perspectiva daba la ilusión de una ciudad sin fin; y esa ciudad era lo más hermoso que hubiera contemplado nunca Miyuki, con la excepción, por supuesto, del cuerpo de Katsuro en las noches en que, tras atender a sus peces, salía desnudo y chorreando de la alberca de las carpas y se sacudía, feliz, proyectando hacia la luna una anchurosa lluvia de gotitas, como si inseminase el cielo; luego, desnudo aún, con el sexo reluciendo de agua y mucosidades, abrazaba a su mujer, apretándola hasta que la hacía gritar, y la amaba de pie; esa era en verdad la cosa más hermosa que Miyuki recordaba haber visto; pero inmediatamente después de la desnudez de Katsuro enamorado venía Heian-kyō tendida y pletórica a la luz afrutada de la hora del Mono.^[51]

Pendiente de proteger la palanca de los empujones del gentío, la joven iba andando por el centro de la avenida, entre el hedor dulce de las boñigas y de las bostas que habían ido dejando los tiros de bueyes y la caballería del ejército.

Gracias a los relatos de sus expediciones que le había hecho Katsuro, sabía hacia dónde debía encaminarse para dar con la Oficina de Estanques y Jardines; tenía una idea bastante aproximada de dónde se hallaba dentro del recinto del Palacio Imperial y de cuál era su aspecto; y sabía cuántas escaleras habría de subir antes de que la recibiera el director Nagusa y poder por fin librarse de las barquillas que le serraban los hombros.

A lo mejor aquel funcionario de elevado rango al que tanta deferencia mostraba Katsuro (bajaba la vista y la voz cuando mencionaba a Nagusa Watanabe) tenía a

bien, antes de que cayera la noche, llevarla a los estanques sagrados para que pudiera meter la mano en ellos y lamérsela para valorar la sapidez del agua, un sabor suave con un leve gusto a ajo y un deje de apio y setas que le daban determinadas algas que vivían en el cieno del fondo; eso era al menos lo que aseguraba el pescador, que no dejaba nunca de probar el agua donde iba a soltar a los peces para tener la seguridad de que estarían a gusto.

Fue entonces cuando en la avenida del Pájaro Rojo que se abría ante Miyuki hubo algo así como un estremecimiento: las siluetas de los transeúntes y de los carros de bueyes que la recorrían palidecieron, y luego desaparecieron tras lo que parecía ser una cortina de niebla que hubiera bajado sin previo aviso.

Tras la cortina brotaban gritos, pasos precipitados, crujidos.

Lo que Miyuki había tomado por neblina no era tal; se trataba del humo que, al no soplar el viento, se extendía en anchas raquetas horizontales semejantes a las ramas de los cornejos.

Se había declarado un incendio en la vivienda de un bailarín de *bugaku*,^[52] Mutobe Takeyoshi. Habían visto al desdichado abalanzarse al exterior con la cara oculta tras la máscara de *karura*,^[53] el aterrador hombre ave, con la ropa en llamas, que semejaban gigantescas plumas rojas y rugientes.

Incluso en la agonía conservaba la gracia perfecta que había hecho de él uno de los maestros del *bugaku*. Se retorció de dolor con instintiva lascivia, tanta que habría podido creerse que aún estaba bailando, y las explosiones de las casas que ardían acompañaban la representación igual que los tambores de percusión, el *koto*^[54] de seis cuerdas o el órgano de boca.

Las mangas humeantes del kimono de Mutobe Takeyoshi recordaban grandes árboles calcinados a medias columpiándose al viento antes de desplomarse soltando haces de chispas.

Nadie acudía a ayudarlo, pero en cualquier caso de nada habría servido; ya se movía más despacio y se le doblaban las rodillas, no podía sostenerse de pie.

Se desplomó, encogido. Las llamas, saciadas, se calmaron, nimbándole la frente con una postrera aureola púrpura que se nutría de la combustión del pelo. Él estaba completamente negro.

En su alocada danza, Mutobe había propagado el fuego que lo devoraba a las casas, que se habían prendido a su vez. Así quedaron destruidos dieciséis edificios, y ¡cuántas vidas! A la mayoría de las víctimas las asfixiaron el humo y las emanaciones, pero entraron en el inventario otras que murieron carbonizadas en plena hoguera.

Cuando concluyeron los rugidos del incendio, una muchedumbre de cigarras dio rienda suelta a un escándalo ensordecedor.

Poniéndose una mano en la nariz y en la boca, Miyuki cruzó la cortina de humo.

Al llegar a la muralla rectangular tras la que se agrupaban la residencia del emperador y los edificios de la administración central, entre ellos lo que quedaba de la Oficina de Estanques y Jardines, Miyuki tuvo que aguardar pacientemente entre el gentío que se agolpaba en la Taikenmon, la puerta de la Bienvenida de la Sabiduría, único punto de entrada que controlaban los guardias, y por lo tanto, paso obligado para los invitados que no habían tenido antes acceso a los meandros del Gran Palacio; por descontado, la chusma, los ladrones y, sobre todo, los fantasmas que, a lo que se decía, pululaban por el recinto imperial nada más ponerse el sol preferían colarse por entradas poco y mal vigiladas.

El incendio que acababa de presenciar la joven era el tema de todas las conversaciones. El día menos pensado, que, según los adivinos, iba a ser más probablemente una noche, la ciudad entera desaparecería entre las llamas; y ya estaban deliberando acerca de los posibles lugares en que, ateniéndose a los consejos de los geománticos, podría fijar el emperador la nueva capital.

A Nagusa y a su asistente Kusakabe también los había detenido entre la Quinta Avenida y la avenida Konoemikado la hoguera que había causado el bailarín incendiario.

Indispuesto por el humo, el director de la Oficina de Estanques y Jardines notaba que estaba a punto de perder el conocimiento. Prefirió, antes que desplomarse, acurrucarse contra el pecho robusto de Kusakabe. Le habría resultado placentero, a buen seguro, si no hubiera empezado a toser hasta quedarse sin resuello. Cada nuevo ataque lo doblaba en dos, obligándolo a apartarse del refugio ideal que había hallado en brazos de su asistente.

—Pero ¡si Nagusa-*sensei* está escupiendo sangre! —exclamó Kusakabe mirando asustado la mancha púrpura que se extendía por la manga de este—. Dejemos la visita para más adelante. De todas formas, la viuda de Shimae no ha llegado. Sabemos que se puso en camino, pero desde ese momento ninguno de los funcionarios que tenemos vigilando a los viajeros ha dado señales de su paso.

—¿De verdad? —preguntó Nagusa mientras se esforzaba en reprimir la tos y ocultar la manga detrás de la espalda—. ¿Han interrogado a la *okamisan* de la Cabaña de la Justa Retribución, una tal Akiyoshi Sadako, me parece?

Por mucho que Kusakabe Atsuhito supiera que el director Nagusa disfrutaba de una memoria excepcional, se quedaba siempre igual de estupefacto cuando Nagusa aportaba una nueva evidencia de ello. Resultaba tan fascinante como ver a un acróbata ejecutar casi sin darle importancia un número de equilibrista que parecía imposible.

—Envié mensajeros a todas las posadas entre Shimae y Heian-kyō, *sensei*. Así

fue como me enteré de que la Cabaña de la Justa Retribución no es ya sino una ruina tras haberla saqueado unos piratas del Mar Interior e incendiado después los *bushi* que enviaron para defenderla.

—¿Qué nos está pasando? —dijo en voz baja Nagusa.

—¿A qué se refiere el *sensei*?

—A nada —contestó el director—, a nada de particular. Pero, la verdad, ¿no te parece que no se entiende nada de la forma en que van de un tiempo a esta parte las cosas? Eres joven, Atsuhito, muchísimo más joven que yo; no conociste la época en que un hecho como el que me acabas de referir habría sido inconcebible: ¡que unos *bushi*, unos guerreros gentileshombres, tengan que proteger una posada y acaben saqueándola más que los atacantes iniciales, sí, eso es algo que supera el entendimiento!

—En cuanto a las demás posadas —interrumpió Kusakabe como si fuera insensible al desconcierto del director—, parece ser que no han acogido a nadie que corresponda a las señas de la viuda del pescador.

Mientras dejaba que Nagusa se sentase en un mojón y calmase la tos con las semillas de adormidera que siempre llevaba encima, Kusakabe empezó a buscar un vehículo que permitiera a su señor seguir camino de manera más comfortable. Pero la gente tomaba por asalto a todos cuantos pasaban; los vecinos de Heian-kyō huían de aquel principio de incendio por miedo a que se extendiera, aunque ahora estuviera ya controlado; pero la ciudad había pasado por demasiados incendios que se habían creído apagados y a los que les había bastado con una ráfaga de aire para recobrar toda su furia.

Nagusa y Kusakabe acabaron por encontrar sitio en un imponente palanquín de bambú trenzado que sostenían y llevaban adelante ocho hombres descalzos. Ocupaban aquella larga caja oblonga dos mujeres que se apresuraron a ocultarse la cara con las mangas de los kimonos, gimoteando que ofendían al decoro al consentir que subieran junto a ellas dos hombres cuya identidad y, sobre todo, cuyas intenciones ignoraban.

—No hay motivo de inquietud —las tranquilizó Kusakabe (tras el esfuerzo de subir a Nagusa al palanquín y acomodarlo en él, no le apetecía nada llevar a cabo la maniobra inversa)—. ¡Este acto de mansedumbre para con nosotros no cabe duda de que se tendrá en cuenta más adelante! El Buda de la Tierra Pura toma en consideración nuestros menores actos. Incluso los pensamientos que creemos más secretos. Amitabha los hace aflorar, los sondea, los estudia de arriba abajo, los examina con la razón.

La propensión de algunas mujeres a no considerar las consecuencias de sus actos fascinaba al funcionario de la Oficina de Estanques y Jardines. Con un pincel ligero que apenas si rozaba el papel, componía gran cantidad de tankas que estigmatizaban

la despreocupación de las muchachas. Él era, por su parte, un hombre previsor; sabía que acabaría por recitar sus versos a las damiselas a quienes quisiera seducir, y por eso las desenvueltas heroínas de sus poemas no aparecían nunca en ellos como mujeres, sino como mariposas. Y que lo entendiese quien pudiera. De hecho, la mayoría de las jóvenes no tardaban en descifrar la metáfora; y, para demostrarlo, redondeaban los labios dándoles la forma de una trompa pequeña que le paseaban por la cara a Kusakabe haciendo como que libaban en todos sus orificios.

—Fui yo quien dio a los portadores la orden de detenerse, fui yo quien indicó que os acercaseis y yo quien os invitó a subir —recalcó la mujer de mayor edad—. Ya se trate de un incendio, de una inundación o de una sacudida sísmica, las catástrofes tienen siempre en mí el mismo efecto: en todos los desastres me entran unos deseos irresistibles de ayudar al prójimo. ¿Recordáis el último terremoto? Me hallaba cerca del templo de Rokkaku; había allí, en el suelo, en medio del camino, un palanquín espléndidamente decorado cuyos portadores se habían recostado en los árboles que flanqueaban el camino. Tres se habían quedado amodorrados, los otros cinco se estaban dando un masaje en las piernas. El palanquín estaba vacío, supuse que su ocupante se había bajado para ir a rezar al templo. Fue entonces cuando empezó el suelo a estremecerse. Bastó un instante para que el estanque anejo al templo se encrespase como el mar en un día de tempestad. Los portadores del palanquín se asustaron y salieron huyendo. Qué comportamiento inconsecuente, ¿verdad? Cuando la tierra comienza a temblarnos bajo los pies, hay que saber que seguirá zarandeándonos vayamos donde vayamos. En cualquier caso, yo no me moví. Me abracé al tronco de un árbol grande, un árbol demasiado sólido para ser arrancado de raíz, y esperé a que se calmase la cosa. ¡Qué acertada estuve! Al cabo de unos segundos vi aparecer a una criatura preciosa, un muchachito muy joven que no tendría más de diez u once años. Iba vestido con mucho refinamiento, con tejidos y, sobre todo, con colores que yo nunca había visto. Deduje de ello que se trataba de los colores reservados para Su Majestad y que, por lo tanto, ese niño maravilloso tenía que ser nuestro nuevo emperador. Pero si la ropa que llevaba daba fe del rango más elevado, en cambio el corazón que le latía en el pecho no era sino un lastimoso órgano que el miedo había encanijado; pues el joven príncipe corría hacia el palanquín lanzando gritos desgarradores de esos de los que solo son capaces los niños y las caballos heridos.

Nagusa se fijó en que la anciana encajaba sus palabras en la cadencia con la que los pies descalzos de los portadores golpeaban el suelo. Lo hacía de forma tan espontánea que llegó a la conclusión de que debía de llevar mucho tiempo usando aquel modo de transporte, y con la suficiente constancia para que el martilleo de los ocho portadores se le hubiera vuelto tan familiar como los latidos de su propio corazón.

—No podía tratarse de Su Majestad —intervino Kusakabe—. El emperador es joven, desde luego, pero ya no es un niño.

Miró atentamente a la anciana. No tenía demasiadas arrugas en el rostro y la armonía de los tonos hoja seca, ciruela, malaquita, pardo con reflejos dorados y carmín de los cinco vestidos superpuestos le resaltaba la elegante palidez del cutis; pero, en cambio, algo así como una relajación de las sienes, los pómulos y las mandíbulas indicaba una edad ya avanzada. Las sacudidas sísmicas y el emperador a quien se refería pertenecían quizá a un reinado antiguo, pensó.

La anciana estaba a punto de replicar, pero Kusakabe se había vuelto ya hacia Nagusa:

—¿Cuál es la opinión del *sensei*? Por tratarse de la persona del emperador, no querría responder de forma equivocada.

Pero el director ya había dejado de escucharlo. Con la edad, sentía cada vez mayor indiferencia respecto a los asuntos que no le atañían directamente. Ideas que le habrían parecido de primera importancia cuando era aún lo bastante joven para jugarse la vida por defenderlas se le antojaban ahora opacas y no merecían que las apoyase ni siquiera arqueando levemente las cejas.

¿Qué más daba que la noble dama que los había hecho subir a su palanquín, y gracias a la cual estaban cruzando ahora como subidos en una pluma la ciudad en ebullición, confundiera al emperador con un niño asustado? Había que ser Kusakabe Atsuhito y no haber cumplido aún los diecisiete años para alarmarse por una confusión así. Él, Nagusa, no iba a tardar en desaparecer; sentía que su vida pronto se apagaría de un soplo, como una vela que parpadea y se extingue porque en lo más hondo de Palacio un sirviente deseoso de mirar la luna llena ha levantado una persiana y creado un hilillo de aire helado y cortante que ondula de corredor en corredor hasta llegar a la llamita y sofocarla.

Pero ¿a quién le iba a importar en realidad? ¿Qué consecuencias iba a tener en el Japón la desaparición de Nagusa Watanabe? ¡Vamos! ¡Ninguna! Como mucho sería el pretexto ideal para, por fin, disolver del todo la Oficina de Estanques y Jardines.

Nagusa solo aspiraba a una cosa: a que hiciera bueno el día de su muerte. Pues, al contrario de los orgullosos jefes guerreros que no conciben irse del mundo sin llevarse en pos a sus adeptos, pensaba con agrado en que la vida seguiría sin él. Tras un paseo postrero (y si le dolían demasiado las piernas, no le costaría en absoluto, buceando en sus recuerdos, recordar alguna caminata perfecta), se iría de la existencia como se sale de un jardín, de un templo o de una biblioteca, sin alterar el transcurso usual y sosegado de las cosas, de forma tal que casi nadie se percate de la desaparición, que no debe de hacer más ruido que un insecto al caer de una brizna de hierba. Deseaba que el mercado del Oeste, ante el cual pasaba en ese momento el palanquín, siguiera retumbando con el tambor de los bambúes que golpeaban frenéticamente los comerciantes para llamar a la clientela a la que el incendio había dispersado como una bandada de gorriones.

Rezaba, pues, para que el día de su fallecimiento fuera soleado, con pájaros jugando en la penumbra húmeda de un bosquecillo; los pájaros no juegan, claro, no

les da tiempo, tienen que velar por su supervivencia; pero Nagusa contaba con que le quedase suficiente imaginación en el momento de morir para figurarse toda una nube de papamoscas azules persiguiéndose por entre los bambúes y lanzando ese grito suyo tan lento y melancólico, un grito perfecto para acompañar la agonía del último director de la Oficina de Estanques y Jardines.

Los ocho portadores redujeron la velocidad de su carrera.

—Creo que han llegado —dijo la anciana indicando la pagoda de cinco pisos que se alzaba entre los restos del Sai-ji.

Apartó una de las persianas laterales y golpeó levemente con el abanico los hombros de uno de los portadores. El hombre se agachó y los otros siete hicieron otro tanto; el palanquín descendió a ras del suelo.

El director y su asistente entraron en el *kyōzō*, estorbando a unos cuervos enormes que escaparon hacia un grupo de alcanforeros mientras lanzaban tremendos gritos.

Antes de haber padecido varios incendios, las paredes del pequeño edificio habían tenido por decoración unos biombos que representaban, bajo un sol resplandeciente, paisajes con colinas suaves plantadas de árboles redondos. Al estropearlos el fuego y más aún el agua destinada a derrotar a las llamas, los habían mandado al destierro y estaban apoyados en el lugar más oscuro del templo. Entonces, por un fenómeno que dependía tanto de la química de los pigmentos cuanto de la vida secreta de las obras, los colores se volvieron opacos espontáneamente y dejaron que preponderase algo así como un crepúsculo parduzco que, como sucede con el moho, había acabado por afectar a todas las pinturas en conjunto.

En medio de esos escombros estaba Miyuki, inmóvil y muy tiesa.

Aquella postura, tan erguida, y la pértiga perfectamente horizontal cruzándole los hombros le daban la apariencia de una crucificada. O de un árbol en invierno, un árbol flaco que estirase las ramas hacia el sol pálido. O de un ave marina poniendo a secar las alas húmedas aún de las pescas nocturnas.

Fue la primera en hacer una honda reverencia y se quedó en esa postura mucho rato.

Al ver entrar a Nagusa, había reconocido en el acto a su cliente del río Yodogawa, el hombre mayor que le había comentado que brotaba de ella un olor poco habitual; un simple comentario, en realidad no le había echado una reprimenda, se había limitado a hacer constar un hecho; y además, le había pagado con mayor generosidad que a las otras *yūjo*; le había despertado incluso tal interés que le había rogado que se arrancase una uña y se la diera.

Al hacer Miyuki una reverencia tan profunda como le permitía su carga, acercó la nariz al vientre y le pareció que, efectivamente, de la parte baja del cuerpo le subía un aroma singular. Era un olor tibio, afrutado, con una leve acidez que recordaba un tanto la astringencia de la pulpa del caqui.

Esperó un poco antes de enderezarse, y unas emanaciones complementarias se injertaron en la fragancia inicial que hacía pensar en el fruto del caqui. A Miyuki le habría gustado identificarlas, recordar dónde y en qué circunstancias se le habían enganchado, como si fueran bardana, pero sus aromas se fusionaban demasiado deprisa.

Intentó acordarse de a qué olía Katsuro cuando regresaba de Heian-kyō. Ese recuerdo le rondaba por la cabeza pero, como todo cuanto se refería a su marido, se había convertido en algo desenfocado y frágil a lo que le costaba poner nombre.

De hecho, los regresos de Katsuro olían a musgo húmedo, a sake, a ropa interior saturada de sudor y de orina, a resina de pino, a paja y a soja, y a algo más que no podía definirse relacionándolo con materias, sino con apreciaciones tales como olor excesivo, olor vulgar, olor de baja estofa.

Al cabo de unos días, aquellos ramalazos inconcretos desaparecían y Katsuro volvía a oler bien a Katsuro, es decir a río, a arroz tibio, a flores, a cuerdas y a arcilla.

—¿Quién eres? —preguntó Kusakabe.

—Amakusa Miyuki, del pueblo de Shima. Katsuro, el pescador Katsuro, el pescador de carpas más hábil de la provincia de Ise, era mi marido. Ahora lo sustituyo. No pescando carpas, sino escogiendo entre las que había capturado antes de morir, confortándolas, cargando con ellas en estas barquillas —las inclinó alternativamente a la derecha y luego a la izquierda—, y después caminando mucho tiempo, cruzando por los bosques, las montañas y las frías lluvias hasta entregar estas carpas al director de la Oficina de Estanques y Jardines. Se llama Nagusa, Nagusa-san.

—Nagusa-sensei —enmendó Kusakabe.

—Nagusa-sensei —repitió Miyuki, doblándose por la mitad—. Me he presentado en la Oficina que dirige, pero no estaba. Así que me dijeron que me instalara aquí mientras tanto. Y que ya sabría Nagusa-sensei encontrarnos a mis carpas y a mí.

Algo retirado, Nagusa no había reconocido a la prostituta cuyos servicios había contratado en el barco del Yodogawa. Ciertamente es que aquella noche, al alterarlo los múltiples olores que despedía, no se había fijado en sus rasgos. Por lo demás, ¿acaso no tenían todas las *yūjo* la misma cara blanca como la tiza, la misma mirada insondable de seda negra, la misma nariz estrecha con las aletas apretadas, los mismos labios demasiado escarlata, demasiado secos y demasiado tibios, siendo así que a Nagusa le gustaban de color de rosa, húmedos y frescos?

—Seguramente puedo encontrarle a Nagusa-sensei una *yūjo* de boca húmeda —le había dicho la encargada de Las Dos Lunas en el Agua—. Ese tipo de boca es bastante corriente en las criadas. Pero le ruego que tome en consideración el hecho de que si esas bocas están húmedas, se debe a un exceso de saliva. Me preocupa que pueda darle cierto asco.

Nagusa no había contestado nada, haciendo como si siguiera con los ojos, con la mano alzada y lista para aplastarla, el vuelo atropellado de una mariposa nocturna. Lo poco que entendían algunos comerciantes a sus clientes no dejaba nunca de desconcertarlo.

—Eres Amakusa Miyuki, ¿verdad? En cuanto a mí —añadió sin esperar una respuesta que caía por su propio peso (¿qué otra joven con una constitución normal iba a quedarse así de tiesa en esa estancia abandonada llevando en los hombros una pesada carga?)—, soy Nagusa Watanabe, funcionario de sexta clase mayor superior, director de la antigua Oficina de Estanques y Jardines que se halla en la actualidad bajo la autoridad de la Oficina de la Mesa del Emperador.

—¿La Mesa del Emperador? —dijo Miyuki amagando un movimiento de retroceso tan repentino que las barquillas dieron un bote; un poco de agua salpicó y esa lluvia crepitó en las tablas del entarimado—. ¡Ah, pero no he hecho este viaje tan largo para abastecer la mesa imperial! ¡Las carpas que le costaron la vida a mi querido Katsuro son para los estanques de los templos y para las divinidades, no para que las cuezan, las descuarticen y las sirvan en la mesa de Su Majestad!

A diferencia de las damas de la corte, Miyuki no se dibujaba en la frente, más arriba, cejas postizas; las suyas estaban en el sitio en que las había hecho crecer la naturaleza y eran de pelo de verdad, negro y brillante, que, en el arrebató de contrariedad, fruncía de forma tal que Nagusa no pudo por menos de ocultar tras la mano una risita.

—Aunque no exista motivo alguno para que me justifique ante ti —dijo—, solo estaba citando la Oficina de la Mesa en relación con mi propia Oficina. Para dejar clara la relación jerárquica entre ambas. No puedes entenderlo, por supuesto. ¿Tiene ni tan siquiera la palabra *jerarquía* significado para ti?

—En realidad no, mi señor —reconoció Miyuki.

Pero recordaba que había sido feliz con Katsuro sin haber sentido nunca la necesidad de saber qué quería decir la palabra *jerarquía*.

Luego, con plena conciencia de que estaba siendo insolente, miró de frente a los ojos a aquel alto funcionario. No cabía duda, era efectivamente el anciano que había subido a la barca de la *kusobaba* de labios verdes y había reprochado a Miyuki que se desprendiera de ella un olor desconcertante. Pero él no parecía acordarse. O quizá recordaba demasiado bien la decepción por no haber podido acostarse con ella y, como era un hombre poderoso en el imperio y ella una campesina sin importancia,

una brizna de paja de arroz en las alas del viento, tenía empeño en demostrarle cuán magnánimo era pese a todo.

Tras permitir que Miyuki le pasase revista de pies a cabeza, el director de la Oficina de Estanques y Jardines dio tantos pasos al frente como pasos atrás había retrocedido la joven.

Entonces, en esta segunda ocasión en que se le acercaba, volvió a notar el olor que brotaba de ella. No era un olor solitario, aislado, sino una larga ristra de aromas consecutivos, como una cinta que flotase y se retorciera sobre sí misma. Y le volvió a la memoria la imagen de la barca que se deslizaba en la oscuridad de la noche por el río Yodogawa, y la de aquella mujer que le había entregado su cuerpo, que él no había querido aceptar.

Le miró a Miyuki la boca, los labios, y sin darse realmente cuenta, la muñeca izquierda se le empezó a desplazar de lado bajo la manga del *hō*^[55] de color ciruela.

—¿Aquí es donde ha elegido alojarte la Oficina?

—Mi señor debe de saberlo mejor que yo...

—Sí, aquí es —se apresuró a intervenir Kusakabe—. Estoy de acuerdo en que no es un alojamiento acogedor, pero es porque dejaron de usar el *kyōzō* por la humedad debida a las inundaciones del Kamogawa. Las puertas se pudrieron y no han puesto otras. Como podrá comprobar Nagusa-*sensei*, los animales del bosque vecino se consideran aquí en su casa. Pero en el primer piso hay otra habitación igual de grande y mucho más sana. Ahí no suben los animales.

Nagusa no escuchaba. Los ojos le resbalaban de la boca de Kusakabe a la de Miyuki. Deseo antiguo, deseo reciente, ambos sin saciar y que seguramente no saldrían del ámbito de la obsesión. Pero no era desagradable soñar con dianas inaccesibles, pues esos ensueños controlados sustituían de forma ventajosa, en el momento de adormecerse, el caos de las ideas sin pies ni cabeza.

—Arriba —siguió diciendo Kusakabe, mientras señalaba el techo—, las paredes están saneadas: ¡las crecidas del río nunca han llegado hasta ahí, desde luego! Solo lo han hecho a veces las golondrinas. Les encanta colgar los nidos en los estantes en que los monjes colocaban sus papeles. Pero he mandado barrer el suelo y quitar lo que quedase de los nidos. Si quiere verlo...

—Que nos enseñe primero los peces —dijo Nagusa con una voz que se le había puesto un poco ronca.

Con un ademán de la mano, Miyuki lo invitó a que se acercase. Él esbozó un paso; luego, dos; luego se detuvo en seco.

—Qué extraño.

—¿Qué es lo extraño, mi señor?

—No lo tengo muy claro —susurró Nagusa.

Algo invisible fajaba a la viuda del pescador, iba siguiendo las curvas del cuerpo, se ajustaba a las líneas cóncavas o convexas, formando a su alrededor un segundo

envoltorio carnal, pero invisible, inaudible, intocable. Aquella especie de aura, réplica inmaterial perfecta de Miyuki, cuerpo sutil que sustituía al cuerpo real, no podía percibirla más que un olfato tan entrenado y apasionado como el del director de la Oficina de Estanques y Jardines.

Y Nagusa se acordó entonces de las circunstancias en las que había coincidido antes con aquella emanación de la joven.

Sacudió la cabeza, como para quitarse de encima una telaraña en la que se hubiera enredado.

—¿Notas el olor? —le cuchicheó a su asistente.

Kusakabe miró en torno. En las paredes había rastros de humedad y placas de salitre; y desperdigados acá y allá, montones de plumas y huesecillos. Los restos de un zorro estaban acabando de descomponerse al pie de lo que había sido una imponente biblioteca giratoria de ocho caras donde los monjes conservaban los sutras. Estaba claro que de todo aquello no podía salir ningún olor agradable.

Pero ¿era un olor agradable el que brotaba de Miyuki?

—¿Qué olor, *sensei*?

—Huele a huevo. Bueno, o eso me parece.

—¿A la yema o a la clara?

Kusakabe había hecho la pregunta como si la respuesta de Nagusa pudiera cambiar la faz del mundo. Y Nagusa se puso a pensar, como si también él concediera una tremenda importancia a lo que iba a decir.

—A huevo cuando le das golpecitos en el filo de un cuenco, la cáscara se agrieta, acabas de romperla y separas la clara de la yema; normalmente no deberían oler a nada ni la una ni la otra; sin embargo, sí huelen, sobre todo la clara.

—Y ese olor ¿a qué cree el *sensei* que le recuerda?

La pregunta podría parecerles ociosa a muchos, pero Kusakabe Atsuhito no dejaba pasar nunca una ocasión de instruirse. Hijo de un modesto comerciante, había disfrutado del privilegio de que lo hubiera iniciado a muy tierna edad en escritura y aritmética un tío abuelo que, tras determinarse a entrar en religión, se había retirado a un monasterio de montaña donde reinaba sobre una nutrida compilación de libros eruditos. Kusakabe pasó casi toda la adolescencia en aquel monasterio de las cumbres, aprovechando las violentas tormentas de nieve que lo aislaban del resto del mundo para leer con voracidad valiosísimas obras reservadas en principio para la educación de los samuráis.

—Ese olor —le contestó Nagusa— me recuerda al del arroz lavado en exceso, calentado en exceso y pasado; o el de un atuendo de seda que una sirvienta atolondrada se ha dejado olvidado bajo la lluvia y ya está definitivamente estropeado; y, por encima de todo, me recuerda la náusea, la hermosura mancillada, y además la muerte de las aves; pero todo eso es hasta cierto punto lo mismo, ¿verdad?

—¡Bah! La muerte de un ave no es nada del otro mundo —dijo Kusakabe, que disfrutaba mucho con la caza y se quitaba el pan de la boca para tener, a tal efecto,

una pajarera de halcones cuyos huéspedes, mal atendidos y poco alimentados, se iban muriendo uno tras otro.

—¿Tú crees, Atsuhito? A mí me parece que no hay nada en lo que se encarne mejor el desencanto que en un ave con las alas frías y tiesas.

Miyuki atendía, pero no se enteraba de nada. ¿Cómo, a partir de la simple constatación de que las golondrinas y los animalillos del bosque acudían a recogerse en el *kyōzō*, esos dos considerables personajes (había deducido la importancia de su rango por la suntuosidad de la ropa) habían llegado a disertar sobre la clara de los huevos queapestaba a seda mojada, sobre el ave difunta y, al final, sobre la muerte?

Nunca sus parloteos con Katsuro, largas charlas nocturnas que interrumpían caricias, roces y lametones sedosos, habían transcurrido por unos derroteros tan deshilvanados como aquel intercambio de palabras entre el director y su asistente. Aquellos hombres, pensó al observar a Nagusa y a Kusakabe, tenían un concepto de la conversación más bien desconcertante. Y eso sin mencionar que, absortos en sus comentarios sobre la muerte de las aves, no le hacían ya el menor caso. Miyuki podría haberse ido de la estancia sin que se fijasen en que ya no estaba.

Carraspeó y frotó una *geta* con otra (sin atreverse empero a dar patadas en el suelo como un caballo impaciente), pero fue en vano. Los dos hombres le habían dado la espalda y seguían conversando animadamente.

A fuerza de aplastarle a Miyuki los músculos de la parte de arriba de la espalda y de los omóplatos, la pértiga de bambú de la que colgaban las barquillas había acabado por marcar en la carne de la joven un largo surco azulado que iba de un hombro a otro. En cuanto la pértiga se balanceaba mínimamente le causaba ahora unos dolores tanto más fuertes cuanto que no era fácil aliviar con un masaje la zona sensible; para ello, tenía que empezar por librarse del peso de la palanca y, en consecuencia, encontrar un lugar donde dejar las barquillas con garantías de estabilidad.

Pero, a falta de estar perfectamente fregado, en lo cual no se diferenciaba gran cosa de los lugares en que se había alojado la joven, el suelo del *kyōzō* sí que brindaba todas las garantías de estabilidad. Conteniendo el quejido que le subía a los labios, Miyuki hizo que el largo bambú le bajase rodando por la columna vertebral hasta notar que pesaba menos, señal de que las barquillas habían llegado al suelo.

—... en compensación de algunas tasas de las que la dispensa Su Majestad — estaba diciendo en ese momento Kusakabe—, la provincia de Hida nos envía anualmente alrededor de cien carpinteros reputados por su excelencia —«¡Mira, estos dos han vuelto a cambiar de conversación!», pensó Miyuki—. Durante un año se los destina a la Oficina de Reparaciones y estarían muy capacitados para volver a poner en condiciones este pobre *kyōzō*. Por desdicha, los tiene ocupadísimos la reconstrucción de algunos edificios del Palacio Imperial que un reciente incendio dejó hechos cenizas. Pero no creo que tengas la intención de quedarte mucho tiempo

en Heian-kyō —dijo para terminar, volviéndose hacia Miyuki.

—El tiempo que sea menester —respondió esta—. No me iré de la ciudad antes de tener la completa certeza de que las carpas de Katsuro se aclimatan a los estanques sagrados. Y por cierto, me gustaría ver cómo son.

El director Nagusa soltó una curiosa risita —parecía que tuviera la boca llena de guijarros y se los tragara todos a la vez, y entonces creíase oír que le iban garganta abajo, cascabeleando unos contra otros—, mientras Kusakabe se quedaba mirando a la joven asombrado.

—Y ¿cómo quieres que sean? Un estanque es un estanque.

—Pero estos son sagrados.

—No hay diferencias visibles entre lo sagrado y lo que no lo es —intervino Nagusa—. Al menos para nuestros ojos de seres humanos. Bien, pues vamos a ver esos peces —añadió, inclinándose hacia la primera barquilla.

Así doblado para ver mejor, el anciano parecía estar haciendo una reverencia respetuosa a algún personaje noble. Solo era una ilusión, por supuesto, pero Miyuki se dijo que sus carpas eran incapaces de ver la diferencia entre una postura de profundo respeto y la de un anciano a quien no le quedaba otro remedio que acercarse lo más posible para compensar su miopía. Entonces, con el filo de la *geta*, dio unos discretos golpecitos en el costado de uno de los recipientes para asustar un poco a los peces y animarlos a que salieran de su modorra. Como si hubieran entendido qué se esperaba de ellas, las carpas se sacudieron, movieron las aletas caudales igual que si fuera un baile, y redondearon los labios para subir a la superficie a tomar aire como si mamaran.

—No están mal —fue la valoración de Nagusa.

—Son espléndidas —rectificó la joven.

A Nagusa se le afinaron los labios, como si fuera a sonreír.

—Es legítimo que elogies tu mercancía —dijo—. Pero eso de «espléndidas» me resulta un poco exagerado. De lo que no cabe duda es de que parecen haber soportado bastante bien el largo encierro del viaje. Mejor que tú —recalcó, guiñando los ojos para mirar detenidamente a Miyuki.

—Era responsable de ellas ante mi señor. A ellas, salvo el hambre, ¿qué podía preocuparlas? Desde el fondo de las barquillas no veían las nubes de tormenta oscurecerse, hincharse, soldarse entre sí. No intuían que mis pasos resbalaban por el camino. Y que más de una vez estuve a punto de caerme en el barro porque no podía al mismo tiempo mantener la palanca en equilibrio y agarrarme a las ramas. ¿Qué habría sucedido si hubiera rodado por el suelo, si las barquillas se hubieran volcado y vaciado, si los peces se hubieran quedado sin agua?

—Se habrían muerto de mala manera —dijo Kusakabe con indiferencia.

—¿Y yo? —susurró ella.

Las lágrimas le empañaban los ojos. Igual que esos lentos deslizamientos de agua que son el preludio de las inundaciones y contra los que ya no se puede hacer nada, el

llanto de Miyuki iba invadiendo poco a poco todo su ser; lloraba la piel, lloraba el vientre, lloraban la cintura cimbreada y las palmas de las manos.

Latiendo con el ritmo de la respiración, un delgado hilillo de mocos le tapaba una de las ventanas de la nariz, igual que el caracol clausura con un velo de mucosidad el orificio de su concha.

Miyuki se tambaleó. A Nagusa apenas si le dio tiempo a tender los brazos para amortiguar la caída.

Más tarde empezó a caer esa extraña lluvia invisible de las noches de otoño; se notaba la humedad densa y fría, pero sin haber visto las gotas desprenderse del cielo y sin haberlas oído tampoco repiquetear en las mamparas o en los estores de papel; pero no por ello se volvía la ciudad menos matorosa y húmeda, menos pegajosa y reluciente. Flemas de agua de lluvia corrían por el arroyo de ambos lados de la calle.

Encerrado en su casa de la avenida del Pájaro Rojo, el director de la Oficina de Estanques y Jardines observaba cómo se afanaban sus sirvientes preparándole el baño de agua helada que había pedido. Meterse dentro sería una prueba tanto más dura cuanto que había rechazado la copa de sake tibio que solía paladear antes del baño. Pero aquella noche estaba ansioso por sumergirse en el agua cuya dentellada iba a purificarlo.

Pues, al inclinarse sobre los recipientes para ver nadar a las carpas, había tenido que acercarse a Miyuki y la había rozado y casi tocado hasta el punto de notar el calor que le fluía de la piel y el olor dulzón de la muerte que le brotaba de la ropa, y ese otro, amargo y salino, del sudor y de la orina; y en el acto había deducido que la joven no era de esas que respetan los interdictos.

Nagusa se había apartado en el acto de ella, pero *en el acto* no contaba ya con el mismo grado de apresuramiento ahora que era un anciano. Antes de poder poner una distancia adecuada entre ambos, había tenido que empezar por enderezarse; y ese movimiento le había resultado doloroso, y por lo tanto más lento, y lo había dejado expuesto el tiempo suficiente para que las impurezas que la habían maculado durante el viaje lo rozasen, lo mancillasen y lo infectasen también a él.

Solo podría expulsar esas manchas exponiendo el cuerpo al latigazo de la cascada de agua gélida que caía en el bosque de cedros del monte Atago (en el supuesto de que fuera capaz de subir hasta allá arriba); pero el lúgubre baño frío de aquella noche sería ya una demostración de buena voluntad y de sumisión a los dioses.

Por ser un funcionario de elevado rango, no quedaba sometido a la obligación de permanecer encerrado en casa; podía seguir administrando el sector que tenía a su cargo. Pero la mácula que lo había afectado le vedaba participar en honras fúnebres, siendo así que entraba en sus atribuciones abastecer de maderas aromáticas las cremaciones; le quedaba prohibido visitar a los enfermos, pero a uno de sus sobrinos, Takamine, lo aquejaban unas fiebres inexplicables; y, sobre todo, la proscripción por impureza prohibía asumir las funciones de juez, y se temía que tendría que retirarse de la presidencia del jurado que debía elegir al vencedor del *takimono awase*^[56] para el que toda la corte se estaba preparando febrilmente. ¿Cómo iba a poder justificar esa renuncia ante el emperador, que le había concedido en persona el favor de dicho privilegio?

Se sentía tan abrumado que no pudo contener un grito cuando el agua helada, atravesando el paño inmaculado con el que intentaba proteger los genitales, le rodeó el sexo con unos anillos tan fríos que parecía que le quemaban.

—¿Va todo bien, *sensei*? —dijo, preocupado, uno de los sirvientes.

—No podría ir peor todo —respondió Nagusa, con una sonrisa de sosiego que desmentía sus palabras.

Lejos de pretender sonreír, había intentado hacer una mueca que expresara su abatimiento; pero, a su edad, seguramente debido a la debilidad de ciertos músculos de la cara, todas las muecas que hacía tomaban ya apariencia de sonrisa.

Le habría gustado poder olvidarse de la viuda del pescador, de la misma forma que lograba, entre dos escalofríos, hacer caso omiso de la frialdad del agua que le convertía el cuerpo en algo así como una jalea lívida y trémula. Pero, aunque Amakusa Miyuki no fuera nada del otro mundo, no se libraba uno así como así de ella: tras purificarse, el director de la Oficina de Estanques y Jardines tendría que ingeniárselas para mantenerla apartada del Palacio Imperial en general y, en particular, de las salas donde transcurrían los duelos de fragancias; pues aquella mujer no solo iba cargada de manchas, también exhalaba olores indecorosos (por cierto, ¿qué explicación tenía que a Kusakabe, tan selecto y refinado, siguieran sin molestarlo?) que, flotando entre los aromas exquisitos de polvo de agar, de clavo, de almizcle, de sándalo blanco y de resina de boswelvia, no podrían sino profanar el *takimono awase*.

Mientras Nagusa estornudaba en el baño de purificación donde iba a acabar por coger frío, Miyuki se estaba acostando en una estera raída que había encontrado en el primer piso del *kyōzō*.

Colocó las barquillas en un rayo de luna. Según Katsuro, a las carpas les gustaba la luz de la luna, pero hacía mucho que las de Miyuki no se habían bañado en esa luz de ceniza azul. Y, de hecho, apenas las rozó, los peces, pese a la angostura de su cárcel, se pusieron a nadar haciendo eses con una especie de voluptuosidad que nunca les había visto hasta entonces, llegando incluso a hacerlo de espaldas y a chuparse mutuamente los labios, con esos mismos besos glotones de Katsuro.

Ya que no podía ser feliz, Miyuki estaba al menos satisfecha de haber cumplido su cometido. ¿Diremos que estaba orgullosa? No, no lo diremos: el orgullo era un sentimiento desconocido para una viuda que no tenía más expectativa que volver a ser una campesina que mezclaba la orina y las boñigas de los bueyes de Shimae. Pero entra dentro de lo posible que se hubiese preguntado si Katsuro, estuviera donde estuviera, a condición por supuesto de que estuviera en alguna parte, se sentiría contento con ella, y que se hubiese respondido de forma afirmativa: sí, tenía que estar satisfecho.

En el anchuroso estanque de la vida, Katsuro le había preparado a Miyuki un

reino pequeño y protegido. Al principio de su unión, aquel territorio no era de mayor tamaño que la distancia que mediaba entre los brazos abiertos del pescador, y luego había ido creciendo hasta alcanzar las dimensiones de la casa de Shimaie, antes de ensancharse hasta los árboles con luciérnagas de las orillas del Kusagawa y, ahora, hasta las murallas de la ciudad imperial; si Katsuro no se hubiera muerto, quién sabe qué dimensiones habría podido alcanzar finalmente el reino de Miyuki...

Se quedó dormida con el recuerdo de Katsuro y tuvo el siguiente sueño: tras haber dejado en libertad a las carpas en uno de los estanques sagrados, se tiraba ella a continuación. Aún no había desaparecido bajo la superficie la última carpa y de Miyuki solo se veían ya los meñiques de los pies en medio de los círculos concéntricos que indicaban el lugar en el que la joven se había sumergido.

El estanque no era demasiado profundo, pero, debido a la densidad de las materias orgánicas en suspensión, Miyuki se había hurtado a las miradas antes de que alguno de los numerosos espectadores agolpados a la orilla de la extensión de agua para asistir a la liberación de las carpas hubiera podido esbozar el mínimo gesto para sujetarla.

El agua en la que se hundía oscilando como una hoja seca era negra como la tinta, una de esas tintas hechas con negro de hollín a las que se añade la gelatina de un cuerno de ciervo para volverlas vidriosas y brillantes como la laca.

Mientras iba bajando sin resistencia, columpiándose despacio, hacia el fondo del estanque, Miyuki especulaba sobre la mejor forma de ahogarse. ¿Debía ceder sin más, dejar que el agua se adueñara de ella por efecto de su propio peso, hundir el cuerpo y la mente como un sueño líquido? ¿O debía tomar parte activa en su propio ahogamiento, aflojar los labios y separar las mandíbulas para aumentar la cavidad bucal, echar la lengua hacia atrás para que el agua ocupase ese lugar y beber, tragar, ingerir sin respirar, beber, beber, seguir bebiendo hasta tener el mismo final que Katsuro?

De pronto, notó en la cara algo así como un burbujeo fresco; en una estela de pompas, llegaba su marido, resbalando, hasta ella, con una enorme burbuja de aire hinchándole el kimono.

Miraba a Miyuki, atento a sus esfuerzos para ahogarse deprisa y bien; pues, si no hubiera tenido intención de ahogarse, ¿por qué iba a haberse sumergido bajo la superficie del agua?

Cuando tocó por fin el fondo del estanque, Miyuki se tendió en el banco de cieno suave y pegajoso. Katsuro acudió para posarse encima de ella. Se abrió el kimono para liberar el sexo. Al tiempo, se escapó la burbuja de aire que, de haber seguido adherida a él, lo habría vuelto a llevar a la superficie impidiéndole penetrar a su mujer.

El glande se le había convertido en un hocico de carpa cuyos cuatro bigotes

turbulentos se movían; los del labio superior, pequeños y carnosos, le hacían cosquillas en el clítoris a la joven, mientras los dos mayores, los de las comisuras, le acariciaban las paredes de la vagina.

Miyuki gozó en sueños varias veces durante la noche. Se le arqueaba el cuerpo igual que los puentes de un solo ojo que había tomado para cruzar el río Kamogawa. Y, en realidad, era desde luego una especie de puente, pues el placer intenso que sentía con cada caricia soñada del sexo con forma de hocico de carpa, ese placer danzaba encima de ella, le corría bailando desde el vientre a la cabeza.

Tuvo un último orgasmo de madrugada, cuando estaba amaneciendo. La estera estaba empapada de ciprina. Su grito de goce se confundió con los pregones de los vendedores que se estaban instalando en el mercado del Oeste, que ese día abría.

A la hora de la Serpiente,^[57] Kusakabe fue a buscar a Miyuki para llevarla al estanque sagrado que estaba al oeste de la ciudad.

A última hora, Nagusa había comunicado que no iba a poder acompañarlos, pues el emperador lo había convocado en Palacio para pedirle consejo acerca de una elección difícil que tenía que zanjar. Pero había conseguido en la administración de Palacio que pusieran a disposición de su asistente y de la proveedora de carpas una calesa de la que tiraba un buey, que contaba con dos ruedas enormes lacadas de negro y a la que escoltaban ocho pajes. La capota del carruaje, igual que el jubón de los jóvenes escuderos, lucía las glicinias púrpura del poderoso clan de los Fujiwara, lo que se suponía que incitaría al populacho a abrirle paso.

—¿Y las carpas? —se extrañó Kusakabe al ver que no le aplastaba los hombros a Miyuki la pesada palanca—. ¿No te llevas las carpas?

—Si se las suelta sin haberlas acostumbrado al agua nueva en la que van a vivir, podrían morirse. Primero tengo que prepararles una alberca pequeña en un rincón del estanque, un sitito solo para ellas donde, protegidas de los demás peces, de las aves y los gatos, dispongan de todo el tiempo que necesiten para aprenderse el agua.

—¿Aprenderse el agua? —repitió Kusakabe, enarcando las cejas—. ¿Qué significa eso de aprenderse el agua?

—No lo sé, mi señor. Son palabras de Katsuro. Su forma de hablar. En cualquier caso —añadió—, no es posible soltar las carpas antes.

—¿Antes de qué?

—Antes de que las haya admirado el emperador.

—Al emperador no le importan nada esos peces tuyos.

—Y sin embargo fue Su Majestad quien nos las encargó, a nosotros, a los de Shima. Todo el pueblo se reunió para recibir a sus mensajeros.

—¿Dijeron que iban en nombre del emperador?

—Pues claro —confirmó Miyuki—. En caso contrario, Natsume no los habría convidado a un banquete. Toda la comida que se zamparon fue comida que la gente

humilde de Shimaie dejó de comer.

—Fue el director Nagusa-*sensei* quien envió esa embajada —dijo Kusakabe—. Y no informo de ello al emperador; vamos a ver, ¿negociar la entrega de unos cuantos peces no es un asunto de Estado!

—Y, sin embargo, si mis carpas y yo nos hubiéramos muerto por el camino...

—¿Quién se habría enterado? Y, suponiendo que nos lo hubieran hecho saber, ¿crees que habríamos importunado a Su Majestad con el fallecimiento de una desconocida? Piénsalo, *onna*,^[58] ¿cuántos súbditos del emperador mueren a diario sin que él se entere?

—No estoy segura de saber contar tanto —dijo humildemente Miyuki.

—Eso es lo que pensaba —dijo con ironía Kusakabe—. Fuere como fuere, el emperador está demasiado ocupado con la organización del *takimono awase*, el certamen de perfumes. Este año participa personalmente por primera vez. Y, en vista de eso, todas las personas eminentes, o que se creen tales, se han apuntado a las justas. Por lo visto, los ciudadanos están dispuestos a dilapidar auténticas fortunas a cambio de unas pocas semillas aromáticas o unas virutas de madera de agar o de sándalo.

—¿Cómo pueden ser tan estúpidos? —dijo Miyuki sorprendida.

No bien acababa de decir la frase, le cruzó la boca una bofetada breve y cortante que le hizo sangrar el labio.

—¿Quién te ha dado permiso para emitir juicios sobre personas de las que no eres digna?

—Solo quería decir que si el emperador participa en el concurso, ¿quién va a atreverse a preferir a otro candidato?

—Ah, supongo que no se implicará componiendo un perfume: se contentará con presidir la reunión de árbitros. Pero no cabe duda de que su opinión será preponderante. ¿Acaso se ha equivocado alguna vez en algo el emperador?

Saliendo de una callejuela tortuosa próxima al mercado del Oeste, el pesado carruaje se disponía a entrar en la avenida del Pájaro Rojo. Los pajes daban chillidos a más y mejor para invitar al flujo de peatones a apartarse. Las ruedas negras aplastaban fruta pasada, montones de bostas, boñigas coaguladas, brazadas de hojas aromáticas, tripas de pescado y de marisco, y desvelaban, como pebeteros apagados, mezclas de olores fuertes.

—¿Aunque solo tenga quince años? —insistió Miyuki, lamiéndose furtivamente el labio desollado.

Kusakabe miró a la joven con ojos despectivos.

—¿Qué quieres decir? ¿No te das cuenta de que los quince años de un emperador no pueden compararse de ninguna manera con los quince años de un ser como tú?

Miyuki no contestó. En realidad no había tenido nunca quince años, solo había vivido dos años: primero uno, muy largo, muy inútil, hasta que se casó; y un segundo

año deslumbrador, pero demasiado breve, que había concluido cuando los lugareños de Shimaie le trajeron el cuerpo helado y cubierto de barro de su marido. Habría podido pensarse que otro año había empezado —el tercero, pues— tras morir Katsuro; pero no había sucedido tal cosa; ese supuesto tercer año no existía de verdad, se desflecaba, se descomponía a medida que se iban sucediendo las lunas, igual que esos sueños escurridizos que más se desvanecen cuanto más desesperados son los intentos por conservarlos.

—¿Qué premio le darán al vencedor?

Kusakabe se arrellanó en el nido de almohadones de seda que se había preparado en el rincón de la derecha del carruaje. Se quedó pensando un momento.

—De entrada, tendrá el honor de recibir elogios de los mismísimos labios del emperador.

—Y ¿a continuación? —dijo Miyuki.

Otra vez le castigó los labios la mano repleta de sortijas del joven funcionario.

—¡Insolente! ¿No te parece bastante la satisfacción de Su Majestad?

—Claro que sí. Y ya que hablamos de satisfacción, mejor avisar enseguida de que ni el contento de Nagusa-sensei ni el suyo bastarán para pagarme las carpas. Se pactó un acuerdo entre mi pueblo y la Oficina de Estanques y Jardines. ¿Se respetará?

—No depende de mí, sino de Nagusa-sensei.

Tras una pausa, Miyuki siguió diciendo:

—¿Hay que ser noble para participar en la competición?

—Por supuesto que sí —dijo, muy seco, Kusakabe—. Pero no lo sientas; aunque fueras una princesa imperial, no tendrías ninguna oportunidad. Porque Nagusa-sensei no se equivocó la primera vez que se acercó a ti: apestas, y tu olor estropearía el del más exquisito humo de incienso.

Y se apresuró a enrollar las persianas del carruaje para que circulase el aire, indicando de esa forma que bajo la capota reinaba una peste intolerable.

Miyuki no se dio por enterada ni de las palabras humillantes ni del gesto. Era consciente de que estaba sucia, pero eso solo tenía que ver con su envoltura externa, no afectaba a su persona real.

En Shimaie, cuando las neblinas bajas resbalaban a media altura por las hierbas altas y le ocultaban el suelo, a veces tropezaba con una piedra que no había visto y se caía cuan larga era tirándose encima el contenido del cubo lleno de bosta líquida que se disponía a echar por las plantaciones. Y no le daba mayor importancia, ni siquiera cuando tenía la mala suerte de que le llegasen las salpicaduras a la cara. Desde luego que en esas ocasiones despedía un olor tan fuerte que los pájaros la evitaban y subían como flechas hasta lo alto del cielo. Se reía, de los pájaros y de sí misma. Lo que le quedaba ya por hacer era disculparse humildemente por haber desperdiciado un fertilizante tan bueno y trepar por las colinas de Shimaie hasta una serie de balsas naturales donde humeaban aguas volcánicas. Allá arriba podía lavar la ropa en uno de los pilones, restregarse el cuerpo en otro, limpiarse la cara en otro más, y, para

terminar, meterse en la cuarta y última poza, donde estaba el agua más caliente.

—¿Kusakabe-san ha participado ya en alguna competición de esas?

—Sí, pero no superé la prueba. Me quedé entre los últimos. Seguramente quise pasarme de listo.

—¿El perfume olía demasiado?

—No se trataba de la inhalación sino de la inspiración. Durante una excursión al lago Biwa, el emperador nos honró con unos cuantos poemas que había cincelado para aquella ocasión. Uno de ellos mencionaba el cortejo de las libélulas azules crepitando por encima de las aguas lacustres. Esa fue la imagen que escogí ilustrar para homenajear a Su Majestad. Tomé como base la madera de agar, cuyo olor dijo el buda que era el del nirvana, y le asocié raíces de agastache por su olor a menta y también a anís, y, de remate, un frescor verde que tenía que recordar al del lago, así como una destilación ligerísima de loto de las nieves con la que contaba para dar una impresión de vuelo, de transitoriedad y de polvo.

—¿Polvo?

—Siempre me ha parecido que la libélula era un insecto polvoriento. Es una opinión muy personal, claro. Pero ¿hay algo más subjetivo que el *takimono awase*?

De vez en cuando, el Pabellón del Sur vibraba con una ráfaga de viento mezclada con granizo menudo.

En el centro del salón de ceremonias, Nijō Tennō, septuagésimo octavo emperador del Japón, estaba sentado sobre los talones en una elevada silla de madera lacada en rojo. No era una postura muy cómoda para un adolescente especialmente espontáneo y movido, pero Su Majestad se doblegaba (en todos los sentidos de la palabra) porque aquella postura quería decir que llegaba lejos con la mirada. De la misma forma, el gran dosel de seis paños que encapuchaba al joven soberano y su asiento, superfluo en una estancia que no alcanzaban las inclemencias del tiempo, tenía un cometido simbólico: el de representar la bienquerencia del emperador que se extendía sobre el mundo. Tal era al menos la razón oficial de esa presencia: en realidad, lo habían colocado después de que una recitación de sutras a cargo de cuarenta monjes, tan interminable que aún duraba cuando ya estaba concluyendo la hora de la Rata, se hubiera visto perturbada por una lluvia de mariposas grises que caían del techo. Aunque la mayoría de los insectos morían al tocar el suelo, los que iban a caer encima de los monjes sobrevivían más rato, se les metían por la ropa y motivaban que aquellos santos varones rebulleran de forma ridícula. Los cortesanos no se atrevían ni a imaginar dónde habría ido a parar la dignidad del joven emperador si algunos de esos insectos, abriéndose paso por las chaquetas interiores, lo hubieran obligado a dejar su postura y empezar a retorcerse.

A lo largo de las paredes estaban alineados tres cofres grandes con patas, otros tres más pequeños y muchísimas cajas de madera de paulonia de cuyo contenido no estaba enterado ni el emperador. Por lo demás, no les hacía ni caso: era un emperador sin curiosidad, quizá porque la educación que había recibido lo había preparado para absorber, digerir y metabolizar una cultura que durante siglos había llegado de China. ¿Acaso la ciudad de Heian-kyō no se había concebido como una réplica fiel de Chang'an, capital china de los Tang y la mayor ciudad de su tiempo? La única diferencia entre las dos urbes era que, para ser digna de su nombre, que significaba «capital de la paz y de la tranquilidad», a Heian-kyō la habían construido sin murallas que la defendieran. En cuanto a la educación que había recibido el joven soberano, su finalidad era contribuir al dominio de las competencias necesarias para desempeñar su oficio más que a desarrollar una necesidad, o sencillamente un deseo, de explorar nuevos campos del conocimiento. Algún día, alguien abriría las cajas de madera de paulonia. Y entonces el emperador se enteraría de qué había dentro. O quizá no; pues a lo mejor lo que hubiera habido ya no estaba, como disponía la ley de la transitoriedad, esa misma que rige el destino de los hombres y de las cosas en este mundo.

Mientras se oía por todos los lados el tamborileo de las *geta* de los funcionarios

que escapaban del chaparrón de granizo que acababa de sorprenderlos, el emperador le dijo a Nagusa que había decidido participar personalmente en el próximo *takimono awase*, con lo cual no le quedaba más remedio que ganar el certamen.

—A nada de lo que emprenda el emperador puede escapársele la victoria —lo tranquilizó Nagusa—. ¿Ha elegido ya Su Majestad un tema para la competición?

Corría un rumor según el cual, aquel año, las justas iban a inspirarse en las mutaciones odoríferas causadas por las fuertes lluvias de junio al despeñarse sobre los jardines; entonces, como hace un preparador de incienso, ellas pican, majan y trituran las flores cremosas, desmenuzan, cortan y laceran las hojas y los tallos repletos de savia, muelen, desmigajan, deshacen e hiñen la tierra, pulverizan las conchas descartadas de los caracoles, la quitina de los caparzones abandonados, los densos acordes del humus que refuerzan el frescor de las emanaciones florales. Así era al menos como concebía las cosas el director de la Oficina de Estanques y Jardines.

—La doncella en la neblina —dijo el emperador Nijō.

Nagusa miró al soberano sin entenderlo. ¿De dónde salía esa doncella y quién era?

—¿La doncella en la neblina? —repitió arqueando las cejas.

Tal y como se había prometido, se las había dibujado otra vez y las había pintado de verde jade; pero, para gran despecho suyo, nadie parecía haberse fijado. ¿Existe una edad en la que los demás, bien sea nuestro emperador, bien sean nuestros subordinados, nos miran pero no nos ven, hasta el día en que ya no nos ven en absoluto?

—Imaginemos un jardín —dijo el emperador—, un jardín que ha invadido la neblina de la mañana. Cruzando por encima de una corriente de agua, un puente luna muy empinado une el jardín de la derecha con el jardín de la izquierda. Solo la parte más elevada del tablero asoma de la nube. En ese momento es cuando, surgiendo de la bruma en que está sumido el jardín de la derecha, una doncella se interna en el puente. Camina deprisa. Cuando llega al punto más alto del arco, se detiene un breve instante. Luego, reanuda la marcha veloz y hela aquí bajando por la vertiente del puente para llegar al jardín de la izquierda. Y de forma tan súbita como había despuntado de la niebla de la derecha, desaparece en la neblina de la izquierda. Si voy en busca de su estela a lo más alto del puente, ¿con qué me encontraré?

—Por desdicha, Su Majestad no encontrará nada. A menos que, en ese breve intervalo en que se ha detenido en lo más alto del puente (supongo que para admirar a los patos), a la doncella se le haya caído una peina, una joya del cinturón o quizá un abanico.

—No.

—¿No, Majestad? En tal caso no veo lo que...

—El olor —lo interrumpió el emperador—, el olor de la doncella será lo que se haya quedado en lo alto del puente.

—Pero el viento...

—Si hay niebla, no hay viento. Así que una doncella ha pasado de una capa de neblina a otra y, en su estela, un poco de su perfume se ha quedado en lo alto del puente. ¿Cuál es ese perfume? He ahí la trama del *takimono awase*. Ahora, concibe y realiza la fórmula que describa esa imagen sin necesidad de palabras.

Con la boca abierta, Nagusa miraba, pasmado, al joven emperador: nunca había oído formular un tema más hermoso para la competición de perfumes; y nunca nadie le había lanzado un desafío de tanta envergadura.

Por la tarde, el azote del granizo menudo cedió el sitio a una nevada de copos suaves, titubeantes: la temporada de las nieves incipientes se había adelantado varias semanas. Siete centímetros de nieve en polvo cubrían ya el suelo cuando Nagusa se encerró en su casa y se puso a pensar en la misión que le habían encomendado.

Ninguno de los elementos balsámicos (resinas, polvos, cortezas, hierbas...) que se usaban para confeccionar las bolitas de incienso y se guardaban en un almacén específico de la Segunda Avenida encajaba con lo que quería el emperador. Bien es cierto que todo el arte del *takimono awase* residía en la forma de mezclar entre sí los ingredientes. Desde que el monje Ganjin, llegado de China dos siglos antes, había llevado al Japón el arte de mezclar los inciensos amalgamándolos con sustancias como la miel, el néctar de las flores, la melaza o el polvo de *makkō*, se habían ido probando casi todas las combinaciones. Jugando con las proporciones, una paleta de una centena de olores podía llegar a algo más de mil, y todas las fórmulas estaban recogidas en un libro cuya custodia correspondía al director de la Oficina de Estanques y Jardines como responsable de la aclimatación de los árboles aromáticos.

Nagusa sabía, pues, mejor que nadie que no existía hasta el momento ninguna traducción aromática de la imagen de una doncella de las neblinas cruzando por un puente luna; y menos mal que el emperador no había especificado ni la estación ni la hora del día o de la noche. Habría que innovar. Nagusa Watanabe había perdido la costumbre. Solo con pensarlo, notaba que se apoderaba de él el cansancio.

Kusakabe había acompañado, pues, a Miyuki hasta el estanque del templo consagrado al buda Amitabha, el buda de los budas, aquel que reina sobre la Tierra Pura, mundo eternamente bienaventurado al resguardo del mal y del sufrimiento, tan grande él solo como sesenta y un mil millones de universos.

Se había levantado un viento agrio; las últimas cigarras de la estación dejaban oír su canto obsesivo; colonias de animalillos con embriones de alas palpitando en los cuerpos peludos rascaban el suelo para enterrarse en él. Atravesando las delgadas hojas pintadas de púrpura de los arces, la luz se cargaba de escarlata y lo extendía por la nieve caída durante la noche; y, aunque el sol acabase de salir, el templo resplandecía ya con los colores del ocaso.

En el centro de un enmarañamiento de azaleas y camelias, la extensión de agua no

se brindaba enseguida a los ojos. Para merecérsela había que ir por senderos como esponjas en los que estaban estancados jirones de neblina gris.

Tras una última cortina de matorrales, Miyuki divisó a medias el espejo del estanque. Se abalanzó hacia él. Sin tomarse la molestia de subirse las mangas, metió las manos entre los lotos, ahuecó las palmas y sacó agua. Se lavó con ella la cara; bebió también un poco, enjugándose la boca como hacen los entendidos en sake para permitir que se desplieguen los sabores delicados de la bebida.

El estanque tenía un sabor muy dulce, discreto, de fruta madurada o poco o mal, con un toque final que sabía levemente a cieno, sin duda por la presencia de muchos elementos orgánicos en descomposición que solo podía notar una criadora de carpas.

—Es buena —fue la conclusión a la que llegó Miyuki—. Aunque demasiado fría. Pero eso es por culpa de la nieve que la pone... ¿cómo decirlo?... un poco dormida, un poco...

—¿... *ajikenai*, insípida? —sugirió Kusakabe.

La joven no había usado nunca la palabra *insípido*. Al menos en aquel contexto. Pues, incluso si era la palabra exacta, no podía ser la verdadera desde el punto de vista de las carpas, para las que ningún líquido era soso, desabrido o anodino.

Cerca de la orilla, asomaba del agua una hilera de postes mal desbastados que dibujaban aproximadamente una corona partida por la mitad. El agua se había infiltrado en la madera que se deshilachaba en largas escamas de corteza gangrenada. Miyuki intuyó que se trataba de las estacas de las que le había hablado Katsuro: tras erizarles la cabeza con clavos puntiagudos destinados a impedir que se posasen las aves para mirar cómo nadaban los peces y echárseles encima con mayor seguridad, bastaba con clavarlas en el cieno y tender una red de estaca a estaca para trazar los límites de una alberca de aclimatación donde las carpas pudieran ir y venir con total seguridad.

Tras juntar las manos y prosternarse para saludar al estanque, Miyuki se volvió hacia Kusakabe.

—¿Cree mi señor que los monjes querrán estar presentes cuando suelte las carpas?

—¡Y yo qué sé!

—Pero el director Nagusa no dejará de honrarnos con su presencia, ¿verdad?

Al decir «nos» se refería a todos los vecinos de Shimae cuya enviada era ella. Y, por ser su embajadora, le parecía inconcebible que el director de la Oficina de Estanques y Jardines no se hallase a la orilla del estanque cuando devolviera las carpas a su elemento.

—Supongo que sí. Pero es un hombre importante; aquí decimos un grande. Los grandes están atareados de la mañana a la noche. A veces, incluso, se pasan la noche sin dormir.

—¿Y Su Majestad el emperador?...

Kusakabe la miró con incredulidad: ¿aquella mujer creía *de verdad* que el

soberano iba a molestarse en acudir para ver colear a unos cuantos peces cuya única particularidad era que habían sobrevivido a un viaje peligroso?

—Las ceremonias que Tennō Heika^[59] honra con su presencia están programadas y se ensayan con mucho tiempo de antelación. ¿Cómo íbamos a poder preparar a Su Majestad para que viera soltar a unas carpas si no sabíamos con exactitud cuándo ibas a llegar, y ni siquiera si llegarías *de verdad*? Y, además, no irás a decirme que echar al agua tres o cuatro carpas...

—Ocho —corrigió Miyuki.

—Tres, cuatro u ocho, ¿qué más dará? Hay cosas más importantes que esos peces tuyos, ¿no? Qué lástima que no pueda hacerte entrar en Palacio, pues verías con tus propios ojos cómo son los días y las noches de Su Majestad: ¡ni un momento de escampada, ni un claro, ni una tregua, ningún reposo!

¿Los días y las noches que había vivido con Katsuro eran tan diferentes de los del emperador, aunque la cabaña de Shimaie no tuviera, por descontado, nada que ver con el *shishinden*, el amplio y solemne edificio donde transcurrían las ceremonias oficiales que presidía el descendiente de Amaterasu?^[60] A fin de cuentas, ni el pescador ni su mujer habían tenido un respiro, sobre todo cuando Katsuro, previendo que la fama adquirida en la Oficina de Estanques y Jardines a lo mejor le aportaba peticiones de otros santuarios budistas, se había decidido a excavar una auténtica alberca donde podría criar alrededor de cincuenta carpas y atender así encargos urgentes sin preocuparse por saber si estarían tratables las aguas del río o si los peces querrían o no morder el cebo. Miyuki había dado el visto bueno al proyecto, pero, como no quería que Katsuro le quitase tiempo a la pesca, se había hecho cargo ella sola de la tarea agotadora de excavar, y luego de acarrear en cuévanos los escombros con los que cargaba hasta la ladera de la colina para apuntalar los diquecillos de los arrozales en terraza. Cuando estuvo acabada la alberca, hubo que llenarla; y también fue Miyuki quien se convirtió en porteadora para subir agua desde el aliviadero de Shūzenji.

Entre viaje y viaje, repartía el tiempo entre abonar los campos y velar por el buen estado de los aparejos de pesca que Katsuro usaba con tanta frecuencia como despreocupación, sobre todo desde que sabía que podía contar con Miyuki para remendar los salabres y las redes que se rasgaban y tallar anzuelos nuevos de madera de cornejo.

—... más de un centenar de ritos que respetar cada año —seguía diciendo Kusakabe— y otras tantas ceremonias que celebrar; el emperador tan pronto da un banquete de la Ebriedad con mucho sake, una gran cena sagrada y bailarinas (y debes saber que se ha ocupado personalmente de los ensayos) como preside la Degustación de las Primicias para celebrar el arroz nuevo, y a veces tiene que oficiar hasta la hora del Tigre. O, si no, ejerce de árbitro en justas poéticas o en competiciones de perfumes, o también tiene que oír el largo informe acerca de las penas de muerte dictadas durante el año, informe completamente inútil, puesto que hace cien años y

más que no se aplica la pena capital; sí, pero la tradición sigue siendo la tradición, ¿verdad?

Miyuki no contestó: la tradición, otra palabra que no conocía o que, al menos, no había empleado nunca. Su lenguaje se componía sobre todo de silencios. En Shimaie, podía pasarse un día entero sin pronunciar palabra. Al caer la noche, cuando Katsuro subía desde el Kusagawa y por fin lo divisaba y se abalanzaba sobre él, tenía la boca seca, los labios acartonados y un nudo en la lengua. Solo el sexo se le iba empañando a medida que corría al encuentro del pescador.

—Respetar la tradición exige una concentración de todos los instantes —siguió diciendo el funcionario—. Ahora bien, de noche no es fácil estar alerta. Afortunadamente, en los momentos de tensión, el sake espabila el discernimiento al tiempo que aporta el sosiego; me estoy refiriendo al sake pardo que se prepara solo para el emperador. He tenido el privilegio de probarlo alguna vez. Como la Oficina de Estanques y Jardines está integrada en la Oficina de la Mesa del Emperador, me encuentro entre los funcionarios habilitados para controlar la temperatura y el sabor de los manjares que se le sirven a Su Majestad. Bueno, ¡pues el sake de Tennō Heika es algo extraordinario, puedes creerme! ¿Te gustaría mojar los labios en él? Aunque le esté prohibido a una mujer de tu categoría tocar la comida o la bebida del emperador, seguramente podría arreglarlo.

Miyuki hizo un gesto de indiferencia. Kusakabe soltó un gruñido. Se sentía decepcionado; había creído que encendería en ella la llamita de la curiosidad, esa llamita que, no obstante, tan bien se las ingeniaba para hacer palpitar y merced a la cual, incluso en aquel ambiente de tantos convencionalismos de la corte imperial, conseguía brillar con un resplandor algo más firme que el de los demás comensales.

Véase: encargado de recibir a los proveedores de la Oficina de Estanques y Jardines, en su mayoría campesinos que acudían a ofrecer los productos de su comarca, cerezos de flores blancas del monte Yoshino, ciruelos de Yushima Tenjin, crisantemos llorones de Ise, Kusakabe comenzaba siempre las conversaciones dándoles la enhorabuena por estar allí, en el corazón de la ciudad más prestigiosa del mundo. Poco importaba, les decía, que les fuera bien el negocio o no; solo por haber atisbado Heian-kyō, se marcharían más ricos de lo que habían llegado. Los campesinos, que hasta entonces solo habían visto en el mundo sus guaridas, sus arrozales y sus arpendes de mala tierra, lo escuchaban con la boca abierta. Dominaba tan a la perfección el tema que podía disertar acerca de la ciudad hasta que el cielo se cargase de olas violeta, el crepúsculo se extendiese como un cuenco de tinta volcado y los ciento veintidós guardias de las puertas comenzaran a evacuar a todos cuantos no tenían motivo para pasar la noche en el recinto de Palacio.

Igualmente inagotable en lo referido a todo cuanto le entrase por la boca al emperador, le bajase por la garganta, le pasase por el vientre y le saliera por el pene o el ano, Kusakabe estaba listo para una larga apología del sake.

Y ¿a aquella mujer maloliente no le interesaba?...

(Porque estaba empezando a darle la razón a Nagusa-sensei: sí, de aquella joven brotaba algo indefinible que no resultaba especialmente grato.)

Chasqueado, pero no desanimado, volvió al sake de Tennō Heika: en las infrecuentes ocasiones en que Su Majestad hacía una ronda con su propia copa, él había tenido el privilegio de probarlo. Elaborado con el arroz de la provincia de Echigo,^[61] con fama de ser el mejor del Japón, ese sake era increíblemente suave, untuoso y afrutado; y Kusakabe empezó a buscar las palabras para describir aquel sabor que lo arrebatava solo con evocarlo, hasta tal punto que poco le faltaba, al cerrar los ojos, para embriagarse en la imaginación.

Pero Miyuki, por su parte, había seguido con los ojos abiertos; y la mirada apática con que recibió su discurso convenció al joven funcionario de que más valía no insistir. Lo cual no le impidió suspirar:

—¿Tan poca avidez sientes por instruirte, Amakusa Miyuki?

Entonces fue a ella a quien le faltaron palabras para responder; el cansancio, probablemente.

Y eso que lo que habría querido decir era sencillo: lo que aprendemos cuenta menos que la persona que nos lo enseña; en eso era en lo que estaba pensando mientras nevaba a más y mejor.

Todo cuanto sabía se lo debía a Katsuro. Era él quien la había iniciado en el mundo rumoroso y fresco del río, en los procedimientos para capturar las carpas sin herirlas y amaestrarlas tanto que fuera posible llevárselas para hacer un largo viaje, igual que si fueran un perro, un caballo o un halcón con la capucha puesta.

El pescador no se limitaba a decirle hazlo de esta manera o de esta otra; cogía a su mujer de la mano y la ayudaba a entrar en el agua, primero hasta las pantorrillas, y hasta las rodillas, y luego hasta el vientre, y por fin hasta los pechos, y entonces la empujaba para que cayera de espaldas, sujetándola por las nalgas con una mano y por la nuca con la otra, y le decía: échate sin temor, siente lo sólido que es el río bajo tu cuerpo, cómo te sostiene, cómo carga contigo.

Al pasar las olitas que formaba un pez al huir o la caída de una rama aguas arriba, la larga melena negra de Miyuki, extendida en el agua, se alzaba como si respirase.

Katsuro creía saber —un rumor que corría entre los pescadores— que el Kusagawa se iba ensanchando más y más durante su recorrido, se abría amoroso y confiado como las piernas de Miyuki, y al final de su carrera, allá, muy lejos, aguas abajo de Shimaie y del aliviadero de Shūzenji, se internaba en el Pacífico.

Le habría gustado ver cómo se las ingeniaba un río modesto para meterse en un océano con fama de no tener fin. ¿Por intrusión nocturna, como cuando él se había casado con Miyuki? ¿Era algo parecido a la forma en que su sexo, tras dilatarse entre los muslos de su mujer como un río que crece con el refuerzo de sus afluentes, se hundía en las aguas francas de Miyuki, con un suave chapoteo cálido y salado?

Katsuro y su mujer se habían prometido acompañar, antes de morir, al

Kusagawa hasta la desembocadura; y allí, sentados juntos y abrazados quizá en la misma piedra que el sol había caldeado, mirarían cómo se las apañaba su río para perderse en el océano. Para tener la seguridad de que aquel deseo iba a cumplirse, Miyuki había escogido y cortado una hoja de *kaji*^[62] que Katsuro, aprovechando uno de sus viajes a Heian-kyō, le había entregado a un letrado para que escribiera en ella su deseo. Para que tuviera una posibilidad de cumplirse, había que caligrafiarlo en la hoja de *kaji* la mismísima noche en que las estrellas enamoradas del Boyero y la Hilandera parecían encontrarse; y eso fue lo que se hizo, por supuesto. Pero algo había debido de fallar, ya que Katsuro había muerto antes de ocupar su sitio en la piedra caldeada junto a Miyuki.

Al acordarse, la joven notó que las lágrimas le humedecían las mejillas.

—Vámonos —le dijo a Kusakabe—. La nieve brilla demasiado y me abrasa los ojos. Mañana por la mañana volveremos para soltar las carpas.

La campana de bronce del templo comenzó a sonar, produciendo una vibración tan intensa que resquebrajaba la delgada capa de hielo que había empezado a solidificar el estanque sagrado.

Siguió nevando todo el día. Los copos se amontonaban en los aleros; luego, debido a la oleada cálida que se desprendía de las paredes y los tejados de las casas donde se habían encendido braseros, la capa de nieve inferior se reblandecía y empezaba a derretirse; cuando ya estaba del todo líquida, la masa entera de nieve se escurría y se desplomaba desde el tejado para aplastarse, con ruido de boñiga, en la tierra batida de la calle.

Tras regresar al *kyōzō*, Miyuki se impuso quedarse junto a las barquillas donde las carpas estaban inertes, como entumecidas. Solo unos breves estremecimientos de las aletas daban fe de que seguían vivas.

La joven se abstuvo de darles de comer; quería que se sintiesen lo bastante voraces para que, en cuanto las dejase en libertad y pese a lo frío que estaba el estanque, lo que las movería a nadar hacia el fondo para enterrarse en el limo, el apetito las incitase a explorar su nuevo territorio para hallar con qué satisfacer su avidez.

Ella también tenía hambre; el cansancio del viaje unido al alivio por haber llegado debía de tener algo que ver.

Mientras Miyuki le pasaba revista al estanque, Kusakabe se había llegado al templo para pedirles a los monjes algo de comer. Estos, cuando supieron que la limosna era para la mujer que traía las carpas para su estanque sagrado, se mostraron particularmente espléndidos. Sentada en los talones junto a sus ocho peces, la joven se comió tan deprisa el regalo de arroz glutinoso, col china y delgadas rodajas de rábanos en vinagre que, al principio, vomitó. Pero le dio lo mismo, se sentía tan hambrienta que siguió comiendo febrilmente, recurriendo a los diez dedos para

prepararse dos bocados a la vez y metérselos en la boca casi a un tiempo. Cuando el cuenco estuvo vacío, lo lamió por dentro, llenándose de pizcos la punta y las aletas de la nariz. Con la manga del kimono se limpió los labios, dejando en la tela una mancha húmeda.

Procedente del norte, colándose entre los montes Hiei y Atago, un fuerte viento, el *kogarashi*, «el que desnuda los árboles», rompió contra la ciudad, tumbando en horizontal la nevada y segando las últimas hojas. La pareja de gerifaltes que vivía en un antiguo nido de grajillas de la pagoda del Sai-ji alzó el vuelo soltando gritos tristes. Y se hizo de noche.

Mientras Miyuki se encogía de frío en su estera, dos sirvientes de Nagusa Watanabe iban al domicilio de Kusakabe para rogarle que se presentara ante el director de la Oficina de Estanques y Jardines sin esperar a que se hiciera de día.

¿Por qué dos emisarios para dar un recado de tan poca monta? Porque si uno de los dos resbalaba en la nieve, se caía y se torcía o se rompía un tobillo, el otro seguiría corriendo para cumplir con su cometido. Se podría ver en esa monomanía de Nagusa de ponerse siempre en lo peor y al mismo tiempo arbitrar los medios para remediarlo la explicación de su larga y brillante carrera en un mundo donde la única certidumbre era la transitoriedad.

Kusakabe, sin demorarse más que para despedir a la prostituta cuyos servicios había requerido para entrar en calor aquella noche glacial, se puso en camino inmediatamente.

Por desgracia lo retrasó la llegada imprevista de una caravana cargada de tela de cáñamo. Como la puerta Rashōmon cerraba por las noches, los porteadores, al verse condenados a acampar a la intemperie y bajo la nevada, se encresparon airadamente contra la ausencia de hospitalidad de una ciudad a la que, sin embargo, traían con qué dar trabajo a los tintoreros y a los sastres. Al oírlos vociferar y amenazar con prenderle fuego a la mercancía para calentarse, Kusakabe mandó despertar a un capitán de la guardia de las puertas y esperó a que este abriera Rashōmon para volver a ponerse en marcha.

El frío de la noche favorecía la propagación de los sonidos, y oyó retumbar el gong del Palacio Imperial que anunciaba que estaba ya mediada la hora de la Rata al alcanzar por fin la esquina de las calles Tomi y Rakkaku, donde un sirviente de Nagusa, con una antorcha en la mano, acechaba su llegada.

Kusakabe se preguntó si la joven prostituta de cuyos brazos había tenido que salir a la fuerza (¿cómo había dicho que se llamaba? Ah, sí, Bimyō, es decir, la Preciosa) habría vuelto a errar por las calles entumecidas. La verdad era que no se merecía ese nombre, tenía las piernas cortas y regordetas, un ano como una pequeña col morada y, de entrada, había confesado su incapacidad, al contrario que la mayor parte de las cortesanas, para improvisar canciones cuya letra bien averiguada debería exacerbar el ardor sexual de sus clientes; pero a Kusakabe Atsuhito le gustaban las mujeres fallidas, insípidas o poco favorecidas que le permitían descansar durante una noche de la agotadora búsqueda de la perfección a que lo obligaba el hecho de contarse entre los cortesanos de rango elevado que vivían en Heian-kyō.

Si Nagusa no lo entretenía mucho rato, a lo mejor podía localizar a Bimyō la mal llamada y llevársela otra vez a casa.

Pero antes tendría que resignarse al ritual de bienvenida y sentarse en los talones frente a la bandeja alta donde estaría en el lugar de honor el sake junto con algunos

manjares para acompañarlo.

El director de la Oficina de Estanques y Jardines lo miraba fijamente en silencio, calibrándolo como si lo viera por primera vez, y parecía interrogarse acerca de la capacidad de su asistente para cumplir una misión delicada.

Tras servir el sake, Nagusa, con la lentitud agarrotada de una mariposa que sale de la crisálida y despliega las alas, se resolvió a referir su visita al emperador y la decisión de este de participar como competidor en el *takimono awase*, cuyo argumento había fijado él en persona, una trama tan difícil de traducir en perfumes que Nijō Tennō corría el riesgo de convertirse en el único concursante.

—Sería una irreverencia que nadie aceptase el desafío de Su Majestad —comentó Kusakabe—. Veamos, ¿qué tema ha propuesto el emperador?

Nagusa expuso sucintamente la anécdota: el puente luna, las dos neblinas, la doncella.

—Nunca se habló de anécdotas en las competiciones anteriores —se extrañó Kusakabe—. Lo único que se pedía era componer un aroma delicioso.

—Pero seguramente el emperador quiere que su reinado destaque por una innovación inaudita: convertir el incienso en narrador.

A ambos lados de la bandeja, ambos hombres quedaron en silencio como para medir mejor el alcance de lo recién dicho. El incienso había conseguido hacía mucho sus cartas de nobleza; se le reconocía que aportaba por igual energía y sosiego, estimulaba las facultades mentales, curaba ciertas enfermedades, combatía la angustia y el insomnio, sin olvidar sus virtudes afrodisíacas. Pero nadie se había atrevido aún a insinuar que pudiera también expresarse como un poeta.

Nagusa se puso de pie y se dobló en dos como si se hallase en presencia del soberano.

—Si Nijō Tennō aceptara un pretendiente tan humilde y despreciable como yo, en tal caso me propondría como adversario suyo.

Kusakabe lo miró incrédulo.

—Con todo respeto, Nagusa-sensei, conozco todos los inciensos que se conservan en el almacén de la Segunda Avenida. Puedo asegurar que ninguno de ellos, ora usado aisladamente, ora mezclado con otros aromas, podrá nunca evocar el paso de una doncella por un puente.

—Por un puente y entre la neblina —especificó Nagusa—. El hecho es que se trata de una impresión olfativa que nunca se ha compuesto. Y no tengo la menor idea de cómo podría ser. No tengo ya edad de nieblas: cuando se levanta la niebla yo me estoy yendo a la cama, y hace muchísimo que no voy persiguiendo a ninguna jovencita.

Soltó una de esas risitas de los hombres de edad que no se sabe ya si son burlonas o desesperadas y a lo mejor no son sino efecto de algo así como un tiritar de la mandíbula.

—¿Así que Nagusa-sensei no tiene ninguna probabilidad de ganar? —dijo su asistente.

—Ah, desde luego, ninguna.

—Pero toda la corte tendrá clavados los ojos en Nagusa-sensei.

—Más bien las narices —sonrió Nagusa al tiempo que se daba golpecitos en las suyas con la yema del dedo.

—Sí.

—Sí —dijo Nagusa, como un eco.

—Sí —volvió a decir Kusakabe.

Tras ese triple «sí» se quedaron callados. Hubo suspiros que, en Nagusa, lindaban con los carraspeos, e interjecciones un tanto roncas; hubo varios *hai*, varios *ee*, varios *iya*, varios *yossha*, y seda resbalando sobre seda, pero ante todo silencio, un silencio sellado que ninguno de los dos parecía querer quebrantar.

Por fin, al cabo de mucho rato, Kusakabe se aclaró la voz y dijo:

—En realidad, lo que la corte orientará hacia Nagusa-sensei serán más bien los oídos, ya que por lo visto el incienso se escucha más que se huele. Me está volviendo a la memoria algo al respecto: ¿no hay un sutra que dice que la enseñanza del buda la transmiten los aromas y que no se precisan palabras para explicarla?

—El sutra de Vimalakirti, uno de los discípulos más cercanos al buda Amitabha —confirmó Nagusa con un tono respetuosísimo.

—¿También a Nagusa-sensei lo impresionó esa enseñanza?

El director de la Oficina de Estanques y Jardines esbozó una sonrisa:

—La enseñanza no, sino el papel en el que se tradujo del sánscrito y se caligrafió ese sutra, que se conservó en el Tōdai-ji, el templo donde la viuda de Shimae va a soltar las carpas mañana por la mañana. Un papel de una blancura y de una pureza excepcionales. Tuve el privilegio de admirarlo, se me permitió incluso acariciarlo, y todavía noto su inefable suavidad en la yema de los dedos. En ese sutra, Vimalakirti habla de renacer en una tierra pura a la que pone el nombre de «Suavemente perfumada con todos los perfumes» y donde los palacios, las casas, las calles y los propios jardines, e incluso los alimentos, no son de barro, ni de madera, ni de piedra, sino de suavísimos perfumes.

—¿Cree Nagusa-sensei que algo así sea posible?

—No digo que lo crea, Atsuhito. ¡Me guardo muy mucho de creerlo! Pero suponiendo que haya otro mundo después de este, prefiero imaginarlo delicadamente perfumado más que apestando a podredumbre y descomposición.

A Nagusa volvía a temblequearle la mandíbula inferior. En esta ocasión no se debía a la vejez, sino al frío de la nieve, que se metía en la habitación. De los tres braseros, dos estaban ya cubiertos de cenizas blancas y solo en uno seguía habiendo brasas rojas.

—¡Nagusa Watanabe y Kusakabe Atsuhito desafiando a Nijō Tennō en los

primeros días del invierno! —exclamó de pronto—. Supongo que el certamen se celebrará en el Pabellón de la Pureza y el Frescor. Nunca habrá asistido nadie a unas justas así de prodigiosas. Me pregunto si el emperador sabe ya la respuesta que piensa darle al enunciado que él mismo ha planteado. ¡Ah, Atsuhito, qué situación tan patética! Soy como aquel hombre a quien le entregan una antología de poemas escritos en una lengua que desconoce, ordenándole que los traduzca a otra lengua que tampoco domina.

Kusakabe se tomó la cuarta copa de sake. Se puso de pie con ojos relucientes.

—Propongo que vayamos. Ahora mismo.

—¿Ir adónde, Atsuhito? Es de noche, está nevando y...

—Al almacén de la Segunda Avenida. Reservemos los mejores inciensos antes de que lleguen otros y se queden con ellos.

Kusakabe sabía lo que decía; en cuanto se anunciaba el inicio de una competición de perfumes, los participantes en potencia, es decir, la casi totalidad de los aristócratas y los funcionarios a partir de la tercera clase mayor superior, enviaban a sus sirvientes a desvalijar el almacén de la Segunda Avenida, con el cometido de llevarles, a cualquier precio, la mayor cantidad posible de resinas, raíces o semillas de entre las más odoríferas. Nadie perdía el tiempo en poner peros: lo esencial no era cerrar un negocio rentable, sino conseguir el mayor número de sustancias posible, que se apresuraban a encerrar en gabinetes con las persianas echadas para que nadie pudiera sorprender la paleta sutil de fragancias que mezclarían en absoluto secreto.

Aunque una visita nocturna precisase un permiso especial incluso tratándose de un personaje de rango tan elevado como el director de la Oficina de Estanques y Jardines, a Nagusa no le costó convencer a los guardias que garantizaban la seguridad del almacén para que le abrieran la puerta. Los encargados solo se aseguraron de que ni él ni su asistente llevaran encima nada que pudiera corromper o inflamar los valiosos materiales que allí se guardaban.

Aquella restricción suponía tener que prescindir de cualquier tipo de farol o antorcha o de una sencilla vela. Ahora bien, sin luz, el almacén estaba sumido en una oscuridad tan profunda que apenas era posible descifrar los caracteres pintados en las incontables taquillitas y que indicaban qué sustancia aromática había en cada una. El reflejo de la luna en la nieve habría proporcionado sin duda claridad suficiente para tener referencias, pero habría sido necesario abrir de par en par los postigos de madera maciza, y los guardias se negaron a ello rotundamente.

—Bien —se resignó Kusakabe—, el olfato compensará lo que no puedan ver los ojos.

A Nagusa le gustó la frase. Los dos hombres se internaron en la oscuridad con la cara apuntando hacia delante igual que los gatos cuando se meten en territorio desconocido.

Los vigilantes les habían explicado someramente los criterios con que se habían colocado los materiales: primero estaban por familias (resinas y gomas, raíces y rizomas, semillas y frutos), que se dividían luego en variedades (dulces, ácidas, calientes, salinas y amargas), que se repartían a continuación en matices, según fueran amaderados, animales, sensuales, especiados, balsámicos, terrosos, resinosos, embriagadores, picantes, alcanforados, herbáceos, etcétera.

—Sobre todo, no hay que tocar nada —añadieron los guardias—, hay que limitarse a oler y a memorizar lo que interese. Y volver esta noche para hacerse con lo que hayan localizado, pero solo después de que Palacio proclame la apertura y el tema de la competición.

Nagusa posó en los vigilantes una mirada tan ofendida que estos hicieron una profunda reverencia recitando rosarios de disculpas y enhebrándolas precipitadamente como para tener la seguridad de que les iba a dar tiempo a enumerar cuantas supieran.

—¿Cómo puede alguien sospechar que a su excelencia el director de la Oficina de Estanques y Jardines se le iba a ocurrir sustraer aunque no sea sino una ínfima estrella de badiana china? —había dicho Kusakabe muy ofendido, antes de añadir por lo bajo, hablándole al oído a Nagusa—. En verdad, *sensei*, ¿no vamos a aprovechar la oscuridad para servirnos sin más demora?

—Lo ya cogido no se puede coger —respondió Nagusa, también en un soplo—. Sugiero que empecemos por el almizcle de cabritillo. Es la base de todo. No podría planear nada sin él.

El olfato los condujo sin falta al cajón donde estaban guardadas algo así como unas bolsitas de piel muy delgada, cubiertas de pelo fino y que encerraban unos granos marrón oscuro, de tacto suave y de los que se desprendía un olor potente. Nagusa y Kusakabe cogieron cada uno una bolsa y se la metieron en lo más hondo de las amplias mangas.

Luego Nagusa puso la mira en el gálbano. Pensaba poder contar con su olor verde y picante para simbolizar la neblina. A menos que se decidiera en última instancia por fiarse del *costus* aromático, del que tomó una cantidad generosa: ¿no podía acaso ese famoso puente que cruzaba la doncella pasar por encima de un parterre de violetas y claveles, florecillas a las que recordaba el aroma del *costus*?

Por su cuenta, Kusakabe utilizaba las mangas como un saco de profundidad insondable para hacerse con una remesa de resina de estoraque.

Aunque bastante cansados, no quisieron separarse hasta haber acondicionado el botín: tras ponerlos a remojo en vinagre, machacaron cuanto pudieron los opérculos de unos veinte caracoles del mar de China, unos *kaikō* cuya misión era fijar los perfumes.

Para concluir, mezclaron los sustratos en morteros y los distribuyeron por unos

cuadrados de seda que anudaron como si fueran limosneras y metieron en una caja de palo aloe.

Tan variadas manipulaciones habían bastado para activar múltiples aromas y, sin que fuera necesario espolvorear con recortaduras de incienso los carbones al rojo de los braseros, se había formado una nube invisible, pero muy perfumada, que flotaba por la sala.

Entonces Nagusa extendió dos esteras en el suelo. Sin decir palabra, se tendió en una y dio unas palmaditas en la otra como si llamase a un gato para que acudiera a ovillarse en ella. Quien se acostó, por supuesto, fue Kusakabe, con una mirada de agradecimiento porque el viento del norte soplaba más fuerte, arrancando y arrojando los copos como si estuviera desplumando sin fin un ave blanca; el frío crispaba los cancelos y las persianas, que chirriaban como insectos; y, para disuadir definitivamente a Kusakabe de irse a su casa entre el viento glacial y las tinieblas, se había oído, llegado desde una callejuela cercana, el alarido de alguien asesinado.

Miyuki se despertó temprano. Pese a que la luz del día era aún indecisa y la oscuridad remanente le impedía ver con claridad el contenido de las barquillas, su primer reflejo fue asegurarse de que las carpas seguían vivas. Las abarcó con una mirada tan penetrante como la que le echaba a Katsuro cuando era la primera en despertarse y lo escudriñaba para tener la certeza de que había cruzado la noche sin obstáculos y respiraba tranquilamente; luego lo rozaba y lo pellizcaba con cuidado para comprobar que la carne era tibia y flexible.

Tenía cinco años cuando sus padres sucumbieron a la *wanzugasa*.^[63] En cuanto aparecieron los primeros síntomas, los lugareños pusieron a bailar a un mono en la plaza principal, pues algunos pretendían deducir la envergadura de la epidemia de los brincos del animal. Recurrieron también a un anciano tañedor de flauta cuyos trinos se suponía que resultaban insoportables a los *hōsōgami*, los demonios de la viruela. La tercera precaución fue encerrar a Miyuki en la choza de sus padres para evitar que propagase la plaga por las demás familias.

Así fue como pasó la niña varios días junto a la cama de sus padres que agonizaban en silencio, pues las pústulas que les cubrían la boca y la garganta les impedían hablar. Por su rigidez fue por lo que Miyuki, que no paraba de acariciarlos, palparlos y sobarlos, se dio cuenta de que estaban muertos.

Se echó a llorar, la oyeron y la liberaron. Mejor que correr el riesgo de propagar la enfermedad llevando los cuerpos a la pira funeraria, el jefe del pueblo, que aún no era Natsume, sino Norimasa, el padre de su padre, decidió incinerar a los padres de Miyuki en el lugar en que habían expirado, y arrojaron antorchas sobre el techado de bálago, que se prendió en el acto.

Era esa misma rigidez que le había indicado la muerte de sus padres la que Miyuki temía encontrarse cada mañana en Katsuro; y ese temor se había generalizado y extendido a todos los seres vivos con los que esperaba volver a encontrarse por las mañanas tras separarse de ellos la víspera al atardecer.

Ahora bien, durante la noche había oído los roces y el picoteo característico de unas garras menudas en el suelo. Que la habitación estuviera en el primer piso, por mucho que dijera Kusakabe, no había impedido que entrasen en ella animales, y sobre todo aves. Miyuki se congratulaba de haberse acordado, antes de cerrar los ojos, de orinar alrededor del espacio en el que había colocado la estera y las carpas. Un círculo mágico, como quien dice, que, aparentemente, las aves no se habían atrevido a cruzar; las huellas de sus patitas se habían quedado del otro lado de la frontera húmeda que la joven había trazado desplazándose en cuclillas y soltando largos chorros intermitentes de orina.

Tranquilizada en lo referido al estado de las carpas, se acercó a una de las ventanas. Mientras dormía se había movido mucho y la ropa, revuelta, ahora solo la

cubría en parte. Así que bajó la persiana, que, aunque hecha trizas por haber estado tan expuesta a las inclemencias del tiempo, debía poder impedir a un espectador de fuera sorprender su desnudez, pero permitía a Miyuki abarcar con la vista la ciudad, que trepaba por una cuesta poco pronunciada hasta los muros del Palacio Imperial.

La nieve, que había estado cayendo sin interrupción toda la noche, había unificado los tejados en una larga ondulación de lomos blancos. De vez en cuando, algunos bloques perdían cohesión con la aglomeración de nieve y se escurrían por las tejas vidriadas, adquiriendo velocidad suficiente para trepar por la vertiente vuelta hacia arriba del tejado y echar a volar hacia el cielo. Durante una fracción de segundo se quedaban como suspendidos en el vacío y luego se estrellaban con un ruido fofo.

La intrusión casi silenciosa de Kusakabe apenas si sorprendió a Miyuki. Llevaba el atuendo de ceremonia de los funcionarios civiles, el *eboshi* de papel charolado negro enhiesto en la cabeza, la bata violeta pálido, una túnica rosa palo con el aditamento de un largo paño que arrastraba por el suelo y un pantalón muy ancho que fruncían unos cordoncitos atados a los tobillos.

Miyuki hizo tres reverencias.

—Estoy lista, mi señor.

—¿Estás segura?

La miraba con una extrañeza sincera.

—¿No vas a quitarte la ropa que llevas? O, mejor dicho, que te lleva —rectificó—, porque está tiesa de barro seco y de mugre y...

—No tengo otra —interrumpió ella.

—¿Emprendiste este viaje sin llevar ropa para mudarte?

Como Katsuro le había dicho muchas veces que los de Heian-kyō no sabían nada de los de Shimaie y que, en el fondo, no les interesaba ni intentaban enterarse de más, Miyuki le ahorró a Kusakabe cualquier comentario acerca de su guardarropa, que se reducía a lo que llevaba puesto y a unos cuantos andrajos que se ponía para dedicarse a las tareas cotidianas, pero con los que no había cargado al emprender el viaje.

—De todas formas —añadió el joven—, nadie se va a fijar en ti. Si hubiera hecho sol, no te digo; pero con toda esta nieve, no habrá nadie a la orilla del estanque. Y Nagusa-sensei no va a escandalizarse por tu atuendo. Ahora es un hombre envejecido que ha perdido mucha vista; ve las cosas borrosas y confunde los colores. Y, además —añadió disimulando una sonrisa tras la mano—, estoy seguro de que no va a intentar acercársete. Sí, sí, en el supuesto de que la palabra *satisfacción* siga queriendo decir algo cuando se refiere a un anciano, cuanto más lejos pueda estar de ti más satisfecho estará. Ya adivinas por qué, ¿verdad?

Y apretó las aletas de la nariz de forma cómica, como si intentase divertir a un niño. Pero Miyuki no se rio.

—¿Lo adivinas? —repitió él.

—No.

—Vámonos —dijo Kusakabe sin insistir en el tema.

En vez de un carro de bueyes, que podía quedarse atascado en el barro a cada paso, Kusakabe había preferido un palanquín que sus portadores podían llevar literalmente volando como una mariposa por el terreno más problemático.

Durante la noche había caído una helada tremenda. Bajo el hielo, el agua del estanque se había vuelto negra; y la nieve parecía haberse tragado los postes a los que habían enganchado, ateniéndose a las indicaciones de Miyuki, la red que delimitaba el sector donde debían aclimatarse las carpas.

Kusakabe la tranquilizó; había tomado precauciones y trazado personalmente un plano del lugar; y el hielo era lo bastante sólido como para permitir que alguien tan poquita cosa como Miyuki se aventurase sin peligro hasta las lindes de los primeros postes.

Siguiendo el reborde que formaba la orilla, los monjes montaban una guardia simbólica ante el estanque. A los de edad más avanzada, de piel cerosa y tirante en los rostros demacrados, les quedaban muy anchas las ropas monásticas, que no debían de protegerlos del frío. Pero allí seguían, estoicos. Los más jóvenes, algunos de los cuales parecían niños aún, pasaban el peso de un pie a otro. Se les notaba, tras las mejillas, cómo movían las lenguas, redondas y gruesas, rebuscando en las encías para sacar trocitos de arroz cuyo sabor soso paladeaban eternamente como si fueran rumiantes.

—¿Estás llorando? —preguntó Kusakabe al ver que de pronto a Miyuki se le anegaban los ojos de lágrimas—. ¿Por qué lloras? No tienes motivo alguno para estar triste: estás llegando al final del viaje, misión cumplida.

—El frío —balbució ella.

No era ese el auténtico motivo. Se sentía desvalida al pensar que se acercaba el momento en que iba a tener que separarse de las carpas negras, las únicas que procedían del Kusagawa. Lo que representaban para Miyuki era no tanto el recuerdo del río natal cuanto el del pescador que se las había arrebatado. En la vibración nerviosa de aquellos cuerpos, cuyas escamas temblaban tanto que parecían a punto de erizarse, y en los coletazos nerviosos que daban —de un modo o de otro habían debido de advertir la proximidad del estanque y presentido quizá que no iban a tardar en recobrar la libertad—, la joven viuda volvía a ver el júbilo de Katsuro, sus arranques de alegría, su arrobo cuando tenía la suerte de coger un pez excepcional. Entonces se convertía en un amante magnífico, como si la gloria de su captura repercutiese en el volumen y la firmeza de su sexo, en la elasticidad y la movilidad de sus caricias; los dedos, impregnados aún de mucus, localizaban sin titubear las zonas más emotivas del cuerpo de Miyuki, dosificando la presión con la misma sutileza que

cuando agarraba con ambas manos una carpa recién sacada del agua, apretándola lo suficiente para impedir que ese cuerpo resbaladizo se le escurriese entre los dedos, pero dejándole pese a todo suficiente holgura para que se sintiera más protegida que castigada.

Mientras había ido caminando, Miyuki había tenido la sensación de que Katsuro marchaba a su lado: a fin de cuentas, eran *sus* carpas las que, a ambos extremos de la palanca, le serraban la nuca y le llenaban de cardenales los hombros; era justo que las acompañase, que su espíritu velase por ellas y, ya de paso, por Miyuki.

Pero cuando las carpas se sumergieran, retorciéndose, rumbo a las profundidades del estanque, el fantasma de Katsuro desaparecería con ellas. Con un último cascabeleo de aquella risa, una risa de niño por la que su mujer decía que nunca iba a envejecer, el pescador regresaría a su muerte, a su eternidad, y Miyuki se quedaría tan sola como para llorar a voces.

El palanquín se detuvo.

El director de la Oficina de Estanques y Jardines se había desplazado para presenciar cómo soltaban las carpas.

Pero lo que había motivado a Nagusa no era tanto la ceremonia en sí como el placer que se prometía al admirar a Kusakabe, vestido con su atuendo solemne, perfilándose sobre la blancura de la nieve y yendo de una persona a otra para dar instrucciones referidas al protocolo, pues aunque tenían la seguridad de que el emperador no iba a honrar la celebración con su presencia, todo debía transcurrir con la misma solemnidad que si Su Majestad presidiera la ceremonia.

Tras la llegada del palanquín, los bonzos abrieron un ancho agujero en el estanque petrificado. Armados con varas, los más jóvenes seguían dando golpes para impedir que el agua volviera a solidificarse.

Miyuki caminó hacia el hielo acomodando el paso al ritmo del sutra de la Tierra Pura que los bonzos recitaban despacio; y era lo más oportuno, porque lo que le inspiraba mayor temor era tropezar con algún obstáculo oculto en la nieve y volcar las barquillas al caerse.

—... *por doquier en este reino de gran felicidad, en esta tierra pura de Buda, se hallan siete maravillosos lagos de tesoros y los llenan aguas con las ocho virtudes. ¿Cuáles son las virtudes de esas aguas? Son la limpidez, la luz, la apariencia de hielo, la suavidad y la hermosura, la liviandad, el brillo y la serenidad.*

Al llegar a la mismísima orilla del estanque, vio que su imagen se reflejaba en la zona de agua oscura que habían dejado libre los golpes de los bonzos y casi se quedó asombrada al no divisar a su lado la silueta de Katsuro. Sonrió al pensar que habría estado en aquellos momentos muy desgredado, muy sucio y muy maloliente; siempre le había dicho que era en el trayecto de ida cuando acumulaba la mayor parte de la mugre, las manchas y las heridas que traía a la vuelta de sus viajes a Heian-kyō.

—No —gritó de repente.

Un bonzo viejo se había deslizado hacia la joven y, aprovechando que la palanca estaba ladeada, había conseguido descolgar la barquilla de las carpas negras.

—No —repitió Miyuki—. Que me las dejen un poco más.

Pero el religioso, sin tomar en cuenta sus ruegos, ya se alejaba con su presa, contoneándose como hacen los monos; las arrugas de la cara daban fe de cuánto lo hacían padecer sus articulaciones maltrechas.

Miyuki oyó el salpicar de unos objetos pesados que resbalaban hacia el estanque.

Soltó un nuevo grito:

—¡Katsuro!

Estaba trémula. Entonces Nagusa Watanabe se le acercó. Doblando los dedos como si fueran una garra, le asió un brazo. Miyuki no sabía si era para tranquilizarla o para coaccionarla. Sin aflojar la presión, la alejó de la orilla. Miyuki retorció el cuello intentando mirar hacia atrás por encima del hombro, con la esperanza de divisar por última vez las carpas de Katsuro nadando hacia la libertad.

A la orilla del estanque, los monjes habían reanudado la salmodia:

—... y el fondo de los lagos de tesoros lo cubre una arena de oro. En sus cuatro costados, rodeándolos por completo, hay cuatro escaleras que bajan. Esos cuatro ornamentos son hermosos y arrebatadores. Y en torno hay árboles de joyas maravillosas y, entre ellos, senderos de suaves aromas.

Nagusa estaba tan cerca de Miyuki que notaba la tibieza de su cuerpo y los latidos de su corazón.

Le preguntó por qué parecía tan afectada si todo estaba transcurriendo mucho mejor de lo que era de esperar teniendo en cuenta el viento del norte que habría podido dejar ateridos a los monjes y entumecerles las cuerdas vocales; ahora bien, había una gran diferencia, a favor de las primeras, entre las oraciones recitadas en voz alta y las susurradas dando diente con diente.

Por toda respuesta, Miyuki bajó la vista, juntó las manos, cuyos dedos expuestos al aire helado le daban la impresión paradójica de tenerlos metidos en agua hirviendo, e hizo una reverencia.

—¿Cuándo te vuelves a Shima?

Fue entonces cuando de la boca de Miyuki, adelantándose a la respuesta, salió volando una menuda perla de saliva. En ese preciso instante, el sol asomó de una nube y sus rayos cayeron en la gotita, que por una fracción de segundo, en el trayecto entre los labios de la joven y el rostro de Nagusa, resplandeció como un sol diminuto.

Y hete aquí que Nagusa alimentaba una pasión secreta por ese fluido opalino, tan suave y desconocido, que tan poco importa a la mayoría de las personas: la saliva de las mujeres.

A fuerza de pacientes ruegos, había conseguido que Sahoko, su mujer, depositase

una gota de saliva en la superficie pulimentada de un espejo chino de bronce, un objeto del período de los Reinos Combatientes, uno de los primeros regalos que le había hecho él. Ella había esperado a una noche de eclipse de luna para otorgarle esa merced, y Nagusa había podido admirar el renacimiento del astro en las burbujas irisadas que formaban lo que había llamado el «don de Sahoko». Luego, la cupulita espumosa se evaporó, dejando en el espejo una huella seca y apagada.

Nagusa había echado de menos no haber recogido algo de la humedad levemente cremosa del don de Sahoko en la yema del índice para humedecerse con ella la superficie de los labios.

Porque el director de la Oficina de Estanques y Jardines tenía una extremada sensibilidad para el olor de la saliva cuando se secaba en la piel. Poseía entonces un aroma que recordaba la miel, el vinagre y el pistilo malva de algunas flores. Pero era tan poco deliberado, tan tenue, que no prevalecía sobre las volutas del incienso que quemaban día y noche, en invierno y en verano, en las estancias y los corredores del Palacio Imperial; ni tampoco, por lo demás, sobre los hedores estancados en muchas zonas de la ciudad, sobre todo en las proximidades de los mercados.

En la adicción de Nagusa no había erotismo alguno. Aquel singular placer olfativo, que aceptaba de buen grado que a otros pudiera parecerles repulsivo, no le producía ningún tipo de excitación sexual, pero cuando la huella se borraba, cuando su fragancia inconstante no era ya sino un recuerdo, sabía que por espacio de un instante había sido un hombre feliz.

Tras hacer gala de generosidad —*generosidad* era lo que decía Nagusa, su mujer prefería hablar de indulgencia—, Sahoko se negó de repente a satisfacer ese capricho —esto también lo decía ella— de su marido. Este se volvió entonces hacia las damas jóvenes de la corte. Pero conseguir de ellas aunque no fuera más que una pizca del fluido que tanto gozo le proporcionaba no resultaba sencillo. Por mucho que hubiera confeccionado una lista de todos los pretextos verosímiles que pensaba poder alegar para conseguir un poco de esa saliva, tan vulgar que las damas de la emperatriz se la tragaban sin caer en la cuenta de ello (había calculado que repetían ese movimiento reflejo alrededor de mil quinientas veces al día), se quedaban estupefactas las más de las veces y Nagusa se ganaba una negativa sin apelación posible.

No obstante, en ocasiones conseguía lo deseado; bah, solo dos o tres veces al año como mucho y generalmente con motivo de la ceremonia del Apaciguamiento del Alma o de la celebración de las Primicias, pues esas festividades se acompañaban de coreografías en las que participaban decenas de bailarinas jóvenes. Aquellas a quienes se atrevía a pedirselo atendían ladeando un poco la cabeza, pero en su reacción no había ni desprecio ni repugnancia; sencillamente, no entendían qué pensaba hacer con lo que ellas le iban a dar en el caso de que accedieran a su solicitud; y luego alzaban una mano para taparse la boca y ocultar una risita; la mano volvía a bajar, tenían la mirada llena de compasión y susurraban:

—No tengo inconveniente, *sensei*. No veo nada malo en ello. Solo necesito que el

sensei me indique cómo quiere que procedamos.

Nagusa había descubierto que donde aquel ínfimo olor se expandía mejor era en la muñeca, en la tibia intimidad de las mangas de seda.

Entonces se subía una manga para dejar al aire la muñeca izquierda —pues va asociada al yang y por lo tanto es cálida, brillante, fuerte y masculina— y orientarla de modo tal que quedase brindada a los labios que se abrían a medias.

Tan pronto como oía el leve ruido de la boca que liberaba la tan codiciada gota de saliva y notaba su tibieza en la piel, retiraba la muñeca dentro de la manga. Hacía una profunda reverencia a la donante, incluso si era de una categoría inferior a la suya, y luego escapaba a toda prisa llevándose su tesoro.

En cuanto daba con un corredor tranquilo, se acurrucaba en una esquina, volvía a asomar la muñeca izquierda de la manga del kimono y se apresuraba a pegar la nariz a la huella húmeda que ya se estaba evaporando.

Pese a una larga práctica, Nagusa era incapaz de prever con anticipación las virtudes del don que le consentían las bailarinas. Aunque sí se había fijado en que a las jóvenes que, entre dos coreografías, saboreaban caquis tan maduros que la pulpa había perdido toda astringencia y se había vuelto casi líquida, translúcida y dulcísima, les salía una saliva que se secaba más despacio. Pero el aroma de la fruta ocultaba el olor sui géneris de la ofrenda. Ahora bien, en sus ceremonias aromáticas, el director de la Oficina de Estanques y Jardines buscaba el olor puro del aliento, ese que acompaña a la palabra y al suspiro y convierte a una desconocida —pues la mayoría de las veces ni sabía ni sabría nunca el nombre de la donante— en alguien inolvidable.

Algunos de sus recuerdos se remontaban a la época lejana en que era solo un niño, pero se le habían quedado tan hondamente grabados que aún podía dibujar de memoria los labios, con todas las estrías y todas las grietas invernales, de sus primeras bienhechoras.

La salpicadura de saliva de Miyuki se estaba evaporando ya. Nagusa Watanabe deslizó velozmente el índice bajo el labio superior y lo frunció para aproximarlos al contacto con la nariz. Cerró los ojos, aspiró a fondo un olor desconocido, desconcertante, del que no habría sabido decir si le parecía preferible huir o recluirse en él.

—Me corresponde pagarte a mí. ¿Lo sabías?

—No, *sensei*, lo ignoraba.

—Así tendremos ocasión de vernos una última vez. Ven cuando se haga de noche, estaré menos ocupado. Y a lo mejor me revelas tu secreto.

—¿Qué secreto, Nagusa-*sensei*? Soy una mujer sencilla, no tengo secretos.

El director de la Oficina de Estanques y Jardines miró en torno para tener la seguridad de que nadie podía sorprender su conversación.

Kusakabe se hallaba a distancia y el cuerpo largo y esbelto le oscilaba grácilmente por encima del estanque —se inclinaba, se enderezaba y volvía a inclinarse como un junco al que moviera el viento— mientras intentaba seguir las evoluciones de las carpas. En cuanto a los bonzos, continuaban recitando, imperturbables.

—Ya lo creo que lo tienes —cuchicheó Nagusa—: el secreto de eso que brota de ti.

Se dio cuenta de que seguía con el labio fruncido y dejaba al aire los dientes de arriba, cuyo esmalte negro, que no había retocado, se estaba descascarillando.

A la mañana siguiente seguía nevando. En algunos lugares, la capa de nieve era tan gruesa que llegaba hasta la cruz de los bueyes. Bien fuera a pie, en palanquín o en un carruaje, circular por la ciudad se había vuelto muy difícil. Lo cual no impidió al director de la Oficina de Estanques y Jardines convocar a su asistente para investigar con él la mezcla de aromas que pudieran componer el incienso que respondiera al reto de establecer los efluvios de una doncella que, saliendo de la niebla en que está sumido un jardín, cruza un puente de lomo de asno para ir a otro jardín tan sumido en la neblina como el primero.

El tema del concurso se había desvelado oficialmente el día anterior y todos los entusiastas del *takimono awase*, tanto los ya campeones como los aficionados que competían por primera vez, no tenían sino una obsesión: hacer un inventario de sustancias olorosas, probarlas y asociarlas para expresar del mejor modo posible la anécdota que proponía el emperador Nijō; todos estaban de acuerdo en la circunstancia de que el reto mayor, la dificultad casi insuperable, por no decir la imposibilidad, iba a residir en la creación de efluvios que evocasen el cuerpo en movimiento, la larga melena suelta, el rostro desmejorado por la carrera y la respiración jadeante de la doncella de entre dos neblinas.

Todo ello justificaba que los participantes hubieran dejado de lado en el acto sus ocupaciones para entrar a saco en los estantes del almacén de la Segunda Avenida. Los más inspirados era probable que ya hubiesen reunido sus ingredientes y efectuado las primeras combinaciones. Solo les quedaba nutrirlos con una mezcla de miel y pulpa de ciruela que, al aportarles una leve humedad, contribuiría a exacerbar los aromas. Antes de que cayera la noche, unos sirvientes se sumergirían en la tormenta de nieve para ir a enterrar con gran secreto en el terraplén negro y arcilloso del Yodogawa las cajas de paulonia que encerraban los preparados elaborados por sus señores, pues la proximidad del río se consideraba beneficiosa para conservar el incienso e incontables madrigueras horadaban sus orillas, lo que eximía de tener que cavar en el suelo endurecido por el frío.

Nagusa y Kusakabe no habían progresado tanto. Cierto es que los habían retrasado la joven viuda y sus malditos peces. ¡Cuánto tiempo perdido por unas pocas

carpas! ¿En qué podía facilitar la meditación de los peregrinos que acudían a rezar al buda que estas nadasen perezosamente en el estanque de un templo?

—Dejemos ya de preocuparnos por esa mujer, *sensei*. Paguémosle el precio convenido (por más que me parezca un tanto exorbitante para ocho tristes peces que habría podido proporcionarnos cualquier pescador del Yodogawa) y que se vaya a su casa. Ahora bien, si quiere el *sensei* castigarla por haber tardado en entregarnos unos bichos que, bien pensado, no tienen nada de particular, salvo quizá las dos o tres carpas de escamas negras que son las únicas que me parecen dignas de lo que nos servía antes el pescador de Shimaie, basta con decirle que se vaya y no pagarle, lo que sería una sanción en varios tiempos: para empezar sentirá una gran humillación al irse de Heian-kyō sin el menor salario, y después se pasará el camino temblando al pensar en el castigo que le tendrá reservado su gente si vuelve con las manos vacías; desde luego no la tratarán con miramientos: tengo oído que los campesinos esos no sienten ninguna compasión unos por otros e incluso que son bastante crueles. Un día en que estaba cosiendo para la emperatriz, la noble dama del servicio de Tocador se pinchó el dedo y corrió la sangre, dibujándole en el brazo una serpiente roja enroscada desde la muñeca hasta el codo, lo que nos recordó aquella terrible historia de...

Pero Nagusa había dejado de escucharlo; volvía a ver el rostro de Amakusa Miyuki y la boca entreabierta desvelando los dientes de un blanco tan vulgar; y de esa boca recordaba que había visto salir despedida en su dirección una pompita resplandeciente que le había estallado a él en el labio superior.

Entonces se había tambaleado no como un anciano a quien le fallan las piernas, sino como un joven que descubre el veneno violento y delicioso de la embriaguez.

—Atsuhito —exclamó de repente—, te encomiendo las dos neblinas y el puente luna entre ambas y todo aquello sobre lo que cruza. O todo aquello que transgrede. Tienes cuanto necesitas para hacerlo, ¿verdad? Usa sin escatimarlos todos esos aromas que trajimos de la Segunda Avenida, da a tus perfumes forma de granos gruesos, enciérralos en un cuadrado de seda y átalos con un cordón que lleve como adorno una ramita de ciruelo, y si crees que ese incienso puede quemarse en presencia del emperador, entonces no te lo pienses dos veces, rasca, lima, araña todo el oro que quieras, basta con que lo saques de mis joyas.

—Pero el oro no arde, *sensei*...

—Ya lo sé, Atsuhito, ya lo sé; aunque esté viejo no estoy chocho. El oro no arde, pero se derrite a una temperatura elevada, fluye, chorrea, dibuja encajes, estuarios, bosques, así que ¿quién nos dice que no suelta *también* algún perfume? ¿Tenemos acaso un conocimiento profundo de los olores? Decimos que algo huele bien o que apesta y ahí nos quedamos. En el fondo no sabemos más de la suavidad de los aromas y del hedor que lo que sabemos del bien y del mal. Pasamos por la vida brincando de una ignorancia a otra. Sapos, Atsuhito, somos sapos. Y ahora escucha: tras confeccionar el incienso del puente luna y las dos nieblas (sobre todo ten buen cuidado de diferenciar las dos neblinas, Su Majestad no ponía el mismo tono de voz

para hablar de una y de otra), vete corriendo a avisar a la mujer de las carpas de que la estoy esperando. Irá haciendo más frío a medida que la noche avance, la nieve se volverá hielo; así que a esa mujer, Atsuhito, cógela del brazo para sujetarla si resbala y llévala a mi casa, da igual la hora que sea, habrá continuamente cuatro faroles encendidos.

En una habitación con las persianas echadas y aún más confidencial por la colocación de una serie de biombos que reducían la superficie, Nagusa dormitaba en una estera vestida con una pieza de tela verde con rombos negros y azules. Había dejado de nevar y el cielo estaba despejado. El alba proyectaba la sombra, más pálida, de un árbol en la pantalla de las ventanas. En una mesa baja se enfriaba el sake. La joven sirvienta que lo había traído y servido dormía también, pero en el suelo.

Kusakabe se azaró; aborrecía inmiscuirse en la intimidad de su señor. Cuantos más años cumplía, menos velaba por el pudor Nagusa, antes tan pudibundo. No se trataba de exhibicionismo, sino más bien de algo así como una negación de sí mismo. Se iba retirando progresivamente del mundo de los vivos al tiempo que seguía morando en él y sacándole ciertos placeres, de lo que era testimonio la presencia de la sirvienta dormida. No hacía en ese aspecto sino imitar a los emperadores a los que llamaban *retirados*, a quienes, nada más recibir la investidura, les faltaba tiempo para abdicar en sus hijos y recluirse en un monasterio donde, al amparo de los facciosos, los conspiradores y los ambiciosos, podían seguir usando su influencia impunemente e imprimir su huella en la época.

Kusakabe zarandéo a la sirvienta desmadejada.

—¡Vamos, levántate! Y enciende unos braseros, esta casa está helada. Si Nagusa-*sensei* cae enfermo, te consideraré responsable de ello.

Amedrentada, la sirvienta se puso en pie de un salto. Sin dejar de hacer más y más zalemas, se apresuró a cerrarse el kimono y salió andando hacia atrás.

—¡Qué jaleo! ¿Está aquí nuestra proveedora de carpas? —preguntó Nagusa al tiempo que se enderezaba y se apoyaba en un codo.

Kusakabe le apretó un hombro a Miyuki, que se acercó a la estera. En cuanto tuvo la seguridad de su presencia, el director de la Oficina de Estanques y Jardines se desinteresó de la joven y empezó a retorcerse para ponerse de pie, lo que ahora lo obligaba a unos esfuerzos dolorosos.

—Y bien, Atsuhito —preguntó—, ¿has compuesto el incienso de las neblinas?

—Aquí está, *sensei* —confirmó el asistente mostrando dos bolsitas de seda—. Aún sigue húmedo, pero le dará tiempo a secarse de aquí a que se inauguren las justas. Dará dos emanaciones sucesivas. La primera, tibia, afrutada, azucarada, pero con una base de sequedad, casi de polvo, evocará la leve nube de la que surge la doncella: más que en una neblina, hará pensar en la evaporación de la tierra bajo el sol, una tierra cargada de flores grandes y embriagadoras; me las imagino rojas.

—¿Quieres decir entonces flores de la China? —interrumpió Nagusa torciendo el gesto; igual que la mayoría de los moradores de Heian-kyō, había dejado de creer que todo cuanto fuera chino era superior a los productos de la ciudad imperial.

—De allende la China, *sensei*.

—Vamos, vamos, ¿qué hay allende la China?

—No conozco el nombre de los países lejanos y quizá incontables, pero es seguro que existe algo al otro lado del mar.

—Hay quienes lo dicen, efectivamente, pero nunca han ido. ¿Crees que nuestra imaginaria doncella viene de allí?

Kusakabe indicó con un ademán que no lo sabía; eso le correspondía al emperador, pues era él, Nijō Tennō, quien había creado la imagen de aquella joven entre dos nubes.

Nagusa descargó el antebrazo en el que se apoyaba, que estaba empezando a entumecerse.

—¿Has mencionado dos emanaciones?

—La segunda será tan húmeda, fresca y pluvial como habrá sido solar la primera. He machado ralladuras, polvo y resinas, sobre todo de gálibano, lo que más evoca las hojas de yedra maltratadas y los sotobosques tras la lluvia.

—¿Y para el puente?

Kusakabe sacó pecho: había dedicado la noche a la alegoría odorífera del puente que había soñado su emperador.

—Puente de madera, sin clavos, con cuerdas, lo que le presta cierta elasticidad; apuesto a que se hunde y luego se abomba como un trampolín cuando alguien lo cruza corriendo. Lo he descrito con olores de abeto resinoso, de madera quemada, de cañamo, y también de bostas, porque sospecho que por ese puente han pasado con las banderas desplegadas al viento muchas y poderosas caballerías.

Nagusa dio el visto bueno a las ilusiones de su asistente: el emperador reconocería en ellas las suyas propias.

En cuanto a él, como estaba acordado, se había centrado en la doncella. Tenía que ser juvenil, una personilla lozana, aunque poquita cosa; una desharrapada encantadora y piojosa a la vez; una criada sucia pero apetecible, e incluso lo bastante guapa para impresionar la imaginación de Nijō —emperadores o no, los muchachos de quince años pocas veces tienen mal gusto en cuestión de caras bonitas—, si bien embadurnada con a saber qué mugre que, del pelo a los dedos de los pies, despedía un suave hedor.

Ningún incienso, pensó al principio, podría traducir nunca una huella odorífera semejante, que tenía que ser a la vez transitoria y viva. Las cintas de humo gris azulado que se elevaban en espiral de los pebeteros hacían compañía en la vida, la embellecían, la volvían más fácil de respirar —tanto en el sentido propio como en el figurado—, pero no eran la vida.

Fue entonces cuando se acordó del aroma untuoso, dulzón, con notas dominantes de caolín y de miel que le había dado tiempo a captar cuando una partícula de la saliva de Miyuki se le había posado en el labio.

—*Onna* —dijo volviéndose hacia la joven—, el acuerdo entre tu pueblo y la Oficina de Estanques y Jardines exige que se retribuya a tu comunidad para

compensarla de los gastos de tu viaje tanto de ida como de vuelta, y por la captura, el traslado y la entrega de veinte carpas destinadas a los estanques sagrados de la ciudad imperial...

—... retribución —completó en el acto Kusakabe— que se eleva a cien rollos de tafetán de seda. Pero como solo has podido soltar ocho peces, de los cuales seis no nos parece que satisfagan realmente las exigencias de calidad a las que nos tenía acostumbrados tu pueblo...

—Mi pueblo no —lo interrumpió Miyuki—, mi marido. Era él, Katsuro, y solo él, quien pescaba, escogía y entregaba los peces destinados a vuestros templos.

—Fuere como fuere, solo has cumplido en parte el trato. En consecuencia, mi señor, su excelencia Nagusa Watanabe, ha considerado que sería justo que la Oficina de Estanques y Jardines no te retribuyera sino de forma proporcional a lo que nos has entregado. Es decir, un pagaré por veinte rollos de tafetán de seda, y no cien como estaba previsto. Veinte rollos sigue estando muy bien para el servicio prestado.

Kusakabe calló. Mantuvo la mirada en Miyuki, listo para domeñarla si reaccionaba de forma inadecuada.

También Nagusa estaba observando a Miyuki, pero por otro motivo: intuía que no iba a protestar, aunque pensaba que lloraría; era tan joven aún, pese a haber llegado a la edad en que su muerte no habría escandalizado a nadie, tan manifiestamente cansada, exhausta, y tan incomunicada con los suyos, con su comarca.

Seguramente sería la última vez en su larga vida en que iba a ver —¿en que iba a *hacer*?— llorar a una mujer, pero no era sin embargo para deleitarse con su desvalimiento por lo que la miraba con tanta insistencia; en realidad, la habitación estaba tan fría que se preguntaba si, en el caso de que fluyesen, las lágrimas de Amakusa Miyuki no se le solidificarían en las mejillas.

En opinión de Mutoke Takeyoshi, el director adjunto de Ritos, un espectáculo tal resultaba realmente inolvidable. Se acordaba de haberlo visto en una ocasión: estrechando contra el pecho a un monito al que había envuelto en paños como si se tratase de su propio hijo, una mujer, una tal Muroka, caminaba a lo largo de uno de los canales del Yodogawa; era una noche de invierno, hacía mucho frío, los ladrillos que bordeaban el canal estaban enfundados en hielo, un hielo tan límpido, tan transparente, que no se notaba, lo único que se veía a través de él eran los mampuestos que recubría; y la gente se descuidaba: así fue como Muroka resbaló y soltó al mono, que cayó al río y fue arrastrado, y no quedó de él más que el paño que le hacía de capucha, que había pasado de ser protección a ser sudario; tras haber intentado en vano rescatar al animalito, le entró a Muroka una desesperación terrible, y fue entonces cuando el director adjunto de Ritos aseguraba haber visto cómo el llanto de esa mujer se convertía en algo así como esquirlas de cristal según le chorreaban por la cara y se petrificaban.

Nagusa, sin embargo, tenía sus dudas de que algo así fuera posible, pues las

lágrimas están calientes cuando brotan de los ojos y le parecía poco probable que les diera tiempo a enfriarse antes de acabar de caer por las mejillas.

Al cabo de un momento, tuvo la seguridad de que Miyuki no iba a llorar y, por lo tanto, no iba a presenciar el fenómeno que había fascinado al director adjunto de Ritos.

Entonces, acercándose a la joven (aprovechó para aspirar los efluvios que subían de aquel cuerpo menudo; de esas ráfagas aromáticas iba a depender el éxito de lo que se le había ocurrido), le habló con suavidad:

—Si consientes en ayudarme en una empresa que desde mi punto de vista es de la mayor importancia, anularé la penalización de la rebaja de ochenta rollos de seda. Más aún, no se te darán solo cien rollos, como habíamos acordado si la Oficina de Estanques y Jardines quedaba completamente satisfecha de ti, sino que cobrarás el doble.

—¿Cómo? —se atragantó Kusakabe—. ¿Mi señor va a darle doscientos rollos?

—Y ¿qué tendría que hacer para eso? —inquirió Miyuki.

—Ser.

—¿Ser?

—Ser tú, sí, en un lugar donde nunca habrías creído que podrían admitirte, pero yo te llevaré. ¡Ah, no cabe duda de que te quedarás deslumbrada!

Miyuki se preguntó qué entendería Nagusa por «ser» y le volvió toda su desconfianza de mujer, de campesina y de persona pobre. ¿Ser no era acaso lo más natural del mundo, algo que compartían todas las criaturas vivas y también, hasta cierto punto, las materias inertes? Entonces, ¿desde cuándo algo así valía doscientos rollos de tafetán de seda?

—Así pues —siguió diciendo Nagusa—, *serás, serás* plenamente, *serás* absolutamente, pero *serás* sencillamente, ¿entiendes?

—No, no muy bien, excelencia...

El anciano refunfuñó un rato, cabeceando. Miyuki no pudo por menos de pensar que, cuando hacía eso, se parecía muchísimo a uno de esos osos negros que a veces se encontraban en las alturas de Shima, despertando del sueño invernal.

—En cualquier caso, ten cuidado de no dar golpes con las *geta*, quedaría muy fuera de lugar. Te habría recomendado que fueras descalza, pero con esta nieve que está cayendo sin parar temo que el suelo esté demasiado frío. Lo mejor será que te pongas unas sandalias de paja. Te darán unos andares silenciosos, casi furtivos, y no se te verán por debajo de las faldas del *jūnihitoe*.

—¿El...? Perdón, excelencia, ¿de qué?

—Del *jūnihitoe*. El atuendo de gala que llevan las mujeres admitidas en la corte: doce túnicas de seda superpuestas, la elección de cuyos colores y el arte con que se combinan indican la categoría social y el buen gusto de las damas nobles. Todo eso te lo explicará Kusakabe-san cuando vaya a buscarte para llevarte adonde yo te estaré esperando. No será mañana, sino el día después. Estaría bien que dedicases todas esas

horas de que vas a disponer a meditar sobre ese eminente día. Poco importa que tiembles, que te ardan las mejillas y que te quemen los ojos siempre y cuando no dejes de ser tú.

—¿Qué es lo que va a quemarme los ojos, excelencia?

—Los humos que se expandirán a tu alrededor y con los que te llenarás, saturarás, embriagarás los pulmones. Pero ¡cuidado, Amakusa Miyuki, solo los pulmones! No brindes el cuerpo a las dulzuras del incienso. Sí, sí, no me mires con esos ojazos estupefactos. Pues has de saber que eso es lo que hacen las damas de la corte para ir dejando al pasar una estela de olor agradable; encienden el pebetero y le ponen encima un cesto de bambú sobre el que extienden la ropa, que se impregna así de aromas exquisitos. Y eso no es todo, esas damas duermen derramando la larga melena por encima de jaulas de porcelana blanca donde chisporrotea el incienso cautivo; por no olvidar a las mujeres más atrevidas y más descaradas, y las más ladinas también, que para embalsamar los muslos, el vello y el sexo se colocan con las piernas separadas y la vulva abierta encima del pebetero. Pero tú, ah, tú no, no cedas a la voluptuosidad de los humos, no pintes, no disfraces, no camufles el olor que te surge de la carne, incluso aunque temas (y a lo mejor tienes razón, incluso tienes seguramente razón) que pueda ser repelente para algunos olfatos...

Miyuki no salía de su asombro: ¿por qué el director de la Oficina de Estanques y Jardines no quería que oliera bien? Resultaba tanto más desconcertante cuanto que el propio Nagusa, en varias ocasiones, se había apartado de ella reprochándole el mal olor que desprendía. En lo cual, por lo demás, estaba de acuerdo Miyuki. Había agarrado cabezas cortadas, había chapoteado en la sanies, se había revolcado en el barro, sabía que resultaba infecta, que tenía la piel cargada de suciedad y la mayor parte de los pliegues y recovecos del cuerpo llenos de podredumbre. Cuchicheó con la mirada gacha y la frente tozuda:

—Apesto, ¿verdad, excelencia?

—Sí —convino él—. No hay cuarenta mil formas de decirlo, mi pobre muchacha. Por primera vez la envolvió en una mirada rebotante de ternura.

—Pero el olor atractivo o fétido que suelta no refleja nunca la realidad de un ser —siguió diciendo—; solo da testimonio de la forma en que ese ser se nos manifiesta.

—En el presente caso, una manifestación cuando menos desagradable —comentó Kusakabe.

—¿Por qué dices eso? Observa a esta mujer.

Kusakabe guiñó los ojos igual que cuando los guiñaba para observar cómo recobraba el equilibrio un insecto al pasar del revés al anverso de una hoja de loto.

—Ya la estoy mirando, *sensei*. A ver, ¿qué se supone que debo deducir de esta contemplación?

—¿No ves que es hermosa?

Kusakabe cambió el peso del cuerpo de un pie a otro; cuando guardaba el

equilibrio con el pie derecho, sentía la tentación de tomar a su señor al pie de la letra; pero cuando se apoyaba en el pie izquierdo, entonces le parecía que el *sensei* se estaba riendo de él.

—¿Hermosa? ¿Así que Amakusa Miyuki es hermosa? —dijo como un eco.

Incluso dicha con tono dubitativo, la repetición de aquella excentricidad hizo reír a la joven a la que se refería, tanto que se le olvidó ponerse la mano en abanico delante de la boca, infligiendo al director y a su asistente el desconsolador espectáculo de sus dientes espantosamente blancos.

—Sin un asomo de duda —ratificó el anciano—. Y si Amakusa Miyuki es hermosa, entonces hermosos, es decir, buenos, son también los aromas que le pertenecen, igual que la monda pertenece a la fruta, esa delgada película que quitamos porque nos parece sucia, sucia por haber caído al pie del árbol, porque la hayan azotado las lluvias, porque le haya hincado el diente la luz de la luna, porque se haya podrido en la humedad de las chalanas, porque se haya picado en el fondo de los cestos, porque la hayan palpado, olido, sopesado, porque haya soportado la presión de los dedos de los aficionados a los caquis de los mercados del Este y del Oeste. ¿Sabes, Atsuhito, a qué huele Amakusa Miyuki? ¡Piensa! Te basta, esfuerzo mínimo, con cambiar oler bien por oler a verdadero. ¿Lo has entendido ya? ¿Has comprendido por fin por qué la Oficina de Estanques y Jardines va a darle (ya sé que te parece una tontería, pero todavía soy el director, ¿verdad?) doscientos rollos de tafetán de seda, e incluso trescientos y más si se le ponen a tiro a esta vieja mano mía? La respuesta, Atsuhito, es que Amakusa Miyuki huele a vida, que le sale la vida por todos los orificios del cuerpo (nueve orificios si hemos de fiarnos del santo monje Nagarjuna, famoso por haber vivido seiscientos años y por haber contado las aberturas del cuerpo de la mujer; y en seiscientos años le dio tiempo no solo a contar, sino también a comprobar los cálculos), y que segrega esa vida, que la rezuma y la hace brotar de todos los poros de la piel. En vista de lo cual, Atsuhito, podría ser, y explícalo como quieras, que Amakusa Miyuki, llegada del muy lejano, del muy desconocido (al menos para mí) pueblo de Shima, sea precisamente la doncella de entre dos nubes que ha soñado Su Majestad.

Y entonces Kusakabe miró a la joven con otros ojos.

Pese a los treinta metros de largo por veinticinco de ancho que lo convertían en uno de los mayores de Palacio, el salón del Trono, el *shishinden*, que solo abrían para las ceremonias muy solemnes, como una coronación o unas honras fúnebres, no habría podido de ninguna manera dar cabida a todos los moradores de la ciudad imperial.

En consecuencia, y a riesgo de desagradar al gentío, el emperador había decidido que el *takimono awase* se celebrara en el salón de ceremonias, de dimensiones más modestas, del Pabellón de la Pureza y el Frescor, que se hallaba contiguo a la estancia donde dormía y al tiempo incluía el oratorio donde practicaba sus devociones.

Elegir ese salón tenía dos ventajas: el emperador Nijō, que aún no se había librado de su timidez juvenil, se sentiría allí muy a gusto, y las dimensiones relativamente pequeñas del local permitirían encerrar los perfumes y concentrarlos para valorarlos más tiempo en lugar de que se disipasen en un salón abierto por todos lados como el *shishinden*.

Por ello, al primer *takimono awase* del reinado del emperador Nijō solo iba a asistir un público restringido; pero el entusiasmo por los certámenes de perfumes, que ya despertaban tantas pasiones como los enfrentamientos de arqueros o los torneos de poesía, era tal que los más exaltados de entre los alrededor de ciento treinta mil habitantes de Heian-kyō contrataban mensajeros que, tras haber expuesto los kimonos a los humos de los inciensos concursantes, se apresuraban a apostarse en las puertas principales de Palacio, donde, al tiempo que informaban a sus contratantes de la evolución del encuentro, meneaban las mangas ante las narices de los que apostaban, de modo que estos podían hacerse una idea del elevado nivel de los duelos y apostar por la victoria de esta o de aquella mezcla.

Las justas comenzaron mediada la hora del Cordero. Debían concluir cuando la luz del día declinase tanto que fuera necesario encender faroles, con cuyas emanaciones existiría entonces el peligro de que se alterase la pureza de las fumaradas que se alzaban de los pebeteros.

Los competidores —entre quienes figuraba la princesa Yoshiko, de quien se decía que no iba a tardar en verse elevada al rango y título de emperatriz— estaban sentados en taburetes bajos que formaban un semicírculo en torno a un pebetero de bronce del tamaño de un hombre, cuya decoración en relieve representaba escenas de la leyenda de Watanabe no Tsuna matando a un demonio en la puerta Rashōmon.

De cara al sur, un pedestal de ciprés hinoki soportaba el trono, un sencillo sillón de laca negra que coronaba un dosel con tres puntos de fijación, también lacado en negro y enmarcado con un friso bermellón incrustado de espejos y pedrería.

Sellados aún, los cofrecillos de los perfumes (el del emperador, de laca de oro y enriquecido con exquisitos cincelados de nácar, había costado varios miles de rollos de seda) descansaban en mesas bajas pegadas a los asientos de los concursantes.

Tras entrar violentamente por las aberturas de las ventanas, pellas de nieve se aplastaban contra los biombos, las puertas correderas y las pantallas que habían ilustrado los dos pintores de la Oficina de Pintura y Decoración Interior. Este servicio lo habían constituido durante mucho tiempo alrededor de diez artistas, pero le habían recortado drásticamente los subsidios en provecho de la Oficina de Asuntos Militares.

Ateniéndose a las instrucciones de Nagusa, Kusakabe había colocado a Miyuki cerca de una de las ventanas. Pero, pese a las ráfagas de aire frío, la joven se estaba asfixiando bajo los veinte kilos, como poco, del *jūnihitoe* que llevaba, cuya gama de colores, llamada Rayo de Arce Rojo, había escogido personalmente el director de la Oficina de Estanques y Jardines de entre las demás y cuya primera prenda, de seda blanca, hacía las veces de ropa interior sobre la que se superponían otras once túnicas que, del más oscuro al más claro, desgranaban casi todos los matices del rojo que se dan en la naturaleza, desde el carmesí de los arces en otoño hasta el rosa suave de las flores de ciruelo, pasando por la púrpura parda de algunas frondas y el violeta de las flores de lespedeza con que se deleitan los ciervos.

Al principio, Miyuki se había quedado como extasiada ante aquella paleta de tonos tan hermosos de contemplar y aquellas sedas tan delicadas de acariciar, y que apenas se atrevía a rozar por temor a tener la piel demasiado áspera para esas telas increíblemente suaves.

—*Onna* —le dijo Kusakabe—, en teoría se precisan dos mujeres para ayudar a una dama noble a ponerse el *jūnihitoe*. Pero aquí solo estamos tú y yo, así que voy a hacerte de auxiliar.

Y le presentó el primer kimono, la túnica blanca.

—Vamos, fuera esos trapos viejos y a ponerte esto.

—Pero ¿por qué, Kusakabe-san, por qué? ¿Quién soy yo para merecer llevar un atuendo así?

—Quién seas, *onna*, no tiene ninguna importancia. E incluso permíteme decirte que cuanto menos se sepa de ti mejor cumplirás con el cometido que te ha encomendado Nagusa-sensei...

Quiso preguntar una vez más en qué consistía esa misión, pero la túnica, al resbalar por encima de ella, le tapó la boca. No por ello dejó de zumbar su voz bajo la seda blanca, pero era un murmullo inaudible.

El asistente de Nagusa le estaba ya presentando el kimono siguiente.

—... y a título de retribución podrás llevarte todo lo que te pongas esta noche y con lo que puedas cargar camino de Shima.

A falta de espejo en el *kyōzō*, Miyuki solo disponía de la mirada brillante de

Kusakabe para hacerse una idea de la persona nueva en que la estaba convirtiendo vestir un *jūnihitoe*.

Un peinado que consistía en algo así como una trenza larga que le salía de la parte baja de la nuca y le llegaba hasta los talones, y que equilibraba un moño echado hacia la frente; una cara empolvada de blanco en la que se abría, estrecha, la boca de dientes (¡por fin!) esmaltados en negro; los labios untados de aceite de cártamo y un abanico de varillas de ciprés, que representaba bambúes y rocas a la orilla de un torrente impetuoso, completaban la metamorfosis.

—*Onna* —dijo Kusakabe, con una reverencia—, vas a dejar en buen lugar, en muy buen lugar, a *Nagusa-sensei*.

Miyuki no contestó. Se preguntaba si a Katsuro le habría gustado eso en lo que la habían convertido. Lo dudaba mucho. Pero aquella extraña muda que le estaban imponiendo no tenía pretensiones de durar, y menos aún de repetirse: se iría pronto de Heian-kyō, y no se veía llevándose a Shimaie las doce túnicas de que se componía su *jūnihitoe*; bastante trabajo le darían ya los rollos de seda que le había prometido Nagusa además de la retribución convenida que cobraría en pagarés y plaquitas de cobre.

Tanto pesaba el traje que Kusakabe tuvo que sostener a la joven hasta el carro que había hecho venir y que, con nieve casi hasta los cojinetes, esperaba pacientemente al pie de la pagoda del Sai-ji.

Miyuki no sabía dónde iba a llevarla el asistente de Nagusa; tampoco sabía lo que el director de la Oficina de Estanques y Jardines podía esperar de ella cuando hubiera llegado, pero había decidido portarse con una docilidad ejemplar.

Porque si no hubiera muerto, Katsuro habría tomado de las orillas del Kusagawa suficiente arcilla para modelar una flor de peonía bien abierta y la habría expuesto a los rayos de la luna (más desecativos que los del sol) hasta que los pétalos se volvieran secos y duros, y luego la habría metido en una caja, encima de una capa de helechos, y, aprovechando una de sus entregas de carpas en la ciudad imperial, se la habría regalado a Nagusa para agradecerle todas las atenciones que la Oficina de Estanques y Jardines había tenido con su mujer.

Pero Katsuro se había ido de este mundo a la Tierra Pura del buda Amitabha y nunca volvería a dar forma a peonías de arcilla roja; así que era a Miyuki a quien tenía que ocurrírsele cómo dar las gracias a *Nagusa-sensei* y a su joven asistente; por lo tanto había pensado en regalarles una completa obediencia.

La mayoría de las catorce puertas que daban acceso al Palacio Imperial contaban con un badén que impedía el paso a los carruajes. Pero el carro de Kusakabe pudo entrar sin inconvenientes por la puerta de la Voluntad del Cielo, que tenía paso franco

para los vehículos de los personajes de rango elevado.

No obstante, nada más cruzar el umbral, el carro tuvo que pararse para que lo desengancharan: los animales de tiro no podían entrar en los caminos interiores de Palacio por temor a que la mirada del emperador cayera sobre sus excrementos, lo que le habría acarreado el tener que pasar aislado varios días; ahora bien, con la inminencia del *takimono awase*, Nijō Tennō tenía mejores cosas que hacer que quedarse enclaustrado en sus aposentos.

Cuando se hubieron llevado a los bueyes, unos sirvientes agarraron los varales y se uncieron al pesado vehículo para tirar de él a fuerza de brazos hasta el Pabellón de la Pureza y el Frescor.

La sencillez monacal del edificio contrastaba con el despliegue de una impresionante guardia de honor cuyos *nobori*, esos largos y estrechos estandartes verticales sujetos a un mástil, restallaban al viento.

Al ver la majestuosidad de aquella milicia, los ojos ariscos de los soldados que la miraban a través de las aberturas de las protecciones faciales y los festones de hielo que, nada más formarse, se derretían en las corazas demostrando que aquellos caparazones con apariencia de demonios alojaban unos cuerpos ardorosos, Miyuki entendió por fin por qué Kusakabe la había engalanado así: la llevaba a presencia del emperador.

Le entró miedo y las lágrimas le humedecieron los ojos.

—No llores, *onna*, que no tengo ningún paño para secarte la cara; y tampoco puedo apretarte los dedos en las mejillas para aplastar el llanto; correría el riesgo de estropearte el maquillaje y tienes que estar perfecta para comparecer ante Su Majestad.

Pero ella no era perfecta, de ninguna manera, y siempre lo había sabido pese a los cumplidos que le prodigaba Katsuro. No se dejaba engañar; no se había casado con ella por sus prendas personales, sino porque había soñado con nasas lo suficientemente flexibles y lo suficientemente lisas para capturar carpas sin hacerles daño y se había fijado en las manos de Miyuki, en esos dedos que con tanta agilidad trenzaban y anudaban los mimbres. Luego, aquellos dedos tan finos y tan hábiles habían resultado además dedos de un arte consumado para el amor y propicios a los toques, unos dedos suculentos; nada le gustaba tanto a Katsuro como sorprender a Miyuki acariciándose a sí misma; en esas ocasiones se le echaba encima como el oso sobre el panal de miel y lamía, chupaba y tragaba ese cebo, esos dedos que había humedecido el goce, tan afilados que podía hacer con todos ellos un manojito de color de rosa y fingir que se los comía hasta la muñeca.

Y era tanto menos perfecta cuanto que la rodeaba esa emanación de la que ella no era consciente, o había dejado de serlo, pero que había repugnado al director de la Oficina de Estanques y Jardines cuando, tomándola por una *yūjo*, la había abrazado a

bordo del barco de los placeres, en el Yodogawa, y cuando, muy recientemente, había vuelto a olerla y encontrado en esta ocasión palabras para describirla, comparando su olor con el del arroz pasado, el de un atuendo de seda olvidado bajo la lluvia, el del cadáver de un ave.

Y aunque le faltaba mucho para la perfección (además de lo que se acaba de destacar, hay que añadir que el viaje a Heian-kyō le había agrietado los pies, que la palanca le había deformado las manos y marcado dos surcos violáceos en los hombros, que un sudor teñido de sangre le brotaba a veces de la piel que la intemperie le había desollado, que tenía los labios cuarteados), a Nagusa-sensei y Kusakabe-san se les había ocurrido la idea humillante a más no poder de obligarla a comparecer ante aquel que, en el polo opuesto de ella, todo un pueblo consideraba el ser perfecto por excelencia.

Con una leve presión, Kusakabe la empujó hacia delante al tiempo que se apartaban las puertas corredizas del Pabellón de la Pureza y el Frescor.

El salón de Arriba, donde solo se admitía a los privilegiados, nobles o invitados personales del emperador, estaba atestado de mujeres que, tan agobiadas como Miyuki por la superposición de túnicas tan suntuosas como asfixiantes, se habían sentado en el suelo dando la impresión de ser una colonia de enormes mariposas multicolores.

Detrás del trono, unos músicos subidos a una tarima tocaban una melodía gangosa y lenta cuya cadencia marcaban los percussionistas que se turnaban para golpear con el mazo un gran tambor adornado con dragones.

Los sollozos de Miyuki aumentaron. Los ahogó mordiéndose las mangas del *jūnihitoe* y llenándose la boca con ellas como si fueran una mordaza.

Al arrastrarla la fuerza de la inercia de sus doce túnicas, seguía andando entre las mariposas caídas cuando Kusakabe la sujetó por uno de los faldones de la cola y la arrió a un tabique, a igual distancia de un brasero y de una ventana abierta que, de forma intermitente, dejaba pasar ráfagas de nieve.

—*Onna* —le susurró—, quédate aquí sin llamar la atención. Ya te diré cuándo ha llegado el momento de mezclarte con las demás.

Para dar público testimonio del interés que le inspiraba la princesa Yoshiko, el emperador le rogó que tuviera a bien ser la primera en mostrar su versión aromática de la alegoría de la doncella en el puente de madera, una muestra de favor de las más estimables pues el incienso de la joven se iba a consumir así en un ambiente virgen aún de cualquier otro efluvio.

El cofrecillo que había preparado Yoshiko contenía unos tarritos de una porcelana tan fina que era casi traslúcida. Iban llenos de aloe, de clavo, de valeriana, de boswelvia de la península arábiga, de canela y de agastache, cuya fragancia levemente mentolada se suponía que subrayaba el encanto juvenil de la princesa.

Por desgracia para esta, su composición olía bien —aunque los perfumes expresados no tuvieran mucha originalidad— pero los tres jueces que arbitraban consideraron que se precisaba demasiada imaginación para leer en las principescas fumaradas la visión de una doncella, sus nieblas y el puente luna.

Debido a las particulares atenciones con que la honraba el emperador, Yoshiko se hizo no obstante con un éxito que no merecía.

Le correspondió luego al soberano el turno de someter su propia composición a la apreciación de la asamblea. Por más que fuera el autor del argumento propuesto para el certamen, Nijō Tennō reconoció que no había conseguido sino parcialmente traducir todas las dimensiones de su propia anécdota.

Estaba casi satisfecho de los efluvios asociados a las dos neblinas (había armonizado una de ellas a partir de humo de flores de ciruelo, que gozaba de la reputación de parecerse a las brumas del Más Allá) y tenía gran confianza en cierto aroma a madera que debía evocar el puente luna, aroma que había «enfriado» hábilmente con notas de algas, para sugerir a la vez el frío de la luna y la idea del agua corriendo bajo el puente.

Pero había fracasado al representar la silueta veloz de la joven cuyas *geta* retumbaban en el tablero del puente como en un tambor gigantesco. Así que en última instancia había renunciado a describirla, contentándose con sumergirla en un incienso que, incitando al sueño, causaba algo parecido a un entumecimiento que favorecía la asunción de ensoñaciones despiertas en las que el soñador a medias, con su percepción onírica reforzada por el recitado de un poema oportuno, quizá consiguiera visualizar a la doncella en el puente; y entonces el emperador, cuya voz no había aún acabado del todo de mudar, recitó rítmicamente a través de las volutas de incienso.

*Del Katashinagawa
por el puente grande
encima y vistiendo
túnica estampada
de rojo carmín
e índigo del monte
allá va solita
la niña hermosa.
¿Tendrá un esposo
o dormirá sola?
¡Quién le preguntara...!*^[64]

Fuere como fuere, Miyuki cedió al embrujo. Ya desde las primeras emanaciones, sucumbió a esos vapores tan complejos, que tanto aturdían, lo mismo en el sentido

propio que en el figurado, y mucho más succulentos (algunas volutas de humo parecían tan consistentes que le daba la impresión de que iba a poder morderlas y darles vueltas en la boca) que esos vahos, que olían a medicina, estancados bajo los techos de los templos; y notaba como una ráfaga de calor cada vez que ponía la mirada en el joven emperador, pues Nijō Tennō, y sobre todo su rostro, estaba aún en esa fase enternecedora en la que se confunden el hombre y el niño, como les sucede a las flores de cerezo que, en el mismo momento en que se desprenden del árbol, dan la impresión de salir volando invenciblemente entre la luz, aunque ya están cayendo hacia el suelo donde, al instante, se hallarán amarillentas, ajadas, pisoteadas.

Pero cuanto más admiraba la hermosura casi perfecta del emperador, más le dolía a Miyuki la desaparición de Katsuro, que era, sin embargo, un hombre poco atractivo por no decir incluso, en cierto modo, un hombre feo. Pasar tanto tiempo en el lecho del río lo obligaba a abrir mucho las piernas para ofrecer resistencia a la corriente, y se le habían quedado los miembros retorcidos y combados como a los jinetes. Por el doble efecto de la reverberación del sol cuando hacía bueno y el mordisco del agua helada en invierno, se le había acecinado el cuerpo poco a poco, nuevas arrugas le habían surcado el rostro, había sentido dolores en la parte baja de la espalda y en un hombro, cojeaba al andar, algo encorvado, y levantaba las rodillas menos; pero los ojos negros seguían espabilados, movedizos, inquietos, como los de las aves, muy diferentes de los de los guerreros, de los samuráis que tenían la mirada extrañamente fija, tanto que, como decía Katsuro, nunca se sabía al pronto, al cruzarse con uno que fuera adormilado a caballo, si estaba vivo o muerto.

—Y ¿por qué tienes los ojos inquietos? —le había preguntado Miyuki.

—Inquietos por ti, claro. Siempre con miedo de no encontrarte cuando subo del río. O de encontrarte herida, enferma, no sé... De todo cuanto puede sucederle entre la mañana y la noche a alguien a quien quieres.

Ahora Katsuro no tenía ya para ella ojos de ave, ojos en alerta; ahora las órbitas de Katsuro estaban vacías.

Tras el emperador, le tocó el turno al general pacificador de los bárbaros, el *Seiitai shōgun*, de presentar su versión de la anécdota imperial.

Sus nieblas no tuvieron gran aceptación. No cabe duda de que tenían chispa, e incluso algo picante que hizo carraspear a varias damas, pero no suficiente fondo; y se consideró que su alegoría del puente recurría a fragancias demasiado dulces para ilustrar un elemento tan tosco y viril como un puente de madera construido con vigas unidas por cuerdas de cáñamo y clavijas rudimentarias. En cuanto a la doncella de las neblinas, debía de ser de lo más evanescente, pues aunque cruzó el puente, como intentó hacer creer el *shōgun* con las aletas de la nariz palpitantes y revolviendo las pupilas para, supuestamente, acompañarla por el camino, no dejó tras ella ningún rastro de olor.

Tras haber dado salida a los humos del *shōgun* con gran lujo de abanicos, un tal Kinnobu, *tokimori no hakase*,^[65] se sentó en los talones ante el pebetero para brindar a la asamblea su traducción aromática de la fábula imperial.

Pero, aunque sus efluvios estuvieron entre los más convincentes, el comportamiento físico de su incienso resultó cuando menos desconcertante: en vez de engendrar arabescos, espirales, tirabuzones y nudos, sus volutas se alzaban con la forma, bastante falta de encanto, de una delgada serpiente grisácea que se balanceaba apoyándose en la cola, y a cuyas fauces era necesario acercarse para olerlas de cerca y poder disfrutar de los aromas.

Después de Kinnobu les llegó el turno a Tadanobu, inspector de las Provincias del Norte, y al jefe de la Cancillería Privada. Ambos hicieron intentos honrosos, pero sin más.

A decir verdad, el escollo con el que tropezaban todos los concurrentes era la encarnación aromática de la doncella. Solo el emperador le había andado cerca al asociar la emisión de incienso y el recitado de un poema, pero se trataba de un recurso que transgredía las normas del *takimono awase*. Por tratarse del emperador, a lo mejor se toleraba ese incumplimiento, si bien la cara de los árbitros, tirando a austera y enfurruñada, no permitía augurar nada por el estilo.

Pero el veredicto llegaría después. Por el momento, los tres jueces se inclinaron ante el director de la Oficina de Estanques y Jardines para indicarle que le tocaba a él, si estaba listo, presentar su interpretación.

Nagusa se desdobló con cuidado, como si poner en marcha todas y cada una de las articulaciones fuera una prueba dolorosa; tal era el caso, por lo demás. Reuniendo las funditas de seda que contenían los diferentes guijarros olorosos que iba a combinar, desató los cordoncillos a los que, en cada caso, iba atada una muestra vegetal relacionada con el perfume específico que iba a difundir el incienso que contenía la bolsita.

Luego, con unos palillos, colocó en el pebetero unos cuantos trozos de un carbón de madera sin olor que había atizado aparte en un recipiente hasta dotarlo de un tono gris ceniza.

Mientras Nagusa, con ademanes tan precisos como lentos, preparaba su actuación, Kusakabe había ido a reunirse con Miyuki junto al brasero.

—*Onna* —le susurró—, ha llegado el momento. Te ruego que te fijes bien en Nagusa-*sensei*. No lo pierdas de vista. Y cuando él cruce la mirada contigo, entonces acércate. Esto es lo que espera de ti: ve a su encuentro, ve sin prisa, colándote despacio por entre todas esas damas tiradas en el suelo que van a oler, y con cuánta avidez, los inciensos que quemará Su Excelencia. Sus atuendos las estorbarán, estarán entumecidas porque llevan mucho tiempo inmóviles, tienes que esperarte que no todas se pongan de pie para dejarte pasar. No te azores, no te detengas, no intentes apartarlas, sigue pasando sin preocuparte por nada. Los *jūnihitoe* impiden ver cómo son exactamente las cosas, pero puedes creerme: están arrodilladas, sentadas en los

talones, algunas parecen estar echadas, a lo mejor duermen, la vida de la corte es más agotadora de lo que se piensa, pero no les hagas caso, pasa por encima de una zancada, pasa volando por encima de ellas, que los faldones de tus doce túnicas, al alzarse, las rocen, las acaricien, las pulan, las laman como otros tantos pinceles de seda. Con la diferencia de que, en lugar de dejarles la marca de un toque de color, es una huella aromática lo que vas a dejar en esas damas: el olor de la doncella de entre dos neblinas.

Llegado a este punto de sus recomendaciones, miró fijamente a Miyuki con una preocupación repentina:

—¿Harás lo que acabo de decirte, *onna*?

—Claro que sí.

Ella lo miró con fijeza a su vez. No entendía aquella insistencia. ¿Qué era lo que temía? No resultaba tan difícil cruzar una sala, incluso atestada de mujeres a las que impedía moverse la riqueza excesiva de sus atuendos.

Como no era nadie, como no conocía a nadie, Miyuki se escurriría por entre aquella reunión sin que nadie se fijase en ella, y el grupo de las damas desmadejadas volvería a cerrarse tras pasar Miyuki como el río después de rasgarlo el barco.

Y se apartó del tabique al que estaba adosada.

No bien hubo dado Miyuki unos cuantos pasos, Kusakabe notó que las alas de seda de su *jūnihitoe* parecían más fluidas, más aéreas, en el lado derecho del cuerpo, que había estado expuesto a la irradiación del brasero, mientras que colgaban mucho más tiesas a la izquierda, donde las doce capas de tela habían soportado el viento frío que entraba por la ventana abierta.

En consecuencia, pensó, los olores sutiles que brotaban de la joven tenían que notarse más en la parte del cuerpo donde el aire, que había vuelto volátil el calor del brasero, circulaba con mayor libertad entre las capas de seda de la ropa.

Como el trono en el que estaba el emperador se hallaba a la izquierda de Miyuki, y por lo tanto en el costado frío, Kusakabe sin vacilar hizo fuerza en los hombros de la joven para rectificar la trayectoria. Esta, obedeciendo a ese requerimiento, siguió resbalando a pasitos hacia los humos azules que se alzaban del pebetero en cuyas brasas Nagusa estaba disponiendo con parsimonia los trocitos de incienso que había mezclado previamente triturándolo con las manos.

Esforzándose en no hacer ruido con las *geta*, Miyuki avanzaba tan discretamente que cuando las damas nobles caían en la cuenta de su presencia ya la tenían encima, lo que hay que entender en el sentido propio de la frase, pues, para dejarlas atrás sin desviarse de su recorrido, tenía que taparlas con sus sedas, dejando que las doce capas las recorrieran y se ciñeran, resbalando de forma lenta y minuciosa, a todos los perfiles, a todas las curvas, a todos los meandros de sus cuerpos y sus rostros.

Tras haber probado la caricia indolente y olorosa de las túnicas del *jūnihitoe*, las

damas mariposa no daban abasto comentando los perfumes desconcertantes que acababan de inhalar. Ni se les ocurría que pudieran proceder de Miyuki; embebidas en el relato que de su sueño había hecho Nijō Tennō, acostumbradas a no poner nunca en duda lo que procediera de la persona del emperador, creían que habían olido, merced a los inciensos del director de la Oficina de Estanques y Jardines, la estela de la doncella imaginaria que apretaba el paso de una neblina a otra.

En cuanto a la realidad física, que habrían podido considerar humillante, de que les barrieran la cara las túnicas de Miyuki, la culpa era, en caso de haberla, de la cantidad excesiva de invitaciones que se habían enviado sin tener en cuenta el espacio limitado de que disponía el salón de Arriba del Pabellón de la Pureza y el Frescor.

En último término, se guardaban muy mucho de criticar a Miyuki, pues era hartos posible que aquella recién llegada a Heian-kyō, con quien nadie se había cruzado aún ni en el Jardín de Té, ni en la Sala de las Danzas Femeninas, ni en la Oficina de la Costura o en la Casa de la Divinidad del Fogón, fuera alguna de esas personillas modestas y flexibles que los embajadores coreanos o chinos regalaban al emperador del Japón cuando este se hartaba de recibir peces luchadores, cormoranes pescadores o mirlos capaces de imitar la voz humana; y, desde luego, habría sido indecoroso no tener consideraciones con un regalo destinado a Nijō Tennō.

—En el viento de la doncella de quien nos ha hablado Su Majestad, ¡cuántos olores inesperados! —manifestó una de las mariposas a las que Miyuki había rozado al pasar—. Su fantasma ha pasado tan deprisa que tal vez me equivoque, pero he creído notar aromas de sotobosque, de sendero forestal, de musgo tras el chaparrón.

—Y de bostas mojadas, cuyas emanaciones tienen tendencia a escocer en los ojos —confirmó otra mariposa, de tonos predominantemente naranja.

—¿No son más bien las bostas secas cuando el viento las levanta las que hacen escocer los ojos? —concretó una mariposa de edad avanzada, cuyas capas de seda conjugaban todos los matices del azul.

—De lo que no cabe duda es de que el espectro de la doncella huele a anguila mojada más que a cordero. Eso me mueve a pensar que la neblina de la que surge antes de cruzar el puente luna no es china, sino coreana. Porque ya he notado que lo chino suelta con frecuencia un olor a churre; viene de los carneros, el país está repleto de ellos, allí no se puede dar un paso sin toparse con un carnero.

—Pues a mí —cuchicheó una mariposa con reflejos verde esmeralda y turquesa —, ese olor suyo estomagante y nauseabundo (sí, me ha parecido notar un tufo de vómito, y ese es un hedor que detecto con facilidad porque me resulta insoportable) me ha recordado al cieno, pero al cieno sumergido, el que yace en lo más hondo del agua. Y en vista de eso me pregunto si Su Majestad, creyendo soñar con una doncella, no habrá soñado en realidad con un *kappa*.

—¡Su Majestad no habría podido nunca tener en la imaginación un ser tan horrendo como esos monstruos de los ríos!

—Las criaturas a veces se les escapan a los creadores —dijo una dama mariposa

amarillo limón—. Ahora que la he olisqueado, reconozco que no estoy segura de que la doncella tenga esa exquisitez y esa pureza con que la adorna el sueño del emperador. Porque me ha parecido reconocer... en fin... me ha dado la impresión de... un remoto... un remoto olor a orina, ¿no?

—En cualquier caso son los primeros humos de incienso que se aproximan tanto a la realidad de la vida.

—Y de la muerte, como esa pestilencia que se trae al volver de Toribeno.

Ese recuerdo del antiguo emplazamiento funerario, en el flanco de una colina, donde los perros acababan por comerse los cadáveres tirados y abandonados puso punto final a las charlas, y ya solo se oyeron las *geta* de Miyuki que sonaban en el suelo de madera y el chisporroteo leve del incienso.

Indiferente a las apreciaciones cuya fuente era ella, pero que Miyuki creía también que correspondían al fantasma del sueño imperial, la joven seguía su avance por la sala, salvando de una zancada a las damas arrodilladas mientras decía, en un zumbido, *shitsurei shimasu, shitsurei shimasu*, esa disculpa que le había enseñado Kusakabe para el caso de que se dispusiera a pecar de falta de educación.

Sin dejar de desmigajar el incienso, Nagusa no le quitaba la vista de encima.

Cuando vio que se acercaba al pedestal sobre el que estaba el trono, le hizo una seña para que ni se le ocurriera desviarse y que rozase al emperador de tan cerca como lo permitiera la decencia.

Pero en el momento en que iba a meterse bajo el dosel hacia el que acudían, planeando, los humos del pebetero que orientaban hacia allí los aleteos de un *uchiwa* —un abanico grande y rígido que meneaba vigorosamente el director de la Oficina de Estanques y Jardines—, un chambelán adelantó el pie y lo metió bajo el *jūnihitoe*, poniendo una zancadilla a Miyuki y haciendo que se cayera, con un golpe seco, a los pies del emperador.

Sorprendida y avergonzada, quiso ponerse de pie en el acto, pero con el peso y el estorbo de las túnicas, tuvo que quedarse perneando, caída de espaldas, igual que una tortuga a la que hubieran dado la vuelta unos pillastres.

Al darse cuenta de que no conseguiría enderezarse, Nagusa se apresuró a trocear una última mezcla de incienso encima de las brasas.

—Ya ha cruzado el puente —anunció—, aquí llega la otra neblina donde se apresura a meterse la doncella...

El nuevo humo que acababa de crear era tan fresco que, al olerlo, daba la ilusión de caminar bajo una llovizna o en las proximidades de una cascada.

—Sí, sí —exclamó entonces el primero de los tres jueces, rebullendo en el banco—. ¡Es precisamente eso, está conseguidísimo! ¡Olor humano, olor humano!

—En la estela de una doncella invisible e inasible, el viento de otoño se enrosca, fresco y perfumado; huele a caqui demasiado maduro, a nashi con miel y a otra cosa

indefinible, ¡nunca olvidaré ese viento! —remachó el segundo juez asintiendo frenéticamente con la cabeza al tiempo que solicitaba con la mirada la aprobación de sus dos acólitos—. ¡Gana el director Nagusa! ¡Ah, ya lo creo que gana!

—En este *takimono awase*, el primero de la era Hōgen, proclamamos a Nagusa Watanabe vencedor —declaró el tercer juez con tono solemne.

Tan sobrecogido estaba el director de la Oficina de Estanques y Jardines que todo el mundo pudo ver que las mangas con que se velaba la cara para ocultar la emoción estaban empapadas de lágrimas.

Hizo una reverencia hasta rozar con la frente la punta de las zapatillas del emperador.

—¡Renuncio a esta victoria! ¡Renuncio rotundamente! Que tengan a bien los jueces reconsiderar su primera impresión y conceder el triunfo al único a quien le corresponde: Nijō Tennō.

—No —dijo el emperador—, tuyo es el triunfo, director Nagusa. Pues has de saber que yo, entre las palmas de la victoria y la emoción de haber podido, gracias a ti, creer por un momento en la realidad de la doncella de mi sueño, escojo la emoción.

Le hizo una seña a su chambelán, el mismo que había hecho caer a Miyuki, para que moviera el abanico de forma tal que las últimas fumaradas fueran hacia el trono. A lo que Nagusa respondió con unos cuantos movimientos de su *uchiwa*, discretos pero lo bastante enérgicos como para prevalecer sobre el tímido soplo que había nacido del frágil abanico del chambelán y envolver a Miyuki en aquella neblina tan deliciosamente perfumada.

Al advertir que ahora Nagusa quería apartarla de los ojos —y seguramente de las preguntas— del emperador, la joven se encogió y se hizo un ovillo en el suelo, como si una inmovilidad y un silencio perfectos la escamoteasen.

—¿Cómo lo consigues, director Nagusa? —balbució el emperador—. ¡Son tan seductoras tus neblinas! Sobre todo la segunda, este último vapor en el que acaba de desaparecer la doncella, porque, y lo sé por haberlo intentado, va en contra de toda lógica sugerir la llovizna, la humedad y la niebla con el único recurso seco y abrasador de los carbones encendidos. También tu evocación del puente luna estaba muy conseguida. ¿Acaso no hemos oído cómo retumbaba ese puente bajo el golpeteo de las *geta* de la doncella, siendo así que esta no es sino un sueño? ¿Acaso no hemos oído los miasmas del agua podrida y de las plantas marchitas estancadas bajo la bóveda del tablero? Pero lo más asombroso, director Nagusa, sigue siendo el paso de la doncella. Estaba a punto de decir: su paso entre nosotros. Pues, en verdad, momento ha habido en que creí que estaba aquí, tan cerca de mí que podía seguirla con la vista, y quizá tocarla. Dime, ¿qué inciensos has asociado y encendido para realizar este milagro? Me cuesta creer que los hayas encontrado en el batiburrillo de la Segunda Avenida. ¿Te has aprovisionado en la Cancillería Privada donde se guarda el incienso especial reservado para las celebraciones budistas?

—Debo en verdad reconocer que uno de los elementos aromáticos que he usado,

el más complejo, no procede ni de la Segunda Avenida ni de la Cancillería Privada.

—¿Lo encargaste a una tierra extranjera? —dijo el emperador, frunciendo el ceño —. Sabes, sin embargo, que ya ni enviamos embajadas ni las recibimos; el Japón se basta a sí mismo.

—El elemento al que me refiero viene del imperio en el que reina Su Majestad. Pero de una provincia un tanto remota de ese imperio; o más bien un tanto olvidada. Personalmente nunca he ido, pero envié emisarios. Allí es donde se encuentra ese componente del aroma del que Su Majestad ha tenido a bien decir que encajaba bastante con la jovencita de su sueño. También proceden de allí (aunque se trate de un detalle) las carpas que pueblan nuestros estanques sagrados.

—Debe de ser una región hermosa —dijo pensativamente el emperador.

—Es el pueblo de Shima, a orillas del río Kusagawa. Y aquí está su representante —dijo el director de la Oficina de Estanques y Jardines señalando a Miyuki, que emergía de una nube de incienso con la cara hundida en los pliegues de su *jūnihitoe* nimbado aún de humo.

—La divisé hace un rato entre las demás mujeres. Parecía estar buscando su sitio, un sitio con el que no daba. ¿Acaso ha sido ella la que te ha suministrado el famoso aroma?

—Sí, me lo ha proporcionado Amakusa Miyuki, Majestad. Al menos lo esencial. Confieso que la primera vez que lo olí no sabía qué iba a hacer con él, no, no tenía ni la menor idea. Es tan desconcertante. Encontramos en él el perfume de los caquis muy maduros y de los nashis con miel. En cierto modo, tiene incluso un toque repulsivo. Caqui y nashi con miel, desde luego, pero no solo. En verdad, me costaba soportar ese olor.

—Creo que aún le queda una pizca de esa sustancia en los pliegues del *jūnihitoe* —dijo la princesa Yoshiko, pellizcándose la nariz de forma cómica; en realidad, se la retorció como si lo que pretendiera fuera ablandarla antes de arrancársela.

En cuanto el emperador se retiró a sus aposentos, el salón de Arriba se vació enseguida. Unos sirvientes acudieron para apagar las antorchas y los pebeteros y barrieron y buscaron afanosamente las cenizas calientes y la carbonilla, que eran una amenaza de incendio permanente.

Nagusa, Kusakabe y Miyuki fueron los últimos en salir del Pabellón de la Pureza y el Frescor. Había dejado de nevar, pero una gruesa alfombra blanca cubría los edificios y los paseos. El Palacio, al que las vueltas y revueltas de los muros de adobe del recinto solían dar una apariencia de galleta, parecía aquella noche envuelto en una nata espesa. En algún lugar, tras el dédalo de las paredes, gritaba una mujer con los dolores del parto, y se veía correr hacia su cuarto a siluetas que agarraban, arrojándoselas, banastas de mimbre llenas de paños húmedos, muy calientes, que humeaban en la oscuridad. Aquellas matronas llevaban seguramente kimonos de

colores atractivos, pero la nieve resplandecía tanto que, por contraste, parecían hormigas negras yendo de acá para allá.

Delante del porche, unos *daijō*, funcionarios de séptima clase superior menor, tenían haciendo ejercicio a tres caballos blancos espléndidamente enjaezados, con la cola y las crines adornadas con papillotes en los que había poemas caligrafiados.

Los *daijō* de la Oficina de Caballos le explicaron a Nagusa que esos animales procedían de los pastos secos y frescos de Shinano, donde se criaban los caballos destinados al emperador. Este había ordenado que le regalasen tres de esas monturas al director de la Oficina de Estanques y Jardines para celebrar la victoria conseguida aquella noche en el *takimono awase*.

Los *daijō* le entregaron los tres ronzales a Nagusa, y este los reunió todos en la mano derecha, colocándolos de forma que los ápices que le asomaban entre los dedos cuando apretaba el puño fueran del mismo largo.

—Un *shinano* de estos es para ti, Atsuhito. Te lo has merecido. Escoge —dijo, presentando a su asistente la mano erizada de ápices.

Kusakabe tiró de uno de ellos hasta desenrollar cuan larga era la brida en cuyo extremo se encabritaba uno de los caballos blancos, erguido sobre los cuartos traseros, azotando con la cola y pegando las orejas a la nuca.

—Bien, Atsuhito —aprobó Nagusa—, muy bien, de las tres yeguas la suerte te ha concedido la mejor. O, en cualquier caso, la más emotiva.

Al ver la forma suave y firme con que se apresuraba Kusakabe a acariciarle el cuello al caballo para tranquilizarlo, Nagusa se dijo que intentaría dentro de un rato, al quedarse dormido, soñar que él también era un caballo febril como aquel y que la mano cálida de Kusakabe le corría por el cuerpo.

—Ahora te toca a ti, *onna* —añadió el anciano con una sonrisa.

Era la primera vez desde hacía mucho —cuarenta años, quizá incluso cincuenta— que el director de la Oficina de Estanques y Jardines se consentía una sonrisa. Hasta aquella velada de fragancias y nieve, Nagusa Watanabe se había contentado siempre con levantar levemente —apenas— las comisuras de los labios.

—Tira, *onna*, prueba suerte, tira del ápice que te inspire —insistió Nagusa—. Al final hay un caballo para volver a tu casa, un caballo para llevaros, a ti y a las riquezas que te voy a dar como te tengo prometido.

—No —dijo Miyuki—, no quiero un caballo. Yo no sé montar.

Nagusa la miró, chasqueado, arrepentido de la sonrisa. ¿Para qué había esperado varias décadas antes de decidirse a sonreír si aquella mueca, porque fuere como fuere una sonrisa no era nunca sino una especie de mueca, solo obtenía a cambio un rechazo huraño y enfurruñado?

Miyuki se encogió de hombros.

—Estos animales nosotros no los vemos más que debajo de las posaderas de los emisarios de mi señor cuando los envía para ordenarnos que pesquemos las carpas más hermosas de nuestro río y se las llevemos.

Al acercarse Nagusa a ella, se apartó, con los brazos estirados al frente.

—No tan cerca —dijo—. Al *sensei* le horroriza mi olor, lo sé muy bien. Yo no lo noto, pero bien pensado a lo mejor es verdad que huelo mal, bueno, si comparamos con esos perfumes que hay aquí por todas partes, en las personas, en los cortinajes, e incluso en las letrinas. Prefiero que no os acerquéis. A Katsuro no le gustaría que se sintiera incomodado por mi culpa. Diría que ese apuro es todavía más humillante para mí que para el *sensei*. Y no le gustaría verme humillada. De ninguna manera. Siempre ha estado orgulloso de mí, aunque nunca haya tenido verdaderos motivos para estarlo. Entre él y yo, todo empezó con aquellas nasas que le hice, pero en eso no tuve ningún mérito porque cualquiera habría podido trenzarlas, solo que debió de parecerle más fácil pedírmelo a mí que a otra mujer.

Se alejó. Pese a que las suelas de las *geta* eran altas, la nieve le ceñía alrededor de los tobillos unas anillas heladas tan dolorosas que le parecía que la quemaban. Para volver a Shimae prefería ponerse las sandalias de paja, las *waraji*, resultaría más seguro para cruzar de nuevo la sierra de Kii, donde, en vista de lo precoz que estaba siendo el invierno, debería contar con tener que hacer frente a un frío intenso y encontrarse con placas de hielo en las que correría el riesgo de resbalar y caer por un precipicio. ¿Habría debido aceptar el caballo que le ofrecía Nagusa? No se habría arriesgado a ir sobre su lomo, pero llevándolo de las riendas y caminando a un lado u otro de sus costados, según viniera el viento, habría podido usarlo como una especie de parapeto vivo contra las ráfagas de nieve. Eso sin contar con que estaría tibio y, pegándose a él, habría podido hacerse con algo de aquel calor. Y además, lo que no era poca cosa, habría podido hablarle de Katsuro en voz alta y decirle que le parecía oír a su espalda los pasos de su marido golpeando la tierra fría.

Escucha, caballo, le habría dicho; no, *escucha, caballo* no; le habría dado un nombre, lo habría llamado Yukimichi, nada podía resultar más adecuado.^[66]

Al día siguiente, en el paso de la hora de la Liebre a la del Dragón,^[67] cuando apenas si era de día, Kusakabe fue a buscar a Miyuki a donde se alojaba.

Estaba ya dispuesta para partir; se había quitado las doce prendas de seda del *jūnihitoe* —¿para qué las quería en Shimae?—, las había colgado de los montantes de los biombos que se pudrían en un rincón del *kyōzō*, y luego había enrollado la estera y se había sentado encima como en un peldaño de la escalera de la fachada.

Kusakabe llevaba a la espalda un fardo imponente, un cuévano tapado con un paño rojo con las armas del emperador.

—Aquí tienes —dijo con tono apresurado—; te traigo lo que se te debe. O, para ser exactos, lo que mi señor, sin pedirle opinión a nadie, ha decidido darte. Mucho oro y mucha seda, *onna*, mucho más de lo que te habían permitido esperar. Pero ya harás el inventario más adelante, ¿de acuerdo?, cuando estés lejos de Heian-kyō. Porque aquí, por lo visto, estás en peligro de muerte. Eso es por lo menos lo que teme el *sensei*. No estoy seguro de que tenga razón; con la edad, ¿sabes?, al viejo le dan ráfagas de angustia, angustia sin fundamento casi siempre. El caso es que me ha encargado que te escolte hasta la puerta *Rashōmon*. También es cierto —añadió tras pasar la carga a los hombros de Miyuki— que estas riquezas que te han correspondido podrían tentar a alguien. No hace mucho, solo de pensar en que unos malhechores se pudieran atrever a entrar en la ciudad nos daba la risa. No porque creamos que nuestras puertas son infranqueables cuando cae la noche, sino porque sencillamente ni nos imaginamos que los hombres que pululan del otro lado de las murallas puedan tener malas intenciones.

—¿Del otro lado de las murallas? ¿Qué murallas?

—¿Cómo que «qué murallas»?

Kusakabe la miraba con expresión sorprendida.

—Es que —dijo ella— no he visto murallas alrededor de la ciudad.

Kusakabe volvió la cara con viveza, como si, apenado, prefiriera acabar con aquel cruce de palabras.

Miyuki estaba a punto de pedirle perdón cuando él volvió a mirarla de frente; parecía tan pobre y tan sucia que, pese a aquel bulto rojo tan voluminoso echado a la espalda, había pocas posibilidades de que despertase la codicia de un desvalijador.

—Bien, tienes razón, *onna*. Lo que se dice murallas, no hay. Pero hace más de tres siglos que el emperador Kammu convirtió Heian-kyō en la nueva capital imperial y, desde entonces, sus habitantes siempre han tenido fortificaciones en la cabeza, siempre han vivido como al amparo de un parapeto. Pero si (aunque lo dudo) el *sensei* está en lo cierto en lo referido a las amenazas que penden sobre ti, no serán unas murallas imaginarias las que te protejan.

La víspera, a la hora de la Rata, Minamoto Toshikata, segundo controlador supernumerario, Sección Izquierda, se había presentado en casa de Nagusa.

Era portador del siguiente *senji*:^[68]

El gran consejero supernumerario Fujiwara Akimitsu declara haber recibido una orden del emperador según la cual a Nagusa Watanabe, director de la Oficina de Estanques y Jardines, se le encomendó que se hiciera con varias sustancias aptas para componer un incienso nuevo que ilustrase, atendiendo a la vía de los perfumes, el paso furtivo de una doncella por un puente luna entre dos neblinas, tema que se le había revelado a Su Majestad tras un sueño. Queda reconocido que Nagusa Watanabe satisfizo plenamente tal obligación, pero, para que esa fragancia, de forma exclusiva y para siempre jamás, siga siendo emblemática de Nijō Tennō, se conmina a Nagusa Watanabe para que destruya cuanto pudiera quedar de ese incienso, así como cuanto haya contribuido a su elaboración. Que así se reciba y así se cumpla.

El director de la Oficina de Estanques y Jardines sirvió personalmente una copa de sake al controlador supernumerario y le dio como gratificación ocho hojas de un cuero de notable flexibilidad que había comprado pensando en convertirlas en unas bridas para Hatsuharu, su caballo favorito. Pero, al no tener ya ni vigor ni estabilidad suficientes para montarlo —«La vejez me invade como un moho», decía Nagusa—, se había resuelto hacía poco a separarse de todo aquello en que había consistido el mundo de Hatsuharu. En cuanto al caballo propiamente dicho, estaba pensando en regalárselo a Kusakabe; Nagusa se había identificado tanto con Hatsuharu que había soñado algunas veces que, con Kusakabe subido en sus hombros, con Kusakabe apretándole el rostro entre los muslos nervudos, con Kusakabe riendo como un niño y tirándole de las orejas como de unas riendas, corría al filo de las praderas pantanosas, trepaba relinchando de alegría por las colinas de un verde casi negro, cruzaba la cortina centelleante de las cascadas.

Cuando se hubo ido Minamoto Toshikata, Nagusa volvió a leer la orden imperial que le ordenaba que destruyera el incienso ganador del *takimono awase*.

Seguramente Nijō Tennō, con el cegador orgullo de su juventud, tenía la ambición de que, de entrada, aquel torneo de fragancias, el primero de su reinado, entrase en la leyenda y, a partir de ese momento, generaciones de emperadores y de regentes, de *shōgun*, de consejeros de esto y de aquello, intentasen volver a crear el perfume que, acompañando el tránsito de una doncella por un puente entre dos cortinas algodonosas, había ganado el certamen y entusiasmado a la corte; y al emperador se le había ocurrido dejar unos cuantos indicios que permitiesen a sus

sucesores volver a obrar el milagro. Pero se había arrepentido enseguida. ¡Qué equivocación, qué falta iba a cometer! Al contrario, tenía que tomar todas las precauciones posibles para impedir que alguien volviera a dar con la fórmula, para que la búsqueda de esos copistas, de esos plagiadores, nunca llegase a buen término. La gloria de Nijō Tennō sería proporcional al fracaso de estos.

Incluso suponiendo que fuera a menos el entusiasmo por los *takimono awase*, hasta el punto de dejar de incluirse en los ritos y tradiciones practicados en la corte, la memoria popular recordaría aquella noche de nieve en Heian-kyō, aquella noche en cuyo transcurso un alto funcionario consiguió, para complacer a su emperador, crear el olor infinitamente complejo, infinitamente movedizo, infinitamente vivo de una joven cuyos cuatro miembros, cada una de las aberturas de su cuerpo y cada una de las doce túnicas del *jūnihitoe* que llevaba habían dado paso libre a sus emanaciones y las habían mezclado.

Nagusa admitía de buen grado que las cosas más hermosas pudieran tener fin. Si no fuera así, ¿acaso lo habría emocionado la fragilidad de las flores del ciruelo o del cerezo? Y, sobre todo, ¿acaso habría saboreado, hasta notar una sensación próxima a la embriaguez, estos últimos bocados escogidos de su propia existencia?

—Del incienso de esa noche no queda ni un trocito —le había asegurado Kusakabe—. Olía tan bien que lo dejamos consumirse hasta el final.

El problema que ahora se le planteaba a Nagusa era que la orden imperial mandaba eliminar no solo el incienso, sino además cuanto hubiera permitido crearlo. Ahora bien, nadie había previsto que, para componer una representación perfecta del sueño del emperador, a Nagusa Watanabe se le iba a ocurrir asociar el aroma natural de Amakusa Miyuki a las delicias del incienso.

Por su elevado cargo de director de la Oficina de Estanques y Jardines, Nagusa había recibido, como regalo, una cantidad impresionante de herramientas de jardín. La mayoría iban armadas de cuchillas, mandíbulas, picos y dientes que ponía, sin escrúpulos, en manos de jardineros inexpertos que, no obstante, sabía tras tantos años de estar al frente que se sacarían un ojo, se lisiarían, se mutilarían. El inventario de dedos cortados, orejas con tajos e incluso ojos reventados ocupaba ya dos rollos de papel de morera.

Pero una cosa era dejar que unos novatos se amputasen una o dos falanges y otra condenar a muerte a una mujer joven, pobre e indefensa so pretexto de que el emperador había dado una orden sin caer en todas sus consecuencias.

Una orden cuyo depositario era ahora Nagusa y que iba a tener que recaer en Kusakabe, al carecer él mismo de la fuerza física necesaria para asestar el golpe que trajera consigo una muerte inmediata.

Ese asesinato, lejos de convertir a su asistente en el cómplice amoroso con el que había soñado el anciano, rebajaría a Kusakabe a la categoría de ejecutor brutal de un crimen abyecto cuyo instigador habría sido él, Nagusa, papel no menos sórdido y, en cambio, mucho más cobarde que el de asesino. Lo que los esperaba a ambos no era

una estera mullida bajo una ventana traslúcida que arañase suavemente un sauce llorón —ese leve crujido que siempre le había hecho pensar en el placer de las caricias—, sino el Jigoku, el infierno budista, empezando por la Cámara del Viento y del Trueno, el calabozo donde castigan a los asesinos; luego vendría la Cámara de la Trituración, donde, entre dos piedras enormes, aplastan a los autores de muertes premeditadas hasta que solo queda de ellos una papilla sanguinolenta; y, para terminar, pasarían durante unos cuantos miles de años por las delicias de la Cámara del Corazón, donde unos dedos ganchudos les arrancan sin fin el corazón a los hombres que han carecido de compasión; ni que decir tiene que, en cuanto se los sacan con la mano, los corazones castigados se reconstituyen para que pueda repetirse el suplicio.

Tomando como excusa que hacía mucho frío, Nagusa se acabó la botella de sake que había empezado con el controlador supernumerario y que había puesto a calentar en las cenizas, tibias aún, de un brasero.

Miró, en un nivel inferior, la avenida del Pájaro Rojo. En la nieve reciente se veían dos rastros de pasos paralelos que se encaminaban hacia Rashōmon. Poco antes de llegar a la edificación, uno de los dos rastros formaba un ángulo recto y volvía hacia la dirección por la que había venido. Debía de ser el de Kusakabe, pensó Nagusa. El otro, que lo más verosímil era que fuese de Miyuki, subía los cinco peldaños de las escaleras y se internaba bajo el tejado doble de tejas vidriadas.

Desde que algunos trastornos políticos, que cada vez tenían más tendencia a ir acompañados de sublevaciones violentas, enturbiaban la dicha de vivir de la nobleza de Heian-kyō, la bóveda de Rashōmon servía de refugio nocturno a todos los marginados que no aceptaba la ciudad: campesinos que huían de las razias de los *rōnin*,^[69] y algunos *rōnin* también; la turba habitual de mendigos, tullidos, niños de corta edad a los que habían abandonado allí sus familias por no tener capacidad para alimentarlos. Aquellas personas se comían ávidamente lo que la ciudad descartaba. Las mondas, los recortes, los desperdicios que ya estaban asados, fritos o hervidos; pero, para merecer volver a ser considerados alimentos de verdad, tenían que volver a pasar por la prueba del fuego; y por eso de muchas hogueras encendidas en el suelo se alzaban volutas grasientas y apestosas, que se quedaban estancadas bajo el techo y las vigas ya negras de hollín.

Sumándose a un crepúsculo precoz y denso, aquellos humos impedían a Nagusa divisar nada más allá de los ochos pilares rojo bermellón. Contrariado, envió a uno de sus sirvientes para que avisara a su asistente de que quería hablar con él. Puesto que la había acompañado hasta la puerta de la ciudad, tenía que saber si la viuda de Shimae había cruzado o no Rashōmon. Si así era, no haría falta ocuparse de eliminarla, las noches de invierno y los peligros del viaje proveerían.

Mientras esperaba, Nagusa se desnudó y se encomendó a las manos de tres de sus sirvientas para que lo depilasen, lo bañasen y luego le dieran un masaje con aceites de gran poder aromático para olvidar a Kusakabe y los aromas turbadores de la joven

viuda de Shimae.

Miyuki intuyó, al ir aclarando el bosque, que se acercaba a Shimae.

Incluso después de perder la hoja, los árboles habían seguido formando bóvedas oscuras y túneles sombríos e inacabados. Ahora que la humedad que dejaban las nieblas de otoño les ennegrecían los troncos y las ramas maestras y los líquenes viraban del beige al pardo, aquel mundo oscurecido daba la impresión de estar encogiéndose y apelotonándose. La luz del día se había vuelto muy tenue, como si la absorbiera el barniz tenebroso que parecía rezumar de los árboles. Y el aspecto del bosque se había vuelto entonces no solo nocturno, sino confuso, intrincado, impenetrable.

Ahora bien, desde hacía más o menos un par de horas, la luminosidad volvía a prevalecer.

Pese a la dificultad de progresar por un suelo inestable formado por un batiburrillo de raíces, de pedruscos y de hojas secas y unos chorreones de tierra densa que lo amalgamaba todo, Miyuki estaba a punto de salir al aire libre. No es que se ganase en luz, como si el sol acabase de atravesar la capa de nubes, sino que había menos árboles y toda la trama del tapiz vegetal se hacía más rala. Inextricable hasta entonces, el monte bajo de arbustos y maleza se había despejado sensiblemente.

Miyuki debería haberse sentido reconfortada al pensar en volver a estar pronto en el pueblo del que nunca se había alejado antes de emprender el viaje a Heian-kyō. Pero, con cada paso que daba, notaba, antes bien, una angustia inmotivada, un ahogo que le oprimía la garganta como si por dentro, en algún lugar, le hubiera empezado a crecer un lago de pena. La muerte de Katsuro había sido el manantial de ese lago y no había dejado de alimentarlo; y aunque hubiera alcanzado a veces un nivel crítico, aún no se había desbordado nunca, pero ahora estaba a punto de hacerlo.

Por más que el entorno en el que se movía Miyuki le parecía idéntico al que había dejado, habían cambiado algunos aspectos: no recordaba haber cruzado por barrancos tan escarpados ni que los erizasen esos guijarros acerados que le perforaban la paja de las sandalias; ni que los árboles, y sobre todo los abetos, estuvieran deformados, como si una fuerza brutal los hubiera agarrado para retorcerlos; no entendía de dónde salían aquellas ramas engarfiadas y agresivas que cortaban el paso en el sendero que los campesinos de Shimae habían tenido siempre tanto empeño en conservar libre y despejado; en esos casos, se veía en la obligación de rodear el obstáculo aferrándose a las raíces para subir por terraplenes por los que chorreaba una mezcla de nieve, hielo y barro.

¿Era su memoria la que le jugaba una mala pasada o aquel bosque silencioso, tan impenetrable en apariencia, había padecido una conmoción que, sin desfigurarlo, lo había

remodelado a fondo?

Miyuki se sentó en un tocón, no tanto para que el cuerpo repusiera fuerzas cuanto para intentar recobrar la serenidad antes del último esfuerzo que había de conducirla a los arrozales que coronaban el pueblo.

Al alzar la cabeza, comprobó que podía ver la luz del cielo caer en vertical, siendo así que habitualmente los rayos de sol, que desviaban las frondas perennes, tenían que contemporizar con el tamiz de las ramas. Aquella forma diferente de llegar la luz se debía a un espaciamiento nuevo de los árboles, pues todos parecían haber conquistado con esfuerzo —y de ello daban fe su inclinación, sus combaduras, sus sinuosidades— un suplemento de espacio vital.

Curiosamente, los elementos más endebles no habían sido los que más habían mordido el polvo: se les habían enredado las ramas como si hubieran estado bailando la danza de las Cinco Articulaciones, *gosechi no mai*, que consistía en levantar las mangas cinco veces por encima de la cabeza, azotar el aire con ellas y dejar que cayeran tapando la cara; pero seguían en pie, y no así los árboles viejos, muchos de los cuales estaban caídos de costado, enseñando los gigantescos conjuntos de raíces y dejando al aire heridas de las que manaba una mezcla pastosa de savia y madera podrida.

Lo más desconcertante era el silencio de los pájaros. Solían meter cada vez más barullo al llegar cerca de las lindes del bosque, más allá de las cuales empezaban las zonas de actividad del pueblo donde hallaban lo esencial para su manutención. Aquel día estaban tan callados que habría podido creerse que habían abandonado el bosque.

Con la excepción de un mirlo de plumas color pizarra con estrías azules.

Se había quedado clavado a un árbol, a poca distancia de Miyuki, y tenía cierto parecido con un clavo que no hubieran hundido del todo. Debía de haber chocado con el tronco a muchísima velocidad para que el pico, igual que la punta de una flecha, se hubiese hincado tan hondo en la madera. Aunque el choque lo había matado, se diría que había tenido el reflejo *post mortem* de intentar soltarse aleteando, pues tenía las alas tiesas y abiertas, con las plumas remeras completamente extendidas.

Miyuki se preguntó qué habría podido causarle a ese mirlo un pánico tan desesperado como para hacerle perder el control de su trayectoria hasta el extremo de estamparse contra un obstáculo de un tamaño tan considerable como aquel árbol, ni más ni menos que un alcanforero de un centenar de años que el pájaro no había podido por menos de abarcar en su campo visual, y que en circunstancias normales no le habría costado ningún trabajo evitar incluso aunque lo estuviera persiguiendo un depredador.

Se levantó del tocón y se acercó al pájaro. Antes incluso de inclinarse hacia él, y pese al leve olor a alcanfor que despedía el árbol, notó el hedor de la carne en descomposición. El mirlo llevaba muerto varios días, pero las plumas habían hecho de capa que todo lo cubre y ocultado las colonias de moscas y de hormigas que pululaban en la carne sanguinolenta entre semilleros de huevos blanquecinos y de

gusanos.

Miyuki se echó hacia atrás. Siempre la habían horrorizado los insectos y en particular esos que le zumbaban en la cara y, tras espantarlos, volvían insistentemente a libar en la comisura de sus labios o el rabillo de los ojos.

Pero en esta ocasión, las moscas que vibraban arracimadas alrededor del cadáver del pájaro se largaron antes incluso de que Miyuki esbozase un ademán, mientras el mirlo clavado en el alcanforero empezaba de pronto a estremecerse azotando el aire con las timoneras caudales. No podía ser la vida la que volvía a irrigar de nuevo al ave, sino una vibración prolongada, constante, de origen desconocido, que sacudía el árbol y se transmitía al pájaro tras haber asustado a los insectos.

El silbido del viento se había vuelto más agudo, unas ramas sin hojas chocaban entre sí con un ruido de danza macabra, mientras que un rugido sordo y rugoso se iba extendiendo por la superficie del suelo como si una lima gigantesca lo raspase por debajo.

El musgo que tapizaba la tierra daba la impresión de estar suspirando, alzándose por placas y desplomándose luego para volver a alzarse, igual que una manta gruesa y suave encima del pecho de un durmiente al compás de su respiración. Donde no había musgo, donde la tierra estaba desnuda, el suelo se cuarteaba y nacían grietas que trazaban arborescencias tajantes y brutales como relámpagos.

El bosque entero había empezado a oscilar despacio.

Miyuki se aferró al alcanforero para agarrarse a algo estable, pero el árbol cabeceaba como si lo estuvieran sacudiendo para que cayera la fruta.

Entonces lo soltó y escapó, gritando.

Cuando la joven surgió del bosque, ya no quedaba sino una superficie de tierra limosa allí donde siempre había visto arrozales en terraza. Una fuerza invencible había arrasado todos los diquecillos, cuyos labios de tierra cubrían las parcelas que se suponía que debían proteger, destrozando los plantones de arroz y expulsando los espejos de agua hasta las terrazas inferiores, donde se había repetido el mismo proceso, y así consecutivamente hasta transformar lo que fuera una colina de arrozales en unas ondulaciones casi imperceptibles.

Miyuki no necesitaba consultar a ninguno de esos letrados que pululaban por Heian-kyō, especialistas en arco iris, eclipses, tumbas con fantasmas y terremotos, para darse cuenta de que su pueblo había padecido una especie de conmoción que había enterrado las casas y los graneros, removido los campos y borrado no solo cualquier rastro de vida presente sino también la mismísima memoria que un paisaje es capaz de conservar de esa circunstancia.

Donde había prósperos pastos y cultivos proveedores de alimentos ya no asomaban a la superficie sino zonas de tierra parda y pedregosa de las que brotaba un olor a pedernal.

Un chorreón de barro y residuos varios parecía haber obstruido el vivero de las carpas; *parecía*, pues Miyuki, al haberse borrado todos los puntos de referencia, era incapaz de situar con seguridad el lugar donde se había alzado la casa y, *a fortiori*, el enclave de la alberca.

Solo quedaba un vestigio, pero como ya no existían referencias respecto al pueblo, de nada valía para orientarse; por lo demás no era gran cosa, solo un tejado rechoncho que había cubierto un edificio que se había desintegrado y cuyo polvo se había desperdigado. Pero, gracias a su armazón, de madera aún verde, el tejado había disfrutado de cierta elasticidad y, tras separarse de las paredes que coronaba, se había posado en el suelo, desplomándose sobre sí mismo. Ahora parecía un escarabajo aplastado.

Un chiquillo casi desnudo estaba sentado encima, como un cazador en el lomo de su presa. Pese a la sangre y la sanies que le ensuciaban el rostro, Miyuki reconoció a Hakuba, el hijo del alfarero.

Se acercó al niño allí encaramado con la misma discreción que si intentase acercarse a un animalillo asustado, que era, pensó, en lo que debía de haberse convertido Hakuba, a quien se le había puesto de punta el pelo negro para luego quedársele así.

—¿Cómo estás, Hakuba?

Reinaba un silencio tan denso en Shimae —solo unos cuantos rugidos subterráneos lo interrumpían a intervalos— que no había necesitado forzar la voz.

—Todos los demás, ¿sabes dónde están?

No, Hakuba no tenía ni idea. A menos que prefiriera no decirlo. O que la conmoción que había padecido lo hubiera dejado mudo.

—¿Y tus padres?

El niño indicó el suelo, el lugar por donde serpenteaba una veta abultada que parecía una cicatriz. En aquel sitio debía de haberse abierto la tierra, tragándose a los padres de Hakuba, pues la grieta se había cerrado.

—Supongo que debajo de este tejado estaba tu casa. Pero no vas a quedarte sentado encima esperando a que vuelva a crecer, ¿verdad?

El muchachito dijo que no con la cabeza. No es que fuera muy espabilado, pero tampoco era tonto, o al menos no tanto como para pensar que las casas volvían a crecer. Eran los adultos quienes creían en esa clase de prodigios y sacaban de ahí leyendas que pintaban muy serios en papeles exquisitos con colores tan infrecuentes que algunos ni siquiera tenían nombre aún; así sucedía con un amarillo que recordaba los capítulos jóvenes de algunos crisantemos a medio abrir; o con otro amarillo más intenso conseguido fermentando orina de vaca con hojas de mangostán; o también con un tono que recordaba los panículos de las lilas rosa bajo un cielo de aurora.

—Oye, Hakuba...

—No me sigas llamando Hakuba. Ahora soy Gareki.^[70]

—Gareki —repitió ella con suavidad—. De acuerdo, Gareki.

—El nombre es por la tierra que tiembla y que lo ha destruido todo.

«Esto confirma un seísmo», pensó Miyuki; y se preguntó en el acto qué había sido del tarro de la sal copia de la dinastía Tang con su decoración de peonías, que había pasado de generación en generación sin una raja, el único recuerdo hasta entonces que había heredado de su madre y lo único tangible que habría podido conservar de los años felices con Katsuro. Había pensado muchas veces, y la tranquilizaba, que si algo le sucediera al tarro de la sal podría contar con el padre de Hakuba para remediarlo. Pero el alfarero no había sobrevivido al terremoto y del tarro de la sal solo debía de quedar un polvillo de barro cocido donde brillaban esquirlas del antiguo vidriado, como chispas de mica en la arena de las playas; eso se lo había dicho Katsuro, quien sí que había visto el mar.

No estaba muy segura, pero le parecía que era allí, en las aguas del Mar Interior, donde iba a dar el Kusagawa.

En varias ocasiones Katsuro había hablado de cambiar y pescar con cormoranes cuando se quedase sin clientes para las carpas. Y era en las orillas de pendiente poco pronunciada del Mar Interior donde quería establecerse, pues los cormoranes prefieren las extensiones de agua recoletas y poco profundas. Katsuro veía una doble ventaja: le bastaría con una simple barca, y Miyuki tendría la seguridad de que no se alejaba demasiado de la orilla. En lo referido a adiestrar y domesticar a los cormoranes (tenía previsto soltar a ocho o diez atados en la punta de largas correas de fibra de cedro), disfrutaba de antemano al pensarlo: iba a tener no solo a las aves con mejor rendimiento, sino sobre todo las más amistosas de toda la bahía, y al igual que los pescadores chinos, no tardaría en poder dejar que sus cormoranes campasen a sus anchas.

—No tendrás intención de quedarte aquí, ¿verdad, Hakuba?

—Gareki —enmendó él, con tono hosco.

—Gareki, sí —repitió ella dócilmente—. Bueno, Gareki, hijito, aquí ya no queda nada; ni nada, ni nadie, así que más vale que nos vayamos. Porque, ¿sabes?, lo que sucedió va a ocurrir otra vez. ¿No notas cómo sigue estremeciéndose la tierra?

Miyuki no había presenciado nunca un terremoto, pero entre los vecinos de Shimaie, entre los más viejos, algunos se acordaban de haber visto abrirse la tierra prácticamente bajo sus pies y haber corrido hasta perder el resuello por delante de esas grietas que los perseguían lanzando silbidos y escupiendo espirales de vapores apestosos.

—Anda por ahí abajo —reconoció el niño—, pero queda lejos.

Miyuki se volvió apremiante.

—Va subiendo, nos busca y nos va a encontrar. ¿Qué vamos a hacer si nos alcanza? No tenemos nada que llevarnos, sino a nosotros mismos, así que vamos a largarnos sin esperar más.

—¿Para ir adónde?

—Te propongo el mar, al final del río.

Él la miró, perplejo: no sabía qué era el mar. Miyuki intentó proporcionarle una imagen, pero ¿por qué atributo empezar? ¿El sabor salado, el movimiento de las olas, el color indeciso, el ronquido enorme, la profundidad, la inmensidad?

Como estaba cayendo la noche y brillaban las primeras estrellas en un cielo despejado, usó la bóveda nocturna como ejemplo de lo que podría dar al niño una idea de lo infinito del mar. Lo de las olas fue más fácil: largas ondulaciones recorrían continuamente el suelo y daban la impresión de que la llanura de Shimaie descansaba sobre una capa de agua en movimiento.

El chiquillo escuchaba atentamente. Tenía buenos recuerdos de esa mujer delgada, dulce y vivaz a un tiempo, a quien nunca se le olvidaba, cuando salía desnudo y tiritando de la alberca de las carpas, con perlas de agua enganchadas en el incipiente vello, alargarle un trozo de tela para que se friccionase. Así que, cuando ella echó a andar con paso decidido, la siguió sin vacilar.

El Kusagawa estaba desconocido. El terremoto debía de haber causado un mar de fondo que, al arrojar el río fuera de su lecho, había expulsado al tiempo el cieno, la arena, las hierbas acuáticas y los peces.

La mole líquida que corría espumeante a ambos lados del río había arrastrado consigo a unas carpas, llanura adentro; y cuando se retiró, aunque sin regresar por ello al lecho del río, los peces habían muerto asfixiados.

Entre los enigmas con los que se topaba Miyuki estaba la suerte que habrían corrido los vecinos de Shimaie. Visto lo que quedaba del pueblo, podía suponerse que el seísmo había matado a la mayoría y que los supervivientes de las primeras sacudidas habían huido lo más lejos posible. La onda sísmica se había propagado de oeste a este y el norte lo ocupaban espesos bosques por donde se avanzaba despacio, así que probablemente se habían ido hacia el sur, es decir, en la dirección que estaban tomando Miyuki y el niño.

Pero la joven no se explicaba por qué no se veía rastro alguno del paso de los supervivientes. ¿Qué habían hecho con sus muertos? Miyuki no había visto en ninguna parte piras funerarias, ni tan siquiera sepulturas cavadas de prisa y corriendo. Hasta el horizonte, no había más que una llanura uniforme, salpicada de manchas de nieve que se aborregaban como nubes blanquecinas sobre el telón de fondo del cielo gris.

Observó al chiquillo. Le brotaban de los ojos lágrimas que tenían la consistencia y el color amarillo de la crema —«Debe de ser pus», pensó— y dejaban arabescos al secársele en las mejillas. Tenía las pupilas muy dilatadas, lo que podía explicarse porque estaba cayendo la noche. En cambio, el color rojo de las conjuntivas traslucía un cansancio visual del que Miyuki, sin entender nada de dolencias oculares, sencillamente por sentido común, dedujo que el niño, subido al tejado caído, había debido de pasar muchas horas, tanto de día como de noche, escrutando el horizonte

con la esperanza de divisar a sus padres o a alguien que pudiera prestarle ayuda.

Vio también que, bajo los cardenales y la sangre coagulada, el cuerpo demasiado flaco de Gareki estaba cubierto de mugre; y posando en aquel niño una mirada intensa, se vio en él como en un espejo: ella también estaba sucia, con las mejillas tiznadas de polvo y de lluvia, la piel veteada de manchas violeta, los labios agrietados, el largo pelo negro enredado y pringoso, el kimono hecho jirones y empapado.

Si, dejando a la espalda el epicentro del terremoto y, sobre todo, el peligro mortal de las réplicas, llegaban sanos y salvos a los pueblos de pescadores que se sucedían siguiendo las orillas del Mar Interior, podrían empezar una nueva vida, juntos o separados, eso ya se vería al llegar. Pero de lo que ya estaba segura Miyuki era de la curiosidad con que los recibirían por haberse salvado de un seísmo: los temblores debían de haberse sentido hasta en la isla de Shikoku.

No se había preocupado en absoluto de su apariencia al mezclarse con el gentío que se atropellaba para cruzar la puerta Rashōmon: allí las que estaban entrando en la ciudad imperial eran las carpas de Katsuro, y Miyuki, con las uñas negras de cieno, no era sino su sirvienta; pero ahora quería causar buena impresión a los vecinos de Kobe, de Ube, de Okayama, de Fukuoka, de Yashima y del pequeño estuario de Hiwasa, si es que el niño y ella conseguían llegar hasta allí.

—Gareki —dijo tapándose la nariz—, me parece que apesta, muchacho.

Él movió las manos delante del pecho, espantando el aire alrededor de su cuerpo y moviendo a un tiempo las aletas de la nariz (tenía los huecos de las ventanas de la nariz como almendras, aterciopelados como almendras tiernas).

—No soy yo —fue la conclusión a la que llegó tras abanicarse un buen rato—. Es más bien un olor que anda por el aire. Un olor a muerte, Miyuki-san. Después de lo que ha pasado, pues a la fuerza... ¿Todavía no habías notado el olor este? Lleva aquí desde el primer día, pero tú no estabas el primer día. Se irá cuando llueva, cuando la lluvia lo meta bajo tierra.

—Si la lluvia puede quitar esta peste, también puede el río.

—¡Ah, no, no pienso meterme en el río! Demasiado frío está el río para lavarse en él; justo antes de que temblase la tierra, estaba arrastrando trozos de hielo. Los vi: eran tan gruesos que tenían el centro azul.

—No tienes por qué meterte en el Kusagawa; te sientas en la orilla y yo, haciendo cuchara con las manos, saco agua y te la echo por encima, y te froto flojito con la arena del río y vuelvo a coger agua con las manos y...

—Sabrás que tú tampoco hueles muy bien que digamos.

La joven sonrió.

—Cuando te haya lavado —dijo—, me lavarás tú a mí.

Fueron siguiendo la orilla para buscar un lugar favorable. Había caído la noche. Por el agua, que se había vuelto negra, resbalaba el reflejo de la luna llena. No había habido ninguna réplica del seísmo. Gareki caminaba en silencio para no molestar a las aves que bastante habían padecido ya con el terremoto. De no haber sido por el olor dulzón de los cadáveres, Miyuki habría podido creer que estaba paseando con su marido una noche de invierno a la orilla del agua (por razones diferentes a las de Gareki, también a Katsuro le gustaba andar en silencio, absorto en sus pensamientos; podía recorrer distancias considerables sin decir ni una palabra).

De repente, se oyó un chapuzón, como si una rana asustada se hubiera zambullido.

Era Gareki quien acababa de tirarse al agua. Iba y venía de una orilla a otra, levantando dos olitas que le corrían a ambos lados de la barbilla, hendiendo el agua como la quilla de un pato.

Miyuki no estaba enterada de que el niño sabía nadar. Era algo muy infrecuente en Shima. Ni siquiera Katsuro, el príncipe, el rey, el emperador del río, sabía. Por lo demás, para él era motivo de orgullo: no era cosa de tumbarse bocabajo ante el Kusagawa, de presentarse ante él echado, y menos aún de imitar a las ranas: era a pie firme como convenía plantarle cara.

—El agua no está nada fría —repetía el niño—; está templada. ¡Ven, Miyuki-san, ven conmigo!

El fuerte frotamiento de las rocas en las profundidades, cerca del foco del seísmo, debía de haber causado un desprendimiento de calor suficiente para calentar el lecho del río y la masa de líquido que corría por encima.

Gareki colocaba ambas manos a uno y otro lado del reflejo de la luna, abría mucho la boca y fingía hincarle el diente al nimbo azulado como si fuera un pastel.

Miyuki se metió también en el agua. Tenía la intención de entrar hasta que le llegase al ombligo, dar brincos sin moverse del sitio pegando chilliditos y salir enseguida y echar a correr para sacudirse el agua.

Pero el río en aquel sitio era mucho más hondo de lo que había creído, engañada por la facilidad con que se movía Gareki. Mientras pedaleaba frenéticamente para hacer pie, Miyuki notó que el Kusagawa la abrazaba, la zarandeaba, intentaba empujarla para que se cayera. Pero la joven resistía, poniendo toda su energía, todas sus fuerzas en la parte baja de la espalda y en los muslos.

Fue entonces cuando la vio.

De un negro tan profundo, tan ardiente, tan tornasolado que resaltaba en el agua del Kusagawa, pese a estar tenebrosa, una carpa gigantesca, probablemente debido a algunas de las sacudidas del seísmo, se había separado del fondo del río, al que estaba

pegada sin que nadie lo supiera, medio enterrada en el hoyo de cieno que se había preparado.

Y subía hacia la superficie, estirando la boca que enmarcaban cuatro bigotes blandos y táctiles. Medía más de un metro y medio, pesaría unos cien kilos y tenía una cabeza recia, tirando a cónica, con unos ojos saltones capaces de mirar en direcciones opuestas.

Se subía, retorciéndose, al terraplén de arcilla húmeda, recordando a un anciano estremecedor cuyas caderas fallan y no tiene más remedio que reptar.

Miyuki se acordó de que había oído a Natsume asegurar que de los seres humanos se desprendía un fantasma cuando padecían un traumatismo violento, de la misma forma que la mejor fruta cae del árbol cuando lo sacude la tormenta. Esos entes heridos, esos espectros, vivos aún, se decía que se quedaban en el lugar en que había ocurrido la conmoción; y allí maduraban hasta pudrirse, hasta licuarse, y allí acababan por fundirse con la tierra.

¿No era acaso en estos parajes del Kusagawa, donde el lecho se ensanchaba y se erizaba de rocas que aceleraban su carrera hacia el mar, donde se había ahogado Katsuro? ¿No podía ser la gran carpa negra su fantasma, que estaba rematando su separación y su metamorfosis?

Lo indudable es que la gran carpa negra no se apartó cuando Miyuki (pues no pudo remediarlo, fue un impulso irresistible) adelantó la mano para rozarla a la altura de los cuatro orificios de la nariz colocados entre ambos ojos.

Al convertirse el tacto en caricia, a la carpa pareció incluso agradecerle.

La primera en cansarse fue la joven, quien interrumpió el contacto apartando la mano. Uno de los ojos del pez se quedó entonces obstinadamente clavado en ella, como para llamar a la mano y que volviera a prodigarle caricias, mientras el otro ojo, más pragmático, vigilaba con glotonería a un insecto que se estaba ahogando.

Nunca había visto Miyuki un pez de ese tamaño ni, sobre todo, que le inspirase tanta confianza, aunque si abriese la boca de forma desmesurada, la carpa negra podría meterse en ella el brazo de la joven hasta el hombro.

Miyuki sabía que en algunos ríos había carpas gigantescas oriundas de la China. Katsuro decía que allí iban a contracorriente por un río grande, el Huang He, que, al estrecharse de repente, generaba olas desmedidas que caían por las cataratas de Hukou con el ruido de un trueno; y que las aves daban grandes rodeos para no pasar cerca.

Al arrastrarlas un remolino de aguas rojizas, las carpas negras del Huang He bajaban por la cascada y desaparecían tras cortinas de espuma desde las que, por una traslación milagrosa, algunas iban a parar a determinados lagos y ríos del Japón.

Eso era al menos lo que Katsuro había oído decir y lo que le había contado a su mujer, aclarando que él nunca había visto ninguno de esos peces prodigiosos y que incluso dudaba de su existencia.

Miyuki le quitó al cuévano la funda de seda roja que lo cubría. Vació el contenido a los pies del muchacho. El oro brillaba en sordina, el papel gris y velludo de los pagarés palpitaba y chisporroteaba como las alas gruesas de una mariposa nocturna.

—Vete tú solo, Gareki. Yo me quedo.

Señaló la carpa, que seguía tumbada en el terraplén de arcilla con los gruesos labios tan abiertos que parecían dislocados; de la boca le salía una leve neblina de agua insulsa que se quedaba enganchada en una telaraña que había enfrente, entre dos cañas de bambú. Miyuki le explicó al niño que tenía que devolverla al río, es lo que habría hecho Katsuro. Pero, en vista de lo que pesaba el pez y de lo difícil que era agarrarlo, iba a resultar largo y laborioso; y mientras ella hacía todo lo posible para salvar a la carpa, podía llegar otra réplica del seísmo que, en un instante, volvería a desgarrar la llanura de Shimaie y abriría en las orillas grietas por donde caería el Kusagawa llevándose en esa estampida todo cuanto no tuviera raíces sólidas. Ahora bien, Miyuki no tenía raíz alguna. Y Gareki tampoco. Nadie podía prever cómo iban a evolucionar los acontecimientos, por supuesto, pero ella tenía mucho empeño en que el chiquillo se alejase lo antes posible.

—Todo esto es para ti, Gareki —dijo indicando el contenido del cuévano—. Yo no lo voy a necesitar ya.

Tras haberle explicado hacía un rato qué era el mar, Miyuki tuvo que explicarle ahora qué era el oro y los diferentes usos que se le podían dar. De los pagarés tampoco ella entendía gran cosa, y se limitó a darles con el pie para que se cayeran al río.

El niño recogió el tesoro, lo volvió a meter en el canasto, lo cubrió otra vez con la funda de seda roja y se lo afianzó en la espalda. Miyuki se puso un beso silencioso en la palma de la mano derecha y cubrió con ese beso, sin que él se diera cuenta, el pelo tieso y de punta del muchacho.

—Adelante —lo animó—. Adelante, Gareki.

Él dio unos cuantos pasos, se volvió y le lanzó su mirada de diosecillo.

—Está bien —trompeteó—; vuelvo a mi nombre antiguo, Hakuba.

Miyuki esperó a que se hubiera perdido de vista. Los dioses habían creado la nada para convencer a los hombres de que la llenasen. No era la presencia que regulaba el mundo la que lo colmaba: eran el vacío, la ausencia, lo despoblado, la desaparición. Todo era nada. El malentendido procedía de que, desde el principio, creíamos que vivir era tener dominio sobre algo; ahora bien, no sucedía nada de eso, el universo era tan incorpóreo, sutil e impalpable como la estela de una doncella de entre dos neblinas en el sueño de un emperador.

Un mundo flotante.

Empezó a caer una lluvia fina, trayendo consigo el croar jubiloso de unas cuantas ranas. Miyuki miró a la carpa negra. Pensó que sería maravilloso capturarla, cavarle una alberca donde pudiera retozar mientras ella, sentada al borde, con los pies

metidos en el agua fresca, tenía todo el tiempo que quisiera para observar a su huésped, para contarle su vida, hasta que llegase el día en que la Oficina de Estanques y Jardines enviara emisarios a Shimaie (habrían reconstruido el pueblo, por supuesto) para pedir otra entrega de carpas.

Llovía cada vez más, el cielo se puso más oscuro. Algo atronó, lejos aún, aunque iba acercándose. Miyuki no se fijó: pensaba en cómo sería el viaje a Heian-kyō con una carpa de ese porte. Habría que tejerle una barquilla muy larga, al menos del tamaño de un hombre de pie, y un hombre de estatura respetable. Para transportarla se precisarían dos pértigas de bambú recio, de un negro brillante a ser posible para que hicieran juego con las escamas del pez, un bambú a la derecha y un bambú a la izquierda, apoyados en los hombros de dos porteadores robustos que fueran a trote corto uno detrás de otro. Estaba sonriendo al imaginarse la cara del director de la Oficina de Estanques y Jardines al descubrir que existía un pez así cuando oyó el silbido, el grito de seda lacerada que soltaba una grieta que corría por el suelo como un perrillo loco de alegría y que se le iba acercando mientras abría en el suelo una falla muy honda.

Se tendió encima de la carpa para protegerla.

El animal olía a cieno, a mucus, a hojas en descomposición, a algas machacadas, a madera mohosa, a tierra húmeda, el mismo olor sordo, inferior, un poco grasiento, que traía Katsuro cuando volvía del río; y, bajo los pechos de Miyuki, el corazón de la carpa latía con el mismo compás tranquilo, muy majestuoso sin lugar a dudas, que el de Katsuro algunas mañanas, inmediatamente después de haberse acostado con su mujer: entonces abría la puerta de la casa y ella veía cómo se recortaba en el vano la silueta del hombre cargado de nasas, de bambúes, de pelotas de corcho y de ovillos de sedales todos enmarañados aún y que iba a tener que desenredar a la orilla del Kusagawa porque el día anterior por la noche, en vez de ocuparse de los aparejos, Miyuki y él habían hecho el amor despacio y mucho rato.

Chaufour, La Roche
25 de abril de 2004 - 15 de julio de 2016

Bibliografía abreviada de las obras sin las que no habría podido nunca escribir este libro

Heian Japan. Centers and peripheries, Honolulu, University of Hawaii Press, 2007, presentado por Mikael Adolphson, Edward Kamens y Stacie Matsumoto.

Hérail, Francine: *Notes journalières de Fujiwara no Michinaga, ministre à la cour de Heian (995-1018)*, Ginebra/París, Droz, 1987, tres tomos con presentación y comentarios.

— *Fonctions et fonctionnaires japonais au début du XIe siècle*, París, Publications Orientalistes de France, 1977.

— *La Cour du Japon à l'époque de Heian aux Xe et XIe siècles*, París, Hachette Littératures, 1995.

Ikku, Jippensha: *À pied sur le Tôkaidô*, Arles, Éditions Philippe Picquier, 2016. [*Viaje por el Tokaido, un rato a pie y otro caminando*, Madrid, Quaterni, 2014, traducción de Eva González Rosales, revisión y adaptación de Raquel Ramos Cudero.]

Ise, poétesse et dame de cour, Arles, Éditions Philippe Picquier, 2012, antología de poemas, traducción y comentarios de Renée Garde.

Kafū, Nagai: *La Sumida*, París, Gallimard/Unesco, 1975, traducción de Pierre Faure.

Morris, Ivan: *La Vie de cour dans l'Ancien Japon au temps du Prince Genji*, París, Gallimard, 1969, traducción de Madeleine Charvet.

Nijō, Dame: *Splendeurs et misères d'une favorite*, Arles, Éditions Philippe Picquier, 2004, traducción y presentación de Alain Rocher.

Pigeot, Jacqueline: *Femmes galantes, femmes artistes dans le Japon ancien*, París, Gallimard, 2003.

Shagan, Ofer: *L'Art érotique japonais. Le monde secret des shunga*, París, Hazan, 2014.

Shikibu, Murasaki: *Le Dit du Genji*, París, Publications Orientalistes de France, 1988, traducción al francés de René Sieffert. [*La historia de Genji*, Girona, Atalanta, 2005, traducción de Jordi Fibla.]

Shōnagon, Sei: *Notes de chevet*, París, Gallimard/Unesco, 1985, traducción y

comentarios de André Beaujard. [*El libro de la almohada*, Madrid, Alianza Editorial, 2015, traducción de Jorge Luis Borges y María Kodama.]

Von Verschuer, Charlotte: *Le Riz dans la culture de Heian. Mythe et réalité*, París, Collège de France/Institut des Hautes Études Japonaises, 2003.

Y he tenido siempre al alcance de la contemplación y las ensoñaciones la admirable recopilación de estampas de Hiroshige, *Cien famosas vistas de Edo*, reunidas y comentadas por Melanie Trede y Lorenz Bichler, Taschen, 2011.

El Japón de los sentidos por el ganador del Premio Goncourt

«Formidable. La imaginación se desboca en cada página. Lea a Decoin. Su historia de perfumes y de lodo, de cortesanos y plebeyos, de sensualidad y violencia le envolverá.»

Bruno Corty, *Le Figaro littéraire*

*** Premio de los Lectores L'Express ***

«Un festival de sabores, un imperio de sensualidad, un caudal de poesía y una epopeya emocionante. Una proeza.»

Marianne Payot, *L'Express*

«Con impresionante erudición, verdadero aliento novelesco y una sensualidad pagana, Decoin nos embarca en una gran novela de aventuras a la manera de La historia de Genji.»

Jean-Claude Perrier, *Livres Hebdo*

La pluma de Didier Decoin cabalga como la de un Dumas, juega a la sensualidad, flirtea con la poesía y despliega una paleta de rituales y sentimientos fascinantes.»

Olivia de Lamberterie, *Elle*

«Una exquisita estampa japonesa. Decoin ha captado la atmósfera de un Japón eterno, entregado al refinamiento y a la exaltación de los sentidos; un Japón animado por criaturas sobrenaturales y leyes de la naturaleza. Un territorio soñado para quien desee vivir una experiencia novelesca.»

Frédéric Potet, *Le Monde des livres*

«Fresco, divertido, erótico y exótico, sabio pero de expresión enérgica. ¡Arigato, Decoin-san!»

Thierry Gandillot, *Les Échos*

«Una novela fascinante, física, orgánica, carnal, sensual, olfativa, de extraordinaria riqueza simbólica. [...] Decoin lleva a lo más alto el arte de la novela.»

Jean-Claude Raspiengeas, *La Croix*

«Un fuerte erotismo, inspirado en las estampas japonesas más lascivas. [...] Perfumes y sabores. Una novela que hechiza: querríamos que la epopeya de Miyuki no terminara nunca.»

Dominique Bona, *Version Femina*

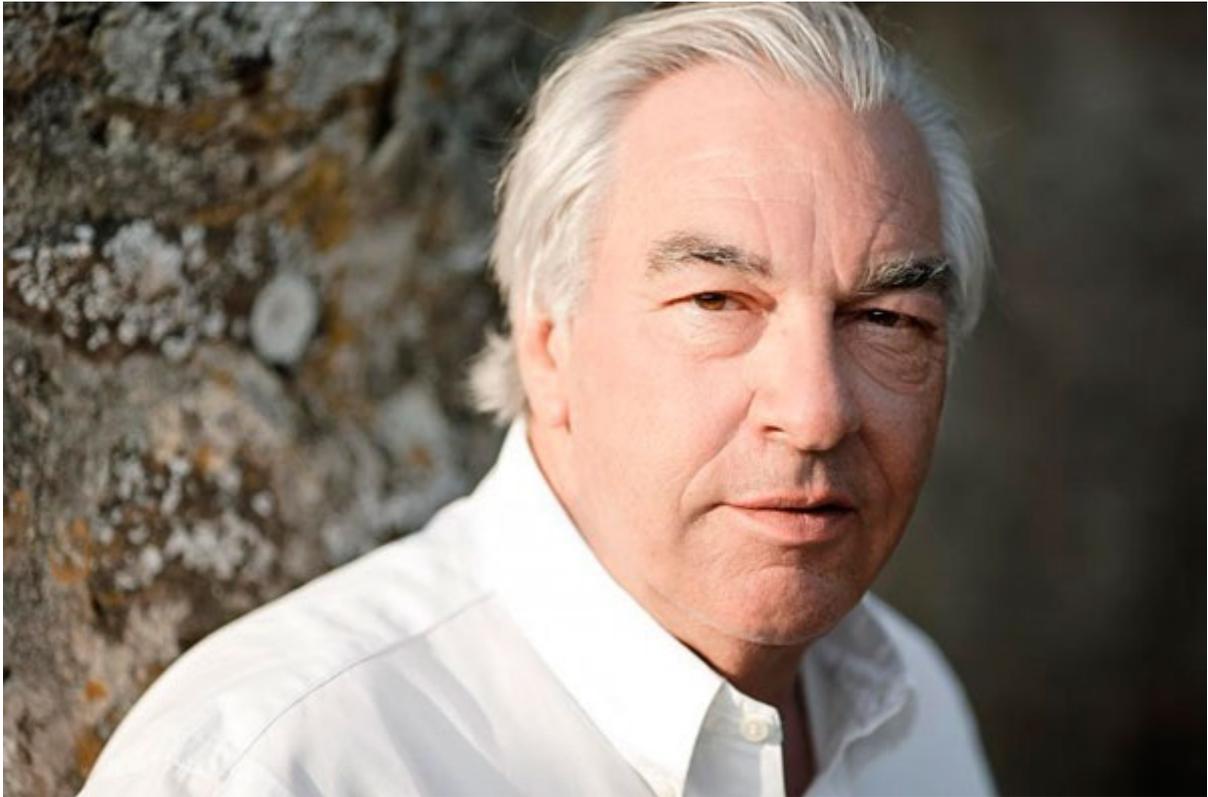
«Es sobre todo una gran novela de amor, que inspecciona la intimidad de una pareja

dotada de una pasión a la que ni la misma muerte puede poner fin.»

Nathalie Crom, *Télérama*

«Formidable. La imaginación se desboca en cada página. Lea a Decoin. Su historia de perfumes y de lodo, de cortesanos y plebeyos, de sensualidad y violencia le envolverá.»

Bruno Corty, *Le Figaro littéraire*



DIDIER DECOIN (Boulogne-Billancourt, 1945) es guionista, escritor y periodista. Publicó su primera novela con veinte años, *Le Procès à l'amour*, a la que han seguido una veintena de títulos, entre los que destacan *Abraham de Brooklyn* (Premio de los libreros 1972), *John L'Enfer*, con la que ganó el Premio Goncourt en 1977, *La camarera del Titanic* (1991) o *Es así como mueren las mujeres* (2009). Como periodista ha colaborado con medios como *Le Figaro* o *France Soir*, y en su carrera como guionista ha trabajado al lado de grandes nombres del cine como Marcel Carné, Robert Enrico o Maroun Bagdadi. Desde 1995 forma parte de la Academia Goncourt, de la que es actualmente el secretario general. Tras doce años investigando la cultura nipona, *La Oficina de Estanques y Jardines* es su última y aclamada novela, que ha ganado el Premio de los Lectores L'Express-BFM TV y está siendo traducida en catorce países.

Notas

[1] Divinidades de la religión sintoísta. Los *kami* suelen ser elementos de la naturaleza (montañas, árboles, viento, mar, etcétera), así como espíritus de los difuntos. (Esta nota y las siguientes, salvo indicación contraria, son del autor.) <<

[2] El mundo de las cosas relacionadas con la muerte, según la mitología sintoísta. <<

[3] Tradicionalmente, en el Japón el apellido se coloca delante del nombre. <<

[4] Prenda de ropa a medio camino entre la capa y el abrigo que los nobles usaban para cazar. <<

[5] Es decir, que era medianoche. <<

[6] Guiso a base de arroz glutinoso. <<

[7] Pescado limpio y conservado en arroz fermentado para evitar que se descompusiera. La cobertura de arroz se tiraba antes de comer el pescado. <<

[8] 30,3036 centímetros, es decir, un pie más o menos. <<

[9] 675 gramos. <<

[10] De las siete de la tarde a las nueve de la noche. <<

[11] Especie de brasero que se compone de un cuenco grande de porcelana o de madera, adornado con dibujos o incrustaciones y en el que se coloca un recipiente metálico para las brasas. <<

[12] La costumbre es añadir el sufijo honorífico *sensei* al nombre de una persona cuando se trata de un profesor, un médico, un letrado o alguien que ocupa una posición elevada en una sociedad o un grupo. Si se trata de una persona de menor importancia, el sufijo es *-san*. <<

[13] Nombre específico del papel (*shi*) japonés (*wa*). <<

[14] Ayudantes del oficiante y guardianas de los santuarios sintoístas. <<

[15] Especie de chaqueta. <<

[16] Del folclore japonés. El *shirikodama* es, al parecer, una bola enterrada en la carne cerca del ano de los seres humanos y que codician los *kappa*, unos diablillos acuáticos de los ríos y los lagos. Para hacerse con el *shirikodama* de un hombre, el *kappa* empieza por intentar ahogar a su víctima antes de rasgarle el recto. <<

[17] Entre las once y la una del mediodía. <<

[18] Sandalias con suela de madera y dos piezas que la levantan del suelo. (*N. de las T.*) <<

[19] Mamífero que se parece a un tiempo a un mapache, a un perro y a un oseño. Este animalito aficionado a las bromas, que se supone puede metamorfosearse prácticamente en lo que sea y goza de la reputación de ser muy dado al sake, es el protagonista de muchas leyendas niponas. <<

[20] Administradora, encargada, anfitriona. <<

[21] Tubérculo comestible. <<

[22] Guerrero. De los *bushi* nacieron los samuráis. <<

[23] Entre las tres y las cinco de la madrugada. <<

[24] Santuario en miniatura consagrado a un *kami*. <<

[25] Oficiante que dirigía los bailes ejecutados en presencia del emperador durante un ritual relacionado con el culto a los antepasados. <<

[26] Como refiere *Taketori no monogatari*, cuento japonés anónimo del siglo IX. <<

[27] Prenda de ropa interior al principio, llegó a ser, poco a poco, igual que ha sucedido con nuestras camisetas, con las que tiene cierto parecido, una ropa fácil de llevar que el pueblo adoptó para casi todas las circunstancias de la vida diaria. <<

[28] Flecha de piedra, de madera o de bronce dividida en varias partes simbólicas y colocada en lo alto de una pagoda japonesa. <<

[29] *Cryptomeria japonica*. <<

[30] Jovencita. <<

[31] Parte reforzada de la campana que golpea la viga de madera. <<

[32] La península de Corea. <<

[33] Especie de daga de alrededor de quince centímetros de largo que las mujeres de los samuráis llevaban en las mangas del kimono. <<

[34] Literalmente, «señor de la sede», título que corresponde al religioso principal de un monasterio budista. <<

[35] Entre las cinco y las siete de la tarde. <<

[36] Pantalones que se llevan debajo y hacen de calzón; suelen ser de color rojo. <<

[37] Doncella. <<

[38] De las cinco a las siete de la mañana. <<

[39] Banderola vertical japonesa larga y estrecha. <<

[40] Unidad de medida que corresponde a la cantidad de arroz que come una persona en un año. <<

[41] Tía. Apodo que se da a las alcahuetas. <<

[42] De la una a las tres de la tarde. <<

[43] Se llama *ohaguro* a la costumbre de pintarse los dientes de negro. <<

[44] Sirena. <<

[45] Vieja bruja. <<

[46] Tomado de Otomo no Yakamochi (718-785), miembro de los «Treinta y seis inmortales de la poesía». <<

[47] Vid rosa muy corriente en el Japón y conocida desde el siglo VIII. <<

[48] Forma antigua de nombrar a los insectos. <<

[49] Tocado de gasa lacada en negro con forma de gorro alto. <<

[50] Los poemas llamados tanka, antepasados de los haikus, fueron en el Japón del período Heian una de las formas más elaboradas de expresión literaria, hasta tal punto que solo podían recurrir a ella los miembros de la corte imperial: a cualquier persona de clase inferior a quien sorprendieran componiendo un *tanka* la podían condenar a muerte. <<

[51] De las tres a las cinco de la tarde. <<

[52] Danza tradicional, lenta, majestuosa, refinada, codificadísima, reservada de forma bastante exclusiva para las elites de la corte imperial. <<

[53] Ave divina de la mitología. <<

[54] Instrumento tradicional, cítara alargada de cuerdas pulsadas. <<

[55] Túnica larga de mangas muy anchas, cerrada en el cuello y ceñida al talle con un cinturón. <<

[56] Competición de perfumes. <<

[57] Entre las nueve y las once de la mañana. <<

[58] Mujer. <<

[59] Su Majestad el emperador. <<

[60] Diosa del Sol. Según la leyenda, envió a la Tierra a su nieto, el príncipe Ninigi no Mikoto, para plantar arroz y gobernar el mundo. Ninigi tuvo un bisnieto, Iwarebiko, que en 660 a. C. fundó el imperio del Japón. <<

[61] Hoy la prefectura de Niigata. <<

[62] Planta de la familia de la morera. <<

[63] Literalmente «erupción de guisantes», alusión a las pústulas que cubren el cuerpo y el rostro de los enfermos de viruelas. <<

[64] *Manyōshū* (Colección de las diez mil hojas). <<

[65] Doctor especialista en clepsidras. <<

[66] *Yukimichi* significa «camino nevado». <<

[67] Entre las siete y las nueve de la mañana. <<

[68] Orden urgente del emperador que no tiene que pasar por los circuitos administrativos. <<

[69] Samuráis a quienes, al haberse quedado sin el señor al que se habían consagrado en cuerpo y alma, no les quedaba más remedio que vivir a salto de mata. <<

[70] *Hakuba*: caballo blanco. *Gareki*: ruinas, cascotes, escombros. <<